

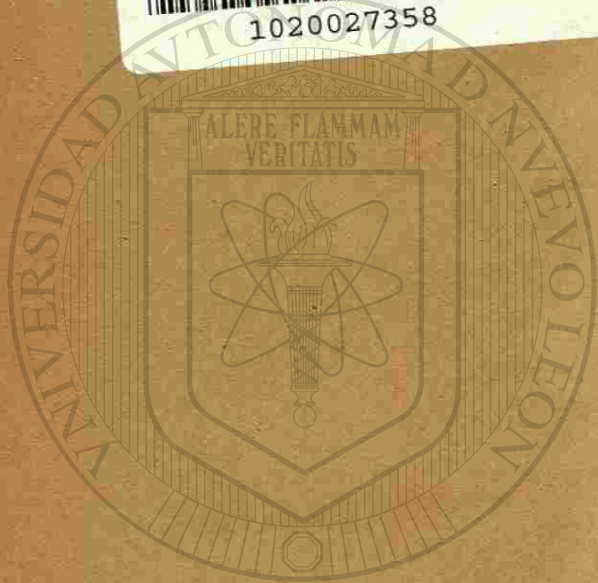


P. GA.

REALIDAD

PQ6555  
R4

RALDI



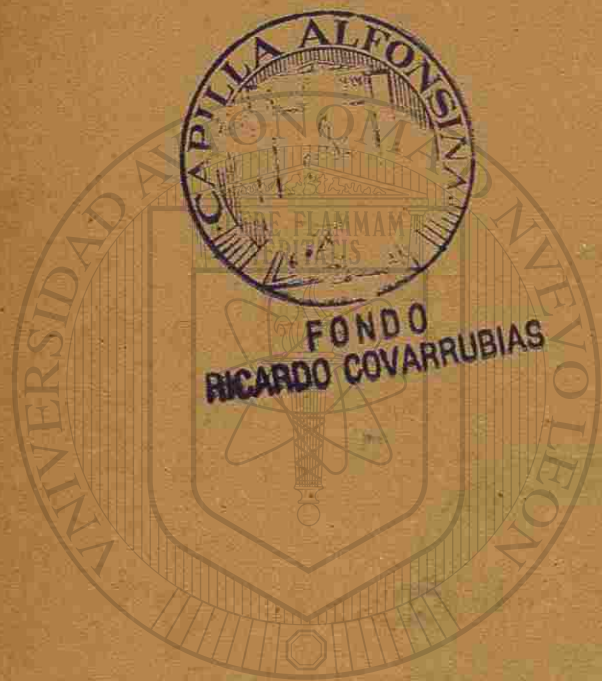
U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

REALIDAD

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	862.62
Núm. Autor	P 438
Núm. Adq.	33760
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catalogó	

## OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

### EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONOMICA: TOMOS EN 8.º A DOS PESETAS

TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEÓN EN CHAMARTÍN.—ZARAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTÍN EL EMPEDINADO.—LA BATALLA DE LOS ARÁPILES.—EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CASACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIENTO MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

### GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra pagada en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y a plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno.

### NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

DOÑA PERFECTA—Tomo en 8.º 2 pesetas.

GLORIA—Dos tomos en 8.º 4 pesetas.

MARIANELA—Tomo en 8.º 2 pesetas.

LA FAMILIA DE LEON ROCH—Tres tomos en 8.º 6 ptas.

EL AMIGO MANSO—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA DESHEREDADA—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.

EL DOCTOR CENTENO—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.

TORBENTO—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA DE BRINGAS—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LO PROHIBIDO—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.

FORTUNATA Y JACINTA—Cuatro tomos en 8.º 12 ptas.

MIAU—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA INCOGNITA—Tomo en 8.º 3 pesetas.

REALIDAD—Tomo en 8.º 3 pesetas.

ANGEL GUERRA—Tres tomos en 8.º 9 pesetas.

TRISTANA—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA FONTANA DE ORO (1820-1821)—Tomo en 8.º 2 pesetas.

EL AUDAZ, *historia de un radical de antaño* (1804)—Tomo en 8.º 2 pesetas.

TORQUEMADA EN LA HOGUERA, *El artículo de fondo, La mula y el buey, La pluma en el viento, La conjuración de las palabras, Un tribunal literario, La princesa y el granuja, Junio*—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA SOMBRA, *Cetín, Tropiquillos, Theras*—Tomo en 8.º de 360 páginas 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Admón. de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, calle de Fuencarral, 33, Madrid.

# REALIDAD

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del  
15 de Marzo de 1892.

100060

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO GARCÍA"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

MADRID

Imprenta de LA GUIRNALDA

Calle de las Pozas, 12, bajo.

1892

33760

862.5  
P. E.

PAG 555  
R4

PERSONAJES

ACTORES

AUGUSTA.....	SRTA. GUERRERO.
LEONOR (La Peri).....	» MARTÍNEZ.
CLOTILDE.....	» MORELL.
LINA, criada de la Peri.....	» PINEDA.
BÁRBARA, id. de Federico.....	» MOLINA.
OROZCO.....	Sr. CEPILLO.
FEDERICO VIERA.....	» THUILLIER.
JOAQUÍN VIERA.....	» MARIO.
MANOLO INFANTE.....	» GARCÍA ORTEGA.
VILLALONGA.....	» MONTENEGRO.
MALIBRÁN.....	» BALAQUER.
AGUADO.....	» CALLE.
Criados de Orozco.....	»

U. N. L.  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 CAPILLA ALFONSIANA

La acción es en Madrid y contemporánea.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de su autor y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, cuya Administración, Encarnal, 53, 2.ª Madrid, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

## ACTO PRIMERO

Sala en casa de Orozco, decorada y amueblada con elegancia y lujo. En el foro dos grandes puertas. La de la derecha conduce al billar, y por ella se descubre parte de la mesa, y se ven los movimientos de los jugadores. La de la izquierda comunica con el salón, y por ella se distingue parte de esta pieza y algunas de las personas que están en ella. Entre estas dos puertas, chimenea ó un mueble de lujo. En el lienzo lateral de la derecha, dos puertas: una conduce al despacho de Orozco; la más próxima al público, á la alcoba. En el lienzo de la izquierda, una puerta, por donde entran los que vienen de fuera de la casa, y un balcón. Las dos puertas del fondo se cierran (cuando la acción lo indique) con vidrieras. A la izquierda, cerca del espectador, una mesa con una planta viva, libros, lámpara de bronce, retratos y recado de escribir. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

VILLALONGA (que entra por la puerta de la izquierda.)

INFANTE (que sale del billar.)

VILLAL. (Mirando al salón.) Poca gente esta noche (á Infante.) ¡Hola, Infantillo!

INFANT. Tarde vienes. ¿Has estado en el Real?

VILLAL. Sí, un rato. Y tú, ¿has comido hoy aquí?

INFANT. No, hijo de mi alma. Hoy le tocó á ese fátuo de Malibrán, el aprendiz de diplomático, que no es, como sabes, santo de mi devoción.

VILLAL. Sí; su vanidad, sus pretensiones de cultura... ¡europea! y de galanteador irresistible, me sirven á mí para pasar ratos muy divertidos.

INFANT. A mí no me divierte.

VILLAL. ¿Pero no sabes lo mejor? (Con misterio.) Se atreve á poner los puntos á tu prima.

INFANT. ¡Quién!

VILLAL. Malibrán. Don Cornelio. Yo le nombro siempre así para hacerle rabiar. No dudes que el hombre quiere añadir á lo que llama *su estadística de amor*, este rengloncito: *Augusta*. Veo que no te causa risa, y que pareces así... no sé... ¡Ya...! te contraría la competencia. También tú, grandísimo corruptor de las familias, pretendes...

INFANT. ¡Jacinto!

VILLAL. Vamos, joven circunspecto, que á tí también, también á tí te gusta la primita. ¡Es tan mona, tan espiritual! No he conocido otra en quien tan maravillosamente se reunan la distinción, la belleza y el talento. Las tres gracias se encarnan en ella, formando una sola gracia, que vale por treinta. *Tu quoque*, Manolín...

INFANT. ¡Yo! No me conoces: A mi prima Augusta, bien lo sabes, la miro como hermana. Ella y mi tía Carlota son la única familia que me queda. Su marido es el amigo que más quiero en el mundo. No, no cabe en mí la villanía de galantear á la mujer de un amigo íntimo, hombre además de excepcionales condiciones morales, hombre único, lleno de méritos y virtudes.

VILLAL. Sí, sí, todo es verdad. Pero...

INFANT. ¿Pero qué?

VILLAL. Nada, hombre, nada. No es para enfadarse. Mucha virtud, mucha moral...

## ESCENA II

### LOS MISMOS; AGUADO

AGUADO. Felices, señores y milores. ¿Han visto ustedes los periódicos de la tarde?

VILLAL. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

AGUADO. ¿Se han enterado ya de los escándalos del día? (Mostrando un periódico.) Otra irregularidad muy gorda en Cuba; pero muy gorda. Ya lo dije: de la remesa de empleados que mandaron allá hace tres meses, ¿qué otra cosa podía esperarse?

VILLAL. ¡Inclito Aguado, calma, calma, filosofía. Coge la primera piedra, amenaza con ella; pero no la tires.

AGUADO. Yo sostengo que ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es Gobierno, ni aquí hay vergüenza ya. Pues digo: lo mismo que ese otro gatuperio, el crimen-cito de la calle del Pez; la curia vendida, y dos personajes de cuenta amparando á los asesinos.

INFANT. Señor de Aguado, ¿también usted se empeña en ser vulgo, ó en parecerlo?

AGUADO. Amigo Infante, usted es un ángel de Dios, que ha pasado su juventud en el inocente retiro de Orbajosa, á honesta distancia del mundo, que no conoce. Heredó usted una fortuna; hiciéronle diputado con un par de golpes de manubrio de la maquinilla de Gobernación; no ha vivido, no ha luchado; no conoce de cerca, como nosotros, la podedumbre política y administrativa... Pues yo les juro á ustedes que, si Dios no lo remedia, llegará día en que, cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balcones para verle.

ESCENA III

LOS MISMOS; OROZCO (que se asoma á la puerta del billar sin pasar de ella, con el taco en la mano). AUGUSTA, MALIBRAN (que vienen del salón.)

OROZCO. Eh! padres de la patria, ¿qué hay? ¿Qué irregularidad es esa...? (Villalonga, Infante y Aguado, se acercan á la puerta del billar y hablan con él.)

AUGUST. (Á Malibrán, riendo.) Pero dígame usted, ¿es volcánica ó no es volcánica?

MALIB. ¿Qué?

AUGUST. Esa pasión de usted.

MALIB. ¡Pícara, añade á la crueldad el sarcasmo! Mire usted que... Bien podría suceder que la desesperación me arrastrara al suicidio, á la locura... ¡Qué responsabilidad para usted!

AUGUST. ¡Para mí! Pero yo ¿qué culpa tengo de que usted se haya vuelto tonto?... ¡Muerte, locura, suicidio! ¡Eso sí que es de mal gusto! No, el hombre de la discreción y de las buenas formas no incurrirá en tales extravagancias. Yo traduzco sus expresiones al lenguaje vulgar, y digo: Hipocresía, farsa, egoísmo.

MALIB. ¡Ay, Dios mío! Casi me agrada que usted me injurie. A falta de otro sentimiento, venga esa bendita enemistad.

AUGUST. (Con hastío.) Basta.

(Orozco se ha internado en el billar. Villalonga, Infante y Aguado vuelven al centro de la escena.)

AGUADO. (Con énfasis.) Horrible, horrible, vamos.

VILLAL. (Por Augusta.) Aquí está todo lo bueno.

AUGUST. Jacinto, dichosos los ojos... Aguadito, felices. Ya,

ya le veo á usted tan indignado como de costumbre. ¿Qué hay?

AGUADO. Pues nada, señora y amiga mía. Escándalos, miserias, irregularidades monstruosas aquí y en Ultramar, nuevos datos espeluznantes del crimen famoso... y, por último, crisis. Esto está perdido, pero muy perdido.

AUGUST. Pues verá usted como Villalonga, que es uno de nuestros primeros inmorales, sostiene que todo va bien.

VILLAL. Todo bien, perfectamente bien. Y sobre tantas dichas, la de verla á usted tan guapa.

AUGUST. ¡Noticia fresca!

MALIB. (Aparte.) ¡Qué linda y qué traviesa!... Inteligencia vaporosa, imaginación ardiente, espíritu amante de lo desconocido, de lo irregular, de lo extraordinario... ¡Caerá!

AUGUST. ¿Y en el Congreso?... (Se sienta.)

INFANT. Nada, una tarde aburridísima. El consabido charrón de preguntas rurales hasta las cinco, y á la orden del día la interesantísima y palpitante discusión sobre los derechos de... la hojalata. Y en los pasillos inmoralidad, y nada más que inmoralidad.

VILLAL. Es insoportable el tema de estos días en aquella casa. No se puede ir allí, porque ha salido una plaga de honrados... Vamos, es cosa de fumigarlos por honrados... precisamente por honrados del género infeccioso y coleriforme.

AUGUST. ¡Jacinto, por Dios!... (Á Aguado.) ¿Y usted no sale á defender la clase?

AGUADO. ¿Qué clase?

AUGUST. La de los honrados, hombre.

INFANT. Como no se trata de honradéz ultramarina, este



Catón no se da por aludido. Hablamos ahora de honrados peninsulares.

AGUADO. Sí, sí, búrlese usted. Estos son ministeriales de la clase de *Isidros* ó del montón anónimo. Todo lo encuentran bien, y cuando se les habla del cáncer de la inmoralidad, alzan los hombros y se quedan tan frescos.

AUGUST. Tiene razón Aguado. Lo mismo les da á éstos el país que la carabina de Ambrosio. (Á Villalonga.) No se ría, Jacinto, que contra usted voy. Usted no tiene patriotismo, usted no se indigna como debiera indignarse, y esa sonrisa y esa santa pachorra son un insulto á la moral.

VILLAL. Pero, amiga mía, si esa nota de la indignación pública la dan otros, y la dan muy bien, ¿qué necesidad tengo yo de revolverme la bilis y hacer malas digestiones? Yo soy un hombre que, al levantarse por las mañanas, hace el firme propósito de encontrarlo todo bien, perfectamente bien. Es natural que así piense, cuando veo que los más indignados hoy son mañana los más complacidos.

AGUADO. Ó, en otros términos, que todos son lo mismo, y vamos tirando. Por lo demás, no es malo que se hable tanto de nuestros vicios, porque así los corregiremos.

AUGUST. ¡Ay, amigo mío, no sea usted cándido! Eso de la moralidad es cuestión de moda. De tiempo en tiempo, sin que se sepa de dónde sale, viene una de esas rachas de opinión, uno de esos temas de interés contagioso, en que todo el mundo tiene algo que decir. ¡Moralidad, moralidad! Se habla mucho durante una temporadita, y después seguimos tan pillos como antes. La humanidad siempre, siempre

igual á sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuando más, varía un poco la forma ó el estilo de la maldad. Pero lo de dentro, crean ustedes que poco ó nada varía.

VILLAL. ¿Eh? ¿Se explica la niña?

MALIB. ¡Qué talentazo!

INFANT. (Que ha entrado en el salón y vuelve al instante.) Ya tienes ahí á la condesa de Trujillo con el marqués de Cícero y Pepito Pez, devorando las últimas noticias del crimen.

AUGUST. ¡Ay, dichoso crimen!

VILLAL. Pues á mí no me cogen.

MALIB. Ya resulta insoportable.

AUGUST. Sí; fastidiosísimo, repugnante. Y nuestra curiosidad es de lo más estúpido... Pero no podemos vencerla. Allá voy. (Pasa al salón acompañada de Infante. Aguado entra en el billar.)

#### ESCENA IV

MALIBRÁN; VILLALONGA

VILLAL. (Dirigese al billar y retrocede, sorprendiendo á Malibrán, que, embelesado, no quita los ojos de Augusta, hasta que la ve desaparecer.) ¿Y cómo va eso, amigo D. Cornelio?

MALIB. Pues... amigo D. Jacinto, esto va mal, muy mal. Nada, nada, lo que dije á usted. Nuestra sibila está enamorada; lo veo, lo estoy viendo... ¿No lo ve usted?

VILLAL. No, yo no veo nada. No quiera usted contagiarme de sus visiones malignas.

MALIB. Lo descubriremos, sí, señor, arrancaremos el velo del enredito. ¡Pues no faltaba más! Como el gran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apt. 1825 MONTERREY MEXICO

Le Verrier descubrió el planeta Neptuno por el puro cálculo...

VILLAL. Pues no es usted poco científico...

MALIB. (Nervioso.) Por el puro cálculo, sí; estudiando las desviaciones de las órbitas de los planetas conocidos... pienso yo...

VILLAL. Descubrir el planeta ignorado...

MALIB. (Lleándole a la puerta del salón y mirando hacia este.) Diga usted, ¿será el Trujillito ese, el oficial de artillería que acompaña a la condesa?... ¿Será Calderón, la ostra de la casa?... ¿Será, por ventura, Manolo Infante, que suele hacer de sigisbeo de Augusta, y que con su capita de pariente honrado me parece a mí que las mata callando?... ¿Será...?

VILLAL. (Volviendo al centro de la escena.) Dígame, D. Cornelio, ¿ha pensado usted en Federico Viera?

MALIB. ¡Ah! (Con desdén.) No, ese no. Pero... quién sabe. Entre los amigos de la casa, entre estos pegajosos... con ribetes de parásitos, hay que buscar el documento humano que nos hace falta. Yo le juro a esa... que no se reirá de mí.

VILLAL. Al fin... ¡quién sabe!...

MALIB. ¡Quién sabe... sí!... Las mujeres... El demonio que las baraje.

VILLAL. Y a propósito de mujeres y de demonios, ¿va usted esta noche a casa de *la Peri*?

MALIB. Tarde... sobre la una. ¿Y usted?

VILLAL. Tal vez... (Viendo venir a Orozco.) ¡Chitón!

### ESCENA V

LOS MISMOS; OROZCO, AGUADO, (que salen del billar.)

OROZCO. No es exacto, repito, y buen tonto sería yo si tal hiciera.

AGUADO. Pues a mí me han dicho que, sin tu auxilio, el *correcional de jóvenes delincuentes* no se construiría nunca.

VILLAL. También a mí me lo dijeron.

MALIB. Y a mí.

OROZCO. Habladurías. He contribuido a esta obra benéfica en la misma proporción que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la Junta.

AGUADO. Ahí es donde caes tú, Tomás. ¡Si todo se sabe!

VILLAL. No le valen sus malas mañas.

AGUADO. La Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado, faltan fondos para pagar los jornales de la semana...

MALIB. Pues no hay que apurarse, porque el buen Orozco tira del talonario...

OROZCO. (Risueño y calmoso.) ¡Pues estaría yo lucido! No, esas generosidades caen ya dentro del campo de la tontería, y francamente, yo aspiro a que se tenga mejor idea de mí. El atribuir a cualquiera méritos que no posee, y que por lo disparatados no deben de lisonjear a nadie, constituye una especie de calumnia; sí, no reirse, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, tampoco debe contarse entre las virtudes.

AGUADO. ¿De modo que, según ese criterio, yo soy un calumniador?

VILLAL. Todos calumniadores...

MALIB. Al revés... es decir, que calumniamos alabando, así como usted hace el bien, fingiendo que lo aborrece, sistema de hipocresía que no vacilo en llamar sublime.

AGUADO. El es un hipócrita, sí, y nosotros sus detractores implacables. Pues espérate, que ahora nos corri-

remos. Yo saldré por ahí diciendo que eres un pillo, un hombre sin conciencia; diré más; diré que el tesoro este se da sus mañas para distraer fondos del *correcional* y aplicarlos á sus vicios.

OROZCO. (Con jovialidad.) Pues mira, si se dijera eso, alguien lo creería más fácilmente que lo otro, siendo ambas cosas falsas.

AGUADO. Ah! no creas que la opinión pública se deja extrañar tan fácilmente por los difamadores. Ya ven ustedes las atrocidades que han dicho de mí.

VILLAL. Sí, que te trajiste media isla de Cuba en los bolsillos.

AGUADO. Que si vendía los blancos como antes se vendían los morenos.

VILLAL. ¡Qué picardía suponer que tú...

AGUADO. Pues si al principio se formó contra mí una atmósfera tan densa que se podía mascar, no tardé en disiparla con mi desprecio, y al fin la opinión me hizo justicia.

OROZCO. ¿Qué duda tiene?... Por supuesto, hay que desconfiar siempre de la opinión pública cuando vitupera, así como cuando alaba excesivamente, porque la muy loca rara vez sabe fijarse en el punto medio que constituye nuestra vulgaridad. Somos muy vulgares; pertenecemos á una época que se asusta de las situaciones extremas, y no gustamos de bajar mucho por no parecer tontos, ni de subir demasiado, por no incurrir en la ridiculéz de ser absolutamente buenos.

AGUADO. ¡Ridiculéz! Pues á tí no hay quien te libre de ser el primer mamarracho de la bondad. Aguanta el chubasco, y si no te gusta, corrígete de tu furor caritativo. De tí se cuentan horrores: que costearas solo ó

casi solo las obras del *correcional* para chicos; que te comen un codo las *Hermanitas de la Paciencia*, que vistes todo el Hospicio dos veces al año...

VILLAL. Y más, mucho más. Vomitemos todas las injurias de una vez. Que acudes á remediar todas, absolutamente todas las necesidades de que tienes noticia;

MALIB. Eso, eso... y vuelva usted por otra.

OROZCO. Bien, bien. Ahogado por vuestro zahumerio estúpido, os digo que sois los mayores majaderos que conozco. Jacinto, tu adulación me da náuseas. Y tú, Aguado maldito, eres tan tonto, pero tan tonto, que mereces que creamos las perrerías que decían de tí cuando volviste de Cuba.

## ESCENA VI

LOS MISMOS; AUGUSTA, INFANTE (que vuelven del salón.)

AUGUST. ¿Quieren ustedes reirse? Quieren reirse de verás?

OROZCO. Ya nos hemos reído bastante. ¿Te parece que tenemos aquí pocos bufones?

AUGUST. Pues el que quiera divertirse, pase al salón. Esta noche tenemos á Teresa Trujillo de remate...

OROZCO. ¿Con el crimen? Vamos que á tí también te gusta esa comida. Gracias, no me divierte.

AUGUST. Graciosísima. Empeñada en que es verdad todo lo que cuentan los periódicos. No hay quien la sufra. Que el crimen es más hondo de lo que parece, y que están complicados dos ministros, y que la justicia... y los jueces... y el perrito y la mano que asomaba por la ventana de enfrente, y los dos hombres que entraron á las doce del día, y qué se yo... (se sienta.)

## ESCENA VII

### LOS MISMOS; FEDERICO VIERA

AUGUST. (Aparte, viéndole entrar.) (Ah!... ya está ahí. No sé si podré disimular... cara mía, cuidado...)

OROZCO. (Saludándole.) Hola, Federiquín... Gracias á Dios.

AUGUST. (Alargándole la mano.) ¡Cuánto tiempo!... ¿Ha estado usted malo?

FEDERIC. Un poco.

AUGUST. Pues no se le conoce en la cara.

VILLAL. Si traes noticias patibularias, fresquecitas, pasa á la sección de lo criminal que preside la condesa de Trujillo.

FEDERIC. Ya la he visto al pasar. A la condesa le falta poco para traerse el verdugo en el bolsillo.

INFANT. Pues yo sostengo que es un crimen vulgar, adocenado, un crimen de pacotilla, y que no hay personajes encubridores, ni misterios de folletín.

AGUADO. Este archisensato quiere presentarnos los hechos arregladitos á un patrón de conveniencias curialescas.

AUGUST. Claro, hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su poquito de ministerialismo.

INFANT. No es eso, no. Pero me parece absurdo mezclar en asuntos tan bajos á personas respetables.

OROZCO. ¿Quién podrá afirmar ni negar nada? Yo digo que si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren á la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos que nunca se ven, así como en el interior de las rocas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. En cuestión de enigmas

sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone, pero tampoco lo niego sistemáticamente.

FEDERIC. Muy bien dicho.

AUGUST. Yo no soy sistemática. Pero me inclino comunmente á admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que es la gran inventora, la maestra siempre fecunda y original siempre. Rechazo todo lo que me presentan ajustado á patrón, todo lo que solemos llamar *razonable* para ocultar la simpleza que encierra. ¡Ay! los que se empeñan en amanerar la vida no lo pueden conseguir. Ella no se deja, ¿qué se ha de dejar? Este primo mío, (por Infante) empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la corteza oficial ó pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y engañarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo de extraordinario y anormal. Sería ridículo y hasta deshonesto para la humanidad que los delitos fuesen siempre á gusto de los jueces.

MALIBRÁN, VILLALONGA. Bien, bien.

OROZCO. Mi mujer tiene razón. Convengamos en que lo extraordinario y misterioso, no por inverosímil deja de ser verdadero alguna vez.

INFANT. Claro, alguna vez.

AGUADO. Siempre, siempre.

MALIB. Hombre, siempre no.

AGUADO. Siempre digo.

FEDERIC. Tiene razón Augusta. Convengamos en que la realidad es fecunda, original, en que el artificio que resulta de las conveniencias políticas y judiciales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema á lo

novelesco, ni por huir de un amaneramiento caigamos en otro, amiga mía. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias inesperadas, lances y sorpresas terribles; y es tontería echarnos á buscar el interés febricitante, cuando quizás lo tenemos latente á nuestro lado, aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos á la cara.

AUGUST. Conforme. Pero yo no busco el interés febricitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso. Tan alta idea tengo de la realidad... como artista. He dicho.

VILLAL. (Aplaudiendo.) ¡Bonita paradoja!

AGUADO. ¡Pero qué ingenio el de esta pícaral! (Todos aplauden.)

AUGUST. Gracias, amado pueblo.

FEDERIC. Tiene usted toda la sal de Dios.

AUGUST. (Aparte.) ¡Qué zalamerito viene esta noche...! (Alto.) Tilín, tilín, se suspende esta discusión.

MALIB. (Á Orozco.) ¿Carambolas, Tomás?

OROZCO. No, dispéñeme la diplomacia. Me retiro. No me siento bien.

AGUADO. Jugaremos. (Mirando al reloj.) Poco tiempo tenemos ya. Estas gentes morigeradas, estos matrimonios modelo se recogen con las gallinas. (Malibrán y Aguado pasan al billar.)

AUGUST. (Á Infante, que se despida.) ¿Ya?... ven á comer mañana.

OROZCO. (Mirando al salón.—Aparte á Augusta.) Paréceme que la condesa quiere marcharse. No la entretengas.

AUGUST. Voy enseguida...

OROZCO. (Saludando á Villalonga.) Abur, Jacinto, hasta mañana. (Á Federico.) Adiós. Ya sé que es temprano para vosotros, perdidos. Aún podéis matar un rato en el billar.

VILLAL. Que descanses. (Acompaña á Orozco hasta la puerta del despacho, y pasa al billar. Augusta se dirige al salón; pero retrocede al ver á Federico solo en escena.)

## ESCENA VIII

AUGUSTA; FEDERICO

AUGUST. (Airada, recelosa, bajando la voz.) Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FEDERIC. ¡Yo! ¿Por qué? (Va hacia la puerta del salón, atisba y vuelve.) También yo deseaba que estuviésemos solos para decirte...

AUGUST. No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FEDERIC. Por culpa tuya.

AUGUST. ¡No, tuya, tuya! No sé qué tienes en esos ojos... la traición, la mentira y el cinismo. (Muy agitada.) Me voy acostumbrando á la idea de que huyes de mí, atraído por personas indignas, que no quiero ni debo nombrar.

FEDERIC. ¡Qué desvarío! ¿Te espero mañana?

AUGUST. No, (Con energía.) no vuelvo más; no, no me mereces.

FEDERIC. Ya lo sé. ¡Pero tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno! ¿Irás?

AUGUST. No quiero. Bien claro te lo digo.

FEDERIC. Te espero, ¿sí ó no?

AUGUST. He dicho que no... (Aturdida.) ¡Lo pensaré! No, no, y mil veces no. Si fuese, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FEDERIC. Pues para eso vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiramos los trastos á la cabeza.

AUGUST. Cállate... Pueden oír. (Con miedo.) Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no, no, no.

FEDERIC. Pero...

AUGUST. Basta... cállate... salgamos... (dirigese al salón. Durante las últimas frases aparece Malibrán en la puerta del billar y se detiene en ella con expresión de asombro.)

### ESCENA IX

FEDERICO, MALIBRÁN, VILLALONGA

MALIB. (A Federico.) Brava mujer, ¿verdad? ¡Y qué alma, qué pasión!... qué genio...!

FEDERIC. (Aparte, con desdén.) Estúpido. (Se retira por el salón.)

VILLAL. (Saliendo del billar.) Oye, tú... (A Federico que no le contesta.) Va disparado. Tocan á retreta, amigo Malibrán. Llegó la hora del desfile. Vámonos. En estas casas donde reinan el orden y las buenas costumbres, le echan á uno antes de media noche... ¿Y qué tal? ¿Hemos descubierto algo?

MALIB. (Aparte.) Reservaréme el privilegio de invención. (Alto.) Pues nada.

VILLAL. ¿De veras?

MALIB. Absolutamente nada. Seguimos á obscuras. (Salen por la izquierda.)  
(Los criados apagan las luces del billar y comedor, cerrando ambas puertas. Retiran también las luces de la escena, dejando sólo una.)

### ESCENA X

OROZCO (que sale de su despacho, sin traje de etiqueta.)

AUGUSTA

OROZCO. Ya se van... Gracias á Dios. La sociedad me cansa más cada día. (Se sienta en el sillón y apoya la frente en la palma de la mano.)

AUGUST. (Viniedo del salón.) Gracias á Dios que se fueron. Deseo estar sola. (Reparando en Orozco.) Ah! Estás ahí? ¿duermes?

OROZCO. No.

AUGUST. ¿Por qué no te acuestas?

OROZCO. No dormiré.

AUGUST. Padeces de insomnio. Tomás, tú no estás bien. Es preciso que te cuides y pongas orden en ese cerebro. Cavilas demasiado, te fijas más de lo conveniente en asuntos que no debieran interesarte en tanto grado.

OROZCO. Pues mis desvelos deben de ser contagiosos, porque tú también estas últimas noches estuviste muy despabilada.

AUGUST. Es que cuando te siento despierto, no puedo dormir. No creas; á mí no me importa. Resisto perfectamente los largos insomnios. Este cerebro mío, creo yo que es de piedra.

OROZCO. ¡Qué dichal

AUGUST. Lo que á tí te pasa bien lo sé yo. Eres una alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior. Pero como no tienes que luchar por la existencia, porque todos los problemas del vivir te los han dado resueltos, resulta que tus grandes energías están sin uso, y para que no se te pudran dentro, las aplicas á cualquier objeto. Ya te afanas por corregir á los criminales precoces; ya te interesas por las niñas abandonadas como si fueran tuyas, ó bien das en proteger á ingratos, en salvar de la miseria á los que se arruinaron por informales ó tramposos... No, no, yo no te censuro que seas caritativo. Pero todo tiene su límite y su medida, hasta la bondad.

OROZCO. Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. ¿Y si yo te dijera que cumplo muy mal los deberes que me impone mi posición? Cree que algunas noches me

AUGUST. Basta... cállate... salgamos... (dirigese al salón. Durante las últimas frases aparece Malibrán en la puerta del billar y se detiene en ella con expresión de asombro.)

### ESCENA IX

FEDERICO, MALIBRÁN, VILLALONGA

MALIB. (A Federico.) Brava mujer, ¿verdad? ¡Y qué alma, qué pasión!... qué genio...!

FEDERIC. (Aparte, con desdén.) Estúpido. (Se retira por el salón.)

VILLAL. (Saliendo del billar.) Oye, tú... (A Federico que no le contesta.) Va disparado. Tocan á retreta, amigo Malibrán. Llegó la hora del desfile. Vámonos. En estas casas donde reinan el orden y las buenas costumbres, le echan á uno antes de media noche... ¿Y qué tal? ¿Hemos descubierto algo?

MALIB. (Aparte.) Reservaréme el privilegio de invención. (Alto.) Pues nada.

VILLAL. ¿De veras?

MALIB. Absolutamente nada. Seguimos á obscuras. (Salen por la izquierda.)  
(Los criados apagan las luces del billar y comedor, cerrando ambas puertas. Retiran también las luces de la escena, dejando sólo una.)

### ESCENA X

OROZCO (que sale de su despacho, sin traje de etiqueta.)

AUGUSTA

OROZCO. Ya se van... Gracias á Dios. La sociedad me cansa más cada día. (Se sienta en el sillón y apoya la frente en la palma de la mano.)

AUGUST. (Viniedo del salón.) Gracias á Dios que se fueron. Deseo estar sola. (Reparando en Orozco.) Ah! Estás ahí? ¿duermes?

OROZCO. No.

AUGUST. ¿Por qué no te acuestas?

OROZCO. No dormiré.

AUGUST. Padeces de insomnio. Tomás, tú no estás bien. Es preciso que te cuides y pongas orden en ese cerebro. Cavilas demasiado, te fijas más de lo conveniente en asuntos que no debieran interesarte en tanto grado.

OROZCO. Pues mis desvelos deben de ser contagiosos, porque tú también estas últimas noches estuviste muy despabilada.

AUGUST. Es que cuando te siento despierto, no puedo dormir. No creas; á mí no me importa. Resisto perfectamente los largos insomnios. Este cerebro mío, creo yo que es de piedra.

OROZCO. ¡Qué dichal

AUGUST. Lo que á tí te pasa bien lo sé yo. Eres una alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior. Pero como no tienes que luchar por la existencia, porque todos los problemas del vivir te los han dado resueltos, resulta que tus grandes energías están sin uso, y para que no se te pudran dentro, las aplicas á cualquier objeto. Ya te afanas por corregir á los criminales precoces; ya te interesas por las niñas abandonadas como si fueran tuyas, ó bien das en proteger á ingratos, en salvar de la miseria á los que se arruinaron por informales ó tramposos... No, no, yo no te censuro que seas caritativo. Pero todo tiene su límite y su medida, hasta la bondad.

OROZCO. Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. ¿Y si yo te dijera que cumplo muy mal los deberes que me impone mi posición? Cree que algunas noches me

quita el sueño la conciencia turbada, intranquila.

AUGUST. (Sorprendida.) ¡Tú... con la conciencia turbada; tú, el hombre mejor del mundo! Tomás, positivamente no estás bueno. (Con cariño.) Hijo mío, acuéstate y descansa. Si la conciencia te quita el sueño á tí, á tí, que eres tan bueno, ¿quién, dime, quién dormirá en este mundo? (Pasa á la alcoba.)

OROZCO. (Levantándose.) Bueno; te obedeceré! (Vacila; se vuelve á sentar.) No, no me acuesto. Mejor estoy aquí. ¡Qué dulce soledad! Aquí, solo, dentro del círculo de mis pensamientos, apartado de la sociedad, que en su comedia insípida me impone uno de los papeles más vulgares, restablezco mi personalidad, me gozo en contemplar los medios que empleo para mi propia corrección; examino mis ideas, peso mis acciones... Oh! no estoy satisfecho de mí, ni mucho menos... ¡Y esos necios creen...! Poco, muy poco he hecho para aliviar el mal humano... He de hacer más, mucho más...! Hay que seguir, hay que avanzar, avanzar siempre... hasta descubrir la fuente eterna, aunque no podamos beber en ella más que algunas gotas que nos salpican á la cara!... (Levántase.) ¡Cuán larga y compleja la humana labor! y el tiempo (mirando el relój) con qué traidora sencillez se escurre, se va, se pierde...! No, no, aunque mi mujer me riña, no me acuesto sin trabajar un poco. (Pasa al despacho.)

AUGUST. (Por la puerta de la alcoba, en traje de noche, con una luz en la mano.) Escribiré aquí... Cuatro palabras no más... (Reparando en la luz del despacho.) Ah! está allí... (Le observa desde la escena.) Hace un instante, hablaba de conciencia intranquila. Este hombre sin par no sabe lo que es vivir con los piés sobre la

tierra. El los tiene en las nubes, como los bienaventurados que vemos en los techos de las iglesias. No sé qué me pasa. Esta inquietud mía ¿qué es? Los remordimientos se confunden en mí con el temor de no ser amada. Más que el delito, me espanta la idea de una rivalidad humillante. ¡Conciencia extraña la mía! No conozco el remordimiento, sino cuando me lo traen los celos, y sólo cuando éstos me abrazan, reconozco y declaro que no soy buena... Lo que yo quisiera sería poder confiar á alguien este secreto que me abrumba. Sí, aunque absurdo parezca, siento impulsos de abrir mi corazón delante de este hombre sin par, y contarle... confesar, sí, por consuelo y alivio del alma, no por renegar de mi error y prometer la enmienda. No: sé que no tendré fuerzas para enmendarme de verdad, ni hipocresía para parecerlo. No quiero, no, estafar la absolución... ¡Pero qué absurdos pienso! ¡Confesarme á Tomás!... Parece que tengo fiebre. (Se toca la frente, se toma el pulso.) Á estas horas, el insomnio y las cavilaciones me llevan á una verdadera locura. Como que á veces dudo si duermo ó estoy despierta. ¡Dios mío! ¿seré yo sonámbula? (Con terror.) ¿Incurriré en la tontería de contarle...? (Levántase.) No, despierta estoy... (se pellizca los brazos) y bien despierta.

OROZCO. (En la puerta del despacho.) ¿Pero estás aquí? Me has asustado.

AUGUST. Cuando me acostaba, creí sentirte inquieto y... ¿Por qué trabajas tan tarde?

OROZCO. Tengo la cabeza tan despejada como á las doce del día. Francamente, no veo la necesidad de dormir toda la noche.



AUGUST. Tu robusta naturaleza te engaña, querido. Imposible vivir así. Eres bueno, y por ser mejor te estás dando muy malos ratos. Es hasta un rasgo de soberbia el pretender salirse de la imperfección humana... ¡Ay, tengo miedo á la exaltación de tu cerebro! Por qué no duermes?

OROZCO. Descansa tú y déjame á mí.

AUGUST. Si yo tampoco siento necesidad de dormir.

OROZCO. Esta noche, sobre las mil cosas que en mi cabeza traigo, me intranquiliza la carta que recibí hoy de Joaquín Viera, el padre de Federico.

AUGUST. (Con viveza.) ¿Sí? ¿y qué es?

OROZCO. Me dice que llegará aquí del 26 al 28, y que viene á tratar conmigo de un asunto de intereses.

AUGUST. Sablazo seguro. Por amor de Dios, Tomás... ponte en guardia.

OROZCO. No caigo en qué podrá ser. Dejémosle venir.

AUGUST. ¡Qué infame! No se parece nada á su hijo, que, aunque mala cabeza y desordenado, tiene un fondo de caballerosidad que...

OROZCO. Es verdad. Tan noblote y simpático es el hijo como trapalón el papá.

AUGUST. Mucho cuidado con ese petardista, Tomás. Ponle mala cara cuando le recibas.

OROZCO. ¿Pero qué lío traerá ese hombre? Como si lo viera, me presentará algún antiguo y olvidado crédito de la *Humanitaria*. ¡Pero si por mi cuenta, no hay ninguno que no esté satisfecho!...

AUGUST. ¡Ay! esa maldita sociedad ha dejado tras sí un rastro vergonzoso.

OROZCO. Yo no soy responsable; pero disfruto del capital amasado con aquel negocio, en que trabajaron juntos mi padre (que Dios perdone) y este Joa-

quín Viera. No juzgo lo que hicieron. Después Joaquín, arruinado, huye al extranjero, y se dedica al chantaje y á mil trapisondas... Veremos con qué enredo se descuelga ahora... ¿Crees tú que...?

AUGUST. No sé... No entiendo...

OROZCO. (Muy inquieto.) No tengo sosiego hasta ver... (Levántase.) Examinaré el expediente de la *Humanitaria*.

AUGUST. ¡Por Dios! ¡ahora!...

OROZCO. No puedo contenerme. Yo soy así. El llanto sobre el difunto. Pronto saldré de dudas. (Pasa al despacho, cuya claridad debe verse desde la escena. En ésta no hay más luz que la de la vela que ha traído Augusta.)

AUGUST. ¡Dios mío! ¡qué hombre! Los dos padecemos insomnio, ¡pero por cuán distintos motivos! A mí me desvela en el pecado, á él la perfección... (Observándole desde el centro de la escena.) Ahora saca un legajo... lo desata... lo examina... Lee... Aprovechemos este instante. (Dirjese á la mesa en que hay papel y tintero.) Necesito que me pida perdón, que desvanezca este enojo, esta pena... No puedo soportar su amistad con esa mujer indigna. Y no le vale decirme que sus visitas son inocentes... Esta noche me propuso que nos viéramos mañana. ¡Y yo, tonta, respondí que no! ¡Tenemos á veces unos arranques de dignidad tan ridículos! Nada, nada, le citaré. (Escribe rápidamente.) «Aunque no lo mereces, necesito oír tus descargos, y acudiré á la hora de costumbre. Si tardas, te araño.» No, no; esto es humillante. (Rasga el papel, lo arruga, y al arrojarlo al suelo titubea, y al fin se lo guarda en el seno.) Escribiré otra. Principiaré muy incomodada, y con pocas ganas de perdonar. El es quien debe humillarse. Coquetea-

remos. (Escribe.) «Amigo mío, es preciso que esto concluya, y que tratemos formalmente de nuestra separación definitiva.» Esto, magnífico. ¡Oh! no, no. Debo tratarle á la baqueta, vituperarle por su amistad con esa... ¡Maldita Peri, aborto del infierno! Esto no sirve. (Rompe la carta y se guarda los pedazos arrugados en el seno. Escribe otra vez.) «Imposible perdonarte tus visitas á esa mujerzuela. No vuelvas á presentarte delante de mí, si no me juras...» Eso, que jure, que se fastidie... No, no; tampoco esta sirve. ¡Qué tonta estoy! Conviene mucha suavidad... ternura... Si no, puede que su orgullo se alborote, y... No. (Guarda en el seno los restos de la tercera carta, y empieza otra.) «Eres un ingrato, y correspondeste mal al inmenso cariño... Es menester que hablemos pronto... Mañana, ya sabes la hora...» Al fin acerté. Esta va bien. (Cierra la carta, y escrito el sobre, la guarda en el seno. Levántase.) ¡Tedio inmenso de esta vida, vendo mi alma por combatirte... (Como sosteniendo una lucha.) No puedo, no puedo ser de otra manera. Mañana romperé otra vez la regularidad enervante de esta vida; mañana probaré lo misterioso y desconocido, la miel del secreto que nos compensa de tanta insipidez... (Desde el centro de la escena, mirando hacia el interior del despacho.) Hombre sin tacha, tus luchas son como una comedia que compones y representas para engañar el fastidio de esta normalidad que nos convierte la vida en un Limbo sin pena ni gloria. El bien ó el mal, esos dos guerreros que nunca concluyen de batirse, ni de vencerse, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En tí no hay más que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas

de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo si debo deseársela... (Con arranque.) Pero lo que yo digo: los santos, estarían mejor en el cielo. La tierra, dejárnosla á nosotros, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor... Los puros, que se vayan al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece. (Mirando hacia el despacho.) Ya parece que se cansa de revolver legajos... se levanta.

OROZCO. (Con la lámpara en una mano, y varios papeles en otra.)

¿Aquí todavía?

AUGUST. Me iba ya.

OROZCO. Aguarda un poco. Hace tanto calor en ese despacho, que vengo á trabajar aquí. Me han puesto la chimenea que parece un infierno.

AUGUST. Trabajar...! tan tarde...!

OROZCO. Sí, tengo que escribir unas cartas...

AUGUST. Qué es esto? (Viendo el legajo que Orozco deja sobre la mesa.) ¿El expediente de la *Humanitaria*?

OROZCO. Sí... y por más vueltas que le doy, no puedo encontrar el dato que busco. No descubro ningún crédito pendiente... (Se sienta.) Además, traigo aquí otro asunto que quiero estudiar... y consultarte.

AUGUST. A mí?

OROZCO. Asunto por el que mostraste gran interés. ¿No te acuerdas? Aquel proyecto de institución para criar y educar niñas desvalidas. Tú me dijiste que te gustaría dedicar á esta obra benéfica todo el cariño, todo el interés, toda la atención correspondientes á los hijos que no hemos tenido.

AUGUST. Es cierto; lo dije.

OROZCO. Obra hermosa en verdad. Mira. (Dándole un papel.)

Este es el plan primitivo ideado por mí, y que á tí te pareció demasiado amplio. Este otro (dándole otro papel) es un borrón tuyo, modificando mi plan... Lee la nota que le puse. Verás que si yo pequé de atrevido, tú empequeñeces demasiado la institución. Examínalo todo, y proponme una solución intermedia más práctica que mi proyecto y menos meticolosa que el tuyo.

AUGUST. (Con hastío.) Bien. (Guarda los papeles en el bolsillo.)

OROZCO. (Mirándola sorprendido.) ¿Pero qué tienes, vida mía? Noto en tí cierta agitación.

AUGUST. Me has contagiado. No sé qué hay en mi cerebro. Pásame una cosa muy extraña.

OROZCO. ¿A ver?

AUGUST. Estas noches... se me figura que cuando duermo estoy despierta, y que cuando estoy despierta, duermo. ¡Qué desatino! Ahora mismo, imaginaba que entré aquí, no sé á qué hora, y que te hablé.

OROZCO. (Riendo.) ¿Dormida?

AUGUST. Sí... y que te dije muchas cosas, de un modo inconsciente... como si fuera yo una máquina de hablar.

OROZCO. ¿Y qué me dijiste?

AUGUST. Cosas... de esas que no se dicen nunca... no sé... Sácame de dudas. ¿Es cierto que te hablé?

OROZCO. No. (Recordando.) Ah! sí, anoche en este mismo sitio, ya un poco tarde, entraste y hablamos...

AUGUST. ¿Y qué te dije?

OROZCO. Algo que me sorprendió... sí.

AUGUST. (Con gran curiosidad.) Repítelo, por Dios!

OROZCO. Me dijiste... á ver si recuerdo. Ah! contestando á no sé qué expresión mía, dijiste: «Declaro que hay en mi espíritu una tendencia irresistible á pren-

darme de todo lo que no es común ni regular.»

AUGUST. Ya... sí.

OROZCO. Dijiste además «tengo antipatía al orden pacífico del vivir, á la corrección, á esto mismo que llamamos comedidades. Esto de hacer un día y otro las mismas cosas, el tenerlo todo previsto, el encontrar todo á punto, me entristece, me fatiga. Bendito sea lo inesperado, porque á ello debemos los pocos goees de la existencia.»

AUGUST. (Riendo.) Sí, sí. Y que me entristecía tener asegurados y distribuidos los afectos como las rentas... ya, ya recuerdo, me quejaba de este inmenso hastío de la buena posición, de este compás social, de esta educación puritana y meticolosa que nos desfigura el alma, como el maldito corsé nos desfigura el cuerpo.

OROZCO. Justamente. Te contesté lo que me pareció y...

AUGUST. ¿Y no te dije nada más?

OROZCO. Creo que no.

AUGUST. Estás seguro?

OROZCO. No recuerdo...

AUGUST. Pues bien despierta estaba cuando te lo dije.

OROZCO. Si tienes algo más que decirme, ahora...

AUGUST. No, no... Es que... No hagas caso.

OROZCO. Retírate ya.

AUGUST. Y tú?

OROZCO. Velaré un poco más. (La abraza.) Vete á descansar.

AUGUST. No trabajes, por Dios... tan tarde...

OROZCO. Pero, hija, ¿qué es esto? (Tocándola el seno al abrazarla.) Tienes el pecho lleno de papeles...

AUGUST. (Turbada.) No... qué?... papeles?...

OROZCO. Sí...

AUGUST. (Con una idea feliz.) Ah!... sí... lo que me has dado... eso de la fundación.

OROZCO. Ya... (Vacilando.) Pero... (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

AGUST. Pero qué? dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

OROZCO. (Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.) Á dormir.

AGUST. ¡A esperar! (Vase.) (Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de *la Peri*. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

FEDERICO, LINA, después INFANTE

FEDERIC. ¿Está?

LINA. Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FEDERIC. ¿Hay alguien?

LINA. Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (señalando á la izquierda) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre á abrir, que debe de ser ese.»

FEDERIC. Aquí todos somos *eses*... Díme: (llamando á la criada, que se retira) ¿Y quién es... ese?

LINA. Don Manolito Infante.

FEDERIC. ¡Infante!

LINA. Sí... Le diré á usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el D. Manolito, ese otro, que también es diputado...

FEDERIC. Sí, Villalonga... buen punto.

LINA. Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FEDERIC. Malibrán.

LINA. Alias D. Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divertieron

**OROZCO.** Ya... (Vacilando.) **Pero...** (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

**AUGUST.** Pero qué? dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) **Sácalo.**

**OROZCO.** (Después de vacilar un instante.) **No. Déjame.** (Empujándola hacia la alcoba.) **Á dormir.**

**AUGUST.** ¡Á esperar! (Vase.) (Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de *la Peri*. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

FEDERICO, LINA, después INFANTE

FEDERIC. ¿Está?

LINA. Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FEDERIC. ¿Hay alguien?

LINA. Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (señalando á la izquierda) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre á abrir, que debe de ser ese.»

FEDERIC. Aquí todos somos *eses*... Díme: (llamando á la criada, que se retira) ¿Y quién es... ese?

LINA. Don Manolito Infante.

FEDERIC. ¡Infante!

LINA. Sí... Le diré á usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el D. Manolito, ese otro, que también es diputado...

FEDERIC. Sí, Villalonga... buen punto.

LINA. Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FEDERIC. Malibrán.

LINA. Alias D. Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divertieron

como demonios. Leonor pidió tres billetes de caballero y cinco de señora para el baile de esta noche en el teatro Real. El Malibrán dijo que no había ya billetes de caballero, y que apostaba una merienda en Aranjuez á que no se conseguiría ninguno. Infante aceptó la apuesta, y dijo: «Mañana, antes de las once, están aquí los ocho billetes,» y ha cumplido... ¡pobrecito! Entró un momento antes que usted.

FEDERIC. ¡Caramba! (Receloso, mirando hacia la izquierda.) Sentiré que me vea.

LINA. ¡Quiá!... no le verá á usted...

INFANT. (Asonándose á la puerta.) ¡Federiquín... tú...!

FEDERIC. ¡Manolo... tú...!

INFANT. Sí, hijo de mi alma, yo soy; yo, tu siempre fiel amigo. No me riñas por verme aquí. Te contaré...

FEDERIC. Ya me lo ha contado ésta...

INFANT. Pero, dime, ¿y cómo...?

FEDERIC. No me riñas tú ahora, después que he sido yo tan indulgente...

INFANT. Pues indulgencia recíproca. Oye. He tenido el gusto de ganarle una apuesta á Malibrán... Tontería, puerilidad si quieres. Este condenado amor propio... Ahora explícame tú...

FEDERIC. No vengo á traer billetes ni á ganar apuestas. Tengo que decir cuatro palabras á Leonor. (A Celestina.) ¿Tardará en salir?

INFANT. Pasa, hombre. Eres de confianza.

LINA. No hay nadie. El peluquero, lo modista y dos prenderas.

FEDERIC. Plantón tenemos.

INFANT. Pues yo no. Mira (dando los billetes á la criada) dale los billetes, y que se prepare para la meriendita que hemos ganado.

## ESCENA II

FEDERICO; INFANTE

FEDERIC. Bueno, bueno, bueno... (Mira su reloj con impaciencia.) Las diez y media ya.

INFANT. ¿Qué te pasa? Estás inquieto... ¡Cuéntame, por Dios! ¿Quieres que te recoja luégo, y nos vamos á almorzar juntos?

FEDERIC. No, no cuentes conmigo. Hoy es para mí un día nefasto, con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema, ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico, discurro lo que debo hacer... y hecho. Obro por inspiración. En presencia del enemigo que me acosa, siento en mí algo del genio militar, y me desencuelgo súbitamente con una combinación rápida y salvadora.

INFANT. ¡Tremenda vida! ¡Pobre amigo! Anoche, al salir del Círculo para venir acá, me dijo el primo de Villalonga que la suerte, ¡bribona! se había portado contigo infamemente.

FEDERIC. (Sombrio.) ¡Sí... noche más negra! Debí prever el desastre, pues cuando nos amenaza un día de prueba, la noche que le precede es siempre una noche de perros.

INFANT. Querido, á todo trance es preciso que pongas término á esa vida de angustias... No me digas que no puedes; no me digas... Ten presente cuánto te queremos todos tus amigos. ¿No te inspiro yo confianza?... ¡Hombre, por María Santísima! Pues qué, ¿yo no merezco?... ¡Tu amigo de la infancia... el que

fué tu camarada en la escuela, en el colegio, en la Universidad...!

FEDERIC. No hablemos de eso.

INFANT. ¿Y si yo insistiera en hablar y en pedirte que me confíes tus dificultades y en ayudarte á vencerlas?

FEDERIC. Te lo agradecería; pero no quiero perder tu preciosa amistad.

INFANT. ¡Perderla!

FEDERIC. Sí, perderla. Yo me entiendo. Los favores de cierta clase se pagan con el aborrecimiento. Querido Infantillo, cada cual es como Dios le ha hecho. Cuando un hombre padece ataques más ó menos agudos de esa terrible enfermedad que se llama insolencia, si quiere conservar los amigos, lo primero que tiene que hacer es no deberles nada. Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio cuando me estoy ahogando. En fin, punto final.

INFANT. (Aparte.) ¡Qué hombre este! El orgullo le acabará. (Alto.) Pues quiera Dios que este día nefasto termine sin ninguna catástrofe. Para todo, para todo, ¿lo entiendes? cuenta conmigo. Verás cómo sales bien.

FEDERIC. Saldremos... sí. Hay fe en la Providencia. ¡Qué día, chico, qué día! ¡Mentira parece que tantos y tan diferentes males quepan dentro del término breve de unas cuantas horas! Porque á las dificultades de cierto género, pasajeras, sí, y de poca importancia, debo añadir hoy... Vamos, ¿te lo cuento?

INFANT. Hombre, sí. Venga.

FEDERIC. Pues... Ya sabes dón de vivo... Algunas noches, á la hora en que nos recogemos los madrugadores, es decir, los que nos acostamos de madrugada, me has dado convoy hasta la puerta de mi casa. ¿Recuer-

das que frente por frente á mi puerta hay un letrero que dice: *Santana. Géneros del Reino y extranjeros?*

INFANT. Sí; una tienda de ultramarinos. ¿Y qué?...

FEDERIC. Espérate. Más arriba del letrero, hay dos ventanas. Allí tiene su escritorio ese animal.

INFANT. ¿Qué animal?

FEDERIC. El tendero. Déjame seguir; el cual es tío de un sobrino... y éste, el sobrino... hortera de unos veinte años, guapín, sentimental, con el romanticismo dulzón de una libra de pasas convertida en persona, tiene el atrevimiento de hacerle guiños á mi hermana.

INFANT. Ah! ya...

FEDERIC. Y no es eso lo peor... lo terrible, querido Manolo, es que Clotilde se deja querer de semejante aborto... Ayer lo descubrí, y me volé. ¡Escena terrible en mi casa! Tengo que hacer un escarmiento en esas mujeronas que me sirven...

INFANT. Cuestión delicada es esa... Considera que tu hermana no vive en la esfera social que le corresponde. Está en la edad crítica del amor. No ve á nadie... ha visto á ese chico...

FEDERIC. (Irritándose.) Cállate, ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo semejante! Quitá; déjame. Tú conoces mis ideas; soy un botarate, un vicioso; pero hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámalo soberbia si te parece mejor.

INFANT. Pues lo llamo, sí.

FEDERIC. No tolero que un vendedor de aceitunas ponga los ojos en Clotilde, y me resigno menos á que ella guste de semejante zascandil... Anoche... aún me dura el coraje, la excitación que el caso me produjo... al

retirarme á casa, sorprendí al tipo ese, que furtivamente abría la puerta de la calle para salir...

INFANT. De modo que se colaba...? Y tú... (señal de agresión) le...?

FEDERIC. Le agarré del pescuezo... cree que si el sereno no me lo quita de las manos, allí acaban sus atrevimientos y la mengua de mi nombre y de mi casa.

INFANT. Serénate... considera... Se comprende que no te agrada la elección de tu hermana. Pero fijate en las circunstancias. ¿Acaso la has puesto tú en condiciones de elegir?

FEDERIC. ¡Malditas circunstancias! Sólo sirven de tapadera infame para cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero... ¡qué remedio! Aunque me llames extravagante, te diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. No soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Ya conoces mi repugnancia á admitir ciertas ideas muy en boga. Eso que en lenguaje político se llama *pueblo*, yo lo detesto, ¡qué quieres que te diga! y no creo que con la gente de baja extracción, vayan las sociedades á nada grande, hermoso, ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula; lo heredé de mi madre... Créelo; eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera, ¡Dios nos asista!

INFANT. ¿Que no la hay? Tu hermanita te sacará de dudas.

FEDERIC. Prefiero verla muerta.

INFANT. Piénsalo bien. Esas cosas se dicen pronto; pero luego la señora realidad nos pone los puntos sobre las íes... Cálmate. Te afanas sin motivo. Examina-

das con serenidad, tus desdichas no son tan fieras como las pintas.

FEDERIC. Es que aún hay más, Manolo.

INFANT. ¿Más?

FEDERIC. Te aseguro que... Hoy, poco antes de salir de casa, recibí una carta de mi padre, anunciándome que llega mañana á Madrid.

INFANT. Tu padre... ¿y qué?

FEDERIC. Pareces tonto... Mi padre. Y sigue la mala. ¿Á qué vendrá?

INFANT. Pues, hombre, vendrá... á verte.

FEDERIC. Es mi padre, y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva... Pero hartito sabes que nunca viene á Madrid sino para negocios y combinaciones que á mí me desagradan, me lastiman...

INFANT. Sí, ya... sé. Por ahí suelen llamarle *el cometa*... ¿Pero á tí qué te importa?

FEDERIC. ¡Que qué me importa! Confíesame, querido Infante, que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol. (Entra Leonor presurosa por la derecha, abrochándose la bata.)

### ESCENA III

#### LOS MISMOS; LEONOR

LEONOR. ¡Hola, micos! (A Federico.) Dispensa el plantón. (A Infante.) Y usted, niño simpático, sepa que se le quiere. ¡Viva la gente de arranque! Los billetes aquí, y el diplomático más corrido que una mona.

INFANT. No me lo agradezcas á mí, sino á él, á su fatuidad.

LEONOR. (Despidiéndole.) Con que... mil gracias, y...

INFANT. Ya, ya sé que estorbo...

LEONOR. Usted no estorba nunca: no, no; pero... cuanto más



pronto se largue, mejor... Confianza se llama esta figura...

INFANT. Abur, abur.

LEONOR. Y mil gracias otra vez. (Empujándole hacia la puerta.)

INFANT. Ya, ya me voy. ¡Infeliz amigo!

#### ESCENA IV

LEONOR; FEDERIC

LEONOR. Hay que echarte memoriales para verte. ¿Cómo estás? ¿Á ver esa carátula? ¿Palidéz tenemos, y ojos tristes?... ¡Ay, ay! ¡Pobrecito de mi alma! (Se sienta en un sofá.)

FEDERIC. ¿Y tú, qué tal?

LEONOR. Ya lo ves: vendiendo vidas. ¿Recibiste mi papel?

FEDERIC. Claro que lo he recibido, pues aquí estoy.

LEONOR. Pues te llamé... Verás... Supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tiene armada para hoy ese pillito. Me entraron ganas de echar un capote por tí, como tú lo has echado por mí, cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FEDERIC. Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante tí el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEONOR. Es que yo soy tu amiga... de la entraña, y los demás lo son de aquí. (Tocando la punta de la lengua.) Estoy contenta; esta mañana te eché las cartas, y en ellas ví que saldrías bien del soponcio.

FEDERIC. ¡Qué célebre! (Riendo.) ¿Y qué te dijo el náipe?

LEONOR. Primero salió *disgusto grande*... ya sabes, el *siete de espadas*, en un corto camino, cuerpo y pensa-

miento de un hombre moreno. La cosa era bien clara.

FEDERIC. Clarísima; ya lo creo.

LEONOR. No lo tomes á broma. Pues encendidas las velitas y dichas las santas oraciones, eché *lo que ha de venir*; y ¿qué creerás que salió? Pues *recelo por la mañana*, el caballo de bastos, que eres tú...

FEDERIC. Yo soy...

LEONOR. Salió después *la mujer de buen color*... que soy yo... y, por fin, el tres de oros... ¿Sabes tú lo que significa el tres de oros?

FEDERIC. Debe de significar una cosa muy buena... Pero vamos al grano, Leonorilla, que no hay tiempo que perder. ¿Tienes...?

LEONOR. ¿Vil metal? eso que el marqués llama *el nervio de las naciones*? No, hijo mío; estoy como el Gobierno. No tengo una peseta.

FEDERIC. Entonces... ¿á qué me has llamado? Yo creí que nadabas en la abundancia.

LEONOR. No, mico, yo no nado... en nada. Pero tampoco me ahogo en poca agua.

FEDERIC. Expíciate.

LEONOR. En fin, muy poco tengo disponible; pero... dinero hay.

FEDERIC. ¿Dónde?

LEONOR. Qué sé yo... por ahí... en cualquier parte. Y habiéndolo, lo traeremos acá. Para no cansarte, haré lo que el Gobierno, *piznorar*. ¿No se dice así? Tengo alhajas, y buenas. Mira, tonto, la sota de espadas junto al tres de oros quiere decir que *la mujercita de buen color* se atufa, trinca sus joyas, y se va con ellas á Peñíscola. ¿Te parece bien?

FEDERIC. Parece atróz, y lo acepto por la terrible ley de

la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiese. ¡Qué extrañas relaciones estas! No somos amantes, lo fuimos. Somos amigos tan solo; pero esta amistad nuestra es un fenómeno *psicológico* que... ¿Sabes lo que es psicológico?

LEONOR. Pis... pis... (Sin poder pronunciarlo.)

FEDERIC. Quiere decir *del alma*, un fenómeno...

LEONOR. Mira. (Con ademán de pegarle.) Haz el favor de no llamarme á mí fenómeno... ni tampoco á nuestra amistad.

FEDERIC. Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de tí, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicármelo. ¿Qué significa esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizás en nuestra degradación? Yo envilecido, tú también; nos entendemos en secreto. Tal vez si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror... Y yo me pregunto: esta amistad nuestra, ¿no es de la mejor ley? No habrá en ella, escarbando mucho, algo á que pueda darse el nombre de virtud? No... ¡qué desvarío!... no puede ser.

LEONOR. No te devanes los sesos por encontrar el nombre de estas cosas... Son cosas, bien claro está... ¡cosas de la vida! ¡Cosas!

FEDERIC. Eso... cosas. ¡Qué confusión! Seremos tú y yo tan malos como parecemos?

LEONOR. ¿Quieres callarte?

FEDERIC. No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida.

LEONOR. Justo, como yo á tí ahora. En fin, bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales, siempre tiro hacia tí, como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila; y si oigo decir que caes enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste, del otro y del de más allá; poco me importa engañar cien veces al que más me entusiasma, y encajarle un sin fin de mentiras. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad.

FEDERIC. (Aparte.) Sí, sí; en cuestión de amores, ella rueda por su lado, yo por el mío, y venimos á juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mí alma un gran consuelo.

LEONOR. (Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.) ¿En qué piensas, monín?

FEDERIC. En algo que á mí me pasa.

LEONOR. ¿Amores? Ah! pizpireto, no me lo niegues. Como no tenemos lío, puedes contarme tus penitas. Dime, ¿á qué señora engañas ahora, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FEDERIC. Pues... algo hay. Pero la confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre no esperes que te lo diga.

LEONOR. Bueno: guárdatelo. No le vaya á dar el aire. ¿La quieres mucho?

FEDERIC. Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, muy superior á lo que yo merezco... Pero...

LEONOR. Pero... el perito ese quiere decir que no te entusiasma.

FEDERIC. Despierta en mí ilusión de amor. Pero no sé qué barrera, qué zanja infranqueable me separa de esa

mujer. Quizás sería mi felicidad si entre ella y yo pudiera existir esta confianza, esta sinceridad, este abandono mutuo de los secretos más penosos de la vida. Mi alma se divide... la parte que tengo aquí me vendría bien allá... para completar lo otro.

LEONOR. ¿Y piensas llevártela, canallita? Pero no nos desquidemos, hijo mío. (Llamando á la criada.) Lina. (Entra ésta.) Tráeme mis colgajos... (Dándole unas llaves) Todas, todas. (A Federico.) Aquí escogeremos... (Váse la criada.)

FEDERIC. Ya ves que te hablo de mis... cosas, como tú dices. Cuéntame las tuyas.

LEONOR. ¡Ay! ¡las mías! son tan públicas, que en rigor, más que contarlas, debiera... desmentirlas, para figurarme que no son verdad.

### ESCENA V

LOS MISMOS; LINA

LINA. (Trayendo varios estuches de joyas en un pañuelo.) Esto es lo que había en el armario de luna... Sabes? ahí está.

LEONOR. (Alarmada.) Quién?

LINA. ¡El marqués!

LEONOR. (Envolviendo las alhajas en el pañuelo y dándolas á Federico para que las oculte.) ¡Maldita sea su estampal! (A Lina.) Por nada del mundo le dejes entrar aquí. (Dirigese á la puerta amenazando con el bastón de Federico.) Mira: le metes en mi cuarto, le dices que no estoy; que espere allí. (Váse Lina.) No es por nada... No le temo ni me importa. Pero es una de nuestras primeras chinchas... No quiero que se entere...

FEDERIC. No, por Dios...

LEONOR. Ya, ya entra. (Escuchando en la puerta del fondo, cerrada.) En todo quiere meterse, y si viera esto, la matraca sería tremenda. (Volviendo al sofá.) No temas... Lina le entretiene.

LINA. (Entrando por la derecha.) Ya está allá!

LEONOR. ¿Qué cara trae?

LINA. La de siempre, la fea. (Suena la campanilla.)

LEONOR. ¡Ay! ay! Apuesto que es *Ojirris*. Ahora que quiero estar sola...!

LINA. ¿Le abro?

LEONOR. ¿Será *Ojirris*?

LINA. Sí: le conozco en la manera de llamar. (Vuelve á sonar la campanilla.)

LEONOR. Corre, dile que se vaya y vuelva... No, no; dile que estoy en casa de mi prima, y le espero allá. (Sale Lina por el fondo. Leonor cierra la puerta y escucha.) Ya, ya va bien despachado... ¡pobrecito!

FEDERIC. Dime... ¿Pero quién es... *Ojirris*?

LEONOR. Perico, hombre, *Perico el gaditano*. Le llamo así porque bizea un poco del derecho.

FEDERIC. Ya...

LEONOR. Esto sí que es raro... Ya ves. El marqués loco por mí, y yo loca por ese mequetrefe. Es tonto, perdido, feo; y sin embargo, estoy loca por él. Lo que no quita que un día sí y otro también tengamos bronca. Ayer le tiré una bota á la cabeza, y le hice sangre en la frente. Después no tenía yo consuelo. Anoche, monos; pero luégo tocamos á reconciliación.

LINA. Se va refunfuñando. Allá te espera. (Váse.)

FEDERIC. ¡Qué misterio en los afectos humanos! ¡Y hay quien pretende reducirlos á reglas y encasillarlos como las muestras de una industria!

LEONOR. Sí que es raro lo que á una le pasa. Mírame chiflada por ese gitano y sin maldita confianza en él. No le fiaría valor de una peseta, ni nada tocante á las cosas de formalidad. (Desenvolviendo el lio de las alhajas.) Niño, que es tarde. (Examinando algunas joyas.) ¡Mira qué collar! Me lo dió Pepito Trastamara.

FEDERIC. (Abriendo un estuche.) ¡Ahl los tornillos que yo te dí.  
LEONOR. Sí, hace cuatro años. Eso es lo que más falta me hace á mí, tornillos... ¿Y este aderezo? Me lo dió Aguado cuando volvió de la Habana... En fin, (escogiendo varios estuches) me parece que habrá bastante con esto. El solitario, el aderezo, los tornillos, la mariposa de brillantes que fué de la marquesa de Tellería... Con esto...

FEDERIC. ¿Crees que basta? No sabes la cantidad.

LEONOR. Sí que la sé, tontín. Por una casualidad tuve noticias de este apurillo tuyo. Fui á ver á Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi *Ojirris*, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórogas, y que si no recoges hoy el pagaré de trece mil pesetas, te echa al juez... Ahora á la calle, Leonor. (Dirigese á la puerta de la derecha y llama en voz baja.) Lina, tráeme el mantón, un pañuelo, zapatos. (Volviendo junto á Federico.) Díme: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú á contarme tu compromiso, y á pedirme que echara el resto por sacarte?

FEDERIC. (Después de vacilar.) Creo que sí.

LEONOR. ¡Viva la confianza! (Entra Lina con la ropa.) ¿Qué dice ese cataplasma?

LINA. Está muy ocupado.

LEONOR. ¿Qué hace?

LINA. Morderse las uñas.

LEONOR. ¿Le dijiste que mi tía Encarnación está enferma?

LINA. Que se ha muerto.

LEONOR. Mejor.

LINA. Y que estás allá. El muy escamón dijo: «Pues oigo voces en el gabinete,» le contesté que están aquí la Antonia y Malibrán. Como no puede ver á Malibrán, no se le ocurrirá meterse aquí.

LEONOR. Muy bien. ¡Pero qué talento tiene esta chica, y qué diplomática es! Bueno. Me vestiré en la sala. (Vanse por la izquierda.)

FEDERIC. ¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna, que la regalaría si la tuviera. Ha arruinado á siete, que yo sepa, y á mí me comió lo que heredé de mi madre... ¡Pero qué gracioso desorden!

LEONOR. Ya estoy. (Coge las alhajas que antes apartó.) Al instante vuelvo: no te muevas de aquí. Voy á casa de Valentin, el portal de enfrente: me dará en seguida la cantidad redonda, porque es hombre muy cristiano, muy fino y me considera. (A Lina.) Tú vuelve allá, y entretente con las bolas que se te ocurran. Después vuelves aquí, y recoges esto. (Las alhajas sobrantes.) ¡Aire! (Sale rápidamente por el fondo. Lina por la derecha.)

## ESCENA VI

FEDERICO; LINA

FEDERIC. (Paseándose por la escena.) Quiera Dios que salgamos bien. Esa Leonor... ¡pobrecilla! Sí, malo es esto, muy malo, pero no había otra solución. Y á todas estas busco y revuelvo en mí, y mi orgullo no pa-

rece. ¿En dónde se ha metido ese loco? Andará huido por los rincones y escondrijos del alma. Veo en mí dos hombres: el Federico Viera, que todo el mundo conoce, y este otro; éste. (Señalándose.) ¿Cuál es el verdadero? (Parándose ante un espejo.) ¿El que veo, ó el que no veo? Me trastorna esta duda. (Tratando de ordenar sus ideas.) ¿En qué consiste que, cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir á contárselo á... ésta? ¿Acaso le tengo amor? No, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad, sí; pero ¿qué amistad es esta? ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra? (Herido por un recuerdo.) ¡Ah! ya no me acordaba. A las cuatro, entrevista con Augusta. ¿Por qué, al recordarlo, brota en mi alma una chispa... ¿de qué diré? de disgusto, de pena...? No puedo dudar que me interesa; y no obstante, algo daría yo porque se cansase de mí, y me propusiese el rompimiento. La amé y la seduje obedeciendo á estímulos oscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella ultrajé á ese hombre incomparable, á quien debo amistad, cariño, atenciones mil... ¿No es esto más villano que recibir auxilios de *la Peri*? Y sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizás dejarían de saludarme; por lo otro, me envidiarían. (Agitadísimo.) Lo indudable es que con unas y otras cosas, con el oprobio de mi hermana, con esta nueva aparición de mi padre, la vida se me está haciendo insoportable, pesadísima, (se sienta fatigado) y no puedo, no puedo ya cargar con ella. (Entra Lina, que viene á recoger las alhajas.) ¡Ah! se me ocurre una idea. Oye, Lina, me vas á decir

una cosa... pero sin engañarme... La verdad pura.

LINA. ¿A ver? No le diré mentira, ni verdad que no deba decirse.

FEDERIC. Está bien. Malibrán suele venir aquí algunas noches...

LINA. Y algunas tardes.

FEDERIC. ¿Le has oído hablar de mí, recientemente, ó de algo que conmigo se relacione?

LINA. (Recordando.) Sí.

FEDERIC. ¿Anoche quizás?

LINA. Sí... pero no sé si debo...

FEDERIC. Cuéntamelo; lo que tú no me digas, me lo dirá Leonor.

LINA. Pues dijo que es usted un perdido.

FEDERIC. ¿Y nada más?

LINA. Y jugador.

FEDERIC. *Pecata minuta*... A ver, haz memoria. Al hablar de mí, ¿nombró á alguna otra persona?

LINA. Don Federico, déjese de preguntas; yo no sé... Si se fueran á contar las cosas que aquí se oyen... (Suena la campanilla.) Es Leonor. (Sale.)

## ESCENA VII

FEDERICO; LEONOR

FEDERIC. No me queda duda. Ya principia el rumor insidioso, traicionero, precursor de la difamación y del escándalo...

LEONOR. (Entrando presurosa.) Hecho todo. Venga un abrazo... en premio de mi... Iba á decir virtud... Pero no... son ¡cosas!

FEDERIC. (Abrazándola.) Eso es... cosas.

LEONOR. Aquí tienes... (Dándole billetes de Banco envueltos en

el pañuelo de las alhajas.) Vete corriendo á casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la geta, para que vea ese puereco que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y hombría de bien.

FEDERIC. (Sin decidirse á tomar el dinero.) Parece mentira que...

LEONOR. ¿Remilgos ahora, mico?

FEDERIC. No... (Con efusión.) Eres... no sé. (Leonor le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEONOR. Vete... ya vas espirando.

FEDERIC. Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEONOR. Ah! sí... yo también quería decirte...

FEDERIC. Sé por Lina que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar á alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEONOR. Nada, pamplinas...

FEDERIC. Cuéntamelas.

LEONOR. Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FEDERIC. (Confuso.) De qué?

LEONOR. Del judío ese, que á estas horas estará pensando que no le pagas, y...

FEDERIC. Ah! no sé cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEONOR. Y si te descuidas...

FEDERIC. Adiós, adiós. (Sale presuroso.)

LEONOR. ¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

## ESCENA VIII

### MUTACION

Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y á la izquierda. Puerta á la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre. Un sofá y butacas. Es de día.

AUGUST. Yo creí encontrarle aquí (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco. ¡Qué calor! (Se quita el abrigo y sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca á la puntualidad... ¡Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid!... Pobrecillo! sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve á mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... Si habrá llegado su padre, *el cometa!*... No, no; decía la carta que del 26 al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase.) ¡Ah!... un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa... ¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea éste, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay! no sé qué tiene el coche en que viene él, que hace más ruido que los demás... Gracias á Dios, ya estoy contenta... Ya sube... Esa Felipa, cómo tarda en abrir!

## ESCENA IX

AUGUSTA; FEDERICO

FEDERIC. Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUGUST. ¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

el pañuelo de las alhajas.) Vete corriendo á casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la geta, para que vea ese pueroo que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y hombría de bien.

FEDERIC. (Sin decidirse á tomar el dinero.) Parece mentira que...

LEONOR. ¿Remilgos ahora, mico?

FEDERIC. No... (Con efusión.) Eres... no sé. (Leonor le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEONOR. Vete... ya vas espirando.

FEDERIC. Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEONOR. Ah! sí... yo también quería decirte...

FEDERIC. Sé por Lina que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar á alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEONOR. Nada, pamplinas...

FEDERIC. Cuéntamelas.

LEONOR. Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FEDERIC. (Confuso.) De qué?

LEONOR. Del judío ese, que á estas horas estará pensando que no le pagas, y...

FEDERIC. Ah! no sé cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEONOR. Y si te descuidas...

FEDERIC. Adiós, adiós. (Sale presuroso.)

LEONOR. ¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

## ESCENA VIII

### MUTACION

Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y á la izquierda. Puerta á la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre. Un sofá y butacas. Es de día.

AUGUST. Yo creí encontrarle aquí (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco. ¡Qué calor! (Se quita el abrigo y sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca á la puntualidad... ¡Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid!... Pobrecillo! sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve á mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... Si habrá llegado su padre, *el cometa!*... No, no; decía la carta que del 26 al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase.) ¡Ah!... un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa... ¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea éste, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay! no sé qué tiene el coche en que viene él, que hace más ruido que los demás... Gracias á Dios, ya estoy contenta... Ya sube... Esa Felipa, cómo tarda en abrir!

## ESCENA IX

AUGUSTA; FEDERICO

FEDERIC. Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUGUST. ¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

FEDERIC. No, mañana.

AUGUST. Ya sé lo de Clotildita. Me lo ha contado Manolo.

FEDERIC. (Con disgusto.) No hablemos de eso.

AUGUST. ¡Qué susto he pasado! Creí que no venías.

FEDERIC. Por Dios. (Carinoso.) ¿Cómo podías suponer...?

AUGUST. Quitá allá, embustero, farsante. A fe que estoy contenta de tí.

FEDERIC. Esta mañana, cuando recibí tu carta, dije: «Paces tenemos.»

AUGUST. Perdón habrá, si sales bien del juicio oral á que voy á someterte. Vamos á ver, procesado, conteste usted. ¿En dónde ha estado usted hoy?

FEDERIC. (Aparte, con recelo.) Si le habrá dicho Manolo...

AUGUST. ¿Qué asunto, qué negocio le trae á usted estos días tan sobresaltado?

FEDERIC. (Aparte.) No, Manolo es discreto. (Alto.) Pues nada, hija; asuntos, cosas mías que no pueden interesarte.

AUGUST. ¡Que no me interesan! Vaya unas herejías que echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías tú condenado á la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma. No, no debí escribirte hoy: ha sido una debilidad... Anoche no dormí pensando en tus traiciones.

FEDERIC. Pero sepamos qué traiciones són esas... No las conozco.

AUGUST. Hazte el tontito. Esa mujer indigna... ¿Qué se te ha perdido á tí en su casa?

FEDERIC. Vamos á ver... ¿quién te ha dicho...? Acaso Manolo...?

AUGUST. Manolo, por ser ministerial de todo, lo es hasta de tí, y siempre que te nombra te pone en las nubes.

FEDERIC. Entonces, Malibrán, que ahora se dedica á desacreditarme.

AUGUST. Quien me lo dijo añadió que ese trasto tiene gran influencia sobre tí.

FEDERIC. ¡Qué disparate!

AUGUST. Nada es disparate. El disparate no existe. Los hechos podrán ser ó no ser; pero no es la mejor manera de negarlos el decir que son absurdos. Convénceme, pues, de otra manera.

FEDERIC. Cómo?

AUGUST. Queriéndome mucho, como yo me merezco, y probándomelo. Si me quieres á mí, no podrás querer á otra.

FEDERIC. Pues eso, vida mía, más demostrado está que la redondez de la tierra, más que la atracción de los cuerpos, más que...

AUGUST. (Riendo.) Basta... de matemáticas. Y ahora continúa el interrogatorio del procesado.

FEDERIC. Basta de curia, digo yo: la detesto. No te atormentes, querida mía! Si yo te quiero á tí sola, á tí; si por más que rebusque tu suspicacia, no verás en parte alguna... nada que pueda...

AUGUST. Sigue... ¿Por qué se te traba la lengua? Porque sólo la verdad la pone expedita y corriente; y tú me engañas...

FEDERIC. No por Dios. Podré tener... Yo te juro que no sé lo que es amor fuera de aquí. Lo demás, ¿qué te importa?

AUGUST. ¿Pues no ha de importarme? El amor, si es de ley, ha de completarse con la compañía y el apoyo recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la limite, y con la comunidad de penas y goces... Una queja tengo de tí, y es que nunca has querido confiarme secretos penosos que te amargan la vida. ¿Dices que me quieres? Pruébamelo. ¿Có-



mo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que desgarran el tuyo. ¡Ay! algunas de esas espinitas... verás qué pronto me las sacudo yo.

FEDERIC. (Aparte.) Corazón inmenso, no merezco poscerte.

AUGUST. Si me quieres de verdad, confíate á mí. Temes parecer indelicado, innoble. ¡Qué tontería! (Con veleidad graciosa.) Oye lo que se me ocurre. Gasta con todos ese orgullo, y suprimelo para mí. Tu delicadeza es mi enemiga, mi rival, y tengo celos de ella. Le clavaría las uñas... Para que lo sepas todo: tu vida angustiosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. (Sonriendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevara sus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERIC. (Estréchándole las manos.) ¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios.

AUGUST. Yo soy así. Estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERIC. Ah! ya te cogí; contradicción; si eres como dices, ¿á qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUST. Pues si hay contradicción, mejor. No retiro nada de lo dicho. Dame tu confianza. Destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERIC. ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla perdería tu estimación?... Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Lo que de mí ignoras te seduce porque es misterio, porque es drama ó novela para tí...

AUGUST. (Con arranque.) ¡Pues fuera misterio... fuera lo novelesco y dramático! ¡Abajo el disparate que tanto me gusta! ¡Abajo el desequilibrio! ¿Que me con-

tradigo? Bueno. ¿Que desmiento mi carácter? Mejor. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disimulada? Mejor. Este amor mío primero y último hace una revolución en mi naturaleza. ¿Qué significa esto? Es el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis de amor; el tránsito de la época legendaria á la época clásica. ¿Qué tal?

FEDERIC. (Admirado.) Divino.

AUGUST. Esto se llama erudición. Tontín, ¿no me comprendes?

FEDERIC. Sí, sí.

AUGUST. ¿Lo quieres más claro? Es preciso que nos volvamos muy prosáicos, muy caseros.

FEDERIC. Te desvanece tu propia bondad. ¿Cómo puede ser eso de volvernos tú y yo muy caseros?

AUGUST. Pues siendo.

FEDERIC. Con bienes comunes?...

AUGUST. Sí, sí.

FEDERIC. ¿Necesitaré traerte á la realidad? Olvidas...

AUGUST. Ah! ya... tienes razón. (Con desaliento.) Para lo que te proponía, necesito libertad, y no la tengo. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que cabalgan en una escoba.

FEDERIC. Vuelve á la realidad.

AUGUST. Vuelvo... y en ella te digo que... con arte todo es posible. Oyeme: te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo Tomás: «Tengo un proyecto para modificar la vida de ese pobre Federico, y librarle de la plaga de sus acreedores.»

FEDERIC. (Agitado.) No me hables de eso. ¡No sabes el daño que me causas!...

AUGUST. Considera que no es él quien te favorece, sino yo.

FEDERIC. No puedo considerar tal cosa: Querida mía, si me amas, impide los favores de ese hombre á quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble confianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.

AUGUST. (Con gravedad, después de una pausa.) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quién le ultraja... no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas á mí.

FEDERIC. Yo... á tí! jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosidades tuyas ó de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.

AUGUST. ¿Es eso verdadera virtud ó simplemente falta de valor? Bueno: déjame á mí el pecado entero, y coge para tí todos los escrúpulos. (Se levanta airada.)

FEDERIC. Sosiégate... espera...

AUGUST. Lo diré todo de una vez. Reconozco, como nadie, el mérito de mi marido. Sólo yo, que vivo á su lado, sé bien toda la extensión de su bondad. Me inspira un cariño acendrado y puro, admiración, veneración, no sé qué... Yo reverencio á Tomás... le rezaría... pero te amo á tí.

FEDERIC. (Aparte.) Su valor es tan grande como su pasión. ¡Qué mujer!

AUGUST. (Impaciente por no recibir respuesta.) Será preciso que te lo repita? Él es un santo, y yo te quiero á tí. Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me pasó la vida delante de estas dos verdades, mirándolas cara á cara.

FEDERIC. Tu tesón me abrumba.

AUGUST. (Despechada.) Pero qué, ¿no tienes nada que contarme?

FEDERIC. Ten calma... escúchame. Si he nombrado á tu marido, tú tienes la culpa. Ni de él ni de tí admito favores de cierta clase; y si insistes en ello...

AUGUST. Qué? Dílo.

FEDERIC. Lo comprendes sin que yo lo diga.

AUGUST. Sí lo comprendo (con aflicción) tú no me quieres, no me has querido nunca.

FEDERIC. Por Dios, vida mía... ven acá. (Tratando de abrazarla.) Ten juicio... considera...

AUGUST. Me pertences, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. ¿Cómo he de soportar que vivas sujeto á mil humillaciones? No, no. Te someterás. Yo lo quiero, yo... lo haré.

FEDERIC. (Exaltándose.) Pues si persistes en tu loca idea, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Tiempo ha que me siento minado por una pena sorda y punzante... Cree que cuando entro en tu casa, y estrecho la mano de aquel hombre tan superior á mí, de tan elevado espíritu, de corazón tan grande y puro... no sé... no sé... Me creo el más abyecto de los hombres, y para adormecer mi conciencia, para acallarla por instantes tan sólo, necesito embriagarme, necesito un anestésico, vicios degradantes y oscuros, de esos en que la ansiedad ahoga el pensamiento y acaba por matarlo... No puedo, no puedo más. Eres muy bella, discreta, graciosa, por mil razones interesante, y digna de ser amada... Pero ¿por qué no eres mujer de otro hombre...? Perdóname si te ofendí. No es mi ánimo ofenderte. Deseo tu felicidad. Pero quiero convencerte de que yo no puedo dártela... Augusta: tú no

me conoces. Soy un perdido, un miserable. Huye, apártate de mí, si no quieres que te lleve á la perdición, al escándalo vergonzoso, peor que la muerte.

AUGUST. ¡Hair de tíl (Llorando.) No puedo.

FEDERIC. Me revelo á tí con absoluta ingenuidad. Soy ya bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUST. ¡Farsa, comedia! Te rebajas, te humillas para conseguir de mí la separación que deseas.

FEDERIC. ¡Ay, no me conoces! ¡Qué sabes tú! Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras.

AUGUST. ¡Dejarte! Nunca. (Con brío.) Porque si fueras un presidiario te querría lo mismo.

FEDERIC. ¡Corazón monstruoso, nada puedo contra tí! ¡Dispuesto estoy á seguirte, á dejarme arrastrar de tu locura, hasta donde quieras, hasta la condenación eterna... pero no me des nada... no quiero nada.

AUGUST. ¡Hipocresía!... Si lo has de tomar al fin, ¿á qué tanto...?

FEDERIC. ¡Que lo he de tomar!

AUGUST. (Con torquedad.) Sí.

FEDERIC. (Dominando un movimiento de ira.) Veo que los dos estamos dañados profundamente. Yo no puedo salvarme ya; tú sí. Estás á tiempo. Vuelve... allá, vuelve, y olvídame.

AUGUST. (Altanera.) Basta. Esto no puede ser. Tu moral de última hora es ridícula, poco delicada, inconveniente. Tienes razón... (Con ira.) Eres un... No debo decirlo... Tú sentirás la injuria, y me agradecerás que la calle.

FEDERIC. Sin oírla, sé que la merezco.

AUGUST. Y como no está bien que yo trate con hombres in-

dignos... me marchó... sí... (Nerviosa y trémula, se pone el abrigo.) No aguanto más... Esto se acabó...

FEDERIC. (Aparte.) Se acaba... Mejor.

AUGUST. (Aparte.) ¿Pero será capaz de dejarme marchar?

FEDERIC. (Aparte, sentado y calmado.) No se irá, no.

AUGUST. (Furiosa, queriendo aparentar desdén.) Bien, bien... pero no me marcharé sin decirte que te desprecio, que nunca te he querido... que...

FEDERIC. Y yo te digo que te querré siempre (con frialdad afectuosa), que serás para mí la mujer más digna de respeto...

AUGUST. (Aparte.) ¡De respeto! Si me abofeteara, si me escupiera, no me ofendería como ahora me ofende.

FEDERIC. Adiós.

AUGUST. (Va hacia la puerta, y echando de menos su manguito, vuelve á cogerlo.—Aparte.) ¿Pero me dejará marchar de veras? (Alto.) Adiós... (Va hacia la puerta.)

FEDERIC. Augusta.

AUGUST. (Retrocediendo vivamente.) ¿Qué, hijo mío?... ¡Ah! se me olvidaba también el pañuelo... (Lo coge.)

FEDERIC. (Cariñoso, pero frío, sin moverse del asiento.) No te vayas enojada conmigo... no creas...

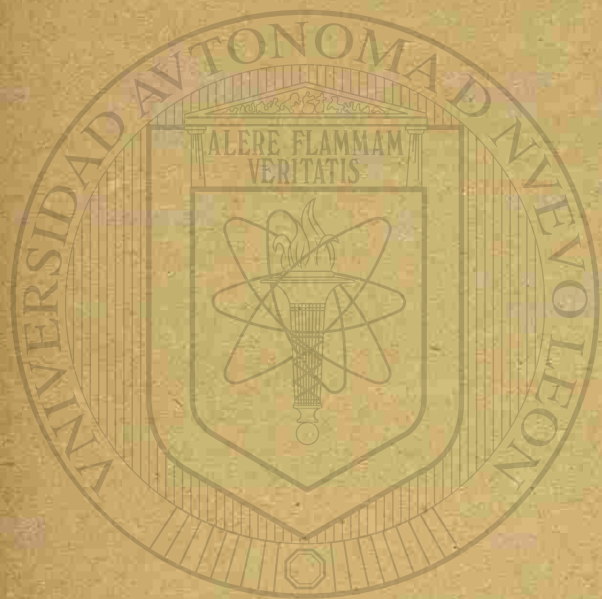
AUGUST. ¿Enojada...? no. (Aparte.) Me retiene, quiere retenerme... Pues ahora, golpe maestro... Me marchó resueltamente.

FEDERIC. (Aparte.) No quiere irse. (Alto.) Ven acá. (Dando un paso hacia ella.)

AUGUST. (Aparte.) Aquí es la mía. (Alto.) Déjame. Adiós... (Sale resueltamente.)

FEDERIC. No se va... volverá desde la puerta... (Diríjese al fondo, y escucha.) Pues sí... se va... baja la escalera... La conozeo. Volverá mañana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto primero. Es de día

### ESCENA PRIMERA

OROZCO; VILLALONGA

OROZCO. ¿Qué me cuentas?... ¿Pero cuándo ha sido eso?

VILLAL. Anoche ó ayer tarde... No estoy bien enterado de la hora. Lo que sí sé es que Clotildita, harta ya de la tiranía de su hermano, y queriendo arrollar los *obstáculos tradicionales* que la separaban de su horterita, alzó bandera revolucionaria y abandonó la casa de Federico, llevando su ropita en un lío colgado del brazo.

OROZCO. Me gusta el pronunciamiento.

VILLAL. Y viva la democracia.

OROZCO. ¿Y á dónde fué á parar con su cuerpo?

VILLAL. Pues se fué solita, por su pié, á casa de Infante, poniéndose bajo el amparo tutelar de Manolo, y de su tía Carlota. De modo que la tienes de vecina.

OROZCO. ¿Y Federico... intransigente... furioso...?

VILLAL. Atróz...<sup>®</sup>

OROZCO. Pero si mil veces le hemos dicho mi mujer y yo: «tráenos acá á tu hermana, y no te cuides más de ella.» Pero su orgullo consideraba sin duda nuestra protección como una limosna humillante, y ya ves...

¡Bien merecido le está! Tanto quirotismo viene á parar en que al fin hay que casar á la descendiente de los Vieras de Acuña con ese... ¿cómo se llama?

VILLAL. Santanita... Pues ten por cierto que nuestro amigo no transige.

OROZCO. Claro: pretendía sin duda que, viviendo su hermana como vive, le hubiera pedido su mano un Hohenzollern ó un Hapsburgo. ¿De modo que cuando llegue el papá...?

VILLAL. Pero si ha llegado esta mañana... en el *express*... y al entrar en su casa se encontró sin la angelical criatura.

OROZCO. ¡Valiente cuidado le dará! ¿Has visto á Joaquín?

## ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE (que entra precipitadamente.)

INFANT. Le he visto yo.

OROZCO. (Con jovialidad) ¿Y qué cáriz trae?

INFANT. Tan meloso, tan sutil, tan insinuante y seductor de palabra como siempre. (Á Orozco.) Me ha encargado que te anuncie su visita para hoy. Viene de Inglaterra con la máxima de que el tiempo es dinero. A las cinco.

OROZCO. Ya tenemos el cometa en el horizonte.

VILLAL. ¡Bienaventurados los pobres, porque no tenemos la influencia maléfica de esas estrellas con rabo!

INFANT. ¡Farsante igual! Estuvo en casa no hace dos horas, á ver á su hija. ¡Oh, qué escena tan conmovedora! Lloraron.

VILLAL. ¡También él!

OROZCO. Joaquín imita el llanto de las personas con una per-

fección que causa maravilla... (Á Infante.) Pero dime, Manolo, ¿estás contento con la lotería que te ha caído?

INFANT. Pues mira, cuando la vimos entrar anoche... estábamos comiendo... con su lío en el brazo, y detrás un mozo de cuerda con el baul, la primera impresión mía fué muy desagradable. Con cuatro palabras ingenuas, sencillas, dichas con alma, nos explicó su situación. Mi tía Carlota, única persona de viso que la trataba y solía visitarla, por haber sido muy amiga de su madre, la acogió del modo más cordial, y por mi parte no tardé en simpatizar con ella. A estas horas, tanto mi tía como yo le hemos tomado cariño, y abrazamos resueltamente su causa.

OROZCO. Es simpática como su hermano, y ninguno de los dos se parece al papá.

INFANT. ¿Simpática has dicho? Es un ángel.

VILLAL. ¡Ehl poco á poco. Si le habrá salido un rival á Santanita...

OROZCO. ¿Amor, Manolo?

INFANT. Ea, se acabaron las bromitas, y vamos á las veras... (Á Orozco.) Yo vengo aquí con una pretensión...

OROZCO. (Vivamente.) ¡Ay, ay! Ya me duele... Me lo temía. Pretensiones á mil...

INFANT. Pero, hombre, si no me has dejado hablar...

OROZCO. Si te veo venir. Lo de siempre. Esos mocosos quieren caer sobre mí como la langosta.

VILLAL. Inconvenientes de la fama, Tomás. Esos tórtolos inocentes te piden protección.

OROZCO. ¿A mí? ¿Pero qué protección he de darles yo?... Están frescos... Pero este Manolo...!

INFANT. Me dejas hablar, ¿sí ó no?

OROZCO. No; más vale que te calles. Como que el inocente

ese pedirá un destinito para poder casarse. Pues ¿quién mejor que tú?...

INFANT. No se trata de eso... todavía.

OROZCO. ¿Pues de qué?

INFANT. Quiero hablar con Augusta. Me entenderé mejor con ella. ¿Ha salido?

OROZCO. Creo que no.

INFANT. Que venga... Augusta. (Dirigiéndose a la primera puerta de la derecha.)

OROZCO. Ya viene.

### ESCENA III

LOS MISMOS; AUGUSTA

AUGUST. Ya, ya estoy enterada... Mi enhorabuena, Manolo, protector de los amantes finos, amparo de la inocencia.

OROZCO. Sí, pero nos quiere endosar á los tórtolos para que nosotros...

AUGUST. Les protejamos. Excelente idea. Yo me alegro, y tú también, Tomás.

OROZCO. Siga el jubileo en mi casa. En fin, Manolo, explícate.

INFANT. La joven... repito que es el mismo candor... Desde que entró en casa, no ha cesado de pedirme con verdadero afán que la traiga acá.

OROZCO. (A Augusta.) Ves?

AUGUST. Siempre hemos deseado traerla.

INFANT. Pero de visita... No; en mi casa vivirá hasta el día del bodorrio.

VILLAL. (A Orozco.) No puedes, no puedes librarte...

INFANT. Hoy, casi con lágrimas en los ojos, me ha repetido la súplica: «Lléveme usted, lléveme usted por Dios, á ver al Sr. de Orozco. Tengo que pedirle un fa-

vor.» No he querido decirle que sí ni que no hasta no consultaros... ¿La traigo, ó no la traigo?

AUGUST. Sí, sí, queremos verla.

OROZCO. Como has de reventar si no la traes... tráela.

INFANT. Vuelvo al instante. Dentro de diez minutos estamos aquí. (Vase y vuelve.) Y si está el novio en casa, ¿le traigo también?

OROZCO. No, hombre, guárdatele.

VILLAL. Sí, que lo traiga... (Vase Infante.)

AUGUST. Les protegeremos, sí. Lo primerito es casarles.

VILLAL. Sí, creo que es lo más urgente. Después, éste les señalará una pensión...

OROZCO. Yo? No puede ser; y lo siento, de veras lo siento.

VILLAL. ¡Hombre sin entrañas!

AUGUST. Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería. ¿Cómo vamos á dejar á esos pobres chicos...?

OROZCO. Tú, tú...

AUGUST. Pues yo, yo...

OROZCO. Adiós, Jacinto. Tengo que prepararme para recibir al cometa. (Vase por el despacho.)

### ESCENA IV

AUGUSTA; VILLALONGA

AUGUST. ¿Pero usted se ha creído que no haría nada por ellos?

VILLAL. ¿Qué he de creer yo tal cosa? Conozco á Tomás aún mejor que usted... por lo menos, antes que usted.

AUGUST. ¡Pobres chicos! ¡Mire usted que enamorarse de balcón á balcón...! ¡Y aficionarse los dos al matrimonio, y no parar hasta realizarlo! ¡Qué honradéz y

qué nobleza de ideas...! Nada, Jacinto, reconozca usted que el verdadero amor, el sentimiento primordial que mueve el mundo, no existe ya en toda su pureza más que en la clase de dependientes de comercio.

VILLAL. Por de contado, crea usted que Federico llevará muy á mal que ustedes favorezcan ese matrimonio.

AUGUST. ¿Lo cree usted? No... eso sería ya un fanatismo imperdonable. Se guardará muy bien...

VILLAL. Sermonéelo usted...

CRIBADO. (Anunciando.) El señor de Malibrán.

### ESCENA V

#### LOS MISMOS; MALIBRÁN

MALIB. Señora y amiga...

AUGUST. ¡Qué sorpresa! No le esperaba. Viene usted como llovido del cielo.

MALIB. No vengo del cielo, sino que entro en él, pues entro donde usted está.

AUGUST. ¡Ay, Dios mío, cuanta finura!

VILLAL. Don Cornelio... (Saludándole.)

MALIB. Don Jacinto... Creí encontrar aquí á Joaquín Viera.

AUGUST. ¿Ha llegado? Presumo que es amigo de usted.

MALIB. Vivimos juntos algunos meses en Londres. Pues estubo á verme esta mañana. Y á propósito, ¿es cierto que Clotildita...? Y Federico, ¿qué hace...?

VILLAL. Sí; de él hablábamos.

MALIB. Le compadezco... por eso, y por otras muchas cosas. Es un desequilibrado, un cerebral, una contradicción viva, una antítesis...

AUGUST. ¡Vaya, que no trae usted hoy poca sabiduría...!

VILLAL. Su trabajo le cuesta. ¡Hombre dado á las investigaciones...!

MALIB. No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que me han obligado á estudiar la vida. Compadézcame usted en vez de zaherirme por lo que sé. Y sé más (con fineza de dicción y de intención), mucho más de lo que usted cree.

AUGUST. (Confusa, aparte.) ¿Qué quiere decir?

VILLAL. (Aparte.) Es mucho D. Cornelio este... (Alto.) Cuidado, amigo mío; tanta sabiduría se le podría indigestar, y...

### ESCENA VI

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que entran por la izquierda); OROZCO (que sale del despacho.)

AUGUST. (Adelantándose á recibir á Clotilde.) Clotilde, hija mía...

CLOT. (Turbada.) Señora... (Aparte.) ¡Cuánta gentel... ¡qué vergüenza!

INFANT. (Á Villalonga.) Como no tiene costumbre de sociedad, la pobrecilla no acierta á decir dos palabras. ¿Verdad que es preciosa? ¡Y qué aire tan distinguido...!

AUGUST. ¡Cuánto gusto en verla por aquí...!

CLOT. Yo... señora... yo...

OROZCO. Clotildita...

CLOT. Don Tomás...

OROZCO. Serénele usted. Está entre buenos amigos, que desean su felicidad.

AUGUST. Nos ha dicho Manolo que deseaba usted hablar con Tomás.

(En un sofá colocado á la derecha, se sientan Augusta y Clotilde. Orozco en una silla próxima. Los demás en pie detrás del sofá ó por los lados.)

CLOT. Sí... es verdad, sí... (Aparte.) ¡Qué miedo! No acierto

- á decir dos palabras... Yo creí que estarían solos...
- AUGUST. Ya supongo... Mi marido y yo nos hacemos cargo de su situación, y estamos dispuestos á mirar por usted, á protegerla...
- OROZCO. En lo que sea posible...
- CLOT. Gracias, gracias. (Aparte, mirando furtivamente al techo y á los objetos más próximos.) ¡Ay qué casa tan preciosa! ¡Cuándo tendré yo una así!
- MALIB. (Á Villalonga.) Es linda de veras... ¡y qué tipito tan aristocrático!
- INFANT. Y sobre todo, qué inocente!
- VILLAL. Sí, muy inocente... pero no te fíes...
- OROZCO. Somos muy amigos de Federico... Bien sabe usted que le queremos mucho.
- CLOT. Mi hermano es bueno... Tiene sus defectos...
- OROZCO. Como los tenemos todos...
- CLOT. Pero su corazón es noble.
- OROZCO. También somos amigos de su papá de usted...
- CLOT. ¡Qué bueno es!...
- AUGUST. Sí, sí, muy bueno...
- INFANT. ¡Pero qué candor!
- OROZCO. Con sus defectillos, claro.
- CLOT. (Vivamente.) Como los tenemos todos.
- AUGUST. La resolución que usted ha tomado, es un poco grave... pero sin duda no podía usted seguir en compañía de su hermano.
- CLOT. Ah!... no señora... imposible seguir... (Aparte.) ¡Ay, si se fueran esos, yo me explicaría...
- OROZCO. Díganos usted...
- INFANT. La pobrecilla no se atreve. Yo le ayudaré. Ya debéis comprenderlo. Quieren casarse...
- CLOT. Eso es, casarnos...
- INFANT. Y como son previsores, piensan en el nido... En

- fin, que hay que empezar buscándole un empleo á Santanita.
- OROZCO. Ya... su prometido, su novio de usted no tiene oficio ni beneficio. Vive con algún pariente...
- CLOT. No señor. Diré á usted. El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad, dándole una gratificación; pero los negocios de aquella casa hace un año que van de capa caída... « Qué hacemos, qué no hacemos. » Pues economías; y lo primero que se les ocurre es suprimir el chocolate del loro... Al pobre Pepe le tocó ser la primera víctima. Pero bien lo pagan, porque se quedaron sin contabilidad, y ahora cogen el cielo con las manos. Un comercio sin contabilidad, bien sabe usted que es como un corto de vista sin anteojos.
- OROZCO. Cierto. (Admiración en todos.)
- CLOT. (Aparte.) Gracias á Dios que me voy soltando.
- AUGUST. De modo que hoy por hoy al pobrecito Pepe le vendría bien un destinito...
- OROZCO. Eso, Manolo, tú... toma nota.
- INFANT. De oficial quinto... sí.
- CLOT. Pero como los destinos del Gobierno son tan inseguros, pretendemos además otra cosa, por lo que pueda tronar.
- AUGUST. ¿Otra cosa?...
- VILLAL. Pues no es corta para pedir la inocente.
- CLOT. Diré á usted, Pepe es muy despejado, y aunque parece un alma de Dios, es hombre de fibra, sin carácter.
- OROZCO. Lo creo.
- INFANT. Y simpático... Le he visto hoy, y me ha entrado por el ojo derecho.
- CLOT. Huérfano de padre y madre. Veintitres años. Des-



de los dieciseis trabaja y gana para mantenerse.

AUGUST. Vamos...

CLOT. En la partida doble hace primores; escribe cartas comerciales en francés; tiene título de Perito Mercantil, y se ganó un premio de Economía Política.

AUGUST. ¡Ángel de Dios! Señores, es preciso que entre todos le protejamos.

CLOT. En casa del tío Santana... frente á donde yo vivía... llevaba solito todo el peso del escritorio... Nunca sirvió en el mostrador, que repugna á sus hábitos. Pero hoy está decidido á todo con tal de ganar para mantener á la familia. Es incansable en el trabajo. Sabe llevar los libros como los llevan pocos, y en las sumas largas no se le escapa un céntimo; por eso me determino á molestar al señor de Orozco, suplicándole...

OROZCO. Hija mía, yo no tengo casa de comercio.

CLOT. Ya lo sé... pero... Dispénsame si le molesto con mis pretensiones.

AUGUST. Acabe, acabe usted.

CLOT. Pues queremos que el señor de Orozco se interese con los señores Trujillo y Ruiz Ochoa, banqueros, en cuyo escritorio está vacante la plaza de tenedor...

MALIB. Pues esta inocentona no pierde ripio.

OROZCO. ¿Y está usted segura de que hay esa vacante?

CLOT. Como que hoy mismo fué Pepe á preguntar, y en efecto... no la han provisto. Si usted la pide, don Tomás, la plaza es nuestra.

AUGUST. Nada, nada; que Pepito será tenedor.

VILLAL. Tenedor... y ella cuchara... ¡Vaya una niña!

OROZCO. Yo veré... pero entendámonos, Clotildita. Ha pedido usted primero un destino de oficial quinto, después la plaza de tenedor. Supongo que será para

optar por una de las dos, en caso de que...

CLOT. No señor, no se trata de optar...

OROZCO. Entonces... pretende...

CLOT. Las dos plazas.

VILLAL. ¡Demonio con la joven angelical!

OROZCO. ¿Y desempeñará los dos?

CLOT. Perfectamente. Irá á la casa de banca antes y después de las horas de oficina. El destino del Gobierno queremoslo como ayuda en los primeros tiempos. Después lo dejamos. Pepe no ha nacido para oficinas... Tiene vocación de comerciante... pero en grande... sueña con ser rico, y lo será. Yo le ayudaré.

VILLAL. ¿Qué tal, infantillo?

INFANT. Que esta niña vale un imperio.

OROZCO. ¡Pero Clotildita, acaparar dos plazas, cuando hay tantos que no tienen ninguna!

CLOT. Pues que se las busquen como puedan. Cada cual mire por sí.

AUGUST. Pero será quizás mucho trabajo...

CLOT. ¡Mucho trabajo! Todo el trabajo del mundo le parece poco para su ambición de ganar dinero. Y que hace falta sacarlo de una parte y de otra, porque las necesidades aumentan de día en día, y todo se está poniendo muy caro. La carne por las nubes; el pan...

VILLAL. ¿Pero has visto esto?

INFANT. ¡Qué monada!

MALIB. Es la reina de las hormigas.

CLOT. A Pepe no le asusta el trabajo. Hoy mismo... verán: por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por las no-

ches se pasa tres horas escribiendo en casa de un notario.

OROZCO. ¿Qué tal? Esto es... de oro.

AUGUST. ¿Y gana, gana cuartos?

CLOT. ¡Que sí gana! Hay meses que pasa de treinta duros.

AUGUST. Con los cuales va viviendo; pobrecillo!

CLOT. Y le sobra. Vive como un anacoreta.

OROZCO. También ahorra?

CLOT. Ya lo creo. Yo no le permito que gaste más que lo preciso. Buena soy yo. Afortunadamente no tiene ningún vicio.

AUGUST. Y lo que le sobra, lo va guardando...?

CLOT. No señora... que se lo guardo yo. Así está más seguro.

MALIB. No he visto otra...

VILLAL. Todavía no se han casado, y ya se ha puesto los pantalones.

INFANT. De modo que todo aquel baul que llevó usted á casa lo tiene usted lleno de duros, picarona.

CLOT. No señor... Pepe sabe agenciarse para cambiar su plata por oro... aquí consigue una monedita, allá otra, y así vamos reuniendo...

VILLAL. Ya... y al fondo del baul.

CLOT. Al baul, no.

OROZCO. ¿Dónde guarda usted sus caudales, señorita?

CLOT. Aquí. (Señalando al cuerpo.) En un cintillo.

MALIB. ¡Qué portento de muchacha!

VILLAL. Aprendamos, aprendamos todos...

INFANT. Ahí tenéis la generación que nos ha de barrer... Estos, estos...

VILLAL. Acuérdense de lo que digo. Antes de cinco años, esos tendrán más dinero que nosotros.

AUGUST. Lo primero es casarlos... á escape.

INFANT. ¡Casarlos!... Bien se lo merecen!

CLOT. (A Orozco.) ¿Podemos contar con la plaza de tenedor?

OROZCO. No es cosa mía. Veremos...

AUGUST. Diga usted que sí.

CLOT. (A Infante.) ¿Y con la plaza de Oficial quinto? Apunte el nombre, D. Manuel.

INFANT. Haré los imposibles por conseguirlo.

CLOT. Ustedes son nuestra salvación. Hace un rato, hablando con Pepe de si pedíamos ó no este favorcito, decía él *mañana*; pero yo dije *hoy*, porque yo he creído siempre que eso de dejar las cosas para mañana es perder las buenas ocasiones, y que cuando se ocurre una medida salvadora, debe ponerse en práctica... al instante.

VILLAL. ¡Pero qué chiquilla...!

MALIB. Si todos los solteros que estamos aquí debiéramos pedir su mano.

INFANT. Envidiemos al gran Santanita.

VILLAL. Todos los presentes aceptamos la lección, y juramos proteger á esa pareja, ¡la pareja de los grandes destinos!

AUGUST. Sí, sí, aprended aquí, solterones empedernidos, holgazanes, polilla de la sociedad. Estos, estos son los seres providenciales, los que vigorizan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas á las naciones.

CLOT. Gracias, gracias á todos. Nuestra gratitud será eterna.

(Entra un criado y da una tarjeta á Orozco.)

OROZCO. (Levántase y dirígese al otro lado de la escena. A Villalonga y Malibrán.) Ya tenemos al cometa en el meridiano.

- AUGUST. (Levantándose.) *Perdóneme usted, hija. (Dirigese á hablar con Orozco y Villalonga.)*
- INFANT. (Á Clotilde.) *Bien, bien. Así me gusta á mí la gente.*
- CLOT. *Como soy tan corta de genio, no me atreví á hablarles de otra cosa.*
- INFANT. *Qué?*
- CLOT. *Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece al papá de Augusta, el Sr. de Cisneros... Pues cuando tenga más confianza, le diré á esta señora que le hable á su papá...*
- INFANT. *¿Para que les baje el precio?*
- CLOT. *Oh! no; eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y nos empapele la sala, que está muy fea.*
- INFANT. *Yo me encargo de eso... yo.*
- AUGUST. (Á Orozco.) *Por Dios, Tomás. Temo á tu bondad. Trátale como merece.*
- OROZCO. *Descuida.*
- AUGUST. (A Clotilde.) *Venga usted conmigo. (Vanse por la puerta de la alcoba.)*
- INFANT. *Vámonos al billar. (Salen por el billar.)*
- MALIB. (A Orozco.) *Yo dejo á usted.*
- OROZCO. *Despacho pronto. ¿Quiere usted pasar al billar?*
- MALIB. *No; me voy á mi casa ó al Ministerio. Tengo que escribir un sin fin de cartas urgentísimas.*
- OROZCO. *Pues escribalas usted en mi despacho, y luégo se queda usted á comer.*
- MALIB. *Acepto con mucho gusto... lo primero nada más. (Entra en el despacho.)*

## ESCENA VII

OROZCO; JOAQUÍN VIERA

- VIERA. (Abrazándole con efusión.) *¡Tomás de mi alma!*
- OROZCO. *Joaquín... ¿qué tal... qué me cuenta usted?*
- VIERA. *¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... ¡Qué placer me causa verte!*
- OROZCO. *¡Cuánto tiempo!...*
- VIERA. *Sí... Y tú estás bueno... buen color... Abrazame otra vez... aprieta, aprieta. Tomás, querido Tomás. Te conocí niño, después mozo, hombre al fin. ¡Cómo reverdecen en nuestra alma los antiguos cariños cuando vamos envejeciendo! Y ahora que me agobian tantas desdichas... ¡Ay, hijo mío! (Con emoción.)*
- OROZCO. *Ya, ya sé que en Madrid ha encontrado usted algunas novedades poco gratas.*
- VIERA. *No me digas... Á Federico me le encuentro medio trastornado... Mi hija... mi angelical Clotilde... Mejor que yo sabes tú lo ocurrido. Figúrate mi pena...*
- OROZCO. *Me la figuro. Pero usted... creo yo... con tanto viajar y las largas ausencias, ha perdido el gusto de la familia, y vive usted demasiado suelto para afanarse por estas menudencias.*
- VIERA. *No, hijo mío, no me juzgues así... Mi vida, ¡ay! es la continua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme á mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oír la voz de un sér amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sins el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la exis-*

- AUGUST. (Levantándose.) *Perdóneme usted, hija.* (Dirigese á hablar con Orozco y Villalonga.)
- INFANT. (Á Clotilde.) *Bien, bien. Así me gusta á mí la gente.*
- CLOT. *Como soy tan corta de genio, no me atreví á hablarles de otra cosa.*
- INFANT. *Qué?*
- CLOT. *Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece al papá de Augusta, el Sr. de Cisneros... Pues cuando tenga más confianza, le diré á esta señora que le hable á su papá...*
- INFANT. *¿Para que les baje el precio?*
- CLOT. *Oh! no; eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y nos empapele la sala, que está muy fea.*
- INFANT. *Yo me encargo de eso... yo.*
- AUGUST. (Á Orozco.) *Por Dios, Tomás. Temo á tu bondad. Trátale como merece.*
- OROZCO. *Descuida.*
- AUGUST. (A Clotilde.) *Venga usted conmigo.* (Vanse por la puerta de la alcoba.)
- INFANT. *Vámonos al billar.* (Salen por el billar.)
- MALIB. (A Orozco.) *Yo dejo á usted.*
- OROZCO. *Despacho pronto. ¿Quiere usted pasar al billar?*
- MALIB. *No; me voy á mi casa ó al Ministerio. Tengo que escribir un sin fin de cartas urgentísimas.*
- OROZCO. *Pues escribalas usted en mi despacho, y luégo se queda usted á comer.*
- MALIB. *Acepto con mucho gusto... lo primero nada más.* (Entra en el despacho.)

## ESCENA VII

OROZCO; JOAQUÍN VIERA

- VIERA. (Abrazándole con efusión.) *¡Tomás de mi alma!*
- OROZCO. *Joaquín... ¿qué tal... qué me cuenta usted?*
- VIERA. *¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... ¡Qué placer me causa verte!*
- OROZCO. *¡Cuánto tiempo!...*
- VIERA. *Sí... Y tú estás bueno... buen color... Abrazame otra vez... aprieta, aprieta. Tomás, querido Tomás. Te conocí niño, después mozo, hombre al fin. ¡Cómo reverdecen en nuestra alma los antiguos cariños cuando vamos envejeciendo! Y ahora que me agobian tantas desdichas... ¡Ay, hijo mío! (Con emoción.)*
- OROZCO. *Ya, ya sé que en Madrid ha encontrado usted algunas novedades poco gratas.*
- VIERA. *No me digas... Á Federico me le encuentro medio trastornado... Mi hija... mi angelical Clotilde... Mejor que yo sabes tú lo ocurrido. Figúrate mi pena...*
- OROZCO. *Me la figuro. Pero usted... creo yo... con tanto viajar y las largas ausencias, ha perdido el gusto de la familia, y vive usted demasiado suelto para afanarse por estas menudencias.*
- VIERA. *No, hijo mío, no me juzgues así... Mi vida, ¡ay! es la continua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme á mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oír la voz de un sér amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sins el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la exis-*

tencia para mí: mis hijos en primer término; después la tierra, ó sea la propiedad; después los libros, ó sea el estudio y la contemplación de la Naturaleza. (Con ternura y acento firme.) Créelo, estos son los únicos bienes apetecibles, y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de goces infinitos; el suelo, un pedazo de esa tierra que te devuelve generosa los cuidados que pones en ella; y por fin, el libro sano y ameno que te deleita, te calma y te instruye. Pues nada de esto me concede Dios á mí. Sin duda me priva de lo que más amo para concedérmelo en otro mundo mejor.

OROZCO. Así será. Pero debe usted, con su buena conducta en éste, asegurar la posesión de todos esos bienes en el otro.

VIERA. ¡Buena conducta! (Con asombro.) ¿Qué quieres decir?... Querido Tomás, no me ofendas con un juicio tan... ligero, tan impropio de la elevación de tu alma. O quizás pretendes que sólo es respetable la existencia de los capitalistas, y que la nuestra, la de los pobres, no merece que luchemos, que agucemos el ingenio por ella. No, hijo mío; el derecho á la vida nos corresponde á todos. No vayas á creer que ese derecho va exclusivamente adscrito á las acciones del Banco, al cuatro amortizable, y á la propiedad rústica ó urbana...

OROZCO. (Impaciente.) ¡Lástima de ingenio!... ¿Pero á qué tanto divagar?... No perdamos tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje.

VIERA. (Con emoción, estrechándole las manos.) Tomás, Tomás, mucho me duele que todas mis aproximaciones á tí tengan siempre un objeto... poco grato, al menos

en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

OROZCO. (Serenamente.) No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy.

VIERA. Te quiero... como á mis hijos... casi estoy por decir que más, más.

OROZCO. Gracias.

VIERA. Y no quisiera llegarme á tí sino con la cara risueña.

OROZCO. ¿Por qué la pone usted tan lúgubre?

VIERA. Lúgubre no... es que el asunto es un poco desagradable... Voy á parar á lo siguiente: Siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el sol, has de tener á gala y orgullo el devolver á sus legítimos poseedores lo que por olvido ó negligencia, no por malicia (con afectación), ¡no, no! está en tu poder.

OROZCO. ¿Y qué es eso que no me pertenece y que yo retengo?...

VIERA. (La mano sobre el pecho.) ¿Dudas de mi palabra?

OROZCO. ¿Pues no he de dudar?

VIERA. Pues mi palabra sola te ha de convencer, sin necesidad de apelar á la prueba fehaciente. Escúchame. ¿Te acuerdas de las obligaciones de *Proctor y Barry*?

OROZCO. Sí que me acuerdo. Todas fueron canceladas, parte el 78, parte el 82. Sobre esto no tengo duda. He revisado estos días el expediente. Todas, todas... ®

VIERA. Todas... (con sutileza) menos una. Tomás, aguza la memoria. Conozco mejor que nadie los asuntos de la *Humanitaria*, fundación mía y de tu padre. Canceladas las obligaciones... menos una.

OROZCO. Menos una, es cierto, que había sido reservada por

el viejo Proctor para su hija mayor, Adelaida. Dicha obligación la liquidamos cuando murió esta señora allá en...

VIERA. En Sidney. Pero no fué como tú dices, Tomás de mi vida. Haz memoria... no fué así. Liquidásteis una póliza, que esa señora poseía también; pero la obligación, que era de las de ocho mil libras, quedó pendiente, por no encontrarse el documento original. Se hizo una información, que no resultó clara, y el asunto quedó en tal estado. Los Proctor murieron todos en una serie de catástrofes horribles, naufragios, terremotos, epidemias... Sólo queda Benjamín, que recogió á los hijos de Adelaida, y que ha llegado hace poco de Australia.

OROZCO. ¿Y ese Benjamín es el que ha descubierto la obligación perdida?

VIERA. Cierto.

OROZCO. Comprendido... A ver... venga. (Con impaciencia.) Quiero saber qué trazas tiene ese documento.

VIERA. (Sacando un papel.) Ahí está. Examínalo con la diligencia que quieras. (Mientras Orozco examina con profunda atención el documento presentado por Viera, éste se levanta, y con las manos en los bolsillos se pasea por la habitación, hablando para sí.) A ver por qué registros sales ahora, hipocritón, cuáker de mil demonios. Estás cogido. La red es hermosa, y admirablemente tejida con hilos legales; y por más que la busques, no encontrarás malla rota para escabullirte. (En alta voz.) ¿Qué piensas de eso? ¿Cabe en tí la sospecha ó el recelo de que la obligación pueda ser falsa?

OROZCO. No; es legítima.

VIERA. Luego, yo no soy un falsario, querido Tomás. Devuélveme tu estimación.

OROZCO. La deuda es legal: yo no lo niego; pero surge la duda de que esta obligación esté comprendida en el arreglo que se hizo en 1874. Es, por lo menos, discutible el derecho de Benjamín á realizar este crédito. (Levantándose, entrega la obligación á Viera.) Tome usted su papel.

VIERA. ¿Qué decides?

OROZCO. (Con frialdad y aplomo.) Decido... no pagar.

VIERA. ¿No reconoces la legalidad de la deuda?

OROZCO. La reconozco, pero la declaro prescripta.

VIERA. (Desconcertado.) Reflexiona, Tomás; no te arrebates. Benjamín pleiteará, y te verás metido en un lío espantoso, y perderás con costas.

OROZCO. (Paseándose y mirando al suelo.) Lo veremos. La cuestión es muy problemática.

VIERA. (Con mirada penetrante.) Tomás, eso es... indigno de un hombre como tú. Confórmate con el arreglo que te propongo, en nombre de Proctor, la mitad, cuatro mil libras.

OROZCO. No quiero... ¿Se sorprende usted?...

VIERA. ¿No he de sorprenderme? Soy un hombre muy escrupuloso en cuestiones de moral...

OROZCO. Pues yo no.

VIERA. Que no eres escrupuloso!...

OROZCO. ¿Qué cara pone usted!

VIERA. ¡Tomás, Tomás!

OROZCO. Me he cansado del papel de puritano que la opinión se empeña en hacerme representar.

VIERA. (Aparte.) ¡Pero este hombre se está burlando de mí!

OROZCO. Leo en el pensamiento y en las intenciones de usted como en un libro, amigo Viera. Usted ha visto en mí un ardiente apóstol de la moral pura, capaz de dejarse desollar vivo antes que retener un ma-

ravedí que no le pertenezca, y se dijo: «Compro la obligación por una bicoca, lo cual no es difícil, porque los ingleses pasan por todo antes que pleitear en España; me presento con mis papeles en regla; el hombre se amilana; su inflexible rectitud hace mi negocio; cobro á toca-teja, y hasta otra.» ¿Es esto, sí ó no, lo que usted pensaba?

VIERA. Tomás, tú desvarías.

OROZCO. Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más que en la infundada creencia de los necios que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; de todo lo cual resulta también que al negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

VIERA. (Tragando saliva.) Tú harás lo que gustes. Yo he cumplido contigo. Fracasadas mis gestiones conciliadoras, te entenderás con Benjamín, que inmediatamente entablará la acción correspondiente.

OROZCO. Ese señor hará lo que le acomode. Si quiere pleitear, que pleitee.

VIERA. Ya voy viendo que haces el papel de hombre recto en todo aquello que no afecta á tus intereses. Eso no está bien, Tomás, hijo mío. Yo te aseguro...

OROZCO. No asegure usted más que una cosa.

VIERA. ¿Qué?

OROZCO. Que no pago.

VIERA. (Con sofocada ira.) Pues me pones en un conflicto tremendo. De modo que si el inglés pleitea, y pleiteará, tendré que ponerme frente á tí y al lado suyo ¡qué cosa tan contraria á mis sentimientos!, porque no puedo negarme á ofrecer á la justicia mi conocimiento de la curia española y de cómo se llevan aquí los negocios de cierta clase.

OROZCO. Muy bien.

VIERA. No, no lo haré... Soy mejor que tú.

OROZCO. Lo celebro mucho.

VIERA. Aunque nadie me ha llamado nunca *el hombre modelo*, yo... tengo ideas claras de la justicia, de la propiedad, del derecho... Si no te quisiera como te quiero, te hablaría con mayor dureza. Tomás, Tomás, si aún conservas un resto de cariño para el que fué leal amigo de tu padre, para el que te tuvo tantas veces sobre sus rodillas; si mi voz, mi persona, estas canas hablan algo á tu corazón, trátame de otra manera. No, no puedo tolerar que te veas envuelto en un litigio dispendioso, después del cual, ganado ó perdido, tu honra quedaría por los suelos. No, eso no; tu buen nombre antes que nada. Tomás, hijo mío, es preciso que arregles esto. ¿No comprendes la necesidad imprescindible de cancelar la obligación? Estoy autorizado para negociar libremente, y te propongo una transacción. Si tú eres razonable, yo, en obsequio tuyo... Vamos, quédese la cosa en tres mil libras. ®

OROZCO. (Flemático, glacial.) Ni un cuarto.

VIERA. Piénsalo... piénsalo, por Dios. Te doy un día para pensarlo.

OROZCO. Aunque me dé usted un siglo, yo... no puedo darle nada.

VIERA. (Deverando su despacho.) Lo siento por tí... Cree que lo siento... Me das un golpe...

OROZCO. Un golpe tremendo, lo sé... Pero usted... ¡ah! usted es hombre de grandísima resistencia, y después del golpe, sigue tan terne en su campaña, y achicándose en sus pretensiones para asegurar un resultado cualquiera, llegará á proponerme dos mil libras.

VIERA. (Aparte.) ¡Da dos mil libras! (Alto.) Tomás, me ofendes con proposición tan humillante. Rebájate todo lo que quieras; pero no incurras en esa sordidez vergonzosa.

OROZCO. Pero si yo no le propongo á usted las dos mil libras. Digo que usted las propondrá y que se las niego también.

VIERA. ¿Serías capaz de no recoger la obligación por esa miseria?... ¡Dos mil libras! Tú has perdido el juicio.

OROZCO. Concluyamos. (Con resolución.)

VIERA. ¿Das las dos mil libras?

OROZCO. No, es mucho. De algún tiempo á esta parte me he vuelto muy tacaño.

VIERA. (Riendo.) Ya lo veo... ya.

OROZCO. Doy... Advierto que esta proposición es cerrada, indiscutible. Usted la acepta ó la rechaza, y concluimos.

VIERA. (Con ansiedad.) A ver...?

OROZCO. Doy... mil doscientas libras.

VIERA. ¡Mil doscientas libras! ¿Y no se te cae la cara de vergüenza al hacerme tal proposición...?

OROZCO. No se me cae; vea usted, la tengo donde la he tenido siempre. A decidirse pronto.

VIERA. ¡Oh! lo pensaré... La cosa es grave... Tu obstinación...

OROZCO. Trato hecho.

VIERA. No, no te precipites. Siquiera mil quinientas, Tomás.

OROZCO. No aumento ni un chelín. Y es buen negocio para usted.

VIERA. Pues... por no reñir contigo, por conservar tu amistad... acepto... ¿Y cuándo?

OROZCO. Ahora mismo. Extenderé un talón.

VIERA. No, no.

OROZCO. ¿Qué quiere usted?

VIERA. Dame papel Londres. Una letra de mil libras á mi orden, y á cargo de tus banqueros, los Ruffer. Las doscientas libras me las das aquí en pesetas... ¿Qué cambio?

OROZCO. Pase usted á mi despacho.

VIERA. Ah! sí, tengo que escribir á Londres.

OROZCO. Ahí está Malibrán escribiendo cartas... Extienda usted la letra y la firmará.

(Aparece Augusta en la primera puerta de la derecha, y se detiene en ella como esperando á que salga Viera para entrar.)

VIERA. Bueno.

OROZCO. Y si quiere liquidar las doscientas libras en pesetas, ahí está la cotización.

VIERA. Supongo que me las pondrás al cambio de 26,50.

OROZCO. Como usted quiera: no reñiremos.

VIERA. (Dirigiéndose al despacho.) Dura está la carne de la oveja... Pobre lobo, conténtate con una hilacha. ®

### ESCENA VIII

OROZCO; AUGUSTA

AUGUST. ¡Qué hombre, qué monstruo! cuéntame... Yo rabiaba de curiosidad, y abrí un poco la puerta.



Pero no pude enterarme bien. ¿Le has dado algo?

OROZCO. Lo menos posible.

AUGUST. ¡Ay! deja que me reponga del terror que me causa.

OROZCO. ¿Terror?... A mí me divierte. Histrión más perfecto no creo que exista.

AUGUST. Pero qué...? Creí entender algo de una obligación olvidada.

OROZCO. Sí, de las de ocho mil libras.

AUGUST. ¿Pero es legítima? Porque ese sería capaz de falsificar...

OROZCO. Es legítima.

AUGUST. ¿Y qué... te has negado á pagarla?

OROZCO. Aunque bien pudiera sostenerse la prescripción, yo no la admito, no puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.

AUGUST. Tomás de mi alma ¿serás capaz...?

OROZCO. Ten calma. No sabes...

AUGUST. Tu rectitud ha venido á ser una verdadera demencia. Esas deudas fiambres, oscuras y antediluvianas no se pagan nunca. Consulta el caso con todos los hombres de negocios, y verás...

OROZCO. No me hace falta consultar á nadie. Esa obligación pendiente pesa sobre mi conciencia, y no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargue.

AUGUST. ¡La conciencia...! (Alarmada.) Expícame: ¿pagas...?

OROZCO. Sí; pero no he dicho que á Viera.

AUGUST. Pues no lo entiendo. ¿Es ó no Joaquín poseedor legítimo de la obligación?

OROZCO. Lo es. Hoy, antes que él viniese, recibí carta de Horacio Ruffer, en la cual me dice que Viera dió por esa obligación un diez por ciento de su valor nominal, es decir, ochocientas libras. Yo le doy el quince, mil doscientas libras.

AUGUST. Y negocio concluído.

OROZCO. Concluído por parte de él; por parte mía, no, porque pienso pagar íntegramente... De modo que aún tengo en mi poder (calculando) libras... seis mil ochocientas.

AUGUST. ¡Pagar íntegramente!... ¡y á quién! (Alarmada.) Ay, hijo, yo voy á llamar á un médico. Tú estás malo, Tomás... ¿Has pensado bien...? Expícame, por Dios.

OROZCO. Escúchame. Joaquín es un monstruo; tú lo has dicho. Entre sus muchas responsabilidades ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación de sus hijos: el abandono en que los tiene, sin apoyo moral, sin medios honrosos de subsistencia. La penuria, la falta de autoridad doméstica, condujeron á Federico... bien lo sabes... á una vida de angustias humillantes. Por las mismas causas, Clotildita se ve precisada á buscar marido de una manera... poco decorosa. Y yo digo: ¿rectificar los errores de ese aventurero, no es un acto de alta justicia? ¿No procedo con absoluta equidad, sustrayéndole, con astucia no inferior á la suya, la mayor parte de lo que le pertenece, para mejorar con ello la existencia de sus infelices, olvidados hijos? (Augusta, paralizada por la estupefacción, no acierta á decir palabra alguna.) ¿Has oído aquello de que «ladrón que roba á ladrón...?» Pues sí, yo, yo le quito á ese tunante el valor casi íntegro del crédito que adquirió, se lo estafó con regocijo y satisfacción santa de mi conciencia.

AUGUST. ¡Oh, qué grandeza... increíble grandeza de alma! ¿Tú eres el ladrón... de ese...?

OROZCO. Y no sólo soy su ladrón (con elevado humorismo), sino

su asesino, porque le mato, le entierro, le doy por fenecido, puesto que entrego su peculio á sus herederos... ¿Lo comprendes ahora? Pues con las seis mil ochocientas libras, constituyo un fondo, que dividido en partes iguales, poniéndolo á nombre de Federico y de Clotilde, en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en modesta holgura, y si es hombre capáz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que se corregirá de ciertos hábitos... En cuanto á Clotilde, no hay que decir que sabrá sacar partido de su herencia.

AUGUST. (En un raptó de entusiasmo.) Tomás, me rindo á tu bondad y á tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí tenerte! (Le abraza con efusión.) ¡Debo adorarte de rodillas! ¡Qué grande eres!... ¿Ves?... se me saltan las lágrimas de alegría... de admiración...

OROZCO. No creo que Federico, presentada la cuestión de este modo...

AUGUST. ¡Oh, no... imposible!

OROZCO. Háblale tú... explícale... Hazle comprender...

AUGUST. Veremos... Hoy vendrá á comer.

### ESCENA IX

LOS MISMOS; VIERA, MALIBRÁN (que salen del despacho, ambos con varias cartas en la mano.)

OROZCO. (Tocando un timbre.) ¿Han escrito ustedes? Que lleven las cartas al correo. (Entra un criado, que recoge las cartas.)

VIERA. (Á Augusta.) Señora mía: dicha y honor grande es para mí besar sus piés, ponerme á sus órdenes y saludarla como gala de esta sociedad, compañera

de mi mejor amigo, y ángel de bondad y de virtud.

AUGUST. ¡Jesús, qué incienso!... Gracias, Joaquín... Me asfixia usted... (Á Malibrán.) ¿Pero estaba usted ahí?

MALIB. Tomás me ha permitido contestar aquí mi correspondencia extranjera.

AUGUST. (Con énfasis.) Ah! Flojitos negocios trae usted entre manos. Ya me figuro los sobres... «al canceller príncipe de Bismark... al canceller de Austria-Hungría... al *signor* Crispi...» ¡ja... ja...!

MALIB. (Aparte á Augusta.) Qué graciosa! Por burlarse de mí, ha sacado á relucir la *Triple Alianza*. Es que anda usted muy preocupada estos días...

AUGUST. Con qué?

MALIB. Con eso... con la triple alianza... (Aparte.) Vuelve por otra.

VIERA. No le haga usted caso. Hemos pasado el tiempo charlando. ¡Y qué historias me ha contado este don Cornelio, que todo lo sabe!... ¡Pero qué historias!... Estoy horrorizado, Augusta. ¡Las cosas que pasan en este Madrid...!

AUGUST. Sí, pasan cosas horribles, sobre todo desde que ha venido usted. (Á Malibrán.) Se queda usted á comer?

MALIB. No, gracias. Cómo en la legación turca. Y con su permiso... (Despídese Malibrán.)

OROZCO. Pero se va?

AUGUST. Sí, nos deja por los turcos.

VIERA. ¡Pero qué historias sabe este Malibrán!... ¡Y qué bien las cuenta!...

MALIB. Hasta la noche... (Vase.)

VIERA. (Á Augusta.) Usted, amiga mía, ha venido á desengañarme con su apacible y dulce trato, más propio de ángeles que de mujeres. Este hombre, á quien quiero como á un hijo, me ha tratado muy mal.

AUGUST. Vamos, que no va usted descontento...

VIERA. Abusa de su superioridad, como todos los mimados de la fortuna. Tomás, dime: ¿qué bienes existen, dentro de lo humano, que tú no poseas? Todos los tesoros que Dios concede á los mortales, cuando se le antoja, han llovido sobre tu casa. Eres rico, vives estimado y ensalzado como un ídolo de estas muchedumbres burguesas que dan y quitan las reputaciones... y por encima de tantas glorias, hombre bendito, descuella la de poseer esta joya, cuyo precio ninguna lengua puede medir, ni ponderar... este ángel de fidelidad y de pureza que convierte tu casa en un cielo... esta mujer divina, en la cual la hermosura, con ser tanta, es eclipsada y oscurecida por la virtud...

AUGUST. Basta... (Aparte.) Me causa terror este hombre.

OROZCO. La adulación es la fuerza de los débiles.

VIERA. (Aparte.) La venganza es el placer de los dioses. (Alto.) Una sola cosa falta aquí.

OROZCO. Faltan tantas!...

VIERA. Vaya, que os he encontrado un defecto.

OROZCO. Habrá muchos.

VIERA. No, uno sólo... Que no tenéis hijos... ¡*Macbeth no tiene hijos!*... Todavía... quién sabe! En eso os gano yo, que los tengo.

OROZCO. Para el caso que usted les hace...

### ESCENA X

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que salen por la derecha.)

AUGUST. (Dirigiéndose á ellos.) ¿Se van ya? ¿Por qué no se quedan á comer?

INFANT. No, la tía Carlota tendría celos... (Por Clotilde.) Le he enseñado toda la casa.

CLOT. (Aparte.) ¡Vaya con el lujo que gasta esta gentel!

AUGUST. Es de usted.

CLOT. Gracias. Cuando Pepe gane mucho dinero, que lo ganará, y seamos ricos, tendremos una casa como ésta... ¿verdad?

AUGUST. Sin duda. (Continúan hablando.)

OROZCO. (Después de examinar un papel que le da Viera.) Está bien: liquidadas las doscientas libras á 26,50, resultan pesetas cinco mil trescientas. Extenderé el talón enseguida. ¿Y la letra?

VIERA. Si no me diste timbre.

OROZCO. Yo la pondré. (Dirigese al despacho.)

VIERA. Ah! mi hija... Clotilde...

CLOT. Papá...

VIERA. ¿Estás contenta?

CLOT. ¿Cómo no estarlo en esta casa?

VIERA. Sí, aquí moran todas las dichas.

### ESCENA XI

LOS MISMOS; FEDERICO (que entra por la izquierda, y al ver á Clotilde y su padre, se detiene en la puerta.) Después OROZCO.

FEDERIC. (Aparte.) Mi padre... Clotilde.

AUGUST. (Viéndole.) Adelante...

VIERA. Ya tenemos aquí al caballero de los espejos... digo, de los escrúpulos.

AUGUST. Vamos, abraze usted á su hermana.

FEDERIC. Usted lo quiere?

AUGUST. Y lo mando.

VIERA. Quien manda manda.

FEDERIC. Pues sea. (La abraza.)

AUGUST. Hay paces?

FEDERIC. Con ella sí, con ella sola. Desconoce la vida, y no sabe el daño que causa.

VIERA. Si la conoce... Esta sale á mí; tiene la veta económica. Tú sales á tu madre, toda imaginación y susceptibilidad.

INFANT. En fin, á lo hecho pecho, y puesto que Clotilde ha decidido por sí de su suerte, no hay más remedio que transigir.

FEDERIC. Yo... nunca.

VIERA. Yo sí... y les bendigo, y que sean felices. (Abraza á Clotilde.)

OROZCO. (Que sale del despacho con la letra de cambio y el talón. Á Viera.) Aquí está el talón... y la letra.

VIERA. Toma la obligación. (Recoge los valores que le da Orozco y los guarda en su cartera.)

FEDERIC. (Aparte, observándole.) Ha habido negocio. Recibe dinero.

VIERA. Pues sí, les doy mi bendición (mirando á Orozco) pero soy pobre, y no puedo darles nada más. (Á Clotilde.) No te importe. (Con fingida emoción.) Has caído en buenas manos. (Por Orozco y Augusta.) Ellos saben emplear en el alivio de todas las penas, en el remedio de las necesidades humanas, los inmensos bienes que Dios les ha concedido, y que por sus merecimientos y virtudes... les aumentará.

AUGUST. (Aparte.) Su frío sarcasmo me envenena.

OROZCO. (Aparte.) Nunca ví cómico igual.

VIERA. (Á Federico.) Y tú, buen mozo, (abrazándole) tampoco necesitas para nada de este viejo. Tampoco á tí te faltan apoyos, truhán. Nadie como tú. Tomás, Augusta, ¡cuánta gratitud os debo! (Casi llorando.)

No tenéis hijos, y me quitais los míos. Adiós, adiós.

OROZCO. (Dándole la mano.) Hasta otra.

VIERA. Ya no más. (Aparte.) Hipocritón, tengo quien me venga. (Váse por la izquierda. Orozco le acompaña hasta la puerta.)

AUGUST. (Aparte.) Se va... Ya respiro.

CLOT. Adiós.

INFANT. Salgamos por aquí. (Por el salón.) (Augusta besa á Clotilde y la acompaña hasta la puerta del salón.)

OROZCO. (Á Federico.) Viejo menguado y torpe, ¡qué inocente va de la trastada que le juego!

FEDERIC. ¡Tú!

OROZCO. Yo.

FEDERIC. (Aparte, confuso.) ¿Qué pasa aquí? No entiendo una palabra. (Alto.) Y qué...? (Mirando alternativamente á Augusta y Orozco.)

OROZCO. Nada... (Mirándole fijamente.) Después te lo diré. (Cogiéndole por un brazo.) Ya te tengo cogido. (Augusta les mira desde el fondo de la escena.)

FIN DEL ACTO TERCERO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ACTO CUARTO

Habitación modesta y desordenada en casa de Federico. La puerta de la derecha conduce a la alcoba; la del fondo a la sala. Por la de la izquierda entran los que vienen de la calle. Una mesa. Sobre ella papeles, libros, tazas, tintero, todo colocado desordenadamente.)

### ESCENA PRIMERA

LEONOR (que entra de la calle); BÁRBARA

BÁRB. Que no la engaño a usted. No está.

LEONOR. Si que está... Pásele recado. (Con altanería.)

BÁRB. Pero señora... (Aparte.) ¡Qué modos!

LEONOR. A mí no puede negarse. Dígale usted que soy Leonor... (Bajando la voz.) Leonor. Sé que está enfermo, y por eso he venido. Tengo que hablarle con precisión.

BÁRB. Vaya, le diré la verdad. (Bajando la voz y señalando a la derecha.) Está, sí... pero se ha echado un rato... Creo que ha cogido el sueño. Pasó muy mala noche, y por nada del mundo le despertamos.

LEONOR. Pero qué tiene?... Tu abandono... falta de asistencia. No saben ustedes cuidarle.

BÁRB. ¿Que no? Anoche, mi hermana y yo no hemos pegado los ojos... Tacitas de té y de tila, copas de Jerez, cucharaditas de cloral, qué sé yo... Con nada se calmaba. Delirando toda la santa noche. Ya nos decía frases cariñosas, ya palabras malsonantes que

la avergüenzan á una. Y á lo mejor se echaba de la cama, se vestía de prisa y corriendo, y andaba por toda la casa hablando con... con nadie, porque nadie había; pero él hablaba como si viera fantasmas, ó personas figuradas por su imaginación. Pues esta mañana... crea usted que partía el corazón.

LEONOR. ¿Qué... qué hacía?

BARB. En su alcoba, junto á la cama, tiene un retrato de su mamá, en un cuadro magnífico [cosa buena], así como de un palmo. Pues hoy, serían las nueve, después de hacer y decir mil disparates, descolgó el retrato, y abrazándole como se abraza á un niño, le daba besos y le decía cosas... Ay! mi hermana y yo nos echamos á llorar, y estábamos todos en casa como si se nos hubiera muerto alguien.

LEONOR. Pobrecito!

BARB. (Acercándose de puntillas á la puerta de la izquierda.) Me parece que está despierto y levantado, sí...

LEONOR. Ah! sí... aquí está. (Entra Federico por la derecha leyendo en un devocionario.)

BARB. Aquí tiene una visita. (Federico no contesta, absorto en la lectura.)

LEONOR. Pero chico... que estoy yo aquí.

FEDERIC. Ah!... Leonorilla. (Vuelve á leer.)

BARB. Por las trazas, tenemos en casa á la mismísima Peri. (Vase.)

## ESCENA II

LEONOR, FEDERICO

LEONOR. Aquí me tienes. Te escribí... no me contestaste, ni fuiste por allá. (Observando que Federico, sin hacerle caso, se sienta con muestras de cansancio, y vuelve á fijar

su atención en el libro.) Pero, hijo, qué manera de recibir visitas!

FEDERIC. Ah! sí, dispensa... Leía... Este es el libro de oraciones de mi madre... el recuerdo más vivo que conservo de ella... Mi madre fué una santa, Leonor, una mártir. (Leonor hace un movimiento para coger el libro.) No, no... quita. Esto es sagrado, y no puede ir á tus manos.

LEONOR. Ay! es verdad.

FEDERIC. Te permito tocarlo... nada más que aplicar la punta de los dedos... (Leonor lo toca.)

LEONOR. A ver si se me pega algo.

FEDERIC. Basta...

LEONOR. No... verás cómo no se me pega nada.

FEDERIC. Ah! antes que se me olvide. (Deja el libro sobre la mesa, y abre un cajón de la misma, saca billetes y se los enseña.) Mira.

LEONOR. ¡Billetes! Ay! Déjame que los toque... Me muero por ellos.

FEDERIC. Para tí los quería.

LEONOR. ¡Chico!... ¿Qué? te ha soplado la musa?

FEDERIC. Con un poco de suerte, y algo que me dió mi padre ayer, al partir para Inglaterra, he reunido eso, que es para tí. No te doy la cantidad completa que me prestaste. El resto... cuando se pueda.

LEONOR. (Cogiendo los billetes.) ¡Ay, hijo de mi alma! Dame acá. Me hace una falta atróz. ¡Qué bonito es tener dinero! Él será todo lo vil que se quiera; pero ¡qué aburridos vivimos cuando no le vemos la cara!

FEDERIC. Venías por él?

LEONOR. No; es que tenía que hablar contigo de un asunto. (Aparte.) No me atrevo á decírselo. Me da mucha pena. (Alto.) Por lo que veo, nadas en la opulencia.

FEDERIC. ¿Nadar yo? Dí más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corren hacia mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonra. (Sombriamente.) Soy hombre perdido.

LEONOR. No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una herencia.

FEDERIC. (Agitado.) ¡Una herencia! Leonor... tus bromas me lastiman.

LEONOR. Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado *galitano* va á dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como *La Traviatta* (riendo), y que él me va á redimir, á volverse honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va á venir su padre, para quitarle de mí y llevárselo, y él pretende que, cuando su papá venga á verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras... vamos, como *La Traviatta*, para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pampinas, ello es que me está dejando por puertas. (Federico se muestra triste y caviloso, sin prestarle atención.) ¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo... ¿qué te pasa?...

FEDERIC. Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas...!

LEONOR. Á mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que son penas, y en lo tocante á penas de amor, no hay quien me gane. Podría po-

ner cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi toga de batista, á explicar á los chicos el tratado de fatigas de amor.

FEDERIC. ¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo reirme.

LEONOR. (Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré á casa sin decírselo...

FEDERIC. Y...?

LEONOR. Qué?

FEDERIC. ¿No tenías algo que decirme?

LEONOR. Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aunque le duela. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

FEDERIC. Sí, mujer.

LEONOR. Sí, aunque te desagrade, es mejor, para que estés prevenido. Anteanoche, en casa, Malibrán se desbocó.

FEDERIC. ¿De veras?

LEONOR. El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chico, allí salió también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias conmigo.

FEDERIC. ¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

LEONOR. Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

FEDERIC. Repítame todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

LEONOR. ¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hombres cuando hablan unos de otros... borricadas, simplezas. Ya puedes comprender. Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero que se ha de decir es que ella le paga las trampas.

FEDERIC. ¿Nadar yo? Dí más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corren hacia mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonra. (Sombriamente.) Soy hombre perdido.

LEONOR. No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una herencia.

FEDERIC. (Agitado.) ¡Una herencial Leonor... tus bromas me lastiman.

LEONOR. Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado *gaditano* va á dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como *La Traviatta* (riendo), y que él me va á redimir, á volverme honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va á venir su padre, para quitarle de mí y llevárselo, y él pretende que, cuando su papá venga á verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras... vamos, como *La Traviatta*, para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pampinas, ello es que me está dejando por puertas. (Federico se muestra triste y caviloso, sin prestarle atención.) ¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo... ¿qué te pasa?...

FEDERIC. Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas...!

LEONOR. Á mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que son penas, y en lo tocante á penas de amor, no hay quien me gane. Podría po-

ner cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi toga de batista, á explicar á los chicos el tratado de fatigas de amor.

FEDERIC. ¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo reirme.

LEONOR. (Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré á casa sin decírselo...

FEDERIC. Y...?

LEONOR. Qué?

FEDERIC. ¿No tenías algo que decirme?

LEONOR. Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aunque le duela. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

FEDERIC. Sí, mujer.

LEONOR. Sí, aunque te desagrade, es mejor, para que estés prevenido. Anteanoche, en casa, Malibrán se desbocó.

FEDERIC. ¿De veras?

LEONOR. El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chico, allí salió también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias conmigo.

FEDERIC. ¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

LEONOR. Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

FEDERIC. Repítame todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

LEONOR. ¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hombres cuando hablan unos de otros... borricadas, simplezas. Ya puedes comprender. Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero que se ha de decir es que ella le paga las trampas.



FEDERIC. No, no dirían tal atrocidad.

LEONOR. Sí que lo dijeron. Me parece que fué el marqués...

FEDERIC. ¿Y tú te callaste?

LEONOR. Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismo que el mío... (desdiciéndose) digo, no... como el mío no, porque yo no lo tengo. En fin, te defendí como una leona, sosteniendo que tú no eres capaz de tomar dinero de ninguna mujer. Claro, había que decirlo así.

FEDERIC. Sigue. ¿Y qué más?

LEONOR. Pues dijo Cornelio... te advierto que se le fué un poco la mano en la bebida... dijo que se había propuesto averiguar... ya me entiendes... y que después de andar muchos días hecho un polizonte, os descubrió el burladero.

FEDERIC. ¿Y dónde... á ver... dónde dijo?...

LEONOR. Se lo calló muy bien callado, por más que los otros le marearon para que cantara.

FEDERIC. Es que no lo sabe.

LEONOR. ¡Ay! no seas tonto. Lo sabe; se le conoce en la manera de decirlo.

FEDERIC. Pues mejor.

LEONOR. Mira, niño, ándate con tiento, porque es muy fácil que te veas envuelto en una cuestión muy mala. Por eso he querido prevenirte.

FEDERIC. Prevenido estoy, suceda lo que quiera.

LEONOR. No te envalentones. Mira que... ¿No temes á Orozco?... Dijo Malibrán que ese señor tiene cataratas, y que él se las va á quitar.

FEDERIC. Pues que se las quite. Mejor...

LEONOR. No digas tal.

FEDERIC. (Exaltado.) ¿Pues qué piensas tú? Si siento vivos deseos de enterarle yo mismo?

LEONOR. ¿Qué dices? Chico, tú no tienes tu cabeza buena. ¡Tú! ¿De manera que tú mismo dejarás al descubierto á la que te quiere tanto?

FEDERIC. Tienes razón... Tú conservas el sentido claro de las cosas, y yo lo he perdido completamente. Siento, pienso y digo los mayores despropósitos... (Con amargura.) Leonorilla... ¡Ay! tú eres la única persona que veo con gusto en esta ruina de mi espíritu. Entre tantas caras que me ponen un ceño antipático y hosco, sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más consueta. Las cosas muy sabidas y muy estudiadas, hastían el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan.

LEONOR. (Aparte.) No tiene la cabeza buena, no. (Alto.) Pues para consuelo, para medicina de tu alma, aquí me tienes. Sigue mis consejos y verás. No te amilanes. Entre tú y Manolito Infante, cogéis á Malibrán y le metéis el resuello en el cuerpo. Yo puedo decir de él cosas muy feas, pero muy feas... No tenéis más que amenazarle con publicarlas si no calla, y callará como un plato de habas... Así se hacen las cosas... y pecho á los rum-runes, y no hagás caso. Sigues, seguís achantaditos, y quién sabe si al fin, lo que hoy parece un peligro, será tu salvación.

FEDERIC. ¡Salvarme yo! No lo esperes.

LEONOR. Monín, tú estás mal, mal, mal, y el gusano que más te roe por dentro, es ese pícaro... vamos, el no tener... (Señal de dinero.) Si pudieras arreglarte... Si llegaras á contar con un tanto fijo...

FEDERIC. No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEONOR. Pues sí que la hay... ¿Te la digo? Pero no te me enfades. Pues... allá voy... Me parece una barbaridad que pases tantas amarguras, teniendo esa amiga tan ricachona.

FEDERIC. ¡Leonor! ¡También tú!

LEONOR. No, miquito, yo no digo que tú le pidas... digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda, para que de una vez...

FEDERIC. (Irritándose.) Quitá, quitá. Déjame en paz.

LEONOR. Anda... tonto. Fuera remilgos. (Remedándole.) El honor... la *dignidad!*... Vamos, que buenos miles podría darte... y algo me había de tocar á mí.

FEDERIC. (Con tristeza y desaliento.) ¿Por qué me lastimas, por qué me hieres así?

LEONOR. ¿Te incomodas? Pues tómalo á broma.

FEDERIC. Te lo tolero como chiste.

LEONOR. Eso, como chiste. ¿Sabes lo que dice mi marqués? Que el chiste de hoy es la seriedad de mañana.

FEDERIC. O en otra forma: que arrojas á la calle un chascarrillo, y sin saberlo has plantado la simiente de una tragedia.

BÁRB. (Entra por el fondo.) Un señor...

FEDERIC. ¿Quién?... (Aparece Orozco en la puerta del fondo.)

LEONOR. (Aparte.) ¡El marido de la de Orozco! Yo me la guillo. (Alto.) Quédate con Dios. (Aparte.) Se armó la gorda. (Vase.)

### ESCENA III

FEDERICO; OROZCO

FEDERIC. (Con sorpresa y espanto, al ver avanzar á Orozco.) ¡Otra vez!...

OROZCO. (Con asombro.) ¿Qué?... Soy yo.

FEDERIC. (Desvariando, excitadísimo.) Tú... sí... ¿qué quieres?... ¡Otra vez ante mí!... déjame, déjame.

OROZCO. (Inquieto.) ¿Qué es esto?... ¿Qué te ocurre?

FEDERIC. Por tercera vez me visitas... Basta, basta. Ya te dije que no quiero, que no puedo...

OROZCO. (Confuso.) ¡Por tercera vez! Pero cuándo...?

FEDERIC. Anoche...

OROZCO. ¡Anoche! Tú deliras... ¡Pobre amigo! Si no nos hemos visto desde anteayer, cuando estuvo tu papá en casa...

FEDERIC. ¡Que no nos hemos visto!... (Turbad.) Tomás... tú no eres tú; no estás realmente aquí... Lo que veo es tu sombra, tu imagen, hechura de mi pensamiento, de esta idea infame, que habiendo agotado dentro de mí sus formas de suplicio, sale y me atormenta desde fuera.

OROZCO. ¡Qué disparate! Soy yo... Mírame, tócame. (Le abraza cariñosamente.) Soy tu amigo, que te quiero, que deseo salvarte de la miseria, de la deshonra...

FEDERIC. Ah!... (Dejándose abrazar, vencido de la emoción.) Perdóname... no sé lo que digo... Estoy enfermo... (Despejándose.) Anoche... efecto sin duda de las dificultades que me agobian... tuve horas de cruelísimo insomnio... después intensa fiebre... te ví... entraste en mi alcoba... salté del lecho... hablamos... te dije...

OROZCO. Vamos, que he venido á ser tu idea fija...

FEDERIC. Y al romper el día, después de un breve sueño en este sillón... entraste con la claridad del alba...

OROZCO. ¡Con el alba yo!... (Jovial.) ¡Qué madrugador me he vuelto! Vaya, chico, no más... basta. Acabarás por marearme á mí también... Conste que no nos he-

mos visto... realmente, desde anteayer, y que ahora vengo á tratar contigo... ya supondrás de qué...

FEDERIC. Lo adivino... lo sé... y es inútil...

OROZCO. (Sentándose á su lado.) Aquel día, después de comer, te manifesté... ya lo sabes. Me respondiste que lo pensarías. Y anoche, Augusta me ha llenado de asombro diciéndome que te mostrabas inclinado á rechazar lo que te ofrecemos.

FEDERIC. Le dije... yo creí habértelo dicho también á tí... anoche... Pero pues aseguras que soñé... te lo digo ahora. Tomás, no puedo aceptar.

OROZCO. Pero qué razón...? Dame una razón...

FEDERIC. Que no quiero, que no puedo...

OROZCO. Advierte que es una herencia, herencia un poco extraño en la forma...

FEDERIC. Sí, la forma es hábil, exquisita, como invención de tu ingenio sublime, tan grande como tu generosidad.

OROZCO. No se hable de generosidad... No saques ahora el fastidioso argumento de tu delicadeza.

FEDERIC. Es mi razón suprema... y el único capital del pobre.

OROZCO. Eso es ya ingratitud, orgullo satánico.

FEDERIC. Es que yo sostengo que Satanás era un ángel... muy delicado.

OROZCO. Pase como chiste... Ea, al grano. Dime, ¿cómo te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, y no te envilecen otras cosas? Tus expedientes angustiosos y degradantes para vivir no te sonrojan, y en cambio...!

FEDERIC. Es que son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y co-

orrecta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me causa horror. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado á mi naturaleza, y ya no puedo existir sin él.

OROZCO. ¡Palabrería, farsa! ¿Cómo pretendes hacerme creer que prefieres esa vida de sobresaltos...?

FEDERIC. Créelo, sí. Detesto la tranquilidad. No sé cómo hacértelo comprender. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, prodúcenme placer insano. Soy como el borracho incorregible que se siente envenenado por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo apetezco el mal, el pavor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO. Nada de eso pertenece á la realidad. O es un desvarío de enfermo, ó tus argumentos sirven para ocultar alguna poderosa razón, que ignoro. Hazte cargo de que tu padre, de un modo inconsciente, es quien...

FEDERIC. No nombres á mi padre. Obra tuya es esta idea, esta combinación que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Te conozco bien. Tomás, desprecíame, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

OROZCO. No salgas ahora por ese registro de las alabanzas para aturdirme. No hables de generosidad. ¿Te molesta mi protección? Pues nada verás en mí que te la recuerde. ¿Quieres mostrarte ingrato? Mejor. A mí me gusta la ingratitud... Y si las anomalías de tu carácter te llevan á pagar este beneficio con alguna acción fea, aunque sea de las más villanas, á mí no me importa... Mejor. Me agrada recibir

mal por bien. Así se purifica nuestra voluntad; así se temple nuestro espíritu para adquirir firmeza y vigor, que lo hacen inmovible ante los peligros de que le cerca la miseria humana; así nos aproximamos un poco á la Divinidad, que si nos parece tan grande, es por la indiferencia con que mira impávida, desde su altura, á los que continuamente la desprecian, la ultrajan ó la escupen.

FEDERIC. (Con exaltación.) Tomás, si te digo que me pareces sobrenatural, no expreso todo lo que siento... Déjame: tengo que añadir que... tu perfección me lastima... Yo también... á mi modo... quiero ser perfecto... yo también quiero acercarme á la divinidad... No me gusta que nadie suba más que yo...

OROZCO. Pues te dejaré. (Aparte.) ¡Infeliz, qué pena dejarle así! (Alto.) ¿De modo que no hay manera de reducirte?

FEDERIC. No, no discurras más. ¿Para qué? Convéncete de que anhelo ser pobre. (Con sarcasmo.) Me ha dado por ahí... La riqueza te sirve á tí de escala para remontarte á la perfección; pues yo quiero que mi escala sea la indigencia. Penuria, vergüenza, mortificación, sufrimientos: eso es lo que necesito para regenerarme.

OROZCO. (Con humorismo.) ¿Santidad tenemos?

FEDERIC. ¿Por qué no? ¿Es que quieres tú monopolizarla?

OROZCO. De ningún modo.

FEDERIC. ¿Te molesta la competencia?

OROZCO. (Aparte.) ¡Perturbado está de veras! (Alto.) Dime, ¿te irrita la protección que hemos dado á tu hermana y á su novio.

FEDERIC. Sí... tal vez... esa es la causa de que no podamos entendernos.

OROZCO. Vamos, no sé cómo tengo paciencia para oírte. Lo que á tí te hace falta, bien lo sé yo...

FEDERIC. Una camisa de fuerza.

OROZCO. No: reposo, expansión, salir de Madrid. Vaya, te propongo una cosa. Vente conmigo á *las Charcas*.

FEDERIC. ¿Al campo? ¿Vas de caza?

OROZCO. Sí, esta tarde. Pasaremos allí los dos días de fiesta.

FEDERIC. ¿Quién va contigo?

OROZCO. Hasta ahora cuento con Aguado, con Calderón... También va Malibrán.

FEDERIC. ¿Le has convidado?

OROZCO. Se ha invitado él mismo. Hace tres días que no me deja á sol ni sombra. En fin, ¿vienes ó no?

FEDERIC. No puedo, no.

OROZCO. Sí... con los quehaceres que te agobian...

FEDERIC. Tengo una cita.

OROZCO. Mujeres... ¡Oh! siempre en malos pasos.

FEDERIC. ¿Qué es eso de... mujeres? Habla con más respeto... Es una dama.

OROZCO. Peor para tí. ¿Esa es la santidad, ese es el ascetismo de que me hablabas antes?

FEDERIC. ¿Y qué tiene que ver? El amor no quita los principios... Yo tengo principios.

OROZCO. Que nadie entienda.

FEDERIC. Los entiendo yo, y basta.

OROZCO. Si soy lo que dices, tu idea representada en una sombra, debo entenderlos.

FEDERIC. (Irritado y nervioso.) Sombra ó realidad, tu presencia, tus visitas me mortifican horriblemente. Si me hicieras el favor de marcharte...

OROZCO. Sí, hombre...

FEDERIC. Y de no volver...

OROZCO. Como gustes. (Estrechándole la mano y contemplándole

carinosamente.) Quédate con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Carácter indomable, cabeza perdida. (Alto.) Que descanses.

FEDERIC. Descuida... Descansaré!...

#### ESCENA IV

FEDERICO

FEDERIC. Se fué... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva. Huiré y me esconderé donde no pueda oír su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba ¡menguado de mí! en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección para ponérmelo delante en esta hora crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoísta sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman casi toda la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor; esperaré á pié firme hasta que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Deberíamos todos embadurnarnos la cara con harina como los clowns, ó colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo á salir. Temo encontrármelo en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no.

Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se despide... Porque yo me marcho, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es carga superior á mis culpas. Ya merezco el descanso... Ya... (Suena la campanilla.)

#### ESCENA V

FEDERICO; BÁRBARA

BÁRB. Señor... ahí está...

FEDERIC. (Aterrado.) Otra vez?... Cierra bien la puerta... echa el cerrojo... Como le dejes entrar, le recibo á tiros. (Saca un revólver del cajón de la mesa, y lo pone sobre la misma.)

BÁRB. Pero señor... si no es...

FEDERIC. Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido...

BÁRB. Si es el señorito Infante...

FEDERIC. No puede ser Infante. Te equivocas. No abras; te mando que no abras. (Suena la campanilla más fuerte.)

BÁRB. Que es don Manolo: le he visto.

FEDERIC. Que no abras te digo.

BÁRB. (Aparte.) Ya me da miedo este hombre. Abriré. (Vase.—Al empezar la escena VI, se oscurece la escena, y entra Bárbara con una lámpara, que deja sobre la mesa.)

FEDERIC. Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme mientras yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

#### ESCENA VI

FEDERICO; INFANTE

INFANT. Temí no encontrarte.

FEDERIC. Eres tú de verdad?... Sí...

INFANT. Dos palabras, nada más que dos palabras, voy... Pero estás malo?

carinosamente.) Quédate con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Carácter indomable, cabeza perdida. (Alto.) Que descanses.

FEDERIC. Descuida... Descansaré!...

#### ESCENA IV

FEDERICO

FEDERIC. Se fué... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva. Huiré y me esconderé donde no pueda oír su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba ¡menguado de mí! en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección para ponérmelo delante en esta hora crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoísta sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman casi toda la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor; esperaré á pié firme hasta que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Deberíamos todos embadurnarnos la cara con harina como los clowns, ó colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo á salir. Temo encontrármelo en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no.

Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se despide... Porque yo me marcho, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es carga superior á mis culpas. Ya merezco el descanso... Ya... (Suena la campanilla.)

#### ESCENA V

FEDERICO; BÁRBARA

BÁRB. Señor... ahí está...

FEDERIC. (Aterrado.) Otra vez?... Cierra bien la puerta... echa el cerrojo... Como le dejes entrar, le recibo á tiros. (Saca un revólver del cajón de la mesa, y lo pone sobre la misma.)

BÁRB. Pero señor... si no es...

FEDERIC. Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido...

BÁRB. Si es el señorito Infante...

FEDERIC. No puede ser Infante. Te equivocas. No abras; te mando que no abras. (Suena la campanilla más fuerte.)

BÁRB. Que es don Manolo: le he visto.

FEDERIC. Que no abras te digo.

BÁRB. (Aparte.) Ya me da miedo este hombre. Abriré. (Vase.—Al empezar la escena VI, se oscurece la escena, y entra Bárbara con una lámpara, que deja sobre la mesa.)

FEDERIC. Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme mientras yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

#### ESCENA VI

FEDERICO; INFANTE

INFANT. Temí no encontrarte.

FEDERIC. Eres tú de verdad?... Sí...

INFANT. Dos palabras, nada más que dos palabras, voy... Pero estás malo?

FEDERIC. Sí.

INFANT. (Mirándole fijamente, alarmado.) ¿Qué tienes?

FEDERIC. Nada... la cosa más tonta... Que no duermo.

INFANT. Bah! Lo de siempre. Dificultades de... Porque tú quieres.

FEDERIC. Verás qué pronto las resuelvo ahora.

INFANT. Sí?... Cómo?..

FEDERIC. Poniéndome en salvo.

INFANT. ¡Huir tú! no me parece propio de tu carácter. Huir?  
¿Y adónde te vas?

FEDERIC. Lejos, lejos.

INFANT. ¿Pero adónde?

FEDERIC. A un país muy bonito. Es lejano y próximo. Dista mucho, y se llega en un soplo... El país del sueño, tonto. Verás cómo las dificultades no me siguen allá. Y si alguno de mis atormentadores va y me llama... verás como no despierto.

INFANT. Oh! Ten juicio... (Aparte, alarmadísimo.) ¡Pero qué malo está! (Ve el revólver sobre la mesa, y con rápido movimiento lo coge y se lo guarda.—Alto.) Mira, chico no hagas tonterías. (Con cariño.) Federico, por Dios, entrégate á mí, y te salvaré.

FEDERIC. No puedes.

INFANT. ¿Quieres que te traiga un médico?

FEDERIC. Médico? para qué?

INFANT. Tienes fiebre. Métete en la cama... No, mejor será que salgas, para que se te despeje la cabeza. Ahí tengo mi coche. Ven, y paseando hablaremos.

FEDERIC. Hablemos aquí. No puedo salir.

INFANT. Pues... dos palabras. ¿No sabes que ese majadero de Malibrán se ha permitido inventar una historia infame?..

FEDERIC. ¡Una historia infame!

INFANT. Sí, y contarla en casa de Leonor, en el Círculo, en todas partes. ¿Has visto mayor vileza? ¡Pretender empañar la limpia fama de mi prima con tan brutal calumnia! ¡Calumniarte también á tí!... Cuando lo supe, mi primer impulso fué buscarle, pedirle la retractación inmediata y categórica, y si á dár-mela se negaba, volverle la cara del revés.

FEDERIC. Vuévesela... lo merece...

INFANT. No puedo soportar á ese hombre. La antipatía que me ha inspirado siempre, es ya un odio mortal. Si no se retracta, le abofeteo, le escupo... No es digno de que se guarden por él las formas que impone el fuero del honor.

FEDERIC. (Excitado.) Mejor es matarle... matarle como á un perro con hidrofobia.

INFANT. Pero antes de dirigirme en su busca he querido verte, porque me entró un recelo... Nuestra flaca naturaleza, la corrupción que respiramos nos inclinan siempre á la duda... Dudé, dudo, no te ofendas... He querido que disipes hasta la última sombra de recelo, que asegures en mí la confianza, la fe. Cuanto ha dicho ese infame.. es mentira. (Con interrogación solemne.)

FEDERIC. (Con calma y acento firme.) Cuanto ha dicho ese miserable... es verdad.

INFANT. (Aterrado.) ¡Verdad... verdad! Tú deliras... Por Dios, amigo querido... díme que deliras, dímelo; díme que sueñas.

FEDERIC. ¡Ojalá soñara!

INFANT. ¿Es cierto lo que escucho?... ¡Tú!... No, me engañas, te engañas tú mismo. Ese trastorno... ese mirar sombrío, demuestran que no eres dueño de tus propias ideas. Federico, tú estás demente, tú no

eres responsable de las graves palabras que has pronunciado.

FEDERIC. No, mi razón está aquí todavía. Si no estuviera, no padecería yo lo que padezco. No es demencia, no; es revelación deliberada y sincera, es descargo de un espíritu que no puede soportar ya el peso inmenso de sus propios errores... Anda, corre, vé y cuéntale esta verdad terrible á tu amigo, al que también á mí me distinguió y me distingue con amistad generosa que no merezco... cuéntale todo, y añade que no temo la muerte, que la deseo, que la necesito...

INFANT. (Con emoción.) Basta.

FEDERIC. Y en cuanto al indigno Malibrán, ahora...

INFANT. (Vivamente.) Creyendo falso lo que decía, pensé castigar su grosero lenguaje. (Con rabia.) Ahora que sé que es verdad, y por lo mismo que es verdad, juro que... ha de pagarme la infamia de haberla dicho.

FEDERIC. Va con Tomás á las Charcas.

INFANT. No irá, yo te lo aseguro.

FEDERIC. Descarga tu furor en mí, guardián caballeresco del honor de aquella casa.

INFANT. No me corresponde ese papel. No faltará quien te pida cuentas.

FEDERIC. Y las daré... ó no las daré.

INFANT. Pues, por la calidad de la persona ofendida, por la amistad que te profesaba, por los beneficios...

FEDERIC. No he querido recibirlos...

INFANT. No has querido; pero... lo hecho, hecho se queda. Bien enterado estoy de los planes de Tomás... Desgraciado, no tienes más que una solución...

FEDERIC. ¿Cuál?

INFANT. (Saca el revólver que antes guardó en su bolsillo, y lo

pone sobre la mesa.) Toma. (Se aleja, ocultando su emoción.)

FEDERIC. Ay!... Manolo... ¿Te vas... sin darme un abrazo...? el último...?

(Infante vuelve. Abrázanse cariñosamente sin pronunciar palabra. Retírase Infante muy conmovido.)

### ESCENA VII

FEDERICO; AUGUSTA (que entra por el fondo al marcharse Infante.)

AUGUST. ¿Solo ya?

FEDERIC. ¡Augusta!

AUGUST. Yo, sí... no me riñas... Llegué hace un momento. Dijéronme que tenías visita... Esperé. (Con inquietud.) Dime, ¿qué hablabas con Infante?

FEDERIC. Nada. Manolo, como siempre, tan bromista... Pero tú... en mi casa!

AUGUST. Sí; ¿te contraría? Imposible dejar de venir... Oye: Tomás, en el momento de salir para la estación con sus amigos, díjome que acababa de separarse de tí, dejándote en un estado lastimoso... que padecías horriblemente, que... Figúrate mi ansiedad... Nada, no he podido contenerme... y aún me costó trabajo esperar á que obsenreciera un poco más. Tomé un coche, y aquí me tienes... Dime, dime pronto, ¿qué es esto?... qué te pasa...?

FEDERIC. (Afectando serenidad.) Nada... si estoy bien... estoy mejor.

AUGUST. ¿De veras? Ah! Tomás exageraba...

FEDERIC. Sin duda. Cuando él estuvo aquí no me sentía yo tan bien como me siento ahora.

AUGUST. Cuéntame. Quizás disputásteis. Ya, ya entiendo... la terrible cuestión. Su bondad y tu delicadeza, no pueden concordarse, no ajustan, no casan bien. Yo espero que al fin...



FEDERIC. Sí, sí, yo también lo espero...

AUGUST. Luego, ya no estás tan intransigente.

FEDERIC. No... ya no... ¿para qué?

AUGUST. (Con alegría.) Ah!, al fin te sometes á mi voluntad. ¡Qué alegría me das! Te convences de la necesidad de cambiar de vida...

FEDERIC. Oh! sí cambiaré de vida muy pronto. El cansancio de ésta es ya intolerable.

AUGUST. Pues mira (recorriendo la habitación y examinándola rápidamente) lo primero que tienes que hacer, con la herencia de tu papaito, es tomar otra casa. Qué mala y qué fea es ésta, querido!

FEDERIC. La tengo buscada ya.

AUGUST. Y dónde? Como ésta, piso bajo?

FEDERIC. Sí... más bajo todavía... digo, no... alto, altísimo.

AUGUST. Pero que sea bonito, alegre...

FEDERIC. Sí, muy alegre... y ahora... verás cómo ya no tendrás que reñirme, ni llamarme orgulloso.

AUGUST. (Recelosa.) Oh! tú me engañas... No sé qué noto en tí. (Mirándole fijamente.) Federico, mírame.

FEDERIC. Ya te miro.

AUGUST. No, tú no estás bien. (Suspirando.) ¡Qué sobresalto... cuando entré en esta casa, sentí una angustia...! ¡Ay qué mal vives aquí! (Examinando lo que hay sobre la mesa.) Déjame, déjame revolverte todo. ¡Ah! qué librito de misa es éste?

FEDERIC. El libro de oraciones de mi madre. Suelo leerlo cuando siento depresión del ánimo y aburrimiento del vivir. Me consuela mucho.

AUGUST. Es precioso ¡Pobre Josefina! Bien lo usaba la pobre... ¡qué estropeadito está! (Federico hace un movimiento para tomar el libro de sus manos.) Déjame, déjame que lo examine bien. (Hojea el libro.) Y aquí

hay algunas palabras apuntadas por ella con lápiz.

FEDERIC. Me gusta leer aquí, porque me parece que en estas páginas se esconde, para accecharme, el espíritu de aquella santa mujer. Razón tiene mi padre en decir que salgo á ella... á él no. Mi hermana es la que sale á él. Dime que no me parezco nada á mi padre; dímelo... (Con exaltación.)

AUGUST. Sí, hombre, te lo diré.

FEDERIC. Cuidado, no se te caigan unas florecitas que hay entre las hojas.

AUGUST. Sí, aquí hay una... mira... una espuelita de caballero. (Mostrando la flor.) ¡Qué monada! ¿Y dices que sueles leer aquí?

FEDERIC. Sí... alguna vez... cuando estoy triste.

AUGUST. Pues no será muy divertido. Aquí veo latín y castellano... (Lee con entonación solemne.) *Ossa arida, audite verbum Domini...* Y esto, ¿qué quiere decir?

FEDERIC. *Huesos áridos, oíd la palabra del Señor.*

AUGUST. ¡Ay, me da escalofríos...!

FEDERIC. Refiérese á la resurrección de los muertos...

AUGUST. El día del juicio... sí... (Le da el libro.) Toma.

FEDERIC. Para mí, este libro es la cosa de más mérito que existe en el mundo. Ni las piedras preciosas de más valor, ni las obras de arte más perfectas se igualan á esta incomparable joya.

AUGUST. Ah! sí.

FEDERIC. Pues bien: para que veas si te estimo, Augusta... te lo regalo.

AUGUST. Sí... lo acepto... (Mirándole receloso.) Pero... no sé...

FEDERIC. Y cuando yo esté ausente, lees en él y te acuerdas de mí.

AUGUST. Pues mira, yo también te haré á tí un regalito.

FEDERIC. Qué?

AUGUST. Quiero sorprenderte. No te lo digo.

FEDERIC. Dímelo.

AUGUST. Esta tarde estuvieron en casa unos hombres... ¡qué tipos tan ordinarios y repugnantes! Tomás les citó, y allí dejaron unos papeles llenos de garabatos, con tu firma.

FEDERIC. ¡Mis pagarés!

AUGUST. Sí; ya estás libre de esas horribles cadenas.

FEDERIC. Augusta, vida mía, márchate. Yo te ruego que me dejes. (Excitado.)

AUGUST. Por qué?... Temes?

FEDERIC. Sí; temo que venga...

AUGUST. Quién?

FEDERIC. (Delirante.) Tomás viene... le siento... le veo.

AUGUST. (Aterrada.) ¿Estás loco?

FEDERIC. (Señalando a la izquierda.) Por allí... La puerta se abre... Pero no le ves? no le ves?

AUGUST. ¡Deliras, pobrecito mío!

FEDERIC. Que entre. Mejor.

AUGUST. No hay nadie... Ni el más ligero rumor se siente.

FEDERIC. Ah! lo mismo que anoche. Entró sin hacer ruido. Pero yo le oigo y le veo, aunque no quiera verle ni oírle, porque le tengo aquí (en la frente), cara, voz, ojos, cuerpo y vida del hombre que ultrajé, y aquí se juntan su afrenta y mi gratitud, mi infamia y su generosidad!

AUGUST. Por piedad, querido mío!

FEDERIC. (Con brío, adelantándose hacia la puerta, como para recibir a alguien.) No te vuelvo la cara. Aquí estoy, aquí estamos... Entra... Se retira. Pero sabe que no le temo, y volverá.

AUGUST. Por tu vida, ¿qué dices?

FEDERIC. ¿Pero no le ves? Sale... va por allí... se ale-

ja, se pierde en la obscuridad... Pero volverá.

AUGUST. (Abrazándole.) Cálmate... No me asustes. Me muero de miedo.

FEDERIC. (Se desprende de sus brazos, y saca del bolsillo el revólver.) Cuando vuelva, no me encontrará!

AUGUST. (Aterrorizada.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces? (Quiere abrazarle de nuevo, y él la rechaza.) Federico, amor mío...

FEDERIC. Sé lo que debo hacer.

AUGUST. ¿A dónde vas? (Deteniéndole por un brazo.)

FEDERIC. (Rechazándola.) A donde debo ir. A la paz de mi alma, al descanso de mis huesos. Pido á Dios que me perdone! (Entra precipitadamente en la alcoba, y cierra la puerta por dentro.)

AUGUST. (Corriendo hacia la puerta y tratando de abrirla.) ¿Qué es esto? Cierra. ¡Federico! (Suena un tiro.) ¡Jesús! (Cae sin sentido.)

FIN DEL ACTO CUARTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## ACTO QUINTO

La decoración de los actos 1.º y 3.º Es de noche. Apagadas las luces del salón y billar. Una sola lámpara alumbra la escena.

### ESCENA PRIMERA

VILLALONGA; AGUADO

AGUADO. Pero...?

VILLAL. Pues nada...

AGUADO. Y...?

VILLAL. Sólo sé lo que sabe todo el mundo.

AGUADO. Menos yo. Cuando en la mañana del 2 se recibió en *las Charcas* tu telegrama anunciando lo ocurrido, Tomás y Calderón tomaron el tren para venir-se á Madrid. Yo me quedé entretenido con mi escopeta. Llego hoy, ávido de noticias, y las primeras que recibo parecen un tanto fantásticas.

VILLAL. Pues lo real y positivo es que el pobre Viera se quitó la vida al anochecer del día 1.º, en su alcoba...<sup>®</sup>

AGUADO. Pero de las averiguaciones judiciales, ¿qué resulta?

VILLAL. Pues nada... un suicida más, un desengañado, un impaciente, un...

AGUADO. No filosofes... Dime, ¿y no aparece ninguna relación, ningún hilo...?

VILLAL. Hilito? No. Sólo las criadas estaban allí cuando ocurrió la catástrofe.

AGUADO. Lo más grave del caso... (Habla al oído de Villalonga.)

VILLAL. (Con gravedad) Sí; pero eso... los amigos leales de esta casa debemos desmentirlo con indignación, procurar que la especie no corra, y que el escándalo se ahogue en su origen...

AGUADO. Oh! sí... es una infamia... Pero tú... en confianza ¿qué opinas?

VILLAL. Yo... nada... Sí, opino, como tú, que es grosera calumnia; y por excepción, abandono la bendita calma que Dios me ha dado, para protestar, para indignarme... Además, el procedimiento contrario tiene sus quiebras. Ya ves el *sinistro* del pobre Malibrán. Por sí dijo ó no dijo tales ó cuales tonterías en casa de *la Peri*, Infante le acometió á la salida del Círculo...

AGUADO. Se batieron? Por eso Malibrán no pudo ir á *las Charcas*.

VILLAL. Batirse no... Infante, que es hombre de coraje, y enemigo de fórmulas, se insinuó con él de un modo tan violento y expeditivo, que el pobre diplomático no podrá ya cautivar á las damas con su belleza.

AGUADO. ¿Qué me dices?

VILLAL. Ha perdido un ojo, ó lo perderá.

AGUADO. Infante... (Señal de puñetazo.) le...

VILLAL. Le deshizo media cara, y además... al caer al suelo la víctima, se torció un pié!

AGUADO. ¡Qué atrocidad!

VILLAL. ¡Pobre don Cornelio! Yo digo que va ganando, porque tuerto, se parecerá á Camöens, y cojito, se parecerá á Byrón, que son sus dos ídolos... En fin, lo más triste de todo esto es la trágica suerte de

nuestro pobre amigo, tan simpático, tan caballero... Ayer, en el entierro, pasé un rato...

AGUADO. Mucha gente?

VILLAL. Muchísima. En el cementerio nos encontramos á la pobrecita Leonor, hecha un río de lágrimas... Y el día anterior, en el depósito judicial, ¡impresión más terrible no he recibido nunca!... Pues allí también Leonor... de guardia día y noche, arrimada á un árbol, sin comer más que pan y algún fiambre que le llevaba *Ojirris*.

AGUADO. Pues mira tú, esa fidelidad de perro me entusiasma.

VILLAL. Augusta tiene razón. ¿Te acuerdas de aquella noche? Nada hay tan ingenioso como la realidad, la gran artista...

## ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE

INFANT. *Bon soir.*

AGUADO. Hola, paladín de la honra, mantenedor valiente del... de la...

VILLAL. De la moralidad...

AGUADO. Vengan esos cinco. Sabe usted si está aquí Tomás?

INFANT. No, le he dejado en el 3 de esta calle. Va á una junta de accionistas de no sé qué...

AGUADO. Ya sé. Pues allá le cojo... ¿Y Augusta?

INFANT. Creo que tiene jaqueca...

AGUADO. Sulúdela en mi nombre. (Á Villalonga.) ¿Vienes?

VILLAL. Pues no hay un alma aquí, me largo también.

INFANT. Abur.

ESCENA III

INFANTE; AUGUSTA

INFANT. (Acercándose á la primera puerta de la derecha.) Si se habrá acostado...

AUGUST. (Sale cautelosamente, envuelta en una cachemira, en actitud doliente.) Ah! Manolo... gracias á Dios que vienes...

INFANT. Estuve á prima noche; pero dormías, y no quise molestarte... ya puedo darte la seguridad que deseas... Todo arreglado.

AUGUST. ¿Has hablado con ellas?

INFANT. Sí; y he recompensado con largueza, como deseabas, la noble conducta que observaron contigo.

AUGUST. ¡Pobrecillas! Nunca les agradeceré bastante aquel acto de compasión y generosidad. Me conocían, sí... Comprendieron los peligros de mi presencia en aquella casa, y me encerraron no sé dónde... en un cuarto lóbrego y estrecho... ¡Qué instantes, Manolo, qué horas! No sé cuánto tiempo estuve allí... Desde mi encierro, oí el tumulto de los vecinos, de la policía al invadir la casa... Dios me inspiró la idea salvadora de mandarte llamar, de poner mi suerte en tus manos... Acudiste, y me sacaste de aquella situación, cuya gravedad me espanta todavía.

INFANT. ¿Y á quién sino á mí, más que amigo hermano, podías confiar pena y conflicto tan graves? Por respeto á tí, por compasión, desde que pusiste en mí tu confianza, decidí hacerme digno de ella. No temas nada. De tu presencia en aquella casa no hay ni puede haber el más leve indicio en el pro-

ceso. Es un hecho que hemos escamoteado á la realidad. No existe más que en la imaginación de los forjadores de leyendas.

AUGUST. ¡Ay, primo mío, cuánto tengo que agradecerte! Pero el juez...

INFANT. Te lo repito: nada temas. Los dos testigos, Claudia y Bárbara, nada depondrán contra tí. Están bien cogidas y aseguradas.

AUGUST. ¡Qué gran consuelo me das! Mi vida no es vida...

INFANT. El tiempo te irá serenando, y tu conciencia adquirirá la paz que ahora no tiene... ni puede tener.

(Bajando la voz.) Debo advertirte que á Tomáa han llegado, no sé por qué conducto, algunas de las habillitas con que alimenta su insana curiosidad este vulgo que aquí solemos ver, y que te acompaña, te recrea y te adula, mientras no llega una ocasión en que pueda decapitarte. Las muchedumbres, aunque vistan frac, no perdonan, y fácilmente guillotinan ó arrastran hoy á los que ayer adoraron.

AUGUST. (Con inquietud.) Sí... Tomás sabe... no diré que todo... parte sí... algo... no sé qué. ¿Qué grado de culpa veré en mí? ¿Su calma es la expresión más refinada del desprecio con que me mira?

INFANT. No te atormentes, y espera resignada y animosa, con la entereza que da un arrepentimiento sincero. Ten por seguro que Tomás...

AUGUST. ¿Me interrogará...? ¿Crees tú...?

INFANT. Creo que sí, y mi opinión, Augusta, es que debes... entregarte sin condiciones... decir toda, absolutamente toda la verdad. Á un hombre como ese, no se le puede decir menos que al confesor. Este es mi consejo leal, consejo de hermano. Tu salvación es esa; no hay otra para tí.

AUGUST. Quizás tengas razón. ¡Confesarme á él... ¿Y si yo te dijera que ya lo he hecho...? ¡Oh, yo estoy local! No sé lo que digo ni lo que pienso. Me atormenta una duda... Verás... Anoche tuve pesadillas horribles, una tras otra, y ratos de insomnio febril. Pero no puedo distinguir lo real de lo soñado. Mis actos despierta, mis sueños dormida se confunden, se amalgaman, y no los puedo separar. La impresión que más claramente subsiste en mí, entre tantas impresiones borrosas y turbias, es... que me levanté de la cama, pásmate, que fuí al despacho de Tomás, que entré y me puse de rodillas ante él, y le confesé todo... pero todo, todo...

INFANT. ¿Estás segura...?

AUGUST. No, y ese es mi suplicio... Lo sospecho. Es como un recuerdo de lo que fué, como un temor de lo que pudo ser. No puedo explicártelo. ¿Crees tú en el sonambulismo?

INFANT. Te diré. (Mirando por la izquierda.) Me parece que Tomás viene. Hablemos de otra cosa. Teresa Trujillo inconsolable por no verte. (Entra Orozco.) Aguado, nuestro gran moralista, me encargó...

OROZCO. (Á Augusta.) Qué tal, vida mía? te sientes mejor?

AUGUST. Sí... un poquito mejor. ¡Qué tarde vienes!

OROZCO. Una reunión fastidiosa...

INFANT. Pues á recogerse. No estorbo más. (Á Augusta.) Celebro tu alivio, prima. Mañana, á paseo.

OROZCO. (Saludándole.) Adiós... Ya es hora de que descanses tú también.

INFANT. (Aparte.) Y que lo necesito de veras... ¡Qué día! (Váse.)

## ESCENA IV

AUGUSTA; OROZCO

Augusta, arrebuada en su cachemira, se acomoda en una butaca á la derecha. Orozco sentado junto á la mesa.)

OROZCO. ¿Qué?... ¿tienes frío?

AUGUST. (Temblando.) Un poco... pero ya voy entrando... en calor. (Aparte.) Su mirada me desconcierta.

OROZCO. No es tarde. Si te encuentras bien, hablaremos un poco de asuntos que á entrambos nos interesan.

AUGUST. (Aparte, con espanto.) Llegó el momento de las explicaciones. Estoy perdida. ¿Lo sabe ó quiere saberlo? (Mirándole fijamente.) ¿Quién podrá descifrar el jeroglífico de ese rostro de mármol?

OROZCO. (Aparte, mirándola con atención profunda.) ¿Será capaz de confesar? Me temo que no.

AUGUST. (Aparte.) No nos acobardemos. Me adelantaré gallardamente á sus preguntas. (Alto.) ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres decirme algo, y no te atreves?

OROZCO. Te observo temerosa, y esperaré á que te tranquilices.

AUGUST. (Aparte.) ¡Temerosa yo!

OROZCO. Ya sé que eres valiente. No necesitas demostrármelo con palabras. Yo también lo soy, más que tú, mucho más, pues tengo ánimo suficiente para poner la verdad sobre todas las cosas, para reducir á la insignificancia los afectos más hondos, cuando contradicen el sentimiento puro de la humanidad y de la vida.

AUGUST. Ya sé que eres un hombre... único. Has cultivado la vida interior; has conseguido lo que imposible parece en la flaqueza humana, esclavizar las pasiones, subirte á las alturas de tu conciencia eminente, y mirar desde allí los actos de tus semejantes, como el ir y venir de las hormigas; aislarte, y no permitir que te afecte ninguna maldad, por muy cerca que la tengas. ¿Es esto así? ¿Te he comprendido? (Orozco hace signos afirmativos.) ¿Y quieres que yo te acompañe en esa purificación? ¡Ay! bien quisiera, pero no sé si podré. Soy muy terrestre, peso mucho, y cuando quiero remontarme, caigo y me estrello.

OROZCO. La gravedad del espíritu se disminuye limpiando el corazón de malos deseos. Mi ilusión, mi sueño, eran iniciarte en un sistema de vida que empieza siendo espiritual y difícil, y acaba por ser fácil y práctico. Confíate á mí por entero... Revélame todo lo que sientes, y después que yo lo sepa, hablaremos.

AUGUST. (Aparte.) ¡Confesar! ¡Qué terror siento! Si me hablara un lenguaje humano, que moviera mi corazón y mi conciencia, me conquistaría... pero esos pensamientos tan sutiles no se han hecho para mí, amasada en barro pecador.

OROZCO. ¿No contestas á lo que te digo? Descúbreme tu interior; pero con efusión perfecta.

AUGUST. (Aparte.) Lo sabe, y quiere arrancarme la confesión. ¿Se lo dijeron? se lo dije yo? Esta duda me enloquece. Tomemos la ofensiva. (Alto.) ¿Qué quieres que te descubra? ¿Sospechas de mí?

OROZCO. (Con determinación levantándose.) Inútiles y ridículos circunloquios! Desde que apareció muerto Federico

Viera, tu nombre anda en lenguas de la gente. No necesito añadir más. Lo que haya de verdad en esto, tú me lo has de decir. Si es falso, desmíentelo; si no lo es, sépalo yo por tí misma. En esta ocasión solemne he de saber lo que eres y lo que vales...

AUGUST. (Turbada.) Pero tú... crees?

OROZCO. Yo no creo ni dejo de creer nada. Espero á que tú hables.

AUGUST. (Aparte, aterrada.) ¡Confesar!... antes morir. Siento un pavor... (Alto.) Pues te diré: extraño mucho que des asentimiento á esas infamias.

OROZCO. (Flemático.) Luego es falso lo que se dice.

AUGUST. Y lo dudas?

OROZCO. No afirmo ni niego... ¿Por qué tiembblas? Tu cara es como la de un muerto.

AUGUST. Estoy enferma.

OROZCO. Enferma de susto. Tranquilízate: toma el tiempo que quieras para pensarlo. Mira, yo me siento aquí á leer un poco, y en tanto, tú recoges tu conciencia, y decides delante de ella lo que debes responderme. (Se sienta, toma un libro ó revista y lee.)

AUGUST. (Aparte, sin moverse en el asiento, arropándose.) Lo sabe... Ese lenguaje claramente lo indica... ¡Qué actitud tan extraña! ¡Oh, su santidad me hiela!... ¿Y si tras esa mansedumbre rebulle el propósito de matarme? ¡Ay, siento un escalofrío mortal!... ¡No, no confieso!

OROZCO. (Gravemente, apartando la vista de lo que lee.) ¿Piensas, Augusta, ó es que te has quedado dormida?

AUGUST. No duermo, no.

OROZCO. ¿Tienes frío?

AUGUST. Un poco... (Temblando.) Pensaba en esa tontería... en tu sospecha. ¿Quién te la sugirió?

OROZCO. Curiosidad por curiosidad, creo que la mía debe llevar la preferencia. Habla tú primero.

AUGUST. ¿Cómo, por qué medio han nacido en tí esas ideas?

OROZCO. (Con ligera inflexión festiva.) Por adivinación.

AUGUST. ¡Virgen Santa, mis temores se confirman... Anoche, en aquel delirio estúpido...! ¡Miserable de mí, vendida neciamente! (Alto, tragando saliva.) Adivinación has dicho? No puede ser. Alguien me acusó...

OROZCO. Quizás.

AUGUST. (Aparte.) Dios mío, sácame de esta incertidumbre, y separa en mi mente las acciones reales de las fingidas por el cerebro enfermo. (Rehaciéndose.) Oh! no es posible que yo hablara... no puede ser. Me estoy atormentando con un recelo pueril. Animo... y nada de confesión.

OROZCO. (Aparte.) Esto sí que es difícil de extirpar. El desgarrón de este sentimiento, que me arranco para echarlo en el pozo de las miserias humanas, ¡cómo me duele! Al tirar, me llevo la mitad del alma, y temo que mi serenidad flaquee... Si salgo triunfante de esta prueba, ya no temeré nada; dominaré el mundo, y nada terrestre me dominará...

AUGUST. (Aparte, sofocada, limpiando el sudor de su frente.) No sé qué siento en mí... un prurito irresistible de referir la verdad... entera... sin omitir nada... absolutamente nada.

OROZCO. (Prosiguiendo su monólogo.) ¡Pero cómo duele esta amputación! (Mirándola furtivamente.) Era el encanto de mi vida. Inferior á mí por su inconsistencia moral, su amor me daba horas felices. La pierdo. Quizás será un bien esta viudez que me espera; quizás este lazo me ataba demasiado á las bajezas materiales... Me convendrá seguramente perder el úni-

co afecto que al mundo me ligaba... ¿Y si no lo perdiera? ¡Si con un acto de hermosa contrición se eleva hasta mí! (Volviendo á mirarla.) ¡Ah, no tiene alma para nada grande!

OROZCO. ¿Has pensado, Augusta?

AUGUST. No pienso... Todo está pensado ya. (Aparte.) No sé qué hacer ni por dónde salir...

OROZCO. ¿Has examinado tu conciencia, Augusta?

AUGUST. (Sacando fuerzas de flaqueza.) Sí, sí... Mi conciencia... no tiene nada que examinar.

OROZCO. ¿Está serena y callada? ¿No te acusa de ninguna acción contraria á las leyes divinas... ó siquiera á las humanas?

AUGUST. (Aparte.) Me confieso á Dios, á tí no.

OROZCO. ¿Qué dices?

AUGUST. No he dicho nada. (Aparte, con brutal entereza.) Me arriesgo á todo... Salga lo que saliere, negaré.

OROZCO. ¿Insistes en llamar absurdos los rumores...?

AUGUST. (Aparte, desconcertada.) ¿Poseerá alguna prueba material?

OROZCO. ¿Callas?

AUGUST. ¿Rumores? A mis oídos no han llegado. (Aparte.) Dios mío, acábase esta lucha horrible. (Vacilando.) No sé... Su perfección, si lo es, no hace vibrar en mí ningún sentimiento. Si viera en él la expresión humana del dolor, de los celos...!

OROZCO. ¿Qué piensas?

AUGUST. No pienso... es que me asombro de que creas semejante desatino. (Aparte.) Si tiene pruebas, que las tenga... Ya no me vuelvo atrás.

OROZCO. ¿De modo que lo niegas?

AUGUST. (Después de una pausa.) Lo niego.

OROZCO. ¿Y lo juras?



AUGUST. ¿Á qué viene eso de jurar?...

OROZCO. (Aparte.) Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada, quédate en tu miseria y en tu pequenez.

AUGUST. (Aparte, recelosa.) ¿Me crees? Crees lo que digo?

OROZCO. Sí... (Se aparta de ella y pasea por la habitación: aparte.) Me he quedado solo, solo como el que vive en un desierto...

AUGUST. (Aparte.) No me ha creído... Y yo siento un vacío en mi alma... Me siento divorciada, sola, como si en un páramo viviera.

OROZCO. (Aparte.) Mi mujer ha muerto. Soy libre. Ningún cuidado me inquieta ya, si no es el de mi propia disciplina interior.

AUGUST. (Aparte.) Si en él viera yo el noble egoísmo del león que se enfurece y lucha por defender á su hembra...

OROZCO. ¡Pero qué solo estoy! Murió el encanto de mi vida... ¿Flaqueará mi ánimo en esta crisis tremenda? ¿Me dejaré arrastrar de este impulso maligno que en mí nace, ó más bien resucita, porque es resabio de mis dominadas pasiones de hombre? (Detiéndose detrás del sillón en que está Augusta, contemplándola. Ella no le ve.) ¿Por qué no te impongo un cruel y ejemplar castigo; por qué no te...? (Apretando los puños, la amenaza; mas al instante recobra su grave actitud.)

AUGUST. (Aparte, encogiéndose y cerrando los ojos sobresaltada, al sentirle detrás.) ¿Qué hace? No atrevo á moverme, ni á mirar siquiera para atrás. Dios me ampare.

OROZCO. (Dominándose, con suprema violencia sobre sí.) ¡No, no te iguales á lo más bajo, á lo más grosero de la humanidad... Déjala.

AUGUST. (Volviéndose, aterrada.) ¿Qué... qué hay?

OROZCO. (Con el acento grave y frío de siempre.) Nada... pero es muy tarde... ¿No te acuestas?

AUGUST. (Aparte.) El acento de siempre. (Alto, levantándose.) Sí... me acostaré. (Dirigese paso á paso á la puerta de la alcoba, meditando.)

OROZCO. (Sin mirarla, inmóvil, en el centro de la escena.) No, los brutales instintos no destruirán, en un instante de flaqueza, el reposo supremo que adquirí á fuerza de mutilar y mutilar pasiones y afectos miserables. Elévate, alma, otra vez, y mira desde lejos estas bastardías liliputienses.

AUGUST. (Deteniéndose en la puerta de la alcoba.) ¡Divorciados para siempre!... Aún podría...

OROZCO. Qué?... vuelves?

AUGUST. (Disimulando.) No... sí... es que presumo que estaré desvelada... y... me llevo un libro para leer. (Dirigese á la mesa y trata de elegir un libro entre los que allí hay, tomando y dejando volúmenes y examinándolos rápidamente. Orozco la contempla en silencio.) No sé qué siento. El alma se me desgaja. Si fuera posible decir toda la verdad, toda...

OROZCO. (Aparte.) Su alma no está serena. La mentira la embravece como el viento á la mar.

AUGUST. (Aparte.) Y toda la verdad, toda, toda, es imposible de decir... Diría que me siento menos arrepentida que culpable, y que ningún afecto, ninguno, borraría de mi corazón la imagen del pobre muerto. Diría que entre tu santidad, que admiro, y mis debilidades, de que me acuso á Dios, hay un abismo que humanamente no puedo salvar... ¡Contradicción, pena horrible sin el recurso de poder aliviarla confesándola!... ¿Cómo decirte que me infundes veneración, ternura fraternal, pero que el amor, la flor de la confianza humana, no puede nacer en esta unión árida y glacial?... No sé ver juntamente en

tí al esposo y al sacerdote... Sepáralos, y quizás nos entenderemos. (Angustiada.) ¡Y si esto digo, no habrá perdón, no puede haberlo!... ¡Y si miento, tampoco! (Con resolución.) ¡Imposible! (Dirigese á la alcoba sin llevar el libro.) Dios me perdonará... cuando lo merezca.

OROZCO. Pero al fin... no llevas el libro...

AUGUST. (Con calor.) No lo necesito... Leeré en mí misma. (Vase.)

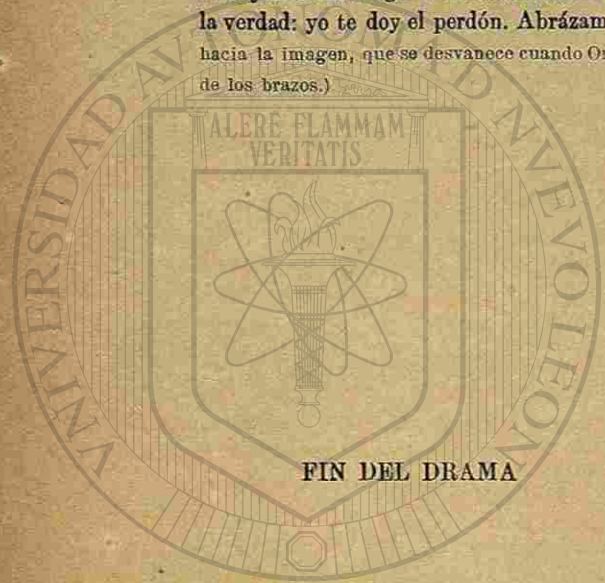
### ESCENA ÚLTIMA

OROZCO solo. (Después la imagen subjetiva de Federico Viera.)

OROZCO. Leer en sí misma... Falta que se entienda. (Siéntase meditando.) ¡Dominada la pavorosa crisis...! ¡Fuera locuras impropias de mí! Los célos, ¡qué estupidez! Las veleidades, antojos ó pasiones de una mujer, ¡qué miseria! Elevar tales fruslerías al foro de una conciencia pura, empapada en el bien supremo, es lo mismo que sí, al ver una hormiga, ó cuatro, ó cien, llevando á rastras un grano de trigo, fuéramos á dar parte á la guardia civil y al juez instructor. No... conservemos nuestra calma frente á estas agitaciones microscópicas, para poder despreciarlas más hondamente... (Levántase agitado.) Quiero salir... me ahogo, necesito respirar el aire libre, contemplar el cielo, las estrellas sin fin... Ah! qué diría esa inmensidad de mundos, si fuesen á contarles que aquí, en el nuestro, un gusanillo insignificante llamado mujer amó á un hombre en vez de amar á otro! Si el espacio infinito se pudiera reír, ¡cómo se reiría de las bobadas que aquí nos

revuelven y trastornan! Pero para reírse de ellas, era menester que las supiera, y el saberlas sólo le deshonraría... (Volviendo al proscenio.) Siéntome otra vez asaltado de la idea que fué mi suplicio ayer, hoy también... la maldita representación del trágico suceso... Quiero reconstruirlo, determinar sus móviles, y no alcanzo... ¡Ah, sí!... (Con inspiración súbita.) Parece que mi razón se ilumina con poderosa luz, sí... y poseo la verdad... (Exaltado.) Ya, ya encontré la exacta lógica de... (El salón se ilumina.) ¿Qué es esto?... ¡Encendido el salón!... (Acércase á la puerta.) Parece que alguien entra en el salón... Sí, una persona... un hombre... (Vuelve al proscenio restregándose los ojos.) Sin duda sueño... Mis ideas se lanzan fuera de mí. (Se ilumina el billar.) Luz también en el billar... Alguien está allí... Le conozco... Federico... (La imagen de Federico aparece en el billar.) Te conocí... te esperaba. Tu presencia no me causa terror, imagen del que fué mi amigo. Vivo te amé, muerto me inspiraste ódio. (La imagen se desvanece.) No te alejes, ven... Este sentimiento infame me acongoja, me empequeñece, y con poderosa voluntad lo arranco de mi alma. Vuelve á mí... quiero verte. (La imagen vuelve á mostrarse.) Eres mi idea fija, como yo fui la tuya. Eres mi propio pensamiento, la luz que alumbró mi razón, revelándome el sentido de tu lastimosa tragedia y los móviles de tu muerte... Sé que moriste por estímulos del honor y de la conciencia, porque la vida se te hizo imposible entre mi generosidad y tu delito, entre el bien que te hice y el mal que me hiciste. Si en tu vida hay no pocas ignominias, tu muerte es un signo de grandeza moral. Tú y yo nos elevamos so-

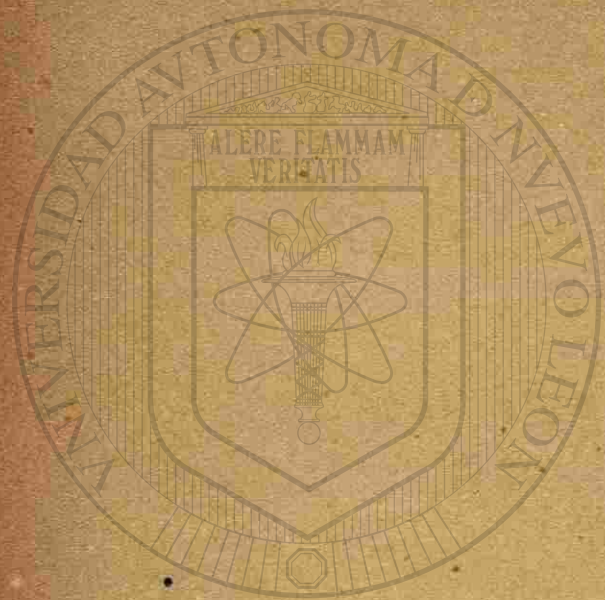
bre toda esta miseria de las pasiones, del odio y del vano juicio del vulgo. No sé aborrecer. Me has dado la verdad: yo te doy el perdón. Abrazame. (Dirígesa hacia la imagen, que se desvanece cuando Orozco le tiende los brazos.)



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DOÑA PERFECTA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

### EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA: TOMOS EN 8.º A DOS PESETAS

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tomando en la Administración los 29 tomos, 35 pesetas.

### GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra, pagada en la Administración, 125 y 165. Idem a plazos, 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y a plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas a peseta cada uno.

### NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

TOMOS EN 8.º

<b>Doña Perfecta.</b> —Un tomo, 2 ptas.	<b>Miau.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Gloria.</b> —Dos tomos, 4 pesetas.	<b>La Incógnita.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Mariñela.</b> —Un tomo, 2 pesetas.	<b>Realidad.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>La familia de Leon Roch.</b> —Tres tomos, 6 pesetas.	<b>Angel Guerra.</b> —Tres tomos, 9 ptas.
<b>El amigo Manso.</b> —Un tomo, 3 ptas.	<b>Tristana.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>La desheredada.</b> —Dos tomos, 6 ptas.	<b>La loca de la casa.</b> —Un tomo, 3 ptas.
<b>El doctor Centeno.</b> —Dos tomos, 6 pesetas.	<b>Torquemada en la cruz.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Tormento.</b> —Un tomo, 3 pesetas.	<b>Torquemada en el purgatorio.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>La de Brindas.</b> —Un tomo, 3 ptas.	<b>Torquemada y San Pedro.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Lo prohibido.</b> —Dos tomos, 6 ptas.	<b>Nazarín.</b> —Un tomo, 3 pesetas.
<b>Fortunata y Jacinta.</b> —Cuatro tomos, 12 pesetas.	<b>Halma.</b> —Un tomo, 3 pesetas.

**La Fontana de Oro.**—Novela histórica del memorable período de 1820 á 1821 (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.

**El Audaz.**—Historia de un radical de antaño (1804) (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.

**Torquemada en la hoguera etc.**—Tomo en 8.º, 3 pesetas.

**La Sombra, Celu, Tropiquillos, Theros.**—Tomo en 8.º de 360 págs., 2 ptas.

**Realidad.**—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.

**La loca de la casa.**—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.

**La de San Quintín.**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

**Los Condenados.**—Drama en tres actos y un *Prólogo*, 2 pesetas.

**Voluntad.**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

**Doña Perfecta.**—Drama en cuatro actos, arreglo teatral de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, San Mateo, 11 duplicado, bajo, Madrid.

# DOÑA PERFECTA

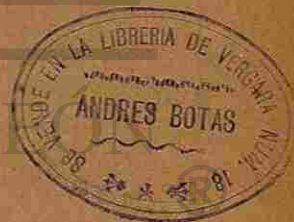
DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO TEATRAL DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 28 de Enero de 1896.



MADRID

Establecimiento tipográfico LA GUIRNALDA

CALLE DE LAS FOZAS NUM. 12

1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTERREY, MEXICO

## PERSONAJES

DOÑA PERFECTA, viuda noble.  
 ROSARITO, su hija.....  
 MARÍA REMEDIOS, viuda plebe-  
 ya, sobrina de don Inocencio.  
 LIBRADA, criada.....  
 PEPE REY, ingeniero de cami-  
 nos, sobrino de doña Perfecta.  
 DON INOCENCIO, canónigo y  
 humanista.....  
 CRISTÓBAL RAMOS (Caballuco),  
 cabecilla.....  
 JACINTITO, hijo de María Re-  
 medios.....  
 DON CAYETANO, hermano de  
 doña Perfecta.....  
 DON JUAN TAFETÁN, viejo ver-  
 de.....  
 VARGAS, teniente coronel de in-  
 fantería.....  
 PINZÓN, capitán de caballería.  
 EL TÍO LICURGO, lugareño...  
 PASOLARGO, cabecilla.....  
 ESTÉBAN ROMERO, íd.....  
 CABO CARTERO.....

## ACTORES

Sra. Tubau.  
 Srta. Suárez (Nieves).  
 Sra. Álvarez (Josefina).  
 Srta. Cancio.  
 Sr. Thuillier.  
 » Mario.  
 » Amato.  
 » Vico (Antonio).  
 » Manso.  
 » Balaguer.  
 » Vallés.  
 » Morano.  
 » Valentín.  
 » Villanova.  
 » Urquijo.  
 » Bonafé.

La escena en Orbajosa, ciudad antigua, cabeza de partido.  
 Epoca 187...

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda*, cuya casa editorial, San Mateo, 11 duplicado, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

## ACTO PRIMERO

Jardín interior, ó patio ajardinado, en la casa de doña Perfecta. Á la derecha una fachada del edificio, que es antiguo y muy irregular: puerta grande que conduce á las habitaciones y es paso para la calle.

En el fondo, rompimiento con dos filas de altos cipreses. Por allí se va á la huerta.

Á la izquierda una tapia y cipreses y otros árboles corpulentos que dan sombra á la escena.

Una mesa á la izquierda, un sillón y sillas rústicas. Á la derecha mesa más pequeña. Hora: las dos de la tarde.

Derecha ó izquierda se entienda del espectador.

## ESCENA PRIMERA

EL TÍO LICURGO, que viene de la huerta; MARÍA REMEDIOS, que entra en escena por la derecha, con mantilla, como viniendo de la calle.

LICUR. ¿Qué se le ha perdido por acá, señora doña María Remedios?

REMEDIOS. (Mirando á la ventana del comedor.) ¿Están comiendo?

LICUR. Sí señora. Hora y media de comestraje llevan ya. Tres principios, tres, me ha dicho Librada que hay.

REMEDIOS. Y todo por ese fantasmón de ingeniero, que nos han traído de los Madriles, hombre sin fe, repodrido en las matemáticas, y harto de impiedades y maleficios... No sé en qué piensa la señora.

LICUR. No es idea de la señora mismamente, sino de su hermano, el abogado de allá, ¿sabe? el cual que

le mandó carta diciéndole: «quiero que mi hijo se case con tu hija.»

REMED. Sí, sí... ¡Ah, mundo amargo, mundo tentador, esclavo de la materia!... ¡Y sacrifican á la pobre Rosarito...!

LICUR. Eh... hable bajo.

REMED. Quiero verle. (Se aproxima á la ventana, de costado.) Es aquél que habla más que come. (Vuelve al proscenio.) El demonio le ha dado figura simpática, y un hablar galano para que engañe mejor. ¡Ah, mundo perverso! Ya sé; es de éstos que predicán en los centros de pecado que hay en Madrid, y que se llaman... no me acuerdo.

LICUR. Se llaman... espérese... se llaman... Pues yo tampoco lo sé.

REMED. ¡Mundo ingrato!... ¡Y qué me dice usted del desaire que han hecho á mi niño?

LICUR. Ya sé; la señora ha convidado á don Inocencio; pero no á Jacintito.

REMED. Estoy volada... La señora me lo perdona... pero este desprecio... ¡Ah!... Cuando todos dicen, y con razón, que mi niño está cortado para su hija... tan modosito, tan instruidito... abogado á los veinte años... Y luego... ¡con la crianza que le ha dado mi tío don Inocencio! Las ideas sanas, los principios religiosos, metidos así... á marcha martillo.

LICUR. Pero como las niñas de ogaño bailan al son de lo nuevo, por no decir de lo peor...

REMED. (Indignada.) Quitese usted allá... ¡Que será capaz Rosarito...!

LICUR. Entre el sí y el no de una mujer, no pongas la punta de un alfiler.

REMED. Imposible que la niña... (Muy nerviosa.) ¡Já, já!... ¡querer á ese... preferirle á mi ángel!... Dígame, tío Licurgo, ¿y él es rico?

LICUR. Tanto como la señora, ó más.

REMED. Y sabe, sabe mucho...

LICUR. ¡Oh!...

REMED. Por supuesto, cosas malas, que más valdría que no las supiera.

LICUR. Más sabe el cuervo que la paloma.

REMED. ¡Ay, no! La señora sabe más que él, y que todos los gavilanes juntos. Y nosotros, los que bien queremos á la señora, la ayudaremos á espantar este pájaro de rapiña. Dígame otra cosa, Licurgo: ¿es cierto que usted y los Farrucos le ponen pleito?

LICUR. Sí señora; nacen en las laderas altas de Alamillos, que al parecer son de este sujeto, don Pepito Rey, unas aguas malélicas, escrufulosas y mutativas, que se estancan en nuestra heredad, y nos matan toda la fisonomía vegetal de la tierra... (Sale Rosarito del comedor.)

REMED. ¡Ah! la señorita sale.

## ESCENA II

DICHOS; ROSARITO, LIBRADA con el servicio del café.

ROSAR. Pongo aquí. (En la mesa de la izquierda.) ¡Se enfriará si tardan!... ¡Ah! Remedios. (Vase Librada, que vuelve luego con licores, copas y una caja de cigarrillos.)

REMED. ¡Prenda querida! (La besa haciéndole mimos.) ¡Pobretina mía! Estás triste, ¿verdad? ¿Verdad que está triste y asustadica la paloma de la casa?

ROSAR. (Soprendida y risueña.) ¡Yo? Si estoy contenta...

REMED. (Recelosa.) ¡Contenta! (Viendo que salen los señores.) Ah, ya salen: yo me escabullo.

ROSAR. Oye.

REMED. Me voy, me voy. (Vase hacia la huerta.)

ESCENA III

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON INOCENCIO  
y DON CAYETANO que salen del comedor; ROSARITO ar-  
reglando el servicio del café; LICURGO que se descubre y se retira al  
fondo.

PERF. Pues sí, queridísimo Pepe, mi hija me lo decía  
esta mañana.

ROSAR. (Como asustada.) ¿Yo... qué?

PERF. Me decías que tu primo, hecho á las pompas y  
etiquetas de la Corte, y á las modas extranjeras,  
no podrá soportar esta sencillez rancia en que  
vivimos...

CAYET. Ni esta falta de buen tono.

PEPE ¡Qué error! Nadie aborrece más que yo los arti-  
ficios de lo que llaman alta sociedad.

CAYET. (Cogiéndole por un brazo, le lleva á la mesilla de la derecha.) Tú  
aquí... conmigo. (\*)

PEPE (Tomando asiento.) Ya lo he dicho: mi deleite es el so-  
siego del campo, mi sociedad la familia, mi des-  
canso el estudio, mis amores... hasta hoy, la  
Naturaleza y la ciencia. (Rosario le sirve café.)

INOC. (Cogiendo su taza.) Lo que digo: es usted, mi señor  
don José, un gran filósofo... práctico.

PEPE ¡Oh, no! guárdense las expresiones laudatorias  
para el virtuoso sacerdote, para el sabio huma-  
nista de Orbajosa.

INOC. (Rechazando los elogios con modestia.) ¡Oh, por Dios!...

PERF. Don Inocencio vale mucho; tú también. Felices  
nosotros si conseguimos que esta humildad, que  
esta vida obscura no se te hagan aborrecibles.

PEPE ¡Quíá! Dos días no más llevo aquí, y ya siento  
que el alma se me ensancha, se me renueva en  
este ambiente de paz. Todo, todo lo cambio por

(\*) Doña Perfecta, don Inocencio, Rosarito, Pepe Rey, don Cayetano.

este rincón apartado y tranquilo, donde pienso  
encontrar mi dicha.

INOC. (Á doña Perfecta, que toma café á su lado.) Bien, bien.

ROSAR. (Á Pepe Rey, por el café.) Lo encontrarás poco fuerte.

PEPE Está delicioso.

INOC. Riquísimo.

CAYET. Y ahora, en cuanto tomemos café, te enseñaré lo  
mejor de mi biblioteca, de la cual no pudiste ver  
esta mañana más que la broza, lo moderno.

ROSAR. (¡Pobrecito, ya le cayó que hacer!)

INOC. Es muy notable la colección de su tío de  
usted.

PERF. Ejemplares rarísimos: ya verás.

PEPE Siento ser absolutamente lego en todo eso de las  
curiosidades bibliográficas.

INOC. Verá usted todo cuanto se ha escrito acerca de  
nuestra querida Orbajosa.

CAYET. Incluyendo aquellas obras que sólo citan á nues-  
tra gloriosa ciudad episcopal, ó á alguno de sus  
hijos. Con estos elementos preparo mi *Floresta  
Urbsaugustana*, en la cual creo que no se me esca-  
pará ninguna particularidad histórica ni biográ-  
fica de este nobilísimo pueblo.

PEPE ¡Ah! (Con gracejo.) Yo creí que en Orbajosa no había  
más cosas buenas que... lo que está presente.

PERF. ¡Jesús, Pepe!

INOC. En todas las épocas de nuestra historia, los orba-  
josenses se han señalado por su hidalguía, por  
su lealtad, por su valor, por su claro entendi-  
miento...

PERF. ¿Tú qué te creías?

PEPE No, si no lo dudo.

LICUR. (Adelantándose con falsa timidez y socarronería.) ¿Da su per-  
miso el señor don José...?

PEPE ¡Ah! el buen Licurgo...

ROSAR. (Aparte, con pena.) Cómo le marean, pobrecito; el tío  
con sus libretos, y éste con sus pleitos.

LICUR. ¿Ha descansado el señor don José?



- PEPE Del viaje, si... de usted, no. Ya es la tercera vez que viene á decirme que pleitea...
- CAYET. ¿Contra tí?
- PEPE Contra mí.
- PERF. Pero este Licurgo... Hombre, déjale que tome su café con tranquilidad.
- LICUR. (Con fingida aflicción.) Señora mía, señor don José, yo no quisiera molestarles; pero el Ayuntamiento nos pide daños y perjuicios, porque las aguas malélicas y corruptas...
- PEPE ¿Y yo qué tengo que ver?... Déjeme usted á mi de aguas corruptas y de cuestiones malélicas, tío Licurgo... ¡Triste de mí, que jamás he visto un grano de trigo de esa dilatada estepa de Alamillos! Si soy yo quien debe pleitear, y perseguirles, y procesarles, porque esas tierras que disfrutaban son mías, las han ido cercenando de mi propiedad: hoy una fajita, mañana otra... A mi padre le denunciaron este despojo; pero no hizo caso...
- LICUR. (Exaltándose, con falsa dignidad.) Señor don José, ahí están mis linderos, en las santísimas escrituras.
- PERF. Eh, no te exaltes... Yo garantizo á éste, Pepe. Es incapaz... Por Dios, se razonable. Las aguas malas nacen en tu heredad; es justo que tú...
- PEPE Bueno, queridísima tía; no me riña usted. Si usted cree que debo pagar daños y perjuicios...
- PERF. No, yo no digo nada. Tú eres generoso y no gustas de oprimir al pobre.
- PEPE ¡Pero si es el pobre el que quiere oprimirme á mí!...
- CAYET. Te advierto que éste es un picapleitos formidable, y sabe más leyes que todo el Colegio de Abogados de Madrid.
- PEPE Lo creo.
- LICUR. ¡Leyes á mí! ¡Justicia! Del lobo un pelo, y ese de la frente. Pero mi derecho es mi derecho...
- PERF. Vaya, Licurgo, déjanos en paz ahora.

- PEPE Sí, sí; que nos perdone la vida...
- LICUR. Si molesto, no es caso... Pero volveré. Mi derecho es mi derecho... Cada lobo á su senda.
- ROSAR. Sí, sí; pero basta ya. (Cogiendo un cigarro de la caja que hay sobre la mesa.) Toma un cigarrillo, y vete con Dios...
- LICUR. Gracias, mi niña... Señora, señor don José, hasta más ver... Pobre, pero honrado. Sagrado es lo ajeno; pero lo propio, sagrado también.
- ROSAR. (Empujándole hacia fuera.) Sí, sí... Adiós, hombre.
- LICUR. (Retirándose.) Mi derecho es mi derecho.

#### ESCENA IV

#### LOS MISMOS, menos LICURGO

- PEPE (Pasando al otro lado.) ¡Demonio de hombre! Estós villanos legistas me atacan los nervios.
- PERF. No lo tomes así, hijo mío. Los pobres defienden el miserable terruño sobre que viven.
- CAYET. No se hable más de eso.
- ROSAR. (Que se ha sentado junto á don Cayetano.) Y este Licurgo maldito y los Farrucos no me entran más en casa.
- CAYET. Sí, porque con estas incumbencias podríamos hacerle antipática nuestra noble tierra. ¿Verdad, sobrino, que te gusta Orbajosa? Dí que sí.
- INOC. ¿Gustarle? Lo dudo.
- PEPE ¡Oh, no!
- PERF. ¿Qué piensas de nuestra humilde, pero gloriosa y santa ciudad?
- PEPE ¿La ciudad...?
- ROSAR. ¿Verdad que te gusta? ¡Si es tan bonita!
- PEPE Si Rosario la encuentra bonita, yo también, porque en todo quiero ser de su parecer.
- INOC. ¿Y el país, la región...?
- ROSAR. Dí lo que tú piensas, no lo que pienso yo, que soy una ignorante.
- PEPE Pues...
- PERF. Sinceridad, hombre, buena fe.

PEPE. Allá voy, señora. Pues en la región no veo más que pobreza, un atraso que descorazona, ejércitos de mendigos, la agricultura como en tiempos de Adán, la industria rutinaria, grosera, infantil. (Oyente todos con disgusto.)

PERF. Riqueza, bambolla, no tenemos... pero hay caridad.

PEPE. ¡Ah!... no digo que no. Pero no se trata...

PERF. Somos pobres, rústicos, zafios, si quieres; pero conservamos las virtudes de la raza, los sentimientos nobles, el santo temor de Dios... ¿Sabes lo que es esto?

PEPE. ¿Pues no he de saberlo? Lo que yo digo es...

INOC. (Nervioso, sin poderse contener.) La cantinela de siempre. En mi larga vida, he visto llegar á Orbajosa multitud de personajes de la Corte, traídos unos por la gresca electoral, otros por gusto de ver nuestra soberbia basílica, *pulchra augustana*, que dijeron los antiguos. Pues todos han de hablarnos enfáticamente de nuestra rudeza, de nuestro atraso material... ¿Y que nos traen ellos? pregunto yo. Por supuesto, (Mirándole por encima de las gafas.) ni remotamente se creía que lo digo por usted. Me guardaría yo muy bien... Ya sé que tenemos delante á uno de los hombres más eminentes de la España moderna.

PEPE. (Rechazando el elogio.) ¡Oh!...

INOC. A un hombre que sería capaz de transformar estos páramos en comarcas fertilísimas, sólo tocando en ellos con la varita maravillosa de la ciencia...

PEPE. (Confuso.) ¡Pero don Inocencio, si no he dicho...! Tía, ¿verdad que...?

PERF. Nada, no me incomodo. A hombres de tanto, de tantísimo entendimiento, se les puede dispensar el desprecio que hacen de nuestra vulgaridad.

PEPE. ¡Yo!...

INOC. Y le autorizamos para todo.

PERF. Incluso para decir que somos... poco menos que cafres.

PEPE. ¡Por Dios, querida tía!...

ROSAR. (Muy apurada.) ¡Pero si no ha dicho...!

PERF. (Imponiéndole silencio, con el dedo en la boca.) ¡Niña!... ¡pst!...

PEPE. Si no me han entendido...

PERF. Sí te entendemos, ¡ah! Pero no nos damos por ofendidos y te perdonamos de todo corazón.

PEPE. (Resignándose.) Pues sea lo que ustedes quieran.

CAYET. Ya le irá tomando el gusto á nuestra humilde Orbajosa. Mañana le enseño yo todita la Catedral, por dentro y por fuera, el relicario, la cripta, las telas y ornamentos, los sepulcros...

PEPE. Ya la ví esta mañana ligeramente...

PERF. (Interrumpiéndole.) Cuidado, Pepe; si hablas mal de nuestra hermosa iglesia perdemos las amistades. Tú sabes mucho; eres una eminencia, una celebridad... pero si has de descubrir que esta santa fábrica no es la octava maravilla, guárdate en buen hora tu ciencia y déjanos en nuestra feliz ignorancia.

PEPE. Señora mía, lejos de creer que no es bella la Catedral, lo que de su interior he visto me parece de imponente gallardía.

PERF. Bien, hombre, bien; lo dices por tenerme contenta.

ROSAR. Le gusta, sí, le gusta.

INOC. Gracias, mil y mil gracias, señor don José. Yo pensé que usted, como gran matemático y materialista furibundo, menospreciaría nuestro templo diocesano, y nos diría que le parece más bello y grandioso cualquier almacén ó mercado de hierro.

PEPE. (Ligeramente ofendido.) ¡Pero, señor mío!...

PERF. (Interrumpiéndole.) Y aunque lo sientas, harás bien en no decirnoslo, y te agradecemos tu delicadeza.

PEPE. (Nervioso.) ¡Nada, no quieren entenderme!...

ROSAR. (Le entienden al revés.)

- PERF. ¿Te incomodas?
- PEPE ¡Oh, no!... Pero... Empiezo por decir que ni yo soy sabio, ni...
- INOC. (Con viveza.) Lo es, y de los más eminentes de por allá.
- PEPE (Un poquito quemado.) Gracias, señor don Inocencio. No admito la lisonja.
- INOC. Acepte el elogio sincero, porque tras él, si el señor don José me lo permite, señalaré, lisa y llanamente, la sombra que veo junto á esa luz excelsa de su sabiduría.
- PEPE ¡La sombra!
- ROSAR. (Alarmada.) ¡Ay, Dios mío! ¿Qué sombra será esa?
- INOC. ¿Usted ha cultivado las ciencias?
- PEPE Sí señor.
- INOC. Con extraordinario aprovechamiento.
- PEPE Regular.
- INOC. Provecho para la inteligencia, desventaja para el corazón; porque la ciencia, tal como la estudian y propagan los modernísimos, es la muerte del sentimiento y de las dulces esperanzas con que nuestras pobres almas se consuelan de las miserias de esta triste vida.
- PEPE (Que se ha levantado y va de un lado á otro.) Poco á poco, señor mío...
- PERF. La ciencia todo lo reduce á guarismos, reglas, rayas y formulillas, y quiere hacer del mundo una gran máquina.
- PEPE ¿Quién ha dicho eso? Pero señor, ¿qué tiene que ver...?
- ROSAR. (Aparte á Pepe Rey.) No le contradigas. Dí á todo que sí.
- CAVET. Pepe, tómalo con calma.
- PERF. ¿Pero te incomodas?
- PEPE Sí; me incomoda tanto llamarme sabio... y científico, y...
- PERF. Si lo eres.
- PEPE Y saldrá á relucir otra vez la dichosa materia...

- PERF. Si es tu fe.
- PEPE Señora...
- PERF. No, conmigo no discutas; aquí don Inocencio sabrá contestarte.
- INOC. ¿Yo?... ¿Qué puedo yo contra adalid tan fuerte?...
- PEPE ¡Y dale! Pues yo le digo á usted... (Conteniéndose.)
- PERF. A ver, á ver...
- ROSAR. (Alarmada.) ¡Pepe, cuidado...!
- PERF. Habla, hombre. ¿Qué ibas á decirnos?
- PEPE (En el centro de la escena, en pie.) Que sí... que sí, que yo defiendo la ciencia, (Con brio.) la defiendo porque es mi madre, porque le debo lo poco que soy. Y diré al señor don Inocencio, á nuestro insigne humanista, gloria de Orbajosa, que la ciencia, por ley ineludible, ha venido á derribar tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras del pasado, bellas las unas, ridículas las otras. Adiós sueños torpes, embriagueces dulces de la imaginación. El género humano ya no es niño, es hombre, y os ha trocado por la verdad. La ciencia ha realizado este prodigio; la ciencia, hija de Dios también, señor don Inocencio, aunque usted no quiera; la ciencia, que como un astro espléndido ilumina y calienta el mundo, pues no sólo disipa las tinieblas, sino que destruye las corrupciones producidas por la obscuridad.
- ROSAR. (Muy apartada, aparte, á Pepe Rey.) ¡Por Dios, mamá se enoja!
- PERF. ¡Vaya, vaya...!
- CAVET. (A Pepe Rey.) Cuidado, Pepé...
- INOC. (Aparte á doña Perfecta.) Panteísmo puro. (Alto.) Emplearía yo armas de sentimiento, argumentos teológicos, sacados de la revelación, de mil autoridades religiosas y profanas. Pero sólo conseguiría que se riera de mí y de mis vulgares razones, nuestro gran matemático, hombre eruditísimo, pero sin Dios.
- PEPE ¡Oh, eso no!

PERF. Porque no te atreves á decirlo.  
 PEPE (Con firmeza.) ¡NO, NO!  
 CAYET. ¡Ea! basta ya. (Se levanta, queriendo poner paz.)  
 ROSAR. (Levantándose.) No se hable más de cosas tan poco divertidas. (Pasa al lado de don Inocencio.)  
 PERF. Tú te sofocas, y sin quererlo enseñas la oreja materialista.  
 PEPE ¡Por Dios, tía: no es eso!...  
 CAYET. ¡Ea! vuélvanse cañas las lanzas.  
 ROSAR. Don Inocencio, sea usted amigo de Pepe.  
 INOC. Sí, hija mía, amigo, sí.  
 ROSAR. Dénse las manos.  
 INOC. Y los brazos. (Adelantándose, abraza friamente á Pepe Rey.)  
 ROSAR. Así.  
 PERF. Abrázale, y mírale como maestro.  
 INOC. ¡Oh, eso no!  
 PERF. Sabe más que tú.  
 PEPE. ¿Quién lo duda? Infinitamente más.  
 LIBR. (Entrando por la derecha.) Señora, las señoras de Cirujeda. (Vase Librada.)  
 CAYET. Visita... (A Pepe Rey.) Vámonos nosotros á la biblioteca.  
 PEPE. (Aparte á don Cayetano.) Sí, á la biblioteca: quiero descansar de este hombre. (A doña Perfecta.) ¿Viene Rosario con nosotros á revolver papelotes?  
 PERF. (Que ha estado hablando con don Inocencio.) Tendrá que venir conmigo á recibir á esas buenas amigas.  
 ROSAR. Mamá, déjame. ¡Son tan fastidiosas esas pobrecitas viejas! Prefiero los pergaminos de mi tío.  
 PERF. Hija, un momento no más; después que las saludes, te subes á la biblioteca.  
 ROSAR. (A Pepe Rey y don Cayetano.) Pues hasta luego.  
 PEPE. (Aparte á Rosaria.) Me aguardarás en la huerta. Yo saldré pronto.  
 PERF. ¿Don Inocencio se queda por aquí? ¿Por qué no se va á descabezar su siestecilla en un sillón del comedor?  
 INOC. (Acomodándose en el sillón rústico.) Si estoy aquí tan rica-

mente. Ya sabe usted mi costumbre. Cierro los ojos. Quince minutos de descanso cerebral me bastan.  
 PERF. Pues adiós. (Vanse doña Perfecta y Rosarito por la puerta de la casa.) A descansar.  
 PEPE. Don Inocencio...  
 INOC. Hijo mío, á divertirse viendo esas maravillas de la antigüedad.

ESCENA V

DON INOCENCIO; MARÍA REMEDIOS

INOC. (Queriendo dormirse.) *Satis est requiescere lecto, si licet, et solito membra levare thoro...*  
 REMED. (Que sale por el foro.) Señor tío, déjese ahora de sueñecicos.  
 INOC. (Despabilándose.) Pero mujer...  
 REMED. Tenemos que hablar... Buena nos ha caído con la llegada de ese iscarote... La niña, el ángel de la casa, la palomita sin hiel, ¡ah, mundo mentiroso, mundo falaz! se nos va, se nos escapa... Por de pronto, el primo... le gusta.  
 INOC. ¿Cómo sabes...?  
 REMED. Mientras aquí charlaban, yo, detrás de aquellos árboles, atisbaba la cara de la niña... Nada, que los ojos de una chiquilla enamorada, dicen más verdad... que un misal.  
 INOC. Podrías equivocarte. Es pronto todavía...  
 REMED. ¡Ah, señor tío! Mientras el ingeniero echaba aquellos despotriques de la ciencia, la niña con los ojos... se lo comía.  
 INOC. ¡Bah, bah!... No seas cócora... Ya salió tu carácter inquieto, inflamable, levantisco...  
 REMED. Dios me ha hecho á mi súpita y acometedora para ganar estas batallas, como le ha hecho á usted cachazudo y timorato para perderlas.  
 INOC. Bueno, mujer.  
 REMED. Y si usted y la señora se descuidan, se nos des-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1523 MONTERREY, MEXICO

hace, como la sal en el agua, la colocación del niño. ¡Vaya una gloria casarle con la hija única de doña Perfecta, amarnos, como quien dice, con personas tan principales...! Y ya estaba la pasta hecha. No faltaba más que meterla en el horno. Pero da el demonio una patada, y ¡zás! el ingeniero... ¡Ah! lloraría de rabia, sí señor. ¿De qué le vale ahora á mi Jacintó ser tan buen cristiano, y saber todo lo que sabe, como un serafín de Dios?

INOC. Mujer, ten calma... No te aturrulles... Yo creo que al fin...

REMED. Pero si la señora está siempre con él hecha unas mieles... «Queridísimo Pepe, sobrino mío, hijo de mi alma.»

INOC. ¿Pues qué ha de hacer la señora...? Mira, oye... Nuestra bonísima doña Perfecta no quiere casar á Rosario con el señor de Rey... Claro: su conciencia no puede transigir con la impiedad. No quiere, no... Pero por respeto á su hermano, no se opone ostensiblemente, no dice que no, no puede decirlo. Remedios, no puede... Ahí tienes el conflicto en que se ve la santa señora.

REMED. Pues ese, como no lo echen á zapatazos...

INOC. Déjate de tonterías... ¿Tú qué sabes? Déjanos á la señora y á mí, y no te metas en nada, ni vengas aquí, ni andes con chismes, ea... Vete á casa, y que no deje de venir Jacintillo esta tarde.

REMED. Ya le dejé preparándose... Voy á darle la última mano. Le pondré como un sol... el chaqué nuevo, que le llevó ayer el sastre... pantalón de cuadros, todo por figurín, su corbatita azul, sus guantes... ¡ay, y que le caen tan bien!

INOC. Bueno, pues anda... á casa.

REMED. Me voy. (Viendo salir á Librada por el comedor.) ¡Ah!... á ver qué trae esta.

LIBR. Señor don Inocencio...

INOC. ¿Se fueron esas señoras?

LIBR. Han bajado á la huerta con la señora. La señora que haga usted el favor de ir, que tiene que hablarle.

INOC. Voy allá. (A María Remedios.) Vete ya.

REMED. (Viendo venir á Rosario que aparece viniendo de la huerta.) ¡Ah! la niña...

INOC. Déjala... no le digas nada. Temó tus inconveniencias... A casa. (A Rosario.) No entretengas á ésta, no le des cuerda, que habla más que una cotorra... Tiene que hacer en casa. (Vase hacia la huerta.)

### ESCENA VI

ROSARITO; MARÍA REMEDIOS

ROSAR. Cotorrita, ya oiste lo que dice tu tío.

REMED. Sí, me voy... (Con fingida afición.) Mi hijo me aguarda. No puede estar sin mí, ¡pobre ángel! Está tan triste, tan caidito, tan... Para ver si se distrae, le he mandado que venga acá esta tarde.

ROSAR. Sí, que venga...

REMED. ¡Ay! temo mucho que la murria me le mate.

ROSAR. ¿Por qué? ¡Pobrecillo!

REMED. Y el cuento es que no quiere venir. Cuesta Dios y ayuda hacerle salir á la calle.

ROSAR. Eh, no exageres... Tú siempre con esos extremos... (Remediándola.) «¡Oh, mundo amargo, mundo abominable!...» Mira, le dices á Jacinto que yo le mando venir.

REMED. Puede que sea peor...

ROSAR. Quiero que le conozca mi primo.

REMED. ¿Quieres que le conozca...? Yo también deseo conocerle... Dicen que es muy simpático.

ROSAR. Sí.

REMED. Y que sabe más que Merlín.

ROSAR. ¡Lo que sabe!

REMED. Pues el niño se alegrará... yo también... ¡y le daría yo un abrazo muy apretado, muy apreta-

do!... (Bruscamente.) Adiós. (Se va rápidamente por la izquierda.)

ESCENA VII

ROSARITO; PEPE

ROSAR. (En la puerta de la biblioteca.) ¡Qué haré? Me dijo que en la huerta. Pero si allá está mamá con esas viejas charlatanas, insoportables... ¡Subiré á la biblioteca? No, no, me dijo que esperara.

PEPE. (Por la puerta que conduce á la biblioteca.) Te sentí llegar. He engañado al buen bibliómano, diciéndole que sentía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba acostarme. El pobre señor allá se queda solo, nadando en un mar de preciosos manuscritos.

ROSAR. ¡Y de veras no te duele la cabeza?

PEPE. No, no.

ROSAR. Yo creí que sí, con aquellas discusiones que no vienen á cuento.

PEPE. Hija, el tal don Inocencio me enciende la sangre.

ROSAR. ¡Pobre señor, es tan bueno!

PEPE. Dime, ¿es el amigo íntimo, el consejero de la familia?...

ROSAR. Sí, viene todos los días.

PEPE. Dios nos tenga de su mano.

ROSAR. ¿Por qué? Me quiere mucho, y le quiero.

PEPE. Entonces será forzoso que yo le quiera también. Me dijo don Cayetano que tiene una sobrina.

ROSAR. Ahora mismo salió de aquí... ¡Tan buena la pobre...!

PEPE. Madre de un jovencito...

ROSAR. A quien conocerás luego. Es gente honradísima. Los tres nos quieren con locura.

PEPE. Si no entendí mal, son de origen humilde.

ROSAR. María Remedios fué criada de casa... Pero de esto hace mil años...

PEPE. Y después, se han crecido...

ROSAR. Heredaron algo de un hermano de don Inocencio, que murió en la Habana, y hoy viven con holgura modesta, y son muy considerados en la ciudad.

PEPE. Bien, bien, (Cogiéndola una mano y llevándosela hacia la huerta.) vámonos.

ROSAR. Ay, no puede ser allá. Mi madre y las de Cirujeda y don Inocencio andan de palique por la huerta de abajo.

PEPE. (Deteniéndose.) ¡Cuidado que es desgracia la nuestra! En todo el día no hemos encontrado un ratito de soledad...

ROSAR. Ayer tarde, no te quejes, pudiste hablarme, decirme...

PEPE. No hice más que desflorar mi pensamiento. Llegó tu madre, y me cortó la palabra, dejándome á media miel. Yo te decía...

ROSAR. (Ligeramente, avergonzada.) Si me acuerdo bien. No puedo olvidarlo.

PEPE. Que desde que te ví, mi alma se sintió inundada de un gozo tan vivo...

ROSAR. Y yo, cuando entró mamá, iba á contestarte...

PEPE. ¿Qué?

ROSAR. Que no lo creía, que no lo creo. ¡Tan pronto...? Mira, Pepe, yo soy una lugareña, yo no sé hablar más que cosas vulgares, yo no sé francés, yo no me visto con elegancia... Vaya, no seas pillo: no puedes haber sentido, al verme, ese gozo del alma... Yo, nada soy, nada valgo...

PEPE. Para mí, más que el mundo entero.

ROSAR. ¡Jesús! ¡Qué chiquito es el mundo!

PEPE. Junto á tí, como un grano de arena. Si me conocieras como yo creo conocerte á tí, sabrías que jamás digo si no lo que siento. Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad.

ROSAR. El de las matemáticas, como diría, burlándose, el pobrecito don Inocencio.

PEPE. Y como soy todo matemáticas, voy á la exacti-

tud, y te digo: «Rosario, yo he venido aquí á casarme contigo.»

ROSAR. (Ruborizada, bajando los ojos.) ¡Pepe, qué cosas tienes!  
PEPE. Mira, prima querida, te juro que si no me hubieras gustado, ya me habría ido yo con mi ciencia á otra parte. Con todos los esfuerzos de la cortesía y de la delicadeza, no me habría sido posible disimular mi desengaño.

ROSAR. (Sin mirarle.) ¡Pepe, si no hace más que dos días que llegaste...!

PEPE. Dos días, y ya sé todo lo que tenía que saber; sé que te quiero, que eres la mujer que desde hace mucho tiempo me está anunciando el corazón, diciéndome noche y día: «ya viene, ya está cerca... ahí la tienes.»

ROSAR. ¡Já, já!... ¡qué gracia! (Por disimular su turbación.)

PEPE. Tú te empeñas en que nada vales, y eres la maravilla de la Naturaleza. Para mayor gloria tuya, ignoras tu mérito inmenso, y no ves la luz, no sientes el calor divino que proyecta tu alma sobre todo cuanto te rodea. (Con entusiasmo.) Eres mi vida nueva, y yo te quiero como un tonto.

ROSAR. ¡Primo, primo mío, por Dios! (Conmovida se deja caer en una silla, con ligero desvanecimiento.) Yo te suplico...

PEPE. ¡A ver... qué me suplicas?

ROSAR. (Pausa.) Que no me digas esas cosas...

PEPE. ¿Te molesta que yo te quiera?

ROSAR. (Vivamente.) No, no.

PEPE. ¿Quieres que me vaya?

ROSAR. No.

PEPE. ¿Que no te diga...?

ROSAR. Sí, sí: dímelo.

PEPE. Si yo tuviera la suerte, la dicha inmensa de que me quisieras tú, aunque no quisieras decírmelo...

ROSAR. Te lo diría; sí, te lo diría... Pero no tan pronto; tan pronto no te lo puedo decir, Pepe. Ten formalidad...

PEPE. Bueno, me lo dirás más tarde...

ROSAR. A su tiempo... dentro de muchos días. ¡Oh, ahora, ahora, no estaría bien!

PEPE. Y cuando me digas eso, ¿me dirás que me quisiste, como yo, desde el primer día?

ROSAR. No, antes... (Con viva espontaneidad.) Desde mucho antes de verte... Pero no; ¡me callo... No he dicho nada todavía.

PEPE. Aguardaré... Yo tengo paciencia... La ciencia es la paciencia, Rosario.

ROSAR. Es que... verás. Mamá me daba á leer las cartas de tu padre, y me gustaba tanto, tanto, leer los elogios que tu papá hacía de tí. Y yo me decía...

PEPE. ¿Qué?

ROSAR. Nada.

PEPE. Decías: «éste debiera ser mi marido.»

ROSAR. Si tu papá, en aquellas cartas, no decía nada de casorio. No, Pepe, no decía nada.

PEPE. Pero lo decías tú.

ROSAR. Lo que yo hacía era asombrarme mucho de que tu padre no dijese nada. ¡Qué descuido!

PEPE. Pero al fin lo dijo...

ROSAR. (Vivamente.) Pero esa carta no me la dió á leer mamá. Y no debía dármela... no, no... era muy pronto. Luego, llegas tú de improviso... (Aparece doña Perfecta y don Inocencio viniendo de la puerta. Tras ellos Jacintito.)

PEPE. (Se vuelve como oyendo los pasos.) Alguien viene.

ROSAR. (Asustada.) ¡Ah...! mi madre...

### ESCENA VIII

DICHOS; DOÑA PERFECTA, DON INOCENCIO, JACINTITO, vestido con elegancia de pueblo, sin llegar á lo ridículo.

PERF. (Disimulando su disgusto por verlos juntos.) ¿Pero no estábais en la biblioteca con Cayetano?

PEPE. Sí señora, pero cansados de admirar las hermosuras de lo pasado, nos salimos aquí, á charlar un poquito de las venideras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
444 CORSO HEYES  
1325 MONTERREY, MEXICO

- PERF. Temprano empezáis.
- INOC. Tengo el honor, señor don José, de presentarle al hijo de mi sobrina, Jacintito...
- PEPE ¡Oh, tengo mucho gusto!... Ya sé que es un joven de grandísimo mérito.
- JACINT. (Con modestia y cortadad.) Por Dios...
- ROSAR. Si que lo es...
- PERF. ¡Vaya!
- JACINT. No me avergüencen. ¿Qué soy yo en parangón de esta personalidad, de este sabio eminente?
- PEPE (Riendo.) Ahora viene el incensario por acá...
- INOC. Este es un pobre muchacho, aplicadillo, eso sí...
- PEPE Abogado ya.
- PERF. No es Jacinto de esos talentos de relumbrón que un momento fascinan, no... Es sólido, bien remachado de sanos principios.
- JACINT. Siento verdadero orgullo en tratar á un hombre que viene precedido de la fama, como gloria legítima, indiscutible de la ciencia...
- PEPE No me avergüencen ustedes, digo yo ahora... (Siguen hablando.)

ESCENA IX

DICHOS; CABALLUCO, DON JUAN TAFETÁN, que vienen por la casa, puerta segunda derecha.

- PERF. (Adelantando á su encuentro.) ¡Oh! aquí tenemos al guapo de Orbajosa, Cristóbal Ramos... Pepe, aquí le tienes; un bruto que sabe ser héroe, hoy terror de los ladrones, perseguidor de los malos, bueno como el pan de picos, la miga blanda, la corteza dura.
- INOC. Es el célebre *Caballuco* de la leyenda...
- PEPE De la guerra civil, ya.
- CAB. El señor ya me conoce.
- PEPE Sí, nos encontramos en el camino cuando yo venía. ¡Ah! gallardísima figura la de usted á caballo... Yo dije que me parecía usted un Centauro.

- CAB. ¿Y qué es eso?
- INOC. Mónstruo mitológico, mitad hombre, mitad caballo.
- CAB. ¡Ya!...
- PEPE Y recuerdo, sí, haber oído algo de sus hazañas... como cabecilla ó guerrillero.
- PERF. Hoy tienes al héroe convertido en un vulgarísimo portador del correo...
- PEPE Por muchos años.
- PERF. (Presentándole.) Don Juan Tafetán, amigo de casa, solterón empedernido, Tenorio jubilado.
- PEPE Celebro mucho...
- TAFET. No haga usted caso, señor don José... ¡jí, jí! ¿Y qué? ¿Tendremos el gusto de verle aquí mucho tiempo?
- PEPE Puede que sí. He venido á un asunto de familia. Además, el Gobierno me ha dado una comisión...
- TAFET. ¡Ah!...
- PEPE Estudiar la cuenca del Nahara, para un trazado directo entre esta ciudad y el valle de Rejones.
- TAFET. Pónganos usted en comunicación con el valle de Josafat, y estaremos más en carácter... ¡jí, jí!...
- CAB. Pues yo... con perdón, no venía de visita, sino por hablar con la señora...
- PERF. Luego hablaremos. Toma una copa.
- CAB. (Tomando la que le sirve doña Perfecta.) El señor sobrino de la señora, á quien yo quiero como á mi madre, me tiene á sus órdenes, y si cuando se marche teme algún mal encuentro por esos caminos de Dios...
- PEPE No pienso marcharme.
- PERF. En el supuesto de que te marches, hombre...
- JACINT. Sí, y como anda por ahí una partidilla...
- CAB. Pero yendo el señor conmigo, no hay cuidado.
- PEPE ¿Con que partidas...?
- TAFET. No se asuste usted; es el fruto de la tierra, como los ajos, jí, jí!...



- PEPE. Verdad que mientras no se acabe la guerra civil, no hay territorio seguro.
- CAB. Buenos muchachos. No les he podido contener. Es el odio á las contribuciones, al Gobierno, á ese maldito Madrid, que no nos manda acá más que gente perdida... mejorando... Con usted no va nada.
- PEPE. Gracias.
- PERF. Todo ha sido por la amenaza del Gobierno de mandarnos tropas, que ninguna falta nos hacen.
- ROSAR. (Á don Inocencio.) ¡Qué cargante es esto de la guerra!... partidas por aquí, soldados allá.
- INOC. Dios permite la guerra...
- ROSAR. ¿Cuándo?
- INOC. Cuando desea que los hombres amen la paz.
- PEPE. (Formando grupo, á la derecha, con Tafetán y Jacinto, mientras Caballuco y doña Perfecta pasan al otro lado.) En vez de andar á tiros por ahí, más cuenta les tendría labrar bien sus tierras...
- JACINT. Es que Orbajosa, señor don José, es pueblo de muchísimo orgullo, de muchísimo tesón... Siempre que defendió una causa con las armas, dió mucho juego esta dichosa tierra del ajo. Y ahora parece que el Gobierno, al mandar soldaditos, la provoca, la reta...
- PEPE. No es reto; es precaución.
- TAFET. ¡Bah! No correrá la sangre al río. (Siguen hablando.)
- PERF. (A Caballuco, en el otro lado.) Harías bien en contener á esos locos que se han lanzado á los caminos.
- CAB. Dejarlos... Nunca está demás enseñar los dientes al Gobierno.
- PERF. (Obsequiando á Caballuco, que se ha sentado junto á la mesa de la derecha.) Toma un cigarro. ¿Quieres otra copa? (Se la sirve.)
- PEPE. (Contestando á algo que ha dicho Jacinto.) Amigo mío, no veo relación ninguna entre la filosofía alemana y las partidas de Orbajosa.

- JACINT. Yo sí... (Con pudantería.) Y dígame, señor don José, ¿qué piensa usted del darwinismo?
- PEPE. (Sorprendido.) ¿Yo?... Nada. Mis estudios han sido de índole muy distinta.
- INOC. (Llenando una copa.) Todo se reduce á sostener que descendemos... (Ofreciendo la copa á Pepe Rey.) Don José, una copita.
- PEPE. (La acepta.) Gracias. (Bebe un poco.)
- PERF. (Ofreciendo á Tafetán.) Tafetán, una copita.
- PEPE. Pues el darwinismo es una doctrina respetable que no puede tratarse en solfa.
- CAB. (Que no entiende el término.) ¿Cómo se llama eso? (Sin moverse de su asiento oye.)
- TAFET. ¡Menudas agarradas hay en el Casino por eso del darwinismo y los monos...! ¡jí, jí!
- JACINT. En esa doctrina hay que distinguir entre los estudios experimentales, que son muy buenos, y las consecuencias filosóficas, que son deplorables.
- PEPE. En efecto; la experimentación fundamental es asombrosa. Yo creo...
- PERF. (Con sequedad, interrumpiéndolo.) ¡Pepe...!
- PEPE. Señora.
- PERF. ¡Si piensas defender esas ideas absurdas, hazlo donde yo no te oiga!
- ROSAR. ¡Mamá, si no ha dicho nada!
- PEPE. Yo no defiendo nada. Decía...
- PERF. Mira que ya tienes muy mala fama en Orbajosa.
- PEPE. ¡Yo... mala fama!
- INOC. Nada. Es que la gente viciosa da en decir si es... ó no es.
- PEPE. (Queándose un poco.) Pero, ¿qué soy?
- ROSAR. ¡¿Qué es, Dios mío!
- PERF. (Con aparente cordialidad.) No te enfades... Ya sé yo que eres bueno, tan bueno como tu padre, y te quedamos mucho. ¡Pues no es floja batalla la que he dado hace un rato en tu defensa!
- PEPE. ¡En mi defensa!

- INOC. Lo presencié. Su tía le defendió á usted como una leona.
- PEPE ¡A mí!
- PERF. Nada, hombre. Que estuvieron aquí las de Cirujeda, unas señoras muy respetables...
- ROSAR. (Y muy charlatanas, y muy venenosas.)
- PERF. Y me dijeron que han oído decir... Nada: que si eres ó no eres incrédulo...
- PEPE Pero esas señoras no me conocen... ¡Vaya con las pécoras...!
- PERF. ¡Eh! no las injurias, que son muy buenas cristianas, muy comedidas, muy principales...
- INOC. Dijeron mil simplezas: que usted no cree que Dios nos crió á su imagen y semejanza...
- PERF. Sinó que tenemos por ascendientes á los orangutanes ó á las cotorras.
- PEPE ¡Yo... qué desatino!
- PERF. Y que aseguras que el alma es una droga... como los papelillos de magnesia ó de ruibarbo que se venden en la botica...
- ROSAR. ¡Qué iniquidad! ¡Estúpidas!
- PEPE ¡Pero esas señoras están locas! Que yo... Lléveme á su casa para decirles que las han engañado.
- PERF. Cálmate... ¡Ay, sobrino, cómo te defendí...! ¡Si me hubieras oído...! Cierto que no pude convencerlas. Pero por mí no quedó... Yo sé que eres bueno, delicado, y que no has de defender aquí públicamente, lastimándome á mí y á todo el pueblo, esas abominaciones.
- PEPE (Con gradual enojo.) ¡Si yo no pienso eso!... ¡Si no lo he pensado nunca!... Pero usted, tía, ¿qué idea tiene de mí...? ¡Esto ya es ofensivo, esto es deseo de molestarme!... No, tía, usted no cree...
- INOC. La señora no le acusa á usted; no hace más que advertirle que, si por acaso profesase esas ideas, se guarde de manifestarlas aquí.
- PERF. Justo.
- CAB. Eso; que si lo piensa, se lo calle.

- PEPE ¿Pero qué es esto? ¿Se han propuesto aquí volverme loco...? Claro, yo tengo mis ideas, que seguramente en algo han de discrepar de las de ustedes.
- PERF. ¿Ves, ves?
- ROSAR. (Muy nerviosa, á Jacinto.) Pero, tonto, Jacinto, ¿qué haces que no sales á su defensa?
- JACINT. ¿Yo?... ¡Dios me libre! Ya sabrá él defenderse. (Con pedantería.) El racionalismo, hijo legítimo de la experimentación, encuentra en el arsenal de las ciencias físico naturales, armas terribles para su defensa.
- INOC. No está mal.
- JACINT. Por eso el señor don José se cree inexpugnable en su fortaleza científica, y nos mira con lástima á los pobres romancistas que preferimos la fe á la ciencia...
- PERF. Y vivimos obscuramente en la simplicidad y en el santo temor de Dios, con nuestra conciencia bien tranquila.
- PEPE (Subiendo gradualmente en su enojo.) La mía también lo está.
- PERF. A saber. Pero llegará día, ¡ay! en que reconozcas tus errores, y abjures de toda esa ciencia insana.
- INOC. Distingamos, sí, la ciencia útil, la ciencia verdadera de la...
- PEPE ¡Dale con la ciencia! (Contenido su ira con dificultad, próxima á estallar.) Por Dios, don Inocencio, ¿qué sabe usted lo que es la ciencia?
- PERF. Mejor que tú.
- PEPE ¿Y usted qué sabe?... ¡La ciencia! (Sin poder contenerse.) ¡Oh, no puedo más! (Estallando.) ¡Para qué hablan de ciencia, para qué la nombran siquiera, aquí, en esta madriguera de la superstición, del fanatismo y de la barbarie...?
- PERF. ¡Jesús! (Llevándose las manos á la cabeza. Todos manifiestan asombro y miedo.)
- PEPE (Con ardor.) Y no me digáis que en medio de este

salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo á la luz...

PERF. (Cogiendo á Rosario y llevándosela hacia la casa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oír esto.

PEPE (Viendo á Rosario, que aterrada, se aleja.) ¡Ah!... ¿qué he dicho?... (Como si volviera en sí.) ¡Oh, qué ofuscación!... Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía, Rosario...

ROSAR. (Llorando.) ¡Ay de mí!

PEPE Señora... perdóneme usted.

PERF. Te perdonamos, pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE (Aturdido.) No, si no digo nada, si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecen mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es esta la paz que creí encontrar aquí!

CAB. Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

PEPE ¿Marcharme...? No, no. (Con gran firmeza.) Aquí triunfo, ó muero.

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Sala baja en la casa de dona Perfecta. Al foro izquierda una ventana grande que da á la calle, ó al jardín; al foro derecha puerta grande, por donde entran los que vienen del exterior.

A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce á las alcobas de la casa. En el segundo término, el pasó al comedor. A la izquierda la puerta del cuarto de Pepe Rey.

La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbres rutinarias de una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo, y de cierto valor artístico. Cuadros religiosos y de familia.

Mesa á la izquierda, y en ella una lámpara encendida.

Empieza el acto después de anochecer.

### ESCENA PRIMERA

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; DON CAYETANO, que entra por la derecha.

CAYET. ¿Pero qué tienes...? ¿aburridito...?

PEPE ¡Loco!

CAYET. Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme á coordinar las *Vidas de Orbajosenses ilustres*... Seis horas se me han pasado en un soplo.

PEPE Yo no arreglaría á los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

CAYET. ¿Cómo?

PEPE A tiros.

CAYET. ¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

PEPE ¡Qué vida la mía! Se reduce á vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral

salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo á la luz...

PERF. (Cogiendo á Rosario y llevándosela hacia la casa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oír esto.

PEPE (Viendo á Rosario, que aterrada, se aleja.) ¡Ah!... ¿qué he dicho?... (Como si volviera en sí.) ¡Oh, qué ofuscación!... Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía, Rosario...

ROSAR. (Llorando.) ¡Ay de mí!

PEPE Señora... perdóneme usted.

PERF. Te perdonamos, pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE (Aturdido.) No, si no digo nada, si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecen mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es esta la paz que creí encontrar aquí!

CAB. Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

PEPE ¿Marcharme...? No, no. (Con gran firmeza.) Aquí triunfo, ó muero.

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Sala baja en la casa de dona Perfecta. Al foro izquierda una ventana grande que da á la calle, ó al jardín; al foro derecha puerta grande, por donde entran los que vienen del exterior.

A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce á las alcobas de la casa. En el segundo término, el pasó al comedor. A la izquierda la puerta del cuarto de Pepe Rey.

La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbres rutinarias de una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo, y de cierto valor artístico. Cuadros religiosos y de familia.

Mesa á la izquierda, y en ella una lámpara encendida.

Empieza el acto después de anochecer.

### ESCENA PRIMERA

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; DON CAYETANO, que entra por la derecha.

CAYET. ¿Pero qué tienes...? ¿aburridito...?

PEPE ¡Loco!

CAYET. Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme á coordinar las *Vidas de Orbajosenses ilustres*... Seis horas se me han pasado en un soplo. ®

PEPE Yo no arreglaría á los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

CAYET. ¿Cómo?

PEPE A tiros.

CAYET. ¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

PEPE ¡Qué vida la mía! Se reduce á vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral

no sé cuántas veces. Por cierto que esta mañana...

CAYET. ¿Qué?

PEPE Nada... Pues el pobre Tafetán se desvive por distraerme: me lleva á las huertas, á visitar ruinas celtíberas ó romanas; me pasea por todo el pueblo, me introduce en las tertulias de la botica ó de las tiendas, procura, en fin, disipar el tedio inmenso que me consume. (Exaltándose.) ¡Esto es horrible, esto no tiene nombre!... Vivo en esta casa, y ya van cinco días, cinco, que no puedo ver á Rosario... «Que está enferma, que duerme de día, que no quiere ver á nadie, y tal y qué sé yo...» ¡La esconden de mí, me apartan de ella como un apestado!

CAYET. ¡Hombre, no! La niña tiene un arrechucho nervioso que exige, según los médicos, descanso, soledad, aislamiento.

PEPE ¿Pero es tan grave su mal, que yo, su primo, su... iba á decir su prometido, en fin, yo, no puedo pasar á verla?

CAYET. No sé...

PEPE ¡Ah, mi buen don Cayetano, si viera usted qué cosas se me ocurren! Mis pensamientos son negros, huraños, recelosos, como el pueblo en que vivo. He dado en creer que la enfermedad de Rosario es un artificio de su madre para que la pobre niña no pueda verme ni hablarme...

CAYET. ¡Por Dios, Pepe...! No, no; eso no te lo paso... ¡Suponer que Perfecta, que es toda bondad, cariño, dulzura...! No, hijo, no, no.

ESCENA II

DICHOS; JACINTITO, por la izquierda, con un fajo de papeles, como de pleito.

JACINT. Señor don José... ¿le molesto?

PEPE ¡Ah!... Jacintito... ¿qué tal?

JACINT. Pasando. ¿Y usted?... Señor don Cayetano...

Pues... mucho siento, señor don José, tener que hablar á usted de este desagradable asunto.

PEPE ¿El pleito?... digo, los... porque ya pleitea conmigo medio Orbajosa.

CAYET. ¿Y tú defiendes á ese marrullero de Licurgo?

JACINT. No señor.

PEPE ¿A los Farrucos?

JACINT. Ellos quieren; pero mi amistad con esta familia no me permite encargarme de tal defensa. Señor de Rey, he estudiado detenidamente el asunto, y... como letrado y como amigo, me tomo la libertad de aconsejarle que transija.

PEPE (Indignado.) ¡Transigir con esa pillería! ¡Acceder á sus enredos! ¡Nunca!

JACINT. Mire usted que el Juez ha dictado una providencia, mandando... Ahí tiene, para que se entere... (Deja los papeles sobre la mesa.)

PEPE No necesito ver nada. ¿Son ellos tercos? Yo más.

CAYET. (Interrumpiéndole.) Con todo, Pepe, vale más que cedas...

PEPE (Con energía.) No, no... Odio á la negra Orbajosa, y á todos sus habitantes.

ESCENA III

DICHOS; DOÑA PERFECTA por la derecha.

PERF. (Con zalamería.) ¿También á mí?

PEPE A usted no... (Budando.) Querida tía... A usted no.

PERF. ¿Por qué tan furioso?

PEPE Porque me siento extranjero en esta ciudad tenebrosa de pleitos, de antiguallas, caciquismo y envidia solapada... No puedo vivir más tiempo aquí. Me voy, me voy; pero entiéndase bien, sin desistir de lo que aquí me trajo. Señora, yo vine á casarme con su hija de usted. Démela usted, y me voy.

PERF. ¿Lo ven ustedes? Si es una centella. ¡Qué carácter, Dios mío! Y hay que tener cuidado con él,

pues á lo mejor, por cualquier palabrita, se dispara y nos llama bárbaros, supersticiosos...

CAYET. Querido Pepe, ten calma. Ya sabes que mi hermana con muchísimo gusto te llamará su hijo. Rosario no se opondrá tampoco queriéndolo ella. ¿Qué falta, pues? Nada más que un poco de tiempo.

PERF. Vamos, como tú no piensas más que en máquinas, todo quieres llevarlo al vapor, ¡hala, hala! Espera, hombre, espera. Ese aborrecimiento que le has tomado á nuestra pobre ciudad, es una monomanía absurda.

PEPE (Descorazonado.) Es que hasta las piedras parecen levantarse contra mí.

PERF. ¿Lo dices por los pleitos? ¿Tengo yo la culpa? Que te diga éste (Por Jacinto) la chillería que anoche le eché al buen Licurgo.

JACINT. Sí, sí; buena peluca se llevó, por su furor jurídico y litigante.

PEPE Y hay más: desde que estoy aquí no he recibido carta de mi padre.

CAYET. No te habrá escrito.

PEPE Imposible. (Oyendo aldabonazos en la puerta de la casa.)

PERF. El correo.

CAYET. Veremos lo que trae. (Vase don Cayetano por la izquierda.)

PERF. Puede que hoy recibas carta.

PEPE Señora doña Perfecta, ó yo tengo la cabeza trastornada, ó me salen enemigos de todas las grietas, de todos los rincones de este pueblo fatídico. Veo sombras que corren tras de mí, ó se adelantan buscándome las vueltas, rostros entapujados que me acechan...

PERF. ¡Pero, hijo, tan científico, y crees en fantasmas?

JACINT. Don José, no recele de esta hidalga gente.

CAYET. (Entrando con varias cartas.) Hay una para tí.

PERF. Gracias á Dios. A ver si es de tu padre.

PEPE (Cogiendo la carta.) No, no es de mi padre. ¡Si es un pliego del Ministerio! (Lo abre y lee rápidamente.) ¡Oh!

(Atono.)

PERF. ¿Qué es eso, hijo?

CAYET. ¿Qué?

PEPE Una comunicación del Ministro de Fomento, relevándome del cargo que me confirió en esta zona.

PERF. ¿Cómo! ¿Es posible...?

JACINT. Pero de un gobierno así, ¿qué se puede esperar?

CAYET. ¡Infamia mayor!

PEPE (Muy nervioso, arrojando el pliego sobre la mesa.) ¡Oh, yo descubriré la mano misteriosa...!

PERF. ¡Ay, Dios mío! ¿También de esto le echas la culpa á nuestra pobre patria, donde todo es buena voluntad, paz, sencillez...?

PEPE (Con tenacidad.) ¡Ah, sí, este tiro ha salido también de aquí! Mi corazón lacerado me lo dice á gritos. No puedo, no puedo dudarle. En esto, como en lo otro, veo una persecución sistemática, una guerra insidiosa.

CAYET. Pepe, no seas niño.

JACINT. Nada, es manía...

PERF. Iluso, vuelve tus ojos á Madrid, dirige tus sospechas á los políticos corrompidos, á los compañeros envidiosos... (Vivamente.) Te advierto una cosa, y es que si quieres ir allá para averiguar la causa de este desaire, y pedir explicaciones al gobierno, no dejes de hacerlo por nosotros...

PEPE ¿Qué? (Fija los ojos en el semblante de su tía, como queriendo escudriñar sus más escondidos pensamientos.)

PERF. (Con calma admirable, y tono de la más perfecta lealtad.) Digo, que si quieres ir, sobrino mío... vayas... ¿A qué ese asombro?

PEPE (Después de una pausa.) No señora... no pienso ir allá.

PERF. Mejor... mejor.

CAYET. Aquí estás más tranquilo. ¿Qué te falta?

PEPE Ver á Rosario (A doña Perfecta.) ¿Hoy tampoco?

PERF. Hoy no puede ser. Mañana.

PEPE Lo mismo dijo usted ayer: mañana.

PERF. El médico ha mandado que no entre nadie...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
1935 MONTERREY, MEXICO

la. Pero está mejor. Se va calmando, calmando...

CAYET. ¡Ah, los condenados nervios! el mal de la familia. Pero todo esto, señores míos, señora hermana, no será obstáculo, supongo, para que cenemos.

PERF. Aún es temprano. Pero si quieren ya...

PEPE. Yo no ceno.

PERF. ¡Otra!

PEPE. No tengo gana. He merendado en el Casino.

PERF. Bueno. Tú, Jacintillo, te quedarás a cenar.

JACINT. Si usted lo manda...

PERF. (A Pepe Rey.) ¿Sales?

PEPE. No; tengo que escribir.

JACINT. Don José, no deje de enterarse (Señalándole los papeles.)

PEPE. (Con hastío.) No por Dios. Quedamos en que no transijo...

JACINT. Lo siento... Usted verá...

PERF. Eso, eso. ¡A sangre y fuego! Consumete la figura, revuélvete los humores, hombre rencoroso y soberbio. Aprende de mí; mírate en mi serenidad, en mi mansedumbre ante las adversidades. Estas, como las dichas, vienen de Dios. Yo las acepto... y callo.

PEPE. (Con calma sombría, mirándola fijamente.) Ya aprendo, señora, en ese libro; ya me miro en ese espejo.

TAFET. (En la puerta del foro.) ¿Se puede?

PERF. Aquí tienes a tu gran amigo y compinche.

ESCENA IV

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON CAYETANO, JACINTITO, DON JUAN TAFETÁN

TAFET. Ilustre señora, nobles caballeros...

CAYET. Bien venido sea el primer punto de Orbajosa, y el proto-tipo de la vejez pizpireta.

PERF. Celebro que venga usted, Tafetán; este señorito se nos muere de tristeza, y usted sólo sabe alegrarle (\*).

(\*) Pepe Rey, Tafetán, doña Perfecta, Jacintito, don Cayetano.

CAYET. Corriéndola por ahí, día y noche.

PERF. ¡Sabe Dios, sabe Dios!... Ay, Tafetán, tiemblo de ver a mi sobrino en tan mala compañía.

JACINT. ¡Y tan mala! Este don Juan es tremendo. ¡Si supiera usted sus aventuras!

TAFET. Jacintito, flor temprana, no hables de mis aventuras, que nos ruborizamos.

JACINT. ¡Viejo verde!

TAFET. Verdura me dé Dios, alegría honesta para pasar los cansados años.

LIBR. (En la puerta del comedor.) Señora, la cena.

PERF. ¿Quiere usted cenar, don Juan?

TAFET. Mil gracias, señora.

PERF. (Agarrando a Jacintito por el brazo.) VAMOS. (Vase los tres.)

ESCENA V

PEPE REY; DON JUAN TAFETÁN

TAFET. ¿Nos echamos a la calle?

PEPE. No; estoy fatigadísimo.

TAFET. Como que anduvimos hoy todas las estaciones, Casino, botica, alameda, tienda del Valenciano, y por fin, paseo por las calles para ver las niñas guapas. ¡Y que las hay hermosas!

PEPE. Para mí no hay hermosura, ni amenidad, ni alegría en ninguna parte.

TAFET. ¡Jí, jí!... Vamos, ¿a que le pongo yo a usted en un periquete, con dos palabritas, más alegre que unas Pascuas?

PEPE. ¿A que no?

TAFET. A que sí. ¡Jí, jí!... (Con misterio.) Quiero ayudarle a usted de una manera práctica y eficaz en la lucha que sostiene... Nada, queridísimo amigo, que *este cura*, Juan Tafetán, le va a sacar a usted de penas.

PEPE. Veámoslo.

TAFET. Deme usted un abrazo, jí, jí!...

PEPE. Explíquese.

- TAFET. La señora doña Perfecta, que es tremenda... esa sí que es tremenda, tremebunda... ya la irá usted conociendo... le ha cortado á usted toda comunicación con la angelical Rosarito.
- PEPE. Sí... Y que no hay en el mundo criados más incorruptibles que los de esta casa.
- TAFET. ¡Jí, jí!... Venga otro abrazo. Y la más incorruptible, Librada, guardiana ó cancerbera de la señorita. Usted ha intentado sobornarla...
- PEPE. Inútilmente. Su fidelidad es arisca, punzante, feroz...
- TAFET. Feroz... ¡jí, jí!... esa es la palabra. Pues bien, á esa fiera, ya la tiene usted domada.
- PEPE. ¿Qué me dice, don Juan? ¿Por qué medio?
- TAFET. Por uno tan fácil como grato para mí. Es mi genio, ¡jí, jí!... Es mi flaco, ¡jí, jí!... mi fuerte, mejor dicho.
- PEPE. ¿Pero cómo?
- TAFET. Haciéndole el amor... ¡jí, jí!...
- PEPE. ¡El amor!
- TAFET. No se escandalice. Es platónico... Restos, amigo Pepe, restos marchitos de una existencia consagrada á la galantería, ¡jí, jí!...
- PEPE. ¿Pero es de veras?
- TAFET. Como usted lo oye. Esta tarde en la plaza, después de dejarle á usted, y esta noche en la tienda, hemos quedado de acuerdo. ¡Oh, yo soy de una sombra increíble para estas cosas! La he vuelto loca, Pepe, loquita. Con esto, y con ofrecerle colocar en el Fielato á su novio, se ha pasado del partido de la tía al del sobrino. En suma, que Librada, el cancerbero implacable, se compromete á llevar y traer toda la correspondencia que exijan estas aflictivas circunstancias.
- PEPE. (Con viveza.) ¡Oh, felicidad! Voy á escribirle.
- TAFET. Espérese usted, La niña está acongojadísima. No hace más que llorar.
- PEPE. Y maldecir su forzoso encierro.

- TAFET. Del cual se consuela pensando en su primo, á quien adora, y saliendo en su busca...
- PEPE. (Sorprendido.) ¿Cómo es eso?
- TAFET. ¡Jí, jí!... No hay jaula bastante segura para un pajarito que quiere volar... (Bajando la voz.) Anoche, Rosarito y Librada, mientras doña Perfecta dormía... la señora duerme al lado de acá... allá la niña...
- PEPE. Sí.
- TAFET. Pues la cautiva y su carcelera se salieron del cuarto muy entapujaditas, y silenciosas bajaron aquí, y recorrieron todo este piso como dos fantasmas, ¡jí, jí!... Salieron al patio, volvieron acá, revolvieron todo... Rosario se consolaba mirando á la puerta del cuarto de usted...
- PEPE. ¡Aquí... anoche!... ¿Á qué hora?
- TAFET. Entre diez y once.
- PEPE. ¡Y yo en el Casino, estúpidamente aburrido!... (Impaciente.) Voy á escribirle.
- TAFET. (Cogiéndole por un brazo.) Calma. Ella será la primera que escriba. La pobre carecía de utensilios de escritura. Yo le di á Librada esta tarde papel, sobres y un lapicito, ¡jí, jí!... Esta noche habrá cartita, Librada se la traerá á usted dentro de un ratito.
- PEPE. ¿Aquí?... ¡Oh, es muy peligroso!
- TAFET. Aquí: en las barbas de la mismísima inquisidora, de la papisa Juana... ¡Ah, señora doña Perfecta, no hay enemigo pequeño! (Á Pepe Rey.) Ya dije á usted que su señora tía, con esa suavidad y esa diplomacia santurróna que ella gasta, me quitó mi placita en el Ayuntamiento, para dársela al sobrino de Licurgo, de su genizaro... y esa no se la perdono, ¡jí, jí!... no se la perdono.
- PEPE. Duro en ella. Pero la carta...
- TAFET. Verá usted; en la portería del Casino, había un pliego para usted. Está abierto: no es más que una circular... 'Lo cogí, se lo di á Librada... En



él mete la cartita, lo cierra, ¡jí, jí!... Ya ve usted qué sencillo...

PEPE Muy ingenioso.

TAFET. ¡Jí, jí!... ¡Ay, Pepe, no se pare usted en barras!... Saque usted á la niña, aunque sea por el tejado... y cásese usted pronto... obsequie usted á su tía con un berrinche muy gordo... á ver si revienta...

PEPE ¿Bajarán esta noche... cree usted que bajarán?

TAFET. Usted lo verá luego... ¡jí, jí!... Lo que fuere sonará. Y ahora, querido Pepe, creo que debo retirarme... No vayan á sospechar nuestra conspiración.

PEPE ¿Volverá usted?

TAFET. Me parece que no debo volver. Mañana me contará usted...

PEPE Pero no deje de advertir... (Entra María Remedios, viniendo de la calle.)

REMED. Santas y buenas noches.

TAFET. (Chist... que ésta es de cuidado. Métase en su cuarto.) (Aho.) Hasta mañana, don José. A descansar. Eso no será nada.

PEPE Abur, don Juan. (Entra en su cuarto.)

TAFET. Adiós, señora doña María Remedios. ¡Usted siempre tan guapetona, tan amable...! ¡Jí, jí!...

REMED. Y usted, señor de Tafetán, siempre tan perdido, tan disoluto...

TAFET. ¡Jí, jí, jí!... Muchas gracias. Usted me favorece... (¡Así te parta un rayo!) (Vase riendo.)

ESCENA VI

MARÍA REMEDIOS; DOÑA PERFECTA

REMED. El uno se queda, el otro se va... ¿Qué tramarán los dos libertinos, los dos escandalizadores del pueblo? ¡Oh, mundo inmoral, mundo de vilipendio...!

PERF. (Presurosa; viene del comedor.) ¡Remedios!...

REMED. Señora.

PERF. Te ví entrar... ¿Y tu tío?

REMED. Cena esta noche en casa del señor Deán. A la vuelta entrará por aquí.

PERF. ¡Cuánto deseo hablarle!... ¿Y qué novedades hay?

REMED. ¡Ah, señora...! ¿Novedades? Diga usted horrores.

PERF. ¡Jesús, me asustas!

REMED. Horrores, sí, y tales, que no sabe una cómo contarlos.

PERF. ¡Ave Maria Purísima!

REMED. Ya sabe usted que su sobrinito y ese esperpento vicioso de Tafetán...

PERF. Son amigos, sí. Tafetán le entretiene, le lleva y le trae. ¡El pobrecito Pepe está tan aburrido...!

REMED. Diga usted que el ingenierito las mata callando. Del otro no digamos. Bien sabemos que toda su vida no ha hecho más que cortejar mujeres. Él dice que por lo fino. ¡Sabe Dios qué finuras serán esas!... En fin, señora, da vergüenza verles por esas calles.

PERF. ¿Qué hacen, pues?

REMED. Esta tarde, iban por la calle de la Santa Faz Tafetán y su discípulo. Pasaron las de Troya; la mayor, María Juana, que es guapísima, y la pequeña, tan mona... ¿Qué creerá usted que hizo el cotorrón de Tafetán? Pues pararlas en mitad de la calle, y ponerse á decirles unas cosas... ¡ay qué cosas! Yo estaba en mi ventana baja, y sin quererlo, oí... digo, me entró por el oído, y me puse como la grana.

PERF. ¡Galanteos inocentes!... ¿A ver?...

REMED. Que si eran bonitas, que si eran... ¡saladas, señora, saladas! Que si el pié chico, que si la mano blanca, que si el... En fin, me callo.

PERF. Y Pepe no dejaría de echarles algún requiebro.

REMED. Aunque se hacía el indiferente, yo ví...

PERF. ¿Qué?

REMED. Que se le encandilaban los ojos... Pero en esto

sale Caballuco de la tienda de Macho y ve aquel cuadro... ¡Ay, qué cuadro de liviandad, de corrupción y concupiscencia!... Ya sabe usted que Cristóbal es novio de María Juana... Es celoso como un gallo y fiero como un tigre. Pues señor, siguen las muchachas su camino; ellos van por otro lado. Cristóbal... pim, pam... tras ellos. Yo salí al instante...

PERF. Para calmarle...

REMEDI. Sí señora, para calmarle. Le dije que don Pepe le había mirado así... con mofa despreciativa... ¡Ay, cómo bramaba el muy bruto!... Dice que ha de desafiarme, y que viene acá esta noche a pedirle explicaciones...

PERF. ¡A mi casa! No; no quiero querellas en casa. Si viene, verás qué pronto le despacho. ¡Yo qué tengo que ver...!

REMEDI. Otra cosa. Desconfie la señora de toda la servidumbre de esta casa... menos de Librada. ¡Es un ángel! Por esa pongo yo mi mano en el fuego.

PERF. En punto a confianza, Librada es como yo misma.

REMEDI. Luego, tan calladita, tan... Y en la iglesia da gusto verla. ¡Qué recogimiento, qué devoción! Es una chica que da ejemplo.

ESCENA VII

DICHAS; DON INOCENCIO

INOC. Eso es lo que hace falta: buenos ejemplos.

PERF. (Alegre, yendo á su encuentro.) ¡Ah, don Inocencio...! ¿Con que novillos esta noche...?

INOC. (Bondadoso.) Señora mía, no me riña usted. Ya hice propósito de no retirarme á casa sin dar una vueltecita por aquí.

PERF. ¡Y el señor Deán?

INOC. Ya puede usted suponer. Hemos hablado largamente de la desagradable escena de esta maña-

na en la Catedral. Yo no estaba allí... y me alegro.

PERF. Bien merecido le está á mi sobrino... Que aprenda.

INOC. Hallábase, según me contaron, embebecido en la contemplación de retablos, pinturas y sepulcros...

REMEDI. A la hora de misa mayor. ¡Qué irreverencia!

PERF. Ya sé... Y el señor Deán creyó procedente mandarle salir de la santa iglesia.

INOC. Justo. Paréceme, y así se lo he manifestado, un rigor excesivo.

PERF. El hecho carece de importancia.

INOC. Tal creo. Ya sabemos lo que son los artistas, los que sólo entran en el templo movidos de la fiebre del arte pictórico y monumental.

REMEDI. Infernales artes, digo yo...

PERF. Pues bien, don Inocencio de mi alma, yo deseaba verle á usted esta noche porque, verdaderamente, estoy algo inquieta... Tengo que dar á mi hermano una explicación...

REMEDI. ¡Silencio!... Las puertas oyen. (Acercando en la puerta del cuarto de Pepe Rey.)

INOC. (Bajando la voz.) ¡Explicación! Es muy sencilla. Si no mediara la conciencia, tendría usted que apurar el entendimiento para buscar razones. Pero mediando la fe sacrosanta, los grandes fines del alma, ante los cuales nada significa la conveniencia material, nada los vanos intereses y afectos de este mundo, no tiene usted que discurrir para expresar su resolución. Si la conciencia dice «no puede ser,» fácilmente y sin ninguna turbación lo repetirán los labios.

REMEDI. (Que lo ha oído con admiración, apoyando sus palabras con movimientos de cabeza.) ¡Qué bien!

PERF. (Reflexiva y melancólica.) «¡No puede ser!» ¡Qué duras palabras cuando median afectos de familia!

REMEDI. ¡Ay, mundo pérfido...!

- INOC. No le faltarán á usted disgustos, amarguras... Pero...
- PERF. Sí; para eso está la paciencia.
- REMED. La resignación cristiana...
- INOC. Y á estas alturas, créame usted, lo mejor es arros-  
trar de frente la negativa, abandonando ya los  
procedimientos indirectos, por más que sean  
suaves... Sí, sí, señora mía. Pues él no parece  
comprender que debe alejarse y renunciar al  
matrimonio, convendría...
- REMED. (Sintiendo abrir la puerta.) ¡Chitón, que sale!

ESCENA VIII

DICHOS; PEPE REY

- PEPE (Dotándose receloso en la puerta.) (El canónigo.)
- INOC. (Inclinándose ceremoniosamente, sin demostrar afecto.) Señor don José...
- PEPE (Con ironía.) Amigo don Inocencio, usted siempre tan bueno, tan amable...
- INOC. Procuro ser ameno en la palabra, dulce en el tra-  
to, como inflexible en la conducta, en las ideas  
firme.
- PEPE Así debe ser.
- INOC. Y dígame, ¿es cierto que la Sociedad Minera de  
Mundogrande le encarga á usted trabajos de  
importancia?
- PEPE Tal vez...
- INOC. Me alegro. Le conviene á usted la actividad, sa-  
lir á trabajos de campo, ausentarse, recorrer to-  
do el país. (Siguen hablando.)
- PERF. (Aparte con Remedios á la derecha del proscenio.) Lo mejor  
que puedes hacer ahora es marcharte.
- REMED. Señora, dejeme... Vendrá Cristóbal... Quiero pre-  
senciar...
- PERF. (Intranquila.) No, no; vete pronto. Busca á ese bár-  
baro, y dile de mi parte que no parezca por  
acá.

- REMED. Pero...
- PERF. Anda te digo... No quiero cuestiones en casa...  
(Empujándola.) Vete...
- REMED. Ya me voy... Procuraré verle, y... Adiós, adiós.  
(Vase María Remedios.)
- PERF. Dime, Pepe, ¿has tenido alguna cuestión con  
Caballuco?
- PEPE ¡Yo!
- PERF. Me han dicho que está furioso contigo.
- PEPE ¡Connmigo!
- INOC. No haga usted caso de ese bruto.
- PERF. Pues quiere nada menos que desafiarte.
- PEPE ¡A mí!
- PERF. No, no temas nada.
- PEPE ¡Temer yo!
- INOC. ¡Pobre Cristóbal! (A doña Perfecta.) Si viene acá con  
alguna fanfarronada de las suyas, caliéntele us-  
ted las orejas.
- PEPE Es lo que me faltaba, que ese animal...
- INOC. ¡Si es un alma de Dios!...

ESCENA IX

DICHOS; LIBRADA, con una carta voluminosa.

- LIBR. Señora.
- PERF. (Viendo la carta.) ¿Qué traes ahí?
- LIBR. Esto han traído para el señorito don José... del  
Presidente del Casino.
- PEPE ¡Ah!... ya sé. (Disimulando su gozo.)
- PERF. (Cogiendo la carta de manos de Librada. Vase ésta. Doña Perfecta  
alarga la carta á su sobrino, observando con disimulo la letra del  
sobre.) Toma, Pepe... ¿Te escribe don Laureano?
- PEPE Sí, señora. (Disimulando su impaciencia.)
- PERF. (Queriendo irse, pero retenida por la curiosidad.) Será encar-  
gándote algún proyecto...
- PEPE (Cuida de que al abrir el pliego no se caiga la cartita que viene den-  
tro, y ojea rápidamente el papel.) La Compañía Minera de  
Mundogrande me propone...

PERF. ¿Tendrás que salir á hacer estudios de campo?...  
 PEPE Forzosamente. Sí, querida tía, saldremos, corre-  
 remos...

ESCENA X

PEPE REY, DON INOCENCIO, DON CAYETANO,  
 JACINTITO, después DOÑA PERFECTA

CAYET. ¿No saben la gran noticia?  
 INOC. ¿Qué?  
 CAYET. Tropas en Orbajosa.  
 JACINT. Esta noche llegan á Villahorrenda... Pero no sa-  
 bemos si vendrán aquí, ó seguirán á la capital de  
 la provincia.  
 PERF. ¡Qué atrocidad! (Mal humorada.) Ya tenemos aquí las  
 plagas de Faraón. ¡Soldados!...  
 JACINT. No es más que una provocación de ese Gobierno  
 infame.  
 PEPE El Gobierno no provoca, caballero; se previene  
 contra las provocaciones. ¿Cuántas partidas han  
 salido ya?  
 JACINT. Tres, la de Francisco Acero, la de Chispa, la de...  
 CAYET. Pero no valen tres cominos.  
 PEPE ¿Y el gran Caballuco no sale?  
 PERF. ¡Oh, si éste saliera...!  
 PEPE ¡Si esto sonara!  
 CAYET. Ha dado su palabra al gobernador, según dicen.  
 PERF. Y la palabra de Caballuco es la paz de Orbajosa.  
 CAYET. Yo creo que ese batallón y los dos escuadrones  
 que dicen, no vienen acá.  
 JACINT. Y si vienen, no es más que á presumir.  
 PEPE Pero señor, dejarles que vengan. Por algo les  
 manda el Gobierno.  
 PERF. (Irritada.) Calla... ¡Ni qué falta nos hacen aquí mi-  
 litronches!  
 CAYET. Señores, tocan á retirada.  
 INOC. (A Jacinto.) Niño...  
 PERF. (A Pepe Rey.) Y tú, ¿qué haces?

PEPE Tengo que escribir... Enterarme de esto... con-  
 testar...  
 INOC. (Despidiéndose.) Sí, sí, que trabaje. Cada lobo por su  
 senda... En vez de correr tras lo imposible, vaya  
 usted tras lo posible y fácil. Ingeniero á tus inge-  
 nios, empresario á tus empresas...  
 PEPE A mis empresas voy.  
 INOC. Adiós.  
 PERF. Descansar.  
 INOC. Buenas y santas noches.  
 JACINT. (Despidiéndose.) Señor don José... Señora...  
 CAYET. Pepe, que descanses. (Sale acompañando á don Inocencio y  
 Jacintito.)

ESCENA XI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA, después LIBRADA

PERF. (Mirándole recelosa.) Mejor es que trabajes en tu cuar-  
 to. Llévate esta luz.  
 PEPE (Examinando los papeles del pleito para disimular.) Sí señora.  
 PERF. Buenas noches. (Se retira; vuelve, atisadora ó inquieta, que-  
 riendo observarle mejor.) Pepe...  
 PEPE Señora...  
 PERF. (Fingiéndole cariño.) Vale más que te acuestes á dor-  
 mir... No te calientes ahora la cabeza.  
 PEPE No... si me acostaré pronto.  
 PERF. Vaya, que descanses, hijo. (Vase despacio, volviéndose  
 para observarle. Ya cerca de la puerta, retrocede.) Oye.  
 PEPE (Disimulando su impaciencia.) ¿Qué?  
 PERF. (Clava en él sus ojos, como si quisiera adivinarle los pensamientos.)  
 No vayas á olvidarte, y dejar aquí la luz...  
 PEPE Descuide usted. Buenas noches. (Sale Librada con un  
 farol.)  
 PERF. ¿Has registrado bien abajo?  
 LIBR. Sí señora.  
 PERF. Pues ahora, lo de arriba. (Librada va delante. En la puer-  
 ta, doña Perfecta se detiene, y vuelve á mirar á su sobrino, que  
 continúa fingiendo que lee.)

PEPE (Sin mirarla.) ¡Aún está ahí!

PERF. (Desde la puerta, con voz blanda y calmada.) Nada, nada... Cuidado con la luz, Pepe. No me quemes la casa.

PEPE No la quemaré, señora. (Doña Perfecta desaparece sin ruido, como una sombra.)

ESCENA XII

PEPE REY, después LIBRADA

PEPE (Mirando a la puerta.) Me causa terror. (Pausa.) ¿Me acchará todavía? (De puntillas va a la puerta y mira.) No; su-  
bió... Ahora entra en el cuarto de Rosario. Allí  
estará un ratito antes de irse al suyo. Y a todas  
éstas, no he podido aún leer la carta. (Vuelve a la  
mesa, y sacando la cartita del pliego, la abre y lee.) «No sal-  
gas... bajaremos...» (Asustado, guarda la carta.) Siento  
pasos...

LIBR. (Que sale con el farol.) Señorito...

PEPE Librada, tú eres mi salvación.

LIBR. Chist... bajito. (Secretamente.) Me ha mandado que re-  
gistre otra vez, y que vea si se ha encerrado  
usted.

PEPE ¿Aún está con su hija?

LIBR. Sí, pero en seguida se va a su alcoba... Llévase  
la luz.

PEPE ¡Ah! es verdad. (Coge la luz y la mete en su cuarto, sabiendo  
en seguida.)

LIBR. Así... Ahora, haga como que cierra. (Pepe Rey echa  
la llave, dejando abierta la puerta.) Bueno. (Se retira.)

PEPE Oye. ¿La señora tiene el sueño ligero?

LIBR. No señor, muy pesado.

PEPE (Asombrado.) ¿Duerme?

LIBR. Como un tronco.

ESCENA XIII

PEPE REY

¡Dios mío! esa mujer terrible... ¿duerme? Con  
esa conciencia, ¿es posible en humana vida la

paz, el descanso del sueño? No, no creo que duerma. Fatigada, se enroscará como una serpiente, y el oído atento, abiertos los ojos, velará, velará siempre. (Poniendo atención, junto a la puerta. Vuelve hacia la izquierda.) Si Rosario baja, huiré con ella. Me la llevo, sí, la saco de esta horrenda cárcel. (Descorazonado.) ¿Pero cómo? (Mira por la ventana.) ¡Qué oscura la noche... los muros de la huerta, qué altos!... Imposible salir de esta morada feudal sin violencia y escándalo. (Con decisión.) Pero si es preciso... (Variando súbitamente de idea.) No, nada de violencia. La astucia, la malicia solapada es lo que se debe emplear contra tí, mujer insidiosa y resbaladiza. ¡Contra tí, tu sistema!... ¡Vencerte con tus armas, matarte con tu propio veneno!... (Siente pasos, y con gran ansiedad se aproxima a la puerta.)

ESCENA XIV

PEPE REY; ROSARITO, envuelta en un chal de color claro, calzada con chinelas que no hacen ningún ruido. La escena débilmente iluminada por la lámpara que Pepe Rey ha llevado a su cuarto. La puerta de éste abierta.

ROSAR. Pepe... ¿estás aquí? (Avanza palpando.)

PEPE Vida mía, ven, dame la mano. (Le da la mano para  
evitar que tropiece en los muebles, y la lleva al centro de la escena.)  
Por aquí.

ROSAR. Si veo, tonto. La luz de tu cuarto nos alumbrá.

PEPE (La lleva al sillón.) Siéntate.

ROSAR. (Suspirando.) ¡Ay!... ¡qué viaje, qué ansiedad! Creí  
que no llegaba. (Tiritando.)

PEPE (Besándole las manos.) Alma mía, estás helada. ¿Por qué  
tiemblas? (Se sienta a su lado.)

ROSAR. No tiemblo, no... El deseo de verte... la alegría  
de verte... El miedo de que mamá no esté de-  
cida.

PEPE (Tocándole la frente.) Tu frente abrasa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO

PEPE (Sin mirarla.) ¡Aún está ahí!

PERF. (Desde la puerta, con voz blanda y calmada.) Nada, nada... Cuidado con la luz, Pepe. No me quemes la casa.

PEPE No la quemaré, señora. (Doña Perfecta desaparece sin ruido, como una sombra.)

ESCENA XII

PEPE REY, después LIBRADA

PEPE (Mirando a la puerta.) Me causa terror. (Pausa.) ¿Me acchará todavía? (De puntillas va a la puerta y mira.) No; su-  
bió... Ahora entra en el cuarto de Rosario. Allí  
estará un ratito antes de irse al suyo. Y a todas  
éstas, no he podido aún leer la carta. (Vuelve a la  
mesa, y sacando la cartita del pliego, la abre y lee.) «No sal-  
gas... bajaremos...» (Asustado, guarda la carta.) Siento  
pasos...

LIBR. (Que sale con el farol.) Señorito...

PEPE Librada, tú eres mi salvación.

LIBR. Chist... bajito. (Secretamente.) Me ha mandado que re-  
gistre otra vez, y que vea si se ha encerrado  
usted.

PEPE ¿Aún está con su hija?

LIBR. Sí, pero en seguida se va a su alcoba... Llévase  
la luz.

PEPE ¡Ah! es verdad. (Coge la luz y la mete en su cuarto, sabiendo  
en seguida.)

LIBR. Así... Ahora, haga como que cierra. (Pepe Rey echa  
la llave, dejando abierta la puerta.) Bueno. (Se retira.)

PEPE Oye. ¿La señora tiene el sueño ligero?

LIBR. No señor, muy pesado.

PEPE (Asombrado.) ¿Duerme?

LIBR. Como un tronco.

ESCENA XIII

PEPE REY

¡Dios mío! esa mujer terrible... ¿duerme? Con  
esa conciencia, ¿es posible en humana vida la

paz, el descanso del sueño? No, no creo que duerma. Fatigada, se enroscará como una serpiente, y el oído atento, abiertos los ojos, velará, velará siempre. (Poniendo atención, junto a la puerta. Vuelve hacia la izquierda.) Si Rosario baja, huiré con ella. Me la llevo, sí, la saco de esta horrenda cárcel. (Descorazonado.) ¿Pero cómo? (Mira por la ventana.) ¡Qué oscura la noche... los muros de la huerta, qué altos!... Imposible salir de esta morada feudal sin violencia y escándalo. (Con decisión.) Pero si es preciso... (Variando súbitamente de idea.) No, nada de violencia. La astucia, la malicia solapada es lo que se debe emplear contra tí, mujer insidiosa y resbaladiza. ¡Contra tí, tu sistema!... ¡Vencerte con tus armas, matarte con tu propio veneno!... (Siente pasos, y con gran ansiedad se aproxima a la puerta.)

ESCENA XIV

PEPE REY; ROSARITO, envuelta en un chal de color claro, calzada con chinelas que no hacen ningún ruido. La escena débilmente iluminada por la lámpara que Pepe Rey ha llevado a su cuarto. La puerta de éste abierta.

ROSAR. Pepe... ¿estás aquí? (Avanza palpando.)

PEPE Vida mía, ven, dame la mano. (Le da la mano para evitar que tropiece en los muebles, y la lleva al centro de la escena.) Por aquí.

ROSAR. Si veo, tonto. La luz de tu cuarto nos alumbrá.

PEPE (La lleva al sillón.) Siéntate.

ROSAR. (Suspirando.) ¡Ay!... ¡qué viaje, qué ansiedad! Creí que no llegaba. (Tiritando.)

PEPE (Besándole las manos.) Alma mía, estás helada. ¿Por qué tiemblas? (Se sienta a su lado.)

ROSAR. No tiemblo, no... El deseo de verte... la alegría de verte... El miedo de que mamá no esté dormida.

PEPE (Tocándole la frente.) Tu frente abrasa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO

- ROSAR. De pensar, de sufrir, de temer... Pero no estoy enferma. Con verte sólo, ya me siento bien.
- PEPE Has padecido horriblemente.
- ROSAR. Sí. (Vencida de la emoción, rompe en sollozos. Saca del seno un crucifijo, y lo besa con ardor.) ¡Jesús mío, Redentor mío, ampáranos!
- PEPE (Tocando la imagen.) ¿Tu crucifijo?
- ROSAR. El que tengo á la cabecera de mi cama. Le traje para que me saque en bien de este paso terrible. Pepe, (Se lo da.) bésalo.
- PEPE Sí, vida mía: una y mil veces. (Pausa. Pepe Rey besa el crucifijo.)
- ROSAR. Más, más.
- PEPE (Después de besar nuevamente.) Ya te entiendo: dudas de mi fe.
- ROSAR. No dudo, no quiero dudar. Que duden todos. Yo creo en tí. Dámelo ahora. (Recibe de manos de él el crucifijo, y lo guarda en su seno.)
- PEPE Dime la verdad: tu madre te dirá horrores de mí.
- ROSAR. No lo creas. Sabe que te quiero, y que me mataría diciéndome que eres malo. Me dice que espere, que tú decidirás, que te vas, que vuelves... Háblame con franqueza: ¿has formado mala idea de mi madre?
- PEPE (Después de vacilar en la respuesta.) NO.
- ROSAR. ¿Crees que me quiere mucho, que á tí, á tí te quiere también?
- PEPE Nos quiere... no digo que no... á su manera... Pero si me tienes amor, Rosario de mi vida, y no desmayas en tu resolución de ser mía para siempre, es preciso que no hagas caso de nadie más que de mí, y estés dispuesta á obedecerme ciegamente cuando yo te diga: levántate y sígueme.
- ROSAR. (Valorosa.) ¡Sí, sí!
- PEPE Rosario, disponte á salir de aquí.
- ROSAR. ¿Cuándo?
- PEPE Mañana... Mañana por la noche. Yo lo prepararé

- sin ninguna violencia. No hay otro medio. Tu madre es inflexible... No cederá nunca.
- ROSAR. (Herida por el recuerdo, se desploma súbitamente, perdiendo el valor.) ¡Mi madre! Sólo con nombrarla, el valor se me disipa... me siento cobarde... tiemblo de pavor... ¡Mi madre! Su mirada me paraliza. El respeto me anonada. La quiero... es mi madre. Me dió la vida... me da la muerte.
- PEPE (Con solemnidad.) Rosario, en las ocasiones graves de la vida, los sentimientos elementales, sagrados, sufren, pueden sufrir dolorosa prueba. Guarda en tu alma el respeto, guarda el cariño á tu madre... Pero convéncete de que ya no es ella, sino yo, yo, quien gobierna y dirige tus acciones, yo, tu esposo.
- ROSAR. Sí, sí. (Con inspiración súbita, se arrodilla. Pepe Rey permanece en pie tras ella, inclinada la cabeza.) ¡Señor que adoro, Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y familia, Jesús bendito, que moriste en la Cruz por redimirnos del pecado: ante Tí, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que este es mi esposo, y que después de Tí, es el que más ama mi corazón.
- PEPE (Con gran emoción.) Mía serás.
- ROSAR. Dame la mano. (Pepe Rey le estrecha la mano.)
- PEPE ¡Mía! Ni tu madre, ni nadie lo impedirá. ¡Júrame que no desistirás!
- ROSAR. ¡Te lo juro! (Con grave acento.) Que unidos en muerte como en vida, reposemos bajo una misma losa, cuando Dios quiera llevarnos de este mundo.
- PEPE (Abrazándola.) ¡Oh, mi bien!
- ROSAR. (Estremeciéndose.) ¡Oh!... ¡Escucha!
- PEPE ¿Qué?
- ROSAR. Parecióme sentir...
- PEPE ¡No!... ¡Es tu miedo!...
- ROSAR. (Aterrada.) ¡Ah!... ¡Siento pasos!...
- PEPE ¡Alguien baja!

ESCENA XV

DICHOS; LIBRADA, después DOÑA PERFECTA

- LIBE (Despavorida.) ¡La señora!
- ROSAR. (Poseída de pánico.) ¡Mi madre!... Huyamos.
- PEPE ¡Que venga!... ¡Mejor! (Aparece doña Perfecta en la escalera, con una luz en la mano, y allí se detiene asombrada y coñuda. Rosario, al verla, da un grito de terror. A punto de caer desvanecida, Librada acude á sostenerla. Pepe Rey calla. Doña Perfecta, después de una pausa, baja lentamente, toda severidad y altanería.)
- PERF. (A Librada.) ¡Súbela, súbela al momento! (Librada lleva á Rosario, que del terror apenas puede moverse.)

ESCENA XVI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA

- PERF. (Con gravedad.) ¡Gracias, sobrino mío, gracias! ¡Merezco yo esa conducta? Rosario no se habría atrevido á bajar aquí, mientras yo dormía, si tú no la hubieras instigado á la liviandad, á la desobediencia.
- PEPE ¡Es verdad! La culpa es mía.
- PERF. ¡Y lo confesas!
- PEPE Sí, señora. Soy todo sinceridad, lo contrario de otras personas; y puesto que á la lucha se me incita, lucharé; pero á cara descubierta. Si señora; necesitaba ver y hablar á su hija de usted; era indispensable absolutamente que hablásemos los dos... y hemos hablado.
- PERF. ¡Calla!... ¡Qué atrevimiento! Paso que no ames á la hermana de tu padre, que correspondas á mi cariño con esta traición... ¿Pero no merezco siquiera respeto?
- PEPE Señora, perdóneme usted... pero aun el respeto he de negarle. Nunca lo creí. Estos sentimientos amargan horriblemente mi vida.
- PERF. ¡Me aborreces... dí la verdad!

- PEPE Sí señora... ¡Qué desgracia! Perseguido y atormentado por un poder tenebroso, he aprendido lo que nunca supe, he aprendido el rencor, véalo usted en mí. (Con bravura.) Míreme usted á la cara, de frente. Arroje usted sobre mi su mirada siniestra, como yo le arrojé la mía, leal... Estoy frente á mi enemigo, y antes que dejarme matar, quiero arrancarle la máscara con que encubre su rostro.
- PERF. ¡Loco! ¡Qué desvarío es ese! (Asustada, procura dominarse y sostener su altanería.)
- PEPE (Con gran calor y energía creciente.) Yo vine aquí con el candor de un niño y la lealtad de un caballero. Mi padre, de acuerdo con usted, me mandó para que viese á Rosario y la hiciera mi esposa. Desde que la ví, la amé. Usted aparentó aceptarme por hijo; usted, recibiéndome con engañosa cordialidad, empleó desde el primer día todos los ardides de su fina astucia para es'orbar el cumplimento de las promesas hechas á mi padre; usted trató de extraviar los sentimientos de su hija presentándose como un hombre abominable, sin fe, enemigo de Dios; y con los labios llenos de sonrisas y de palabras cariñosas, me ha estado matando, me ha estado achicharrando á fuego lento. Usted ha lanzado contra mí, en la obscuridad y á mansalva, una nube de litigantes; usted, por influencias que desconozco, me ha destituido del cargo oficial que traje á Orbajosa; usted me ha privado del consuelo de recibir las cartas de mi padre; usted me ha desprestigiado en el pueblo; usted me ha expulsado de la Catedral; usted me ha tenido días y días en dolorosa ausencia de la elegida de mi corazón; usted ha querido dominar á su hija con un encierro inquisitorial, que pondría en peligro su existencia si no estuviera yo aquí, yo, decidido á salvarla, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.



- PERF. ¡Dios mío, Santa Virgen del Socorro!... ¡Ay!...  
(Anonadada, cae en un sillón y se cubre el rostro con las manos.)  
¿Es posible que yo merezca tan atroces injurias...?  
(Pansa.) Pepe, hijo mío, ¿eres tú el que habla? Si aciertas en tu juicio, en verdad que soy una gran pecadora.
- PEPE No habría para mí mayor dicha hoy que convenirme de que estoy equivocado. Demuéstreme usted que es ofuscación, engaño...
- PERF. ¡Con que yo soy una intrigante, una mujer hipócrita y malvada, que...!
- PEPE (Con viveza.) ¡Que no lo sea, Dios mío; que por alguna parte venga la demostración de que no lo es!...
- PERF. (Con ira.) ¡Desdichado! ¿Y quién eres tú para juzgar mis hechos, para desvirtuarlos con una interpretación de mala fe?
- PEPE (Estupefacto.) Según eso, usted no los niega.
- PERF. ¿Qué sabes tú lo que son actos buenos y malos, ni qué criterio tienes tú, necio, para fallar sobre ellos?
- PEPE (Impaciente.) Dígame pronto si los niega ó no los niega.
- PERF. (Con arrogancia.) Esperabas que yo te contestase con una denegación cobarde y pueril, y que por desenojarte y tener contento al señorito, yo sería capaz de sacrificar, de pisotear mi conciencia...  
(Con fuerte voz.) ¡No! Mi conciencia, en la que no permito penetrar á un descreído como tú, es bastante fuerte y pura para que ante ella, con ella, pueda yo hacerte la declaración que vas á oír.  
(Se levanta con majestuoso orgullo.) Esos actos que desfigura tu ligereza... yo no los niego.
- PEPE (Estupefacto.) ¡Los reconoce!
- PERF. (Con gran energía.) Sí.
- PEPE ¿Como suyos...?
- PERF. Como míos. (Despreciativa.) ¿Con qué derecho los pobrecitos matemáticos se permiten juzgar estas ó

- las otras acciones humanas, si no ven, si no pueden ver el fin de ellas, porque su ceguera moral se lo impide? (Creciéndose al ver que Pepe Rey, poseído de asombro, no le contesta.) ¿Qué dices, qué contestas?
- PEPE ¡Nada, señora!... ¡Estoy aterrado; no puedo hablar!
- PERF. ¿Y cuándo ha sido vituperable, señor mío, que para conseguir un fin justo y bueno se empleen medios que produzcan males insignificantes, pasajeros? ¡Ni qué valen éstos, si con ellos se impiden males hondos, irreparables!... ¿Pero no lo entiendes?
- PEPE (Perplejo.) No señora... no lo entiendo. (Bruscamente.) ¿Por qué no me negó usted con lealtad la mano de su hija?
- PERF. (Vivamente.) Porque no podía hacerlo, (Transición del tono severo á otro en que pone notas de ternura y piedad.) ¡ay de mí! no podía. Habría sido preciso decir á tu padre el motivo de mi denegación. Pepe, si nunca me ha faltado valor para resistir las mayores adversidades, no lo tengo ¡ah! no lo tengo para decirle á mi hermano, á tu padre: «no puedo dar mi hija á un hombre de ideas negativas en materias religiosas.» Si; esta es la causa, la terrible causa, y cree que se me desgarró el corazón al tener que manifestarla. (Con afección.) ¿Y cómo decirle esto á tu padre?... ¡Imposible, imposible!... A sus años, agobiado de achaques, habría sido asestarle un golpe mortal... No, no; todo antes que eso.
- PEPE ¡Y si es verdad que existe ese abismo entre sus ideas y las mías; si es verdad que...!
- PERF. (Intercumpiéndole.) ¿Cómo si es verdad? Abismo tan hondo, que no veo que se pueda llenar con nada de este mundo. ¡No, Pepe; entre tus ideas y las mías, entre mis creencias y tu manera de ver la vida, la muerte, el mundo, el más allá, hay, no digo distancia, sino la inmensidad infinita! La

discordia, la repulsión, la antipatía entre tú y yo son irreductibles. Conciliar el cielo con el inferno, ¡quién lo pudo soñar!

PEPE. Pues si es así, ¿por qué no me dijo usted á mí, no á mi padre, á mí: «apártate; no te quiero por hijo, no te quiero; vete?»

PERF. Porque rechazarte de frente, en tonos de maldición irreparable, me parecía, además de cruel, peligroso. (Con zalamoría creciento, llegándose á él, y tocándolo suavemente en los hombros, con afecto, casi con cariño.) Te hubiera irritado, te hubiera impelido á la violencia, á la desesperación, quizás á cometer actos criminales... Preferí el sistema de apartarte suavemente, gradualmente, por medio de acciones aisladas, procurando que tú mismo comprendieras la conveniencia de alejarte... y que te alejaras, te desviaras, casi sin sentirlo tú mismo. Y te lo arreglaba de modo que la iniciativa de ruptura partiera de tí. Ya ves, te dejaba esta salida airosa: que fueras tú quien quisiera irse, no que salieras arrojado por mí... ¡Y me vituperas, sin ver que mis acciones entrañaban el bien de mi hija, y el tuyo, el tuyo también, porque yo te amaba como hijo de mi hermano!

PEPE. ¡Qué sarcasmo!

PERF. Te amaba, sí... Yo he procedido contigo en la forma que me parecía más eficaz... y más caritativa.

PEPE. ¡La caridad! ¡Se atreve á invocar la santa caridad!...

PERF. Si... porque dejándote casar con Rosario, habrías sido muy desgraciado... y ella más, y yo, y tu padre, y todos. Ciego, ¿no lo comprendes...?

PEPE. (Descorazonado y con profunda aflicción.) No señora, no lo comprendo, por mi desgracia. Aquí estoy (Echándose mano al cráneo.) luchando con mi mente, para convencerla, para convencerme de que no es us-

ted un monstruo... (Corrañdo los ojos horrorizado.) No quiero, no quiero que usted lo sea. (\*)

PERF. Es que no entiendes el alma humana, pobre filósofo de la Naturaleza y de los números. Con tus sabidurías de la materia no acertarás nunca á discernir el mal del bien. No ves más que lo que tienes delante; ves los efectos, no las causas, sientes los medios que duelen, no la santidad de los fines que salvan.

PEPE. (Sin poder contener su ira.) Señora, no sé si admirarla á usted por la sutileza de su ingenio, ó si... no sé lo que digo... (Reprimiéndose con gran esfuerzo.) No, no, perdóneme usted. Usted me irrita, usted me escarnea después de matarme... ¡Horrible, horrible! (\*)

PERF. Me juzgas inicuaamente. No me importa. (Con falsa mansedumbre.) Sé padecer. Oféndeme, injúriame más.

PEPE. (Con vivo dolor.) Sí, veo que es usted mala y no quiero que lo sea, no quiero, no quiero... porque es usted madre de la mujer que adoro, y por la ley lo será usted mía también.

PERF. (Con mucha arrogancia.) ¡Nunca! Se acabaron las blanduras contigo. Tu ingratitud me pide rigor. Ya no más caridad, ya no más cariño. Pepe, lo que tú crees que debí decirte el primer día, te lo digo ahora. Mi hija no será nunca tu mujer.

PEPE. Así, así se habla, señora mía, así se lucha, cara á cara. Contesto en la misma forma de leal reto: su hija de usted será mi esposa.

PERF. ¡Necio! ¡Tu esposa, no queriendo yo!

PEPE. Ella quiere.

PERF. No es verdad. (Amenazadora.) Y aunque quisiera, cegada por tus amaños, ¿no hay en el mundo padres, no hay sociedad, no hay conciencia, no hay Dios?

(\*) Por abreviar la escena, se suprime el trozo indicado entre asteriscos.

PEPE Porque hay todo eso, digo y juro que me casaré con ella.

PERF. ¡Menguado! Piensas atropellarme. Yo sabré defenderme de tus violencias.

PEPE Si la ley no me ampara, la violencia, la fuerza será mi salvación.

PERF. (Burlándose.) ¡Fuerza... tú... aquí! En esta noble ciudad, mi persona, mi nombre, son sagrados.

PEPE En esta ciudad sediciosa, oscura y salvaje, hay leyes, las leyes de todo el país; y si no las hay, debe haberlas, y las habrá.

PERF. ¿Qué sabes tú de leyes? Tenemos aquí las eternas, y en ellas descanso. No podrás, no podrás nada contra mí. Estoy en mi sarto terreno, en mi ciudad protectora. (Oyense clarines de caballería muy lejanos. Dona Perfecta, súbitamente poseída de terror, presta atención.) ¡Oh! ¿Qué es eso?

PEPE (Con júbilo.) Es la ley, señora; la ley que viene en mi ayuda.

PERF. (Rabiosa.) ¡La brutal soldadesca!

PEPE (Con exaltación.) Es la patria armada, nuestra madre, á quien adoramos, defectuosa, imperfecta, como quiera que sea. Por ella vivimos, por ella morimos. Oígala usted; ya se acerca. Viene á sofocar la rebelión infame. (Suenan los clarines más cerca.)

PERF. Esos locos no cuentan con nuestra valiente raza.

PEPE Valor contra valor, vencerá la razón, vencerá la justicia.

PERF. ¡Oh, qué ignominia! (Furiosa.) Vete, vete pronto de mi casa.

PEPE Ya mi vida, mi derecho, mi amor, no están desamparados. ¡Lucharemos! Tras de mí, tras de nosotros, hay una contienda espantosa, principios contra principios. Es nuestra misma guerra en proporciones colosales. En medio de esa lucha, pisando charcos de sangre, nos batimos usted y yo.

PERF. ¡Indigno, me amenazas con la fuerza!

PEPE Con la fuerza, no; con la ley.

PERF. La verdadera ley está aquí.

PEPE ¡Aquí! ¡Tierra de bandidos, raza de hipócritas!

PERF. Eres sanguinario, brutal.

PEPE Tan brutal el uno como el otro. Sólo que yo tengo razón, y usted no la tiene. Veremos quién cae. (Suenan los clarines muy cerca de la casa.)

PERF. (Desesperada.) ¡Ah!... ¡Malditos, malditos seáis, demonios de la guerra!

PEPE ¡Benditos, mil veces benditos! Venid, venid. (Abre la ventana. Suenan los clarines con estruendo, y siguen sonando mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

Sala en casa de don Inocencio. La estancia y los muebles revelan un bienestar modesto y sin pretensiones, aseo y buen gobierno de casa. Estampas religiosas, y algún estante con libros.

Puertas al foro y laterales. La de la izquierda conduce al cuarto del alojado, teniente coronel Vargas. La de la derecha al interior de la casa; por la del foro entran los que vienen de la calle. Mesa y sillas.

Es de día.

### ESCENA PRIMERA

**VARGAS**, de uniforme, sentado a la mesa, acabando de almorzar; **MARÍA REMEDIOS**, que le sirve; después un **CABO CARTERO**

**VARGAS** Confíeselo usted, señora doña Remedios, mi simpática patrona. Usted nos aborrece. (Después de esperar la respuesta.) Digo que usted nos aborrece.

**REMED.** Coma y calle.

**VARGAS** Cómo sin callar, porque el almuerzo está muy bueno, y la conversación alegra la vida del triste militar alojado, ausente de los suyos... Estaba diciendo a usted que nosotros hemos venido a traer la paz...

**REMED.** (Suspirando.) ¡Ay, mundo amargo, mundo falaz!

**VARGAS** Señora, no hace usted más que suspirar, y decirnos que si el mundo es amargo, que si es dulce... Yo digo que es riquísimo este Jerez con que me ha obsequiado don Inocencio. (Se sirve y bebe.)

**REMED.** A lo que han venido ustedes es a traernos las malas costumbres, y a favorecer a todos los pillos que tenemos por acá.

**VARGAS** ¡Señora!

**REMED.** Y usted el primero, señor de Vargas.

VARGAS ¡Que yo favorezco...! (Comprendiendo.) ¡Ah! ya salió el estribillo, la manía de usted...

REMEDIOS A personas indignas.

VARGAS ¡Díle...!

CABO (Por el foro.) Mi teniente coronel, el correo. (Entrega varias cartas y se retira.)

REMEDIOS A punto viene la prueba. (Atisbando, sin acercarse, las cartas que recibe Vargas.)

VARGAS Con permiso. (Abre uno de los sobres, y saca una carta de varios pliegos, por la cual pasa la vista rápidamente.)

REMEDIOS ¿Tengo ó no tengo razón? Es usted su amigo.

VARGAS Y á mucha honra.

REMEDIOS Recibe usted cartas para él.

VARGAS Ésta. (Mostrando la cerrada.) Y esta otra (Mostrando la abierta.) me la escribe su padre don Juan Rey, encargándome que vele por Pepe, y dando instrucciones para que salga del mal paso en que se ha metido. ¡Pobre Pepe, qué villanías han hecho con él en este poblacho!

REMEDIOS ¿Usted qué sabe?

VARGAS Sé que tiene razón, y que su tía no la tiene. (Acaba de comer, y enciende un cigarro.)

REMEDIOS ¡Ah! señor de Vargas, déjeme explicarle...

VARGAS No se cansé usted. Ya, ya sé yo que doña Perfecta y su partido se defienden bien. No creyendo segura á la niña en su propia casa, la han traído aquí.

REMEDIOS (Fingiendo asombro.) ¡Aquí!

VARGAS Y la tienen muy escondidita en los altos de la casa... No lo niegue... Ni debe usted recelar de mí, que respeto, que respetaré siempre los fueros de la hospitalidad.

REMEDIOS (Sintiendo pasos por el foro.) Ya tiene usted ahí á su amigo Pinzón, el capitancito que se aloja en casa de la señora. (Volviendo á mirar.) ¡Ay! viene con él ese grandísimo peine, Tafetán...

## ESCENA II

DICHOS; PINZÓN, TAFETÁN

PINZÓN Buenos días... (Saludando á Remedios.) Señora...

TAFETÁN Amigo Vargas... (Se estrechan la mano.) Señora, tanto gusto en verla.

REMEDIOS (Displicente.) El disgusto es mío.

TAFETÁN ¡Jí, jí!... Sabe cuánto les quiero á todos, á usted, á don Inocencio, y á ese ángel coronado que tiene usted por hijo.

REMEDIOS ¡Adulón! (Recogiendo el servicio.)

VARGAS (A Pinzón.) ¿Y qué? ¿se echan al campo?

PINZÓN ¡Qué se han de echar estos gallinas! Están muertos de miedo. El tal Caballuco, el Viriato de la localidad, anda escondido, y no se atreve á salir á la calle.

TAFETÁN No se fíen, jí, jí!... Yo conozco á mi gente. (Mira Remedios se aparta y escucha.)

VARGAS Yo también. Por eso no me fio.

PINZÓN (Con vehemencia.) ¡Oh, si salieran! ¡Dios, que salgan! ¡Con qué gusto vería que nos mandaban arrasar este pueblo, y no dejar en él piedra sobre piedra!

REMEDIOS ¡Oh, mundo execrable, mundo satánico!

TAFETÁN (A Remedios.) Si con usted no va nada.

PINZÓN Señora, tengo motivos para odiar á la negra Orabajosa. Aquí asesinaron á mi padre, coronel de Arapiles.

REMEDIOS (Con saña.) ¡Ah, que no hubiera sido antes de casarse con su madre! Así, no hubiera usted nacido.

VARGAS ¡Vaya un genio!

TAFETÁN Adiós, basilisco... (R)

## ESCENA III

VARGAS, PINZÓN, TAFETÁN

VARGAS (Con interés.) ¿Qué dice Pepe?

PINZÓN Chist... las paredes oyen.

TAFETÁN (Vigilando en la puerta derecha.) Yo me pongo aquí de es-

cucha. Hablen sin miedo. El basilisco en la cocina. No hay nadie.

PINZÓN (Con pena.) Pues hoy se ha decidido á llevar el asunto por el camino legal.

VARGAS Me alegró.

PINZÓN Yo no. ¡Legalidad á esta gente! Es como aquel que quería abrir las ostras... por la persuasión.

VARGAS Eh... déjate de tonterías. También su padre le aconseja la legalidad. Acabo de recibir esta larga carta... (Mostrándosela.)

PINZÓN (Pasando la vista rápidamente por el escrito.) Instrucciones precisas para proceder legalmente... Sí, muy bonito. Yo, con permiso de don Juan Rey, con permiso tuyo, creo que es perder el tiempo. Echar jueces y fórmulas legales á esta canalla cerril, es como querer matar leones... con polvos insecticidas.

TAFET. ¡Jí, jí!...

VARGAS Bueno. Pues dile á Pepe que venga á enterarse de esto. (Deja las cartas sobre la mesa.) ¿Por qué no viene á verme? (Con misterio.) Sin duda no sabe que la niña está aquí.

PINZÓN (Riendo.) ¿Pero tú has creído esa paparrucha?

TAFET. (Sin aproximarse.) Invención del enemigo para desorientarnos.

VARGAS ¿Pero qué... no es cierto?

PINZÓN ¡Qué ha de ser! Sigue allá. Hoy lo descubrimos. Alojado en casa de doña Perfecta, he podido hacer estudios sobre el terreno. Allí está la niña. Yo no la he visto; pero sé que está. Según mis noticias, loquita de amor, y deseando que la saquen de su encierro. ¡No sabes cuánto siento que esto se arregle por el método lógico y legal... es decir, que sería legal y lógico en otra parte, aquí no! El amigo Tafetán y yo teníamos bien tomadas nuestras medidas para arreglarlo por el método absurdo, que es el único para esta gente.

TAFET. El absurdo es la razón de mi tierra.

VARGAS Cuidado, Pinzón, cuidado con las aventuras. Yo te conozco, y te temo... ¡Y que no serán diabluras las que habréis tramado!

PINZÓN (Displicente.) Poca cosa.

VARGAS A ver... cuéntamelas.

TAFET. Hablen sin miedo. La fiera está tendiendo ropa en el terrado.

PINZÓN No sé...

VARGAS Las tonterías de siempre... Sobornar á la criada...

TAFET. No he podido con ésta. Es más fea que Judas... ¡jí, jí!...

VARGAS Y según mis noticias, la casa está bien defendida.

TAFET. Por dos pedazos de tagarotes, de lo más bárbaro y montaráz que hay por estas tierras.

VARGAS Y difícilísima la entrada, sobre todo de noche...

TAFET. Esa dificultad, jí, jí! quedó zanjada por mí del modo más ingenioso... Querido Pinzón, reléveme de la guardia. (Pasa Pinzón junto á la puerta, y Tafetán al centro.) Amigo Vargas, soy tremendo. Un herrero muy hábil, que me debe favores... y su mujer también me los debe, entre paréntesis... me ha proporcionado una llave de la puertecilla de la huerta de abajo, por el callejón del Viento... Aquí la tengo, por si Pepe quisiera...

VARGAS ¿Y qué más?

PINZÓN También habíamos inventado un gracioso ardid... (Atento á vigilar.)

TAFET. ¡Jí, jí!... para alejar á los dos cancerberos en un momento dado.

PINZÓN Y para... (Mirando al exterior por el foro.)

TAFET. No distraerse, amigo. Para hacer llegar una cartita á las blancas manos de...

PINZÓN Alguien entra, sube ..

TAFET. Oído.

PINZÓN Si es Pepe Rey... Aquí está.

VARGAS A punto viene.

ESCENA IV

DICHOS; PEPE REY

- PEPE (A Vargas.) Sé que has recibido cartas. ¿Hay alguna de mi padre?
- VARGAS Para tí... (Se la da.) Y dos pliegos de instrucciones precisas, como de padre y jurisperito, para que te ajustes á ellas en esta delicadísima cuestión.
- PEPE Dame, dame pronto... (Lee rápidamente.)
- PINZÓN (Descolorado.) ¡Legalidad!... ¡Qué lástima!
- TAFET. Lo mismo digo.
- PINZÓN Su lealtad le perderá. (Vuelve al foro á hacer la guardia.)
- VARGAS La ley, siempre por la ley...
- PEPE (Acabando de leer.) ¡Oh, padre, aquí veo tu noble espíritu, tu rectitud sublime! Paz, conciliación, amor...
- PINZÓN (Mirando por el foro.) ¡Cabo de guardia, doña Perfecta!...
- PEPE ¡Mi tía!...
- TAFET. (Mirando.) Sí... ella es... ya llega...
- VARGAS ¡Pero cómo viene á esta casa, no estando aquí su hija?
- TAFET. Cuando esta viene, por algo será.

ESCENA V

DICHOS; DOÑA PERFECTA, JACINTITO, por el foro; MARÍA REMEDIOS, por la derecha. Al ver á los militares, doña Perfecta les saluda con frialdad ceremoniosa. Se sorprende desagradablemente al ver entre ellos á su sobrino.

- REMEDIOS. ¡Oh, no esperaba á la señora...!
- PERF. Vámonos adentro.
- PEPE Señora...
- PERF. ¿Qué...?
- PEPE No quiero perder esta feliz ocasión de proponer

- á usted paces, mirando más á su interés que al mío.
- PERF. ¡Paces! ¡Cómo tan pacífico, tú, antes tan guerrero?
- PEPE (Con amargura.) Ah, señora mía, el odio pesa mucho: es carga intolerable para quien acostumbra andar muy ligero por el camino de la vida. Quiero soltar este peso. (Suspirando fuerte.) No puedo ya con él.
- PERF. Veo con gusto tan nobles sentimientos. ¿Y qué debo yo hacer para que se efectúen esas paces?
- PEPE Lo primero: perdonarme el mal que he podido causarle. Ya la perdono también de todo corazón.
- PERF. ¿Y qué más?
- PEPE Y que me entregue á su hija... por buenas, pues le gano la batalla sin disparar un solo tiro. No hay manera de evitar que Rosario sea mi mujer, y siendo esto así, ¿á qué se obstina usted en una lucha en que ha de llevar la peor parte?
- PERF. ¡Ah...! ¿Estás seguro de que seré vencida...? ¿bien seguro?
- PEPE Como que no habrá más lucha que la que usted provoque. El juez, entrando con la ley en la mano en la casa materna, retirará de ella á la que ha de ser mi esposa.
- PERF. ¿El juez...? ¿Cuándo?
- PEPE Quizás mañana... Toda resistencia es inútil; es más conveniente y más airoso para usted conceder á tiempo lo que pido, que verse obligada á humillar su orgullosa cabeza ante la ley.
- PERF. No te canses en proponerme una paz imposible. La rechazo, prefiriendo, si necesario fuere, morir abrazada á mi derecho, morir con mis ideas, que podrán ser vencidas, nunca deshonradas.
- PEPE (Con ofusión.) Señora, arrojemos en una misma hoguera sus ideas de usted y las mías. Tenemos un sentimiento común en que reconciliarnos y vivir, el amor de su hija.

- PERF. Dios me ha hecho inflexible.
- PEPE También á mi. Pero yo no quiero serlo ahora, me violento, me humillo, depongo ante la soberbia de usted mi orgullo, y hasta mi dignidad, ansioso de restablecer la concordia. (Violentándose para parecer humilde.) Acepte usted, señora, esta rendición de mi voluntad, y funde sobre ella su consentimiento en las condiciones que guste. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más quiere usted de mí?
- PERF. De tí no quiero más que una cosa: que te retires, que renuncies á mi hija.
- PEPE Más fácil me sería renunciar á la vida, que en muy poco estimo sin ella.
- PERF. Basta ya.
- PEPE (Desenfrenando su ira.) Y ahora me toca á mí ser inflexible, ¿qué digo inflexible? implacable, justiciero... No, no haya paces... De los desastres que la lucha ocasione, suya será la responsabilidad.
- PERF. Mía no: tuya.
- PEPE ¿Quién ha provocado?
- PERF. Tú... ¿No te acuerdas? Me arrojaste el guante... Lo recogeré.
- VARGAS (Sorprendido.) ¿Qué es esto?
- PINZÓN Nos provoca.
- PEPE ¡Oh, indomable fiereza! Ya lo veis, amigos: rechaza la paz, rechaza la ley, que es la santa voz de su hermano, de mi padre.
- PINZÓN El ciego fanatismo quiere guerra.
- VARGAS No se aplaca sino con sangre.
- PEPE (Con fuero.) Pues si en la sangre perece el mónstruo y se ahoga, que la mía, ¡oh Dios! la mía sea la primera que se derrame... Vámonos de aquí. (Vase seguido de los militares y de Tafelán.)

### ESCENA VI

DOÑA PERFECTA, MARÍA REMEDIOS, JACINTO

- PERF. ¡La ley! Buena está la ley, que quiere arrancarme la hija de mis entrañas, la hija que amaman-

- té, á quien nutrí con mi sangre, con mi savia, con mis ideas, arrancármela para entregarla á quien ha de pervertir su alma! No ha de ser. Muerta yo, la tendrías; viva, jamás... (Coge á cada uno de un brazo.) Remedios, Jacinto, necesito de vosotros... Nuestro buen don Inocencio no vendrá.
- REMEDIOS. Está en el coro... Luégo dará un paseíto...
- JACINTO. Si usted quiere, le avisaré...
- PERF. (Vivamente.) No, no; si no quiero que venga. Cuento con vosotros, con tu tío no, pues seguramente no consentiría...
- REMEDIOS. (Confusa.) ¿Qué?
- PERF. Es muy sencillo. Antolín Pasolargo y Estéban Romero, dos hombres que se dicen valientes... y si no lo son lo han sido, quieren reunirse en mi casa. Me han suplicado que influya con Caballuco para que asista á esta reunión.
- REMEDIOS. ¡Oh, sí!
- PERF. Yo creo que debemos dejarles que se junten y charlen y desfoguen la ira... pero no en mi casa.
- JACINTO. ¿Pues dónde?
- PERF. Aquí. ¿Puede ser?
- REMEDIOS. Sí, sí.
- JACINTO. Señora, usted manda.
- PERF. Aprovechemos la ausencia de tu tío, á quien no ha de gustar que...
- REMEDIOS. Pues pronto, pronto...
- PERF. ¿Y el militar?
- JACINTO. No suele venir hasta la noche...
- PERF. (Impaciente; el resto de la escena con mucha viveza.) Bien. Jacinto, ya sabes dónde encontrarás á Pasolargo y á Romero. Con ellos está Licurgo.
- JACINTO. Sí señora; ya sé.
- PERF. ¿Y Cristóbal?
- REMEDIOS. En casa de las Troyas. Me consta.
- PERF. (A Jacinto.) Vê, y dile de mi parte que venga. Dile... fijate bien... que le mando venir.
- JACINTO. ¡Volando!



PERF. Que estén aquí á las cuatro... ¡corre!

JACINT. Voy. (Vase por el foro.)

ESCENA VII

DOÑA PERFECTA; MARÍA REMEDIOS

REMEDIOS. Vendrán, sí. ¡Quiera Dios que se entiendan!

PERF. Dime: los militares que estaban aquí, tu alojado y el mío, ¿son amigotes de Pepe?

REMEDIOS. Sí señora. Y el tal Pinzón me parece que le ayuda en sus diabólicas tramas. Siempre andan juntos.

PERF. ¿Cómo sabes...?

REMEDIOS. ¡Ay, señora; cuando usted va yo estoy de vuelta!

PERF. Tú siempre alerta.

REMEDIOS. Alerta, sí; y no tose el enemigo, ni respira, ni se espanta una mosca sin que yo me entere. Verá usted... Se va á reír... Pues estas noches, después que doy la cena, me tapujo bien, y haciéndome como una pobre, salgo... pim, pam... me voy á la calle Mayor, y acecho la salida de don José de la posada ó del Casino... sale... le voy siguiendo... pim, pam.

PERF. ¿Y á dónde le has visto ir?

REMEDIOS. Ronda esta calle y las inmediaciones.

PERF. ¿Y mi casa no?

REMEDIOS. Por allí no le he visto. ¡Y es natural! ¿No ve usted que se tragaron la bola de que habíamos traído aquí á Rosario?

PERF. (Alegre.) ¡Feliz invención para desorientarle!... Así está segura mi casa de un atropello... ¿Y le has visto solo?

REMEDIOS. Anoche, á primera hora, con Pinzón. Después solo.

PERF. Pero, di: en ese espionaje nocturno, ¿no temes que te conozca, y te...?

REMEDIOS. ¡Paso unos miedos, señora! Créame: ni por mi madre haría yo esto. ¡Oh, mundo pernicioso!...

Si me descubre, seguro, me da un trastazo que que no lo cuento. Vea por qué le propuse ayer...

PERF. (Asustada.) ¡Cállate; no repitas esa barbaridad!

REMEDIOS. La señora no me ha comprendido.

PERF. Sí, sí... ¡Dar un susto á mi sobrino! (Con firmeza.) Eso no puede ser. No lo consiento.

REMEDIOS. Pero, señora, si ahora no hay aquí justicia, ni nadie que mire por la honradez, ¿qué cosa más natural que...? (Con suavidad y formas humildes.) Bastaría que la señora llamara á Caballuco ó á Pasolargo, y les dijera...

PERF. (Horrorizada.) Quita, mujer, calla... ¡Y si se le va la mano, y del susto resultan heridas graves, ó...? Calla... ¡Ofender á Dios hasta ese punto! Remedios, ó no tienes conciencia ó has perdido el juicio.

REMEDIOS. (Con frialdad.) Pues entonces, no me queda que hacer más que consolarla á usted... cuando le hayan quitado á su hija.

PERF. (Con profunda afición.) ¡Oh, quitarme á mi hija... á mi hija, que es mi encanto, mi alegría, mi sér, todo cuanto hay en la vida, en esta y en la otra, pues quiero tenerla conmigo en la eternidad como la tengo aquí! No, no me la quitarán. Dios no arrojará sobre mi pobre cabeza esta tribulación; no, no la merezco, aunque sea pecadora. (Con pasión.) Amo tanto á mi hija, que la siento como un sér semejante á mí, inferior á mí, dentro de mí misma, un alma para las dos... (Con fuerte voz.) No quiero, no, que sus sentimientos, que sus ideas, discrepen de las mías; porque si discrepan tanto así, me parece que no es mía, que no soy suya, que me han robado el alma. Diera yo mi vida por ella, siempre que me amase como la amo yo... Si no me ama, ni mi vida ni la suya quiero. (Pausa ligera. Continúa con voz lúgubre.) ¡Que nos entierren juntas!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Calle 1825 MONTERREY, MEXICO

ESCENA VII

DICHAS; JACINTITO

JACINT. (Presuroso, por el foro.) Aquí vienen ya.  
 PERF. ¿Y Cristóbal?  
 JACINT. También... Pero no quiere subir.  
 REMED. Ya sé... Está durillo de pelar. Dicen que ha dado su palabra al Gobernador.  
 PERF. Anda, vé... y me lo traes vivo ó muerto.  
 REMED. Vaya si lo traigo.  
 PERF. (A Jacinto.) Tú, Jacinto, cierras la puerta, y luego te pones de centinela en el mirador. Vigila bien la calle por un lado y por otro, para que avises si viene alguien que nos estorbe.  
 JACINT. Voy. (Aparecen en la puerta Pasolargo, Romero y Licurgo.) Aquí están ya.  
 PERF. Mucho cuidado, hijo. (Vase Jacinto.)

ESCENA VIII

DOÑA PERFECTA, PASOLARGO, ESTEBAN ROMERO, EL TIO LICURGO; poco después CABALLUCO y MARÍA REMEDIOS

PERF. Adelante, caballeros.  
 PASOL. (Desde la puerta.) A la paz de Dios.  
 ROMERO (idem.) Salud á la señora.  
 LICUR. Aquí está la gente buena. (Avanzan lentamente, colibidos y recelosos. Visten de paño pardo ó pana; calzan boteguis con espuelas. Su aspecto es rudo, fiero, sin carecer de nobleza y dignidad.)  
 PERF. ¿Qué tal, Pasolargo? ¿Hay mucho miedo por el pueblo?  
 PASOL. Como miedo, no señora; como temor, alguno hay.  
 ROMERO Temor que tiene uno de sí mismo, y de que el coraje le salga al rostro.  
 PERF. Licurgo, ¿hay novedad en casa?

LICUR. (Acercándose á ella.) Nada, señora. Allí quedó Juan.  
 REMED. (Que trae á Caballuco cogido por un brazo, trincados los dedos como tenazas.) Aquí traigo este figurón...  
 CAB. (Sintiendo el dolor del brazo y soltándose con brusquedad.) Suéltame, condenada... ¡ay, me has clavado la garrta! (Rascándose.)  
 REMED. ¡So bruto, de lo que te quiero!... Ven acá. (Presentándole á doña Perfecta.) Mira quién te espera.  
 CAB. Mi señora...  
 PERF. (Con lástima.) ¡Pobre hombre!... Pero dí, Cri stóbal ¿de qué rincón sales?  
 CAB. (Hoscamente.) Cuando el sol pica, mejor se está á la sombra.  
 PERF. ¿Por qué no se sientan?  
 PASOL. Estamos bien...  
 PERF. (Con autoridad.) Siéntense, digo. (Siéntanse Pasolargo y Romero junto á la mesa. Caballuco en el centro de la escena. Entre éste y doña Perfecta, que está á la derecha, alguna distancia. Licurgo permanece en pie detrás del sillón que ocupa doña Perfecta.)  
 REMED. ¿Querrán tomar alguna cosa? (A una seña de doña Perfecta se va Remedios, y vuelve al poco rato con botellas, copas y azucarillos.) (\*)  
 PERF. Dime, Cristóbal, ¿es cierto que ayer te abofetearon unos soldados...?  
 CAB. (Con fuerza, levantándose.) ¡A mí...!  
 PERF. Hombre, yo no lo afirmo; te lo pregunto.  
 PASOL. Hay envidias, Cristóbal.  
 PERF. Yo no lo he creído; pero tampoco extraño que las malas lenguas, que siempre te respetaron, se atrevan ahora contigo.  
 CAB. Señora; salvo el respeto que debo á usted, que es mi madre... más que mi madre... mi reina.  
 PERF. ¡Jesús!  
 CAB. Salvo el respeto digo... (Premioso.) digo que el que ha dicho eso, miente como un... Es que han dado en hablar de mí, en traerme y llevarme... Saben

(\*) Pasolargo, Romero, Caballuco, doña Perfecta, Licurgo.

mi genio... Tiene uno su historia, pues... Nada, que quieren tomarme por monigote para revolver el país... Bien está Pedro en su casa, señora y caballeros. ¡Que ha venido la tropa!... Malo es; pero ¡qué remedio! ¡Que han quitado al alcalde y al secretario y al juez, y viene mañana otro juez...! Malo, malo. Por mí, que se los trague la tierra. Pero di mi palabra, y la palabra de un hombre... (Rascándose.) la palabra dada, ... es el honor en prenda. . . y esto no se desempeña con dinero, sino con la... Ea, que soy bruto, no sé expresarme; pero á caballero no me gana ni el que inventó la caballería.

PERF. ¡Caballería! ¡Ah! la de Orbajosa, no está ya más que en los libros de mi hermano. En las almas, ya no existe. ¿A dónde han ido á parar el orgullo, la altivez, la vergüenza, que fueron patrimonio de esta tierra!

PASOL. (Levantándose como movido de un resorte.) ¡Viva la señora! Lo que ha dicho es oro molido... No se dirá por mí que no hay vergüenza, pues no estoy con los Aceros, porque... tengo tres hijos pequeñitos... ¡Ea, no importa! La vergüenza es antes que los hijos, porque ¿de qué valen éstos si no tenemos un pedazo de honor que dejarles? ¡Fuera melindres! Allá va Pasolargo... Pero tú por delante, Cristóbal. Valiente llama valiente... No canso más.

REMED. (Que está en el foro, vigilando la puerta.) Eso es un hombre...

PERF. (Mandándole sentarse y tener calma.) No nos asustes, Pasolargo. Y tú, ¿has dado también tu palabra al Gobernador?

PASOL. ¡Palabras yo? No señora.

ROMERO (Vivamente.) ¡El Gobernador! No hay en toda la tierra tunante que más merezca un tiro. Gobernante y Gobierno, todos son unos. Por ésta, (Besándose los dedos.) YO, (Se levanta.) Esteban Romero, á quien llaman las historias *el Terror de Villajuán*, digo

que no iré nunca con los Aceros: soy yo más. Con Cristóbal sí, con Cristóbal al fin del mundo. Que diga éste media palabra, y hoy como ayer, aquí está Romero. He dicho. (Se sienta.)

PERF. Donde no hay acciones, un buen deseo es muy de alabar... ¿Tampoco tú diste palabra...?

CAB. (Que ha oído lo anterior, ceñudo y metido en sí, la vista fija en el suelo.) Yo di mi palabra... porque la dí... Yo prometí que ni yo ni mis amigos levantaríamos partidas, porque el tal me llamó y me dijo: «Ramos, ya ves, yo... que tal... El gobierno que tal, y yo... porque ya ves, el país y que tal... vamos, tú puedes, y que tal... conformes... el Gobierno... confianza, y que tal...» Esto me dijo. Por lo cual, á todo el que le retoza la guerra en el cuerpo, le digo: «vete con Acero, si no puedes aguantar más, que yo... de esta agua no beberé...» Y por ahí está mi gente, desparramada en tierras, caseríos y montes circunstantes, haciendo de corazón tripas, comiéndose el coraje, y en espera de que Caballuco les diga...

PERF. (Interrumpiéndolo.) Pero tú no les dirás nada, pobrecito, y haces bien. Tú, en tu casita, hecho un patriarca. Tu puchero, tus gallinas, tu caña de pescar... ¡Ay, hijo, para tí es la vida! ¿De qué te sirve á tí la gloria, que no es más que humo, vanidad?

CAB. (Nervioso y queriendo contenerse.) No me venga la señora con gramáticas, porque si no salgo es porque no quiero salir; y si quiero que haiga partidas las habrá como espuma, y si no quiero, no... Y lo vuelvo á decir... (Dándose golpes en el pecho.) ¡Yo soy... yo! A mí con claridades; con gramáticas no.

PERF. ¡Claridades quieres? Pues toma. Creo yo que con tantos humos no sirves para nada.

CAB. (Dolorido del acerbo juicio.) Bien sabe la señora quién es Caballuco, guerrillero muy nombrado... cuando Dios quería. Hablen lenguas y canten papeles.

Yo respeto á la señora, y la quiero más que á las niñas de mis ojos.

PERF. Gracias.

CAB. (Con emoción.) Porque á la señora debo el pan que hoy cómo, y el que comí cuando niño, y la vida de mi padre viejo... y la caja en que enterraron á mi madre... y todo lo que soy y todo lo que tengo. Y si la señora me dice: «Cristóbal, rómpete la cabeza,» voy á aquel rincón, y contra la pared me la rompo... Bien sabe la señora que si ahora dice ella que es de noche, yo, aunque vea el sol, creeré que es noche oscura. Bien sabe la señora que ella, y su hacienda y familia, son antes que mi vida. En fin, que la quiero más que cuanto hay en el mundo. A un hombre de tanto corazón, se le dice: «Caballuco, so bestia, hijo mío, haz esto, ó haz lo otro... pero no se le pincha con un meté y saca de retólicas al revés.

PERF. Vamos, hombre, sostiégate.

PASOL. Lo que dice la señora...

ROMERO Cristóbal, no te sofoques...

LICUR. ¡Vaya un temple de hombre!

REMED. (Pasa al centro.) Toma agua.

PERF. No, dales vino. (Remedios les sirve, y boben.) Yo no puedo, en asunto tan grave, decir á ustedes que salgan ni que no salgan. A tí, Cristóbal, te concedo que tienes un gran corazón. Consulta á ese juez, y haz lo que te diga.

ROMERO Los de Naharilla baja nos contamos ayer. Somos treinta, propios para cualquier cosa mayor. Pero temíamos que la señora se enfadara. Es tiempo de la trasquila.

PERF. Hay que trasquilar por otro lado.

LICUR. Pues mis hijos están con hormiguilla. El demonio que los ataje. Si Caballuco se sacude las pulgas y sale, ellos detrás como unos ángeles muy brutos.

PASOL. ¡Lástima que los Burguillos, á quienes, por lo

valientes, el mesmo Cid podría descalzar el zapato, se hayan ido á labrar las tierras de Lugar noble.

PERF. Las labraremos en otoño. Decídes que vengan.

LICUR. Bien fácil es. Monto en la jaca, y antes de media noche estoy allá.

ROMERO Yo, á quien primero avisaría es á Robustiano Guerra, que rabia de ganas...

PERF. Robustiano no se atreve á venir acá, porque me debe un piquillo... Si le ves tú, puedes decirle que se lo perdono.

CAB. (Poniendo el vaso en la mesa con fuerte golpe.) En fin, que se nos manda que salgamos. Las cosas claras...

PERF. Yo no puedo ni debo mandártelo. (Se levanta. Todos en pie.) Sólo os diré una cosa, hijos míos. Creo que nos aguardan días terribles, si no se corta el paso á la invasión. (Con acento solemne.) Presenciaremos, ¡ay! escenas vergonzosas y sacrílegas, atropellos, deshonras, muertes, fieros males... Al que defienda la justicia, los buenos le bendecirán. Si vive, gloriosísima será su vida. Si muere, muerte feliz y redentora será la suya. Su nombre será guardado por las generaciones como santa memoria...

PASOL. (Frenético.) ¡Viva Orbajosa y muera la nación!

ROMERO ¡Viva!

PERF. (Asustada.) ¡Silencio... por Dios...! Pueden oír de fuera.

REMED. Callarse. Hablen bajito.

CAB. (Pausa. Todos se fijan en él y esporan con ansiedad lo que va á decir.) Señora, amigos: Cristóbal Ramos no consentirá que nadie le eche el pié adelante en la defensa de lo bueno. Oyendo á la señora, paréceme que corre fuego, que no sangre, por estas venas mías; que mi pensamiento es un rayo, y que el golpetazo del corazón se ha de oír al otro lado del mundo... ¿Hay desafueros? ¿Hay tropeías? ¿Nos pisan, nos deshonran, nos saquean?

Pues las demasías del contrario desempeñan mi palabra, y soy libre, esclavo no más que del deber y de mi conciencia guerrera. Al campo, al combate. Es mi sino correr y trotar por la querida tierra de Orbajosa. ¡Oh, tierra mía bendita, llena de huesos de valientes! En tí, peleando sin tregua, quiero dejar también los míos.

TODOS. ¡MORIR NO!

PERF. Di vivir y triunfar. (Levántase y le pone la mano en el hombro.) Cristóbal, eres grande.

CAB. Grandísimo por el corazón, por el desprecio de la vida, por...

REMED. ¡Viva Orbajosa y muera la nación! (Todos en pie vociferan.)

PERF. Silencio, calma, no alborotar. Retírense, pues ya saben que pueden contar con éste. (Por Caballuco.) La reunión debe darse por terminada. (A Licurgo.) Ya sabes, vas en busca de los Burguillos.

LICUR. Si señora.

CAB. (Dando órdenes como un general en jefe.) Que estén en Mundogrande á la madrugada. Al que me falte... ¡rayo!... (A Licurgo.) Oye... Y llévate á tu hijo contigo.

LICUR. ¿Juanico?

CAB. Sí; y le mandas á avisar á los de Villajuán.

LICUR. Señora, ¿oye?

PERF. Sí, sí, llévatele: no me hace falta.

ROMERO Y yo voy en busca de Robustiano.

CAB. Sí; en Mundogrande todo Dios. Que me esperen allí.

PASOL. ¿Cuándo irás?

CAB. Cuando arregle á mi gente de aquí. Mañana. (Siguen hablando.)

REMED. (A doña Perfecta.) Señora, que se llevan también á Juanico.

PERF. El lo manda.

REMED. (Alarmada.) La casa sola.

PERF. ¿Qué importa? Ya no temo nada. Se acabó el miedo.

REMED. Ay, el mío no.

CAB. Yo estaré aquí esta noche. Si algo ocurre... cuenta conmigo. Con que... pocas palabras ya... ¡hala!

LICUR. ¡A Lugarnoble!

PASOL. ¡A Mundogrande!

ROMERO Mañana arde Troya.

PASOL. ¡Que nos echen soldados! ¡Que traigan, que traigan!...

CAB. Callar, callar. No olvidéis las virtudes del guerrillero, el valor y el silencio.

PASOL. (A media voz, pero con gran esfuerzo de pulmones.) ¡Que viva la señora!

PERF. No, no... (Mandando callar y denegando con el brazo.)

ROMERO ¡Que viva! (No pudiendo gritar, agitan los brazos y se retiran lentamente.)

PERF. No me aclaméis á mí, que nada soy, ni nada valgo.

REMED. Que vivan ellos, ¿verdad? (Quiere gritar.)

PERF. (Tapándole la boca.) No grites... Nuestra única misión es... rezar por todos.

FIN DEL ACTO TERCERO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## ACTO CUARTO

Sala en el piso bajo de la casa de doña Perfecta. Al fondo una gran puerta que da á la huerta y jardín.

Puertas laterales, y á la izquierda una reja pequeña, que da á la calle. En el foro derecha, reclinatorio delante de un altarito con la imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparita.

Sofá grande hacia la izquierda, de frente al público.

Es de noche. La escena está alumbrada únicamente por la lámpara colocada ante la Virgen.

### ESCENA PRIMERA

ROSARITO, acostada en el sofá durmiendo; envuelta en el mismo chal blanco con que salió en el acto segundo; DOÑA PERFECTA, que aparece por la derecha, con una luz en la mano, y un manojo de llaves.

PERF. ¿Duerme ó finge dormir? (Con tristeza.) ¡Ah...! ese amor absurdo ha enseñado á mi pobre ángel muchas cosas malas, el disimulo, artes de fingimiento malicioso, que en otras circunstancias no serian graves, ahora sí. (Deja la luz y contempla á su hija más de cerca.) Duerme de verás. El cansancio, el tedio, el insomnio de anoche, pueden más que su inquietud... Duerme, hija mía, descansa... Yo velo por tí. De esa loca inclinación te curará la ausencia, el olvido, sí... Y volverás á ser dichosa, y comprenderás qué madre tienes, y de qué abismo de perdición ha sabido apartarte... (Se aproxima al sofá, inclinándose y mirando á su hija con amor.) Hija querida, ¿dónde está, dónde, aquella conformidad dulcísima entre tus pensamientos y los míos...? (Se arrodilla ante ella.) Vuelve á mí, vuelve, paloma extraviada en los aires, vuelve al nido y

al seno de tu madre amorosa, que te adora. (La toca el rostro suavemente para no despertarla.) Tu vida y tu amor me son tan necesarios como tu obediencia, porque te he criado para mí, para mirarme en tí, y ahora me miro... y no me veo. (La besa en la frente, tocándola apenas con sus labios.) ¡Qué dulce es besarte, y cómo se refresca el alma, abrasada de estos rencores...! Y tus manos qué suaves... (Se las besa.) ¡Cuándo volverán á acariciarme...! ¡Que no fueran siempre manos juguetonas... y tú siempre niña, siempre...! (Creyendo oír ruido en el exterior de la casa, levántase sobresaltada.) ¡Oh... qué es eso! (Corre á la ventana.) Nada... no hay nadie... No tengo miedo, no. No debo tenerlo. (Infundíndose valor.) Pasa pronto, noche de ansiedad... Mañana... estaremos lejos. (Coge la luz, y haciendo pantalla con su mano, para que la claridad no dé en el rostro de su hija, atraviesa la escena.) Duerme, amor mío, y que en tu sueño te visiten los ángeles, y te inspiren la obediencia, la santa obediencia. (Se va lentamente, sin hacer ruido, por la derecha.)

### ESCENA II

ROSARITO, que durante la anterior escena fingía dormir, y espía la salida de su madre. Cuando la siento salir, alza la cabeza y escucha.

Se fué... sí... la siento en el corredor... ¡Qué miedo tan horrible cuando se arrodilló aquí, y me besó la frente, las manos...! Creí morirme. ¡Qué ansiedad! (Se va incorporando.) ¡Si se le ocurre entrar la mano aquí, (En el seno,) y quitarme mi libro...! (Tocándose el pecho con mucha inquietud.) No, no... aquí está. (Besá el libro, y después lo abre.) Y la carta... aquí está. Se me ha olvidado la hora. ¡Decía las diez, las once! (Corre al otro lado, y á la luz de la lámpara lee.) «Las doce.» dice las doce. Lo demás me lo sé de memoria. (Repitiendo la carta.) «Tu madre no cede... Quiere huir contigo... Antes huiremos nosotros de ella... Ten valor... Espérame...» (Mirando consternada

á las puertas y á la ventana.) ¡Pero cómo saldré, Dios mío...? ¡Imposible...! Mi madre no duerme... (Escuchando por la derecha.) Desde aquí la siento echando llaves... llaves... Hasta esta noche, nunca me fijé en el sinúmero de llaves que tiene esta casa. (Escuchando otra vez.) Y cerrojos, y cadenas... Cárcel es esto, panteón, no sé qué... Sospecho que mi madre ha dispuesto partir de Orbajosa... (Espantada.) ¡Oh! no, yo no... Con ella no... Aquí le espero... Él sabrá cómo entra, y cómo salimos... (Con gran confusión y aturdimiento.) Arde mi cabeza... Me vuelvo loca. (Tocándose el corazón.) ¡Qué opresión aquí! Parece que la vida se me acaba... ¡Valor! Hay que tenerlo á todo trance, aunque después me muera. (Dirigese á la reja de la izquierda.) Por esta reja he de ver si aún rondan la calle Remedios y Cristóbal... (Después de observar un momento.) No veo nada... En la huerta, todo es tinieblas y un silencio de Camposanto. (Vuelve al proscenio.) ¡Oh, Dios mío, no me abandones! (Dirigese al altarito.) Y tú, madre mía, ábreme un camino en esta soledad pavorosa, (Se arrodilla; aparece doña Perfecta por la derecha, y avanza cautelosamente, sin que su hija la vea.) alíentame con tu mirada, envuélveme en tu manto... Y vosotros, angelitos que estáis á sus pies, prestadme vuestras alas... (Siente la proximidad de su madre, y dando un grito de terror, se vuelve hacia ella.) ¡Ah!

### ESCENA III

DOÑA PERFECTA; ROSARITO

PERF. Alma mía, ¿por qué te asustas?  
 ROSAR. No sé... creí...  
 PERF. Sosiégate. Pronto sacaré yo á mi niña de esta ansiedad. Antes de amanecer, nos vamos á Lugarnoble. Tu tío ha salido para prepararlo todo. No hay tiempo que perder. Esta noche no se duerme.

- ROSAR. (¡No se duerme!) (Aterrada) ¿Dices que... á Lugar noble?
- PERF. A nuestras queridas montañas.
- ROSAR. ¡Allá...! ¡Mamá, por Dios! Camino de la montaña van á estas horas todos los paisanos armados... No me lo niegues...
- PERF. (Sorprendida.) ¿Cómo sabes...?
- ROSAR. Lo sé... sí... ya ves cómo lo sé todo. La espantosa guerra estallará mañana. ¡Desdichado suelo... raza infeliz!
- PERF. (Con frialdad.) Si es así, Dios lo ha permitido para confundir la iniquidad.
- ROSAR. Ellos no querían guerra. ¿Quién les ha instigado á la rebelión?
- PERF. ¿Quién? ¿Qué candidez la tuya! Cuando la impiedad y la corrupción extienden su imperio, la guerra arde por sí sola, sin que nadie se tome el trabajo de encenderla. Pero no nos entretengamos. Estaremos dispuestas antes del alba... Ven... subamos...
- ROSAR. (Inquieta y turbada.) Aguarda... tengo que decirte...
- PERF. ¿Qué?
- ROSAR. (Resolviéndose tras penosa lucha interior.) Mamá mía, perdóname... y que me perdone Dios lo que voy á decir, y me dé fuerzas para decirlo... Madre, madre querida, no puedo obedecerte.
- PERF. ¿Que no me obedeces!
- ROSAR. No puedo; una obediencia superior me lo impide...
- PERF. ¿Hay algo que obligue más que el respeto filial?
- ROSAR. Sí, sí; otro respeto, otro amor... (Luchando por búsarse la expresión propia.)
- PERF. ¡Oh, no me hables así! (Recobrando su entereza.) Estás alucinada, trastornada... Vuelve en tí, amor mío.
- ROSAR. (Fatigada, con acento de congoja.) No... no estoy alucinada... Es que Dios me ilumina en este trance terrible... Veo claro, como los moribundos. Sé que Dios, siempre misterioso, incomprensible en su

- justicia, permite que en estas infames discordias, perezcan, antes que los culpables, los inocentes.
- PERF. (Vivamente.) Los inocentes no.
- ROSAR. Los inocentes sí... Él, yo quizás, los dos... Toda causa grande y noble tiene sus mártires... tú me lo has dicho... La causa de la paz los tendrá también.
- PERF. (Inquieta.) ¡Oh, Rosario, vida mía!... Arranca de tu pensamiento esas ideas lúgubres.
- ROSAR. Quitámelas tú.
- PERF. ¿Cómo?
- ROSAR. ¿Dices que deliro?
- PERF. Sí... (La toca.)
- ROSAR. (Con la mirada extraviada.) Pues en mi delirio he visto...
- PERF. ¿Qué?
- ROSAR. (Con misterio.) He visto á Remedios y á Cristóbal rondando esta calle... á primera hora de la noche. O preparan una emboscada, ó acechan el paso de...
- PERF. Silencio... ¡qué desvarío...!
- ROSAR. Después... no hace mucho... les ví deslizarse junto á la tapia de la huerta... y perderse en la sombra...
- PERF. ¿Y qué? Velan por mi seguridad. ¿Pero qué temas tú? ¿Quién puede interesarte más que yo misma y nuestra casa y... (Rocelosa, mirándola fijamente.) ¡Rosario!
- ROSAR. ¡Indigno espionaje! Mamá, por Dios, dime que tú no lo has ordenado, que no lo consientes, que...
- PERF. Consiento que mi casa sea vigilada.
- ROSAR. (Coge á su madre de la mano y quiere llevarla por la derecha.) Pues si esos locos rondan la calle todavía, mán-dales que se retiren.
- PERF. (Soltándose.) ¡Que se retiren! (Mirándola fijamente, con severidad.) ¡Ah, ya comprendo...! Me preparas una traición... lo veo, lo estoy viendo. Tu inexperiencia del mal te ha vendido... (Con ira y viveza.) Confésame... confésalo pronto, arrepíentete, y te per-



dono. Olvidada de tu decoro y el mío, has caído en la infame tentación de huir de mi casa, de huir con él.

ROSAR. (Con repentina efusión, arrojándose.) Sí... ya ves... te lo confieso. No quiero mentir.

PERF. ¡Y él te lo propuso... y él vendrá á buscarte!

ROSAR. Sí, sí. Y yo iré con él al fin del mundo.

PERF. ¡Oh, no te llevará, no! ¡Aquí, sola, indefensa, me dejaré hacer trizas antes que consentirlo! (óyese un fuerte alabanzazo.) Que no abran.

ROSAR. (Escuchando.) Han abierto ya...

PERF. ¿Quién puede ser?...

### ESCENA ÚLTIMA

DOÑA PERFECTA, ROSARITO, MARÍA REMEDIOS,  
PEPE REY

REMEDIOS. (Dentro, dando golpes en la puerta del fondo.) ¡Señora... soy yo... Remedios! (Doña Perfecta descorre el cerrojo y abre.) Ahí está.

PERF. ¿Quién?...

REMEDIOS. El enemigo... Entró por la puertecilla de abajo.

PERF. ¿Solo?

REMEDIOS. Solo... Fuera... en la calzada un coche... militares...

PERF. ¿Y Cristóbal?

REMEDIOS. Aquí... Entramos juntos... Ha pasado á la huerta. (Las dos en la puerta del foro.)

PERF. No veo nada.

REMEDIOS. (Mirando en la obscuridad.) Yo sí... Él es... hacia aquí viene... (Gritando.) ¡Cristóbal... aquí... junto á los cipreses!... ¡Que matan á la señora!

PERF. ¡Cristóbal, defiendeme!

REMEDIOS. ¡Mátale! (Suena un tiro. Pansa.)

ROSAR. ¡Ah! (Quédase aterrada y sin movimiento.)

REMEDIOS. Uno ha caído.

PERF. ¿Quién?

REMEDIOS. No sé... se levanta...

ROSAR. (Exaltada, corriendo á la puerta.) ¡Aquí, aquí!

PERF. (Deteniéndola.) No, no salgas.

PEPE. (Aparece en la puerta, herido, la mano en el pecho.) ¡Rosario!

ROSAR. (Acude á él, y le abraza. Doña Perfecta, paralizada por el terror, no se atreve á acercarse al grupo.) ¡Esposo mío!

PEPE. Sígueme... ven... (Vacilante.)

ROSAR. Contigo... contigo... sí... vamos...

PEPE. (Con voz de moribundo.) A la... eternidad... (Cae muerto.)

PERF. (Con desesperación.) ¡Misericordia, Señor, misericordia... para ellos... y para mí!

FIN DEL DRAMA



*Burret. Tom. 1.*  
LA FIERA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

# LA FIERA

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenóse en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 23 de Diciembre de 1896.

SEGUNDA EDICIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID  
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIOZOLA  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1897



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERSONAJES

SUSANA, Baronesa de Celis, so-  
brina del Marqués de Tremp..  
DOÑA MONSA, Marquesa de  
Tremp.....  
DOÑA SATURNA, hermana del  
Marqués.....  
BERENGUER.....  
DON JUAN, hijo del Marqués de  
Tremp, jefe de realistas y Go-  
bernador de la plaza.....  
SAN VALERIO.....  
FABRICIO.....  
BONAIRE.....  
EL MARQUÉS DE TREMP, Re-  
gente.....  
MAGÍN, soldado realista.....  
CASTELL, oficial realista.....  
BONALD, oficial realista.....  
BLASA, criada.....

ACTORES

SRTA. COBEÑA.  
» CANCIO.  
SRA. FERNÁNDEZ.  
SR. THULLIER.  
» CUEVAS.  
» VALLÉS.  
» VALENTÍN.  
» BALAGUER.  
» ALTARRIBA.  
» MORENO.  
» CLARIA.  
» RUIZ TATAY.  
SRTA. PALMA.

La acción en Urgell, 1822.

NOTA. Lo indicado con este signo ✕, se suprime en la representación con objeto de abreviarla.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la residencia del Marqués de Tremp. A la izquierda, una puerta y gran chimenea gótica, encendida con gruesos troncos. A la derecha, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Al fondo, puerta grande con forillo, comunicación con otras salas, patio, esplanada y calles. Decorado severo y antiguo. Mesas y sillas de nogal. Una alacena. Es de día.

(Derecha é izquierda se entiende del espectador).

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, á la derecha, despachando con CASTELL; MAGÍN, que acaba de llegar; á la izquierda, DOÑA MONSA, sentada, devanando una madeja que sostiene BONAIRE; junto á ella, DOÑA SATURNA, leyendo cartas, que va metiendo en su ridículo.

JUAN. (A Magín). ¿Qué ocurre?  
MAGÍN. Romagosa ha dado un achuchón al regimiento de Mallorca, de la columna de Zorraquín, matándole seis hombres y cogiéndole catorce prisioneros.  
JUAN. ¿Dónde?  
MAGÍN. Hacia Bellver.  
JUAN. ¿Qué más?  
MAGÍN. El Trapense ha destrozado la columna de Rotten.  
JUAN. Bien.

- MONSA. Ese es el hombre, fray Antonio Marañón, nuestro bendito guerrillero, defensor del trono y de la fe.
- BONAIRE. ¡Viva el Trapense!
- MONSA. Juicio, señor Bonaire. Con su entusiasmo ha enredado la madeja.
- SATURNA. Y con sus chillidos no me deja leer.
- BONAIRE. (Tratando de desenredar la madeja). Señoras, no es para incomodarse. ¡Viva el Rey absoluto!
- MONSA. ¡Adulón! (Se levanta para arreglar la madeja).
- JUAN. (Al Oficial, que se levanta). Que salgan al instante los refuerzos que enviamos á Misas.
- CASTELL. (Saludando). Mi General... (Vase).
- JUAN. (A Magín). ¿Y tú...?
- MAGÍN. ¿Me vuelvo á la facción?
- JUAN. Sí.
- MONSA. ¡Pobre Magín! Déjale descansar siquiera un día. En casa le necesitamos.
- MAGÍN. Quiere la señora dona Susanita que aliste la litera para salir de paseo.
- JUAN. Es verdad. Puedes quedarte hoy.
- MAGÍN. Con permiso... (Vase. Don Juan, silencioso, se sienta y examina un plano).
- BONAIRE. Ya está deshecho el nudo. Adelante... No desharán tan fácilmente las tropas de Mina el que le han armado nuestros guerrilleros en este laberinto de montañas.
- MONSA. En la montaña y en el llano, Dios bendecirá las tropas de los leales.
- BONAIRE. Amén. (Declamatorio). Y hará suya la causa de la Regencia, constituida en esta gloriosa ciudad de Urgell, para arrancar á España de las uñas de toda esa taifa masónica, comunera y democratizante. ¡Muera la libertad!...
- SATURNA. (Imponiendo silencio). ¡SS!..
- MONSA. (A Saturna). ¿Qué noticias hay?
- SATURNA. Excelentes. La duquesa de Montmorency me dice que monsieur de Villèle se va convenciendo de la necesidad de la intervención. (A don Juan). ¿Y qué? Ese fantasmón de Mina, ¿avanza?

- JUAN. Trata de penetrar en la Gerdaña.
- SATURNA. ¿Estaremos seguros?
- JUAN. ¡Oh, sí!... Puede usted escribir á sus amigos de la corte de Francia que la Regencia y sus guerrilleros indomables sabrán redimir á la nación y devolver al Rey sus fueros, su autoridad sagrada.
- MONSA. Muy bien. (Terminada de ovillar la madeja, Bonaire se ocupa en ordenar los ovillos en una cesta).
- SATURNA. La Regencia está reunida, según creo.
- MONSA. Dos horas llevan ya deliberando.
- SATURNA. ¡Y que no saldrán buenas cosas de aquellas tres grandes cabezas!
- BONAIRE. La primerita, el gallito como quien dice, mi señor Marqués de Tremp.
- MONSA. De mi esposo nada he de decir, pues no es bien que yo le alabe...
- SATURNA. Pues ¿y el Arzobispo? ¿Y dónde me dejas al Barón, con aquel pico de oro?
- JUAN. ¡Ah!... Pero más que el discernimiento sutil importan hoy el valor rudo, la ira santa, perseguir al democratismo en sus últimas guaridas, despedazarlo sin compasión...
- MONSA. Hijo, no tanto.
- SATURNA. Aprenda el señor Bonaire.
- BONAIRE. (Que está recogiendo la labor de las señoras y poniéndola en una cestita). ¡Ay! en punto á valor, nada tengo que aprender, mi señora dona Saturna. (Se ríen). No es cosa de risa. Soy el hombre más intrépido de la cristiandad, porque soy el más desdichado. Salté de mi casa de Barcelona resuelto á quitarme la vida, poniendo fin á mis horribles desgracias...
- MONSA. No; no repita usted la historia.
- BONAIRE. Bueno. Pues cuando ya estaba á dos dedos de la muerte, disponiéndome á tirarme por un despeñadero, reflexioné y dije: «Pues más práctico y más cristiano, sí, señoras, más cristiano será ponerme á que me mate una bala de esas condenadas tropas liberales...» Y hé-

teme aquí guerrillero de la santa causa con este soberbio uniforme cogido al enemigo. He tenido la suerte de caer en la Seo con la bendición, y el señor General lo mismo me ocupa en menesteres de la Intendencia, que me manda á batir el cobre á la facción. Y trabajando á pelo y á pluma, cuando no peleo allá, hago pasteles aquí, y guiso, y peino á las señoras, y el señor Regente y el señor Arzobispo me encargan mil diligencias...

SATURNA. No estará usted descontento.

BONAIRE. No, señora. Pero no renuncio al suicidio, digo, á la muerte. ¡Ah! mis infortunios son tan atroces, que no hay lengua que los pueda contar. Verán: la muy perra de mi mujer y mis dos suegras, porque tengo dos, la madre de mi primera mujer y la de...

MONSA. Sí, ya sabemos...

BONAIRE. Total, que quiero morir. La vida me es odiosa, señoras; la detesto como se detesta una serpiente morisca que uno llevara dentro de sí. ¡No quiero vivir, no quiero! Figúrense ustedes que aquellas feroces harpías...

SATURNA. Basta... Si quisiera el señor Bonaire buscar quien lleve á Andorra mi carta para Francia...

MONSA. Antes hágame el favor de ver si Susana está ya vestida.

BONAIRE. Voy.

MONSA. Y que nos traigan las mantillas. Tenemos que salir.

SATURNA. ¡Ah! Nos vuelve locas la dichosa sobrinita.

JUAN. (Leyendo los planos y papeles y pasando al centro con las señoras). A mí también. Pero confieso que su viveza y desenfado me encantan.

MONSA. Ha caído en nuestro pacífico reino como una bomba. En los dos días que lleva en casa, ha hecho una revolución en nuestras austeras costumbres.

BONAIRE. (Volviendo por la derecha con las mantillas). Está dándose la última mano. Ya sale.

MONSA. Tres veces al día se cambia de ropa, á estilo neto de París.

JUAN. Costumbres de la gente principal con quienes ha vivido allá.

BONAIRE. Aquí dejo las mantillas. (Las pone con mucho cuidado sobre la mesa, preparándolas para que se las pongan). Conque... si no me mandan otra cosa...

JUAN. Sí... Averigüe usted dónde están alojados esos señores que han venido de Francia á ponerse al servicio de la Regencia.

SATURNA. ¿Franceses?

JUAN. No, españoles; y, según parece, personas muy principales. (Recogiendo de la mesa unas cartas). Aquí están sus credenciales, que dejaron en mi oficina esta mañana. Además de las testimoniales de Morejón y de Balmaseda, el uno trae carta de monsieur de Bulong, secretario del vizconde de Chateaubriand; el otro de monseñor de Broglie...

BONAIRE. Les he visto. Por las trazas parecen gente muy buena, enemigos furiosos de la mal llamada libertad.

MONSA. Habrá que alojarles en los pabellones de San Juan.

JUAN. Sin duda. (A Bonaire). Dígales usted que los espero.

BONAIRE. Al momento. (Vase por el foro).

## ESCENA II

DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; SUSANA, por la derecha, muy elegante, con sombrero; detrás, BLASA, con el abrigo, el ridículo y dos abanicos.

SUSANA. (Con mucha viveza). ¡Mi tío!... ¿Dónde está mi tío, señor Marqués de Trempe? ¿Dónde se mete vuestra Alteza?

MONSA. ¡Ay, qué fuguilla!

BLASA. Señora, ¿qué abanico lleva?

SUSANA. (Cogiéndolo). Este.

JUAN. ¡Divina petimetra!

BLASA. (Dándole el ridículo). Lleva los dos pañuelos, el librito, los caramelos...

SUSANA. (A don Juan). Tu padre... (Impaciente). ¿Dónde está? Necesito verle al instante.

SATURNA. Tontueta, la serenísima Regencia está deliberando.

BLASA. El abrigo.

SUSANA. Venga... Voy allá. (Vase Blasa).

MONSA. (Deteniéndola). ¡Loca!

JUAN. No: los señores Regentes podrían trastornarse al verte, y Dios sabe qué atrocidades acordarían.

SUSANA. ¡Buena está vuestra Regencia, que me parece á mí como la insula de Sancho.

MONSA. ¡Jesús!

SUSANA. ¿Qué cosas tan raras encuentro en mi querida patria! ¿Esto que aquí gobierna y gasta y triunfa es cosa de juego?

SATURNA. ¡Nina!

JUAN. ¿Tú qué entiendes?

SUSANA. Que sí, que sí entiendo, vaya. Soy una gran política. Vengo del país de las ideas, y allí, aunque una se proponga ser tonta, no lo puede conseguir. Yo pienso... Veréis lo que pienso.

MONSA. Veamos.

SUSANA. En el colegio de Saint Denis, donde estuve seis años... ¡oh! todas las niñas éramos frenéticas partidarias de Bonaparte.

MONSA. ¡Virgen de los Dolores!

SUSANA. Le adorábamos. No hacíamos más que bordar águilas y *enes* dentro de una coronita de laurel.

SATURNA. ¡Dios nos asista!

SUSANA. Y cuando el héroe volvió de la isla de Elba y pasó revista á las tropas, fuimos en corporación y le ofrecimos ramitos de flores... ¡Oh, qué hombre, qué genio! Nos miraba con gravedad de estatua, y nosotras le tirábamos besos, así... (Tirando besos).

MONSA. (Persignándose). ¡En el nombre del Padre!...

SUSANA. Pero luego... pasan años, y viene el conde de Provença á sentarse en el trono.

JUAN. ¿Y os hicisteis realistas?

SUSANA. Pero furibundas. En mi colegio no hacíamos más que bordar flores de lis, y todas llevábamos la cinta azul del Espíritu Santo.

SATURNA. Muy bien.

JUAN. ¿Y á Luis XVIII, no le ofrecisteis también ramitos de flores?

SUSANA. Sí... y él nos hizo mil cucamonas y nos cogía la cara. Es un viejo monísimo. En fin, que aquí donde me veis, soy partidaria del vencedor, y proclamo los hechos consumados. Más claro: que soy de la escuela del príncipe de Talleyrand, que come con todos y con todos triunfa y mangonea.

JUAN. Bien, bravísimo.

SATURNA. Como graciosa lo es... Y puesto que te encuentras en casa el absolutismo...

SUSANA. Aquí que no peço... ¡Viva el Rey absoluto!

MONSA. ¡Muy bien!

SUSANA. Absolutismo hasta que nos saturemos bien y pidamos otra cosa. Esta es la opinión, un monstruo que come mucho, pero es *gourmet* y no gusta de hartarse siempre con el mismo manjar. En fin, las victorias que habéis alcanzado sobre los liberales, quiero celebrarlas esta tarde con un bailecito, ahí, en la esplanada.

MONSA. Niña, déjate ahora de bailes.

SUSANA. He mandado á Bonaire que me traiga todos los músicos que encuentre en el pueblo.

SATURNA. Nada; se le ha metido en la cabeza...

SUSANA. Pero ¿qué mal hay en esto? Bailaremos y nos divertiremos. La guerra y la política no están reñidas con el placer honesto. Me he criado en Francia, donde los grandes sucesos históricos se han señalado siempre con ruidosas fiestas... Pero nada dispondré sin tener el permiso de mi tío, el Marqués Regente. Voy á verle.

JUAN. Bajo mi responsabilidad, yo doy el permiso.

SUSANA. Bien, muy bien. Eso es rendimiento; eso es galantería.

JUAN. Tendréis mucha gente. Las sobrinas del señor Arzobispo, las de Castell, las de...

- MONSA. Caballeros, muy pocos, porque están todos en el campo de batalla.
- JUAN. Puedes invitar á los que han venido de Francia para defender con nosotros al Rey absoluto.
- SUSANA. ¿Sí?... ¿Se llaman? ¿A ver si les conozco?
- JUAN. El uno... (Recordando) no sé qué de San Valerio...
- SUSANA. ¿San Valerio?... Saint Valiere, quizás.
- JUAN. No; es español. Hay otro, recomendado por Balmaseda, que trae, además, cartas del secretario de Chateaubriand.
- SUSANA. (Con interés). ¿Su nombre...?
- JUAN. Berenguer... me parece.
- SUSANA. Ya, ya... le conozco. Berenguer. Le vi y le hablé en el bosque de Foix la semana pasada en una fiesta que dió madame de la Grangerie, nuestra parienta.
- MONSA. ¿Es francés?
- SUSANA. Quiá. Español recriado en el Languedoc; el hombre de cabeza más exaltada que he visto en mi vida. Por supuesto, frenético por el absolutismo.
- SATURNA. ¿Y están ya en Urgell esos nuevos adalides?
- JUAN. Sí... les espero aquí.
- MONSA. (Mirando por la izquierda). Concluída la sesión. Tu padre viene.

ESCENA III

DICHOS; EL MARQUÉS DE TREMP, y al fin de la escena, MAGÍN

- MARQ. Tres horas de Consejo. ¡Qué fastidio!
- JUAN. ¿Y al fin...?
- MARQ. Lo que propuse. Reforzar nuestras guerrillas para contener á Mina, y armar cinco mil hombres más con los recursos que nos enviaron Austria y Prusia.
- JUAN. Muy bien.
- SUSANA. (Abrazándole). Tiito, mi ilustre primo, el jefe militar de la plaza, me ha dado permiso para bailar un poquitín esta tarde.

- MARQ. ¿Sí? Me parece muy bien.
- MONSA. No te quejarás de tu primo.
- SUSANA. ¿Qué he de quejarme? Le tengo en gran estimación.
- SATURNA. Se desvive por complacerte.
- SUSANA. (Vivamente). Como que quiere casarse conmigo.
- MONSA. ¡Chiquilla!
- SATURNA. ¡Qué descarada!
- SUSANA. Sé que la familia ha tratado de eso... Y mi tío, el señor Marqués Regente, me lo dijo esta mañana.
- MARQ. Niña, te lo dije reservadamente. Vamos, ten juicio.
- SUSANA. Y reservadamente lo repito yo. Serenísimo tío, repita usted ahora con absoluta reserva lo que yo le contesté.
- JUAN. A ver...
- MARQ. Pues me ha dicho... que no le gusta marido guerrero, que le preferirá pacífico.
- SATURNA. ¡Vaya una necesidad!
- JUAN. Ya la iremos curando de estas filosofías. En todos tiempos hicieron buenas migas Cupido y Marte.
- SUSANA. Retórico estáis. El Cupido que yo conozco se asusta de la fiera...
- MARQ. (Riendo). ¿De nosotros?
- SUSANA. Y de ellos. Todos sois lo mismo. Quiero decir que odia con toda su alma la guerra fratricida, y no ve con buenos ojos á los héroes de estas luchas crueles y feroces, cualquiera que sea su bandera.
- JUAN. Ese será un Cupido extranjero: español no es.
- MARQ. Hija mía, abominas de tu raza y de tu familia. Todos en ella hemos sido guerrilleros.
- MONSA. Tu padre...
- SUSANA. Sí; ya sé... Fué un sectario implacable, terror de los franceses en la gran guerra, y de los liberales en las trifulcas del año 14.
- SATURNA. Un defensor del trono legítimo y de la sagrada fe.
- SUSANA. Sí, sí... muy bonito. Pero... os diré una cosa, aquí, en confianza. Cuando más gozoso está mi espíritu, lo oscurece y lo aplana una nube negra, la memoria de las



crueledades de mi padre, el tristemente célebre Barón de Celis.

SUSANA. (Irritada). Crueldades no... la guerra es guerra.

MONSA. Tonta, ¿tú qué sabes?

JUAN. Ha leído los amañados relatos de los jacobinos franceses.

SUSANA. He leído, sí; y he oído referir atrocidades sin cuento. En fin, doblemos esa hoja, aunque al tocarla nos manchemos los dedos de sangre. No más guerrilleros, no más espadones, llámense realistas, llámense patriotas.

MONSA. ¡Qué ideas!

MARQ. ¡Maldita Francia, maldita filosofía!

JUAN. Prima mía, tienes que hacerte a nuestra atmósfera.

SATURNA. Amoldarte a nuestras ideas.

MARQ. Para eso te hemos sacado del poder de tus tías maternas, las buenas damas de Créyillard, y ahora te españolizamos, te refundimos.

SUSANA. Bueno, bueno. Por de pronto, divirtámonos.

MARQ. Sí, sí; se aprueba lo del baile. Pero antes irás a pagar tus visitas.

SUSANA. Al momento.

MAGIN. (Por el foro). La litera está pronta.

SUSANA. ¡Ah! Magín, a tiempo llegas. Voy a encargarte una cosa.

MAGIN. Mi niña... mándeme lo que guste.

MARQ. (A doña Saturna mientras Susana habla con Magín). Yo me voy a pie al palacio del Arzobispo. Allí os aguardo, y al regreso entraremos un rato en casa del Barón Regente.

MAGIN. Descuide mi niña. Yo lo pondré todo como un vergel.

SATURNA. (A doña Monsa). ¿Tú no vienes?

MONSA. Iré después. Tengo que hablar a Juan.

MARQ. (A don Juan). Que salgan esta misma noche los refuerzos.

SUSANA. (Haciendo a don Juan una reverencia). Adiós, primo. Y paciencia. La guerra es la paciencia.

JUAN. Lo ha dicho Napoleón el Grande.

SUSANA. Lo digo yo... Susana la Chica. Adiós.

JUAN. (Irritado). Pues yo digo: la guerra es la guerra, ¡vive Dios!

#### ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN

JUAN. (Con amargura). Ya lo ve usted, madre. Se burla de mí.

MONSA. ¡Inocente! Eres todo bravura, todo coraje militar, y no aprecias las finas estrategias de la mujer.

JUAN. ¿Será eso coquetismo?... Hace dos años, cuando la vi en París... su belleza, sus graciosas extravagancias me volvieron loco, y anteayer, cuando fui a recibirla a la frontera de Andorra, parecióme un ángel que Dios me enviaba para...

MONSA. Para templar tu alma y aplacar en ella los infames rencores que encienden estas guerras...

JUAN. Quizás...

MONSA. Ya ves que Susana quiere paz, y abomina de vuestros rigores.

JUAN. ¡Contradicción horrible! Porque el rigor es necesario, y nuestros enemigos, no menos crueles que nosotros, nos imponen la barbarie y la ferocidad.

MONSA. ¡Qué pena, Dios mío!

JUAN. Yo quiero terminar la guerra para que mi prima no se asuste de mí. Pero la guerra, ¡ay! no concluye sino con el triunfo del absolutismo, y éste pide sangre, fuego, destrucción. Yo necesito hacer comprender a Susana que si mato y quemo y arraso es porque el santo deber me llena el espíritu y el corazón como ella misma con sus gracias picantes, porque mi fe realista y mi amor a Susana son ya una sola pasión indivisible... ¡El perdón, la benignidad, la relajación de la energía! No puede ser. Resultarían dos hombres en mí, y soy de un solo bloque, entero, absoluto. Si no matara, me parecería que no amaba; si no amara no sabría pelear.

MONSA. Hijo mío. Todo puede conciliarse, el deber y la clemencia.

JUAN. Imposible.

MONSA. Te digo que sí.

JUAN. (Con tenacidad). Digo á usted que no.

ESCENA V

DICHOS; BONALD y BONAIRE, por el foro.

BONALD. Mi General...

JUAN. ¿Qué quiere usted?

BONALD. Saber si se forma Consejo de Guerra á los dos payeses que se vendieron al enemigo.

JUAN. ¡Imbéciles! ¿No mandé que se impusiera castigo inmediatamente?

BONALD. Es que...

JUAN. Yo creí que les habían fusilado ya.

BONALD. (Turbado). Mi General, yo...

JUAN. (Estallando en cólera). Si seguimos así, ¡fuego de Dios! tendré que fusilar á los que con tal apatía cumplen mis órdenes. (Retírase Bonald).

MONSA. ¡Hijo mío, piedad!

BONAIRE. (Aparte). ¡Vaya un genio!

JUAN. ¡Medrados estaríamos con la piedad! Si no castigamos la traición y la negligencia, será forzoso derramar más sangre, más, para concluir la guerra.

MONSA. ¡Oh, qué desdicha! (Vase atligada).

JUAN. (A Bonaire). ¿Y usted?...

BONAIRE. Mi General, esos caballeros que vienen á servir á la serenísima Regencia...

JUAN. ¿Están ahí los tres?

BONAIRE. Por ahora dos, pues el llamado Berenguer ha ido á presentar al señor Arzobispo la carta que trae para él.

JUAN. Que pasen. (Bonaire hace señas desde la puerta del foro, y entran San Valerio y Fabricio. Don Juan revuelve en la mesa buscando las cartas).

ESCENA VI

DON JUAN, BONAIRE, SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. Saludamos al héroe de Urgell, ansiosos de servir á sus órdenes.

JUAN. Por la causa del Rey y de la verdad. Bien venidos, señores. He leído las cartas de monseñor de Broglie y de madame de Penthièvre. ¿Es usted el señor de Berenguer?

VALERIO. Martín de San Valerio, y mi compañero y amigo Fabricio de Mercadal. Berenguer no tardará en venir.

JUAN. Examinadas las credenciales, serán ustedes admitidos á compartir las fatigas y las responsabilidades de esta dura campaña.

VALERIO. Esperamos demostrar á la gloriosa Regencia que sabremos corresponder al honor que nos hace.

JUAN. Ruego á ustedes me dispensen ahora. Mi deber me llama á la ciudadela. Luego les recibirá mi padre, el Regente Marqués de Tremp. Entre tanto, Bonaire se cuidará de aposentar á ustedes en los pabellones de San Juan. Con su permiso...

VALERIO. General, á sus órdenes. (Vase don Juan por el foro).

ESCENA VII

SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE

VALERIO. (Después de ver que se aleja don Juan). ¡Já, já!... ¡Necio, fantasmón, chacal nunca hartó de sangre!

BONAIRE. (Asustado). ¡Silencio!

FABRIC. Déjanos, amigo Bonaire. No viene mal un rato de expansión después de tanto fingimiento.

BONAIRE. (Mirando por las puertas). No hay nadie. Soledad completa.

VALERIO. (Abrazándole). ¿Quién nos había de decir que encontra-

riamos aquí al gran Bonaire, el famoso pastelero de la calle de la Cucurulla?

BONAIRE. Ni yo contaba con echarme á la cara, en este rincón del mundo, al gran tribuno de las logias, el maestro de esgrima Valeriano de San Martí...

VALERIO. ¡Chist!... que ahora se llama Martín de San Valerio. Al revés te lo digo...

BONAIRE. Ni á mi querido amigo, el hábil impresor y calígrafo Marcos Fabrés... hoy Fabricio de...

FABRIC. Mercadal. Abrázame otra vez, honrado Bonaire.

VALERIO. No nos hablamos visto desde aquella terrible zaragata en el Gran Oriente de Barcelona.

BONAIRE. (Asustado). Por las barbas de Moisés, no habléis aquí de Orientes ni... ¿Sabéis dónde estáis?

VALERIO. En el propio, en el auténtico nidal de las águilas realistas.

FABRIC. Ya daremos cuenta de ellas y de toda su cría.

BONAIRE. ¡Silencio! (Vuelve á mirar por las puertas). Estamos solos. Todo el mundo fuera. Pero decidme, ¿estáis locos?

VALERIO. Quizás.

BONAIRE. ¿Á qué demonios venís aquí?

VALERIO. Lo primero, á cortarte las orejas si nos vendes.

BONAIRE. Poco á poco. Yo ni vendo, ni compro, ni estorbo, ni ayudo. No haré más que callar como una empanada.

VALERIO. ¿Podemos contar con tu secreto?

FABRIC. ¡Oh, sí! Yo respondo de él.

VALERIO. Supongo que no te habrás afiliado en las negras, en las odiosas banderas del servilismo.

BONAIRE. ¡Ah! No.

VALERIO. Pues ¿qué viniste á buscar aquí?

BONAIRE. Una bala que me matara. (Jurando). Por ésta. También soy algo héroe.

FABRIC. Como que en la logia se te puso el nombre de Horacio Cocles.

BONAIRE. Horacio Cocles, sí; pastelero y mártir.

VALERIO. Tunante, tú viniste aquí á comer.

BONAIRE. Sí, hombre; á que me mataran y á comer.

FABRIC. ¿Cómo se entiende?

BONAIRE. Porque yo quería morirme... de cualquier manera, menos de hambre.

VALERIO. Sí... Debe de ser mala muerte... Horacio Cocles, ¿podrías darnos algo... mientras vienen esos señores?

BONAIRE. Sí... (Les indica que se sienten, y saca de una alacena ó aparador una botella y copas). Algo hay aquí para cuando los jefes se pasan la noche de palique.

VALERIO. Venga.

BONAIRE. Echad unas cuantas salvas con esta pólvora roja. ¡Oh! es más viejo que la Inquisición. De éste no beben más que los señores Regentes... y yo. (Sirve en las copas).

VALERIO. (Briandando). Por la Fortaleza. (Bebe). Pues no podemos revelár nuestro secreto, ni aun contando con tu fidelidad.

FABRIC. La cosa es muy grave.

BONAIRE. Sí; ya supongo que no habréis venido á matar moscas. Ello debe ser aventura de gran peligro y dificultad.

VALERIO. Lo que te digo, insigne Bonaire, es que al menor descuido de lengua, te proporcionaré esa bala que tanto deseas. (Saca una pistola y la pone sobre la mesa).

BONAIRE. Te conozco, y la intimación no es necesaria.

FABRIC. Bonaire es leal: de él respondo.

BONAIRE. Nada temáis de mí.

FABRIC. Quizás prefiera otra clase de balas. ¿Se las enseño? (Interroga á San Valerio, el cual afirma con una indicación de cabeza).

BONAIRE. ¿Á ver?

FABRIC. (Quitándose un cinto de seda y mostrándolo). Mira.

BONAIRE. (Lo toca; suenan las onzas que el cinto contiene). ¡Onzas!

VALERIO. Onzas y muertes reparto. Escoge lo que más te agrade.

BONAIRE. ¡Qué bonitas! La verdad es que... ¡Linda metralla!

VALERIO. Para los que ayuden á la causa santísima del pueblo.

BONAIRE. (Asustado). Guardad eso, por San Odón bendito...

FABRIC. Conque ya sabes... (Guardan las onzas y la pistola).

BONAIRE. Ayuda, poca puedo prestaros; pero contad con mi sigilo á toda prueba. ¿Me creéis? ¿sí ó no?

- FABRIC.** Te creemos, sí.
- VALERIO.** Y en cuanto á nuestros planes, sólo te diré que hoy somos más exaltados que ayer, y que trabajamos por las libertades y derechos del pueblo, por la...
- BONAIRE.** Sí; ya sé toda la canción...
- VALERIO.** Estos señores nos persiguen á sangre y fuego, y tratan de exterminarnos como á bestias daninas. Pues seamos también cazadores intrépidos... y sagaces. Todos los medios son buenos, con tal que conduzcan al fin... (Se levanta, bebe otra vez y brinda). Por el triunfo de la Casa Fuerte, defendida por estos tres valientes campeones...
- BONAIRE.** (Recogiendo el servicio). ¿Tres?... Yo no.
- FABRIC.** Contamos á nuestro compañero Berenguer...
- BONAIRE.** Ya.
- VALERIO.** Por cierto que me inquieta su tardanza. Mira si viene. (Fabricio se asoma por la puerta del foro).
- BONAIRE.** (A San Valerio). ¿Y á ese Berenguer, le conozco yo?
- VALERIO.** No creo... ¡Oh, gran persona, admirable hallazgo para nosotros!
- FABRICIO.** (Desde la puerta del foro). Ya viene. Como siempre, abstraído y divagando. Se detiene en la sala de armas mirando las panoplias...
- BONAIRE.** (Asomándose). ¡Ya, ya le veo!... Parece que habla solo, ó con los retratos que hay en las paredes. (Vuelve al lado de San Valerio). Su figura y sus aires son de persona principal.
- VALERIO.** Primogénito de la casa de Claramunt de Cerdania. Familia ilustre de las que fueron perseguidas y dispersas el año 14. Estos demonios de realistas mataron al padre, deshonraron á la hermana, é hicieron tabla rasa de todo...
- BONAIRE.** Y el tal se guareció en Francia... ¿Es valiente?
- VALERIO.** Como un Cid pobre y olvidado que quiere abrirse camino por la revolución.
- FABRICIO.** (Llamando á Berenguer desde el foro). ¡Pst... pst... que estamos aquí!

- BONAIRE.** Ya, ya te entiendo. Este noble arruinado, y que anhela vengar terribles injurias del despotismo, es en vuestras manos...
- VALERIO.** Un arma...
- BONAIRE.** Ó una herramienta para demoler...
- VALERIO.** Eso, eso. Te digo que ni buscándolo con candil se encontraría en toda España un martillo como ese.

### ESCENA VIII

DICHOS; BERENGUER, por el foro, abstraído y hablando solo.

- FABRICIO.** Chico, despierta...
- VALERIO.** Berenguer, deja en paz á los espíritus y ven á nosotros.
- BERENG.** (Pasándose la mano por los ojos). La soledad pavorosa de este caserón y los odiosos emblemas de la tiranía que veo en él... (Observando la estancia). agobian mi espíritu, apagando las memorias recientes y avivando las pasadas.
- VALERIO.** ¡Cuidado!... No basta transfigurar la persona, los nombres y la palabra...
- FABRICIO.** Hay que disfrazar hasta los pensamientos.
- BERENG.** Sí, sí... No temáis que la farsa se malogre por mí. ¿Habéis visto á ese verdugo, á ese monstruo?
- VALERIO.** ¿Quién?
- BERENG.** El General matarife, encarnación de una familia de asesinos.
- VALERIO.** Moderación en la palabra.
- FABRICIO.** Estamos solos.
- VALERIO.** No importa.
- BERENG.** (Alarmado súbitamente al ver á Bonaire). ¿Quién es ese pájaro?
- BONAIRE.** Yo no soy pájaro, sino un amigo de los amigos de usted.
- FABRIC.** Es de confianza. Puedes hablar delante de él.
- BERENG.** ¿Pertenece á nuestra comunidad?
- VALERIO.** En espíritu sí.
- FABRIC.** Y en cuerpo.

- FABRIC. Te creemos, sí.
- VALERIO. Y en cuanto á nuestros planes, sólo te diré que hoy somos más exaltados que ayer, y que trabajamos por las libertades y derechos del pueblo, por la...
- BONAIRE. Sí; ya sé toda la canción...
- VALERIO. Estos señores nos persiguen á sangre y fuego, y tratan de exterminarnos como á bestias daninas. Pues seamos también cazadores intrépidos... y sagaces. Todos los medios son buenos, con tal que conduzcan al fin... (Se levanta, bebe otra vez y brinda). Por el triunfo de la Casa Fuerte, defendida por estos tres valientes campeones...
- BONAIRE. (Recogiendo el servicio). ¿Tres?... Yo no.
- FABRIC. Contamos á nuestro compañero Berenguer...
- BONAIRE. Ya.
- VALERIO. Por cierto que me inquieta su tardanza. Mira si viene. (Fabricio se asoma por la puerta del foro).
- BONAIRE. (A San Valerio). ¿Y á ese Berenguer, le conozco yo?
- VALERIO. No creo... ¡Oh, gran persona, admirable hallazgo para nosotros!
- FABRICIO. (Desde la puerta del foro). Ya viene. Como siempre, abstraído y divagando. Se detiene en la sala de armas mirando las panoplias...
- BONAIRE. (Asomándose). ¡Ya, ya le veo!... Parece que habla solo, ó con los retratos que hay en las paredes. (Vuelve al lado de San Valerio). Su figura y sus aires son de persona principal.
- VALERIO. Primogénito de la casa de Claramunt de Cerdania. Familia ilustre de las que fueron perseguidas y dispersas el año 14. Estos demonios de realistas mataron al padre, deshonraron á la hermana, é hicieron tabla rasa de todo...
- BONAIRE. Y el tal se guareció en Francia... ¿Es valiente?
- VALERIO. Como un Cid pobre y olvidado que quiere abrirse camino por la revolución.
- FABRICIO. (Llamando á Berenguer desde el foro). ¡Pst... pst... que estamos aquí!

- BONAIRE. Ya, ya te entiendo. Este noble arruinado, y que anhela vengar terribles injurias del despotismo, es en vuestras manos...
- VALERIO. Un arma...
- BONAIRE. Ó una herramienta para demoler...
- VALERIO. Eso, eso. Te digo que ni buscándolo con candil se encontraría en toda España un martillo como ese.

### ESCENA VIII

DICHOS; BERENGUER, por el foro, abstraído y hablando solo.

- FABRICIO. Chico, despierta...
- VALERIO. Berenguer, deja en paz á los espíritus y ven á nosotros.
- BERENG. (Pasándose la mano por los ojos). La soledad pavorosa de este caserón y los odiosos emblemas de la tiranía que veo en él... (Observando la estancia). agobian mi espíritu, apagando las memorias recientes y avivando las pasadas.
- VALERIO. ¡Cuidado!... No basta transfigurar la persona, los nombres y la palabra...
- FABRICIO. Hay que disfrazar hasta los pensamientos.
- BERENG. Sí, sí... No temáis que la farsa se malogre por mí. ¿Habéis visto á ese verdugo, á ese monstruo?
- VALERIO. ¿Quién?
- BERENG. El General matarife, encarnación de una familia de asesinos.
- VALERIO. Moderación en la palabra.
- FABRICIO. Estamos solos.
- VALERIO. No importa.
- BERENG. (Alarmado súbitamente al ver á Bonaire). ¿Quién es ese pájaro?
- BONAIRE. Yo no soy pájaro, sino un amigo de los amigos de usted.
- FABRIC. Es de confianza. Puedes hablar delante de él.
- BERENG. ¿Pertenece á nuestra comunidad?
- VALERIO. En espíritu sí.
- FABRIC. Y en cuerpo.

BERENG. ¿Y sabe que este pobre hidalgo, único resto de una familia destruída por los realistas, se une á vosotros para una empresa de vindicación que ha de ser tan implacable como justiciera? Sí; aquí estamos ya, en la caverna de esas terribles alimañas, decididos á destruirlas, sin temor de obstáculos, de peligros ni de muertes.

BONAIRE. Bien por los hombres intrépidos hasta el delirio.

BERENG. Diabólica aventura es esta. Pero si salimos triunfantes, ¡qué orgullo, qué gloria! Con la ayuda de Dios, sí, castigaremos los crímenes de estos infames sectarios.

VALERIO. Ellos sanguinarios, nosotros más.

FABRIC. (Con saña). Ellos crueles, nosotros feroces.

VALERIO. No haya compasión.

BERENG. ¡Compasión! ¿La tuvieron ellos de mi padre? A manos de aquel tigre que se llamó Barón de Celis, pereció mi familia. Vidas, hacienda, honra, todo fué devorado y destruído. En tierra extranjera, el último de los Claramunt, templando su alma en el infortunio y en la soledad, ha sabido forjarla de nuevo para la venganza. En esa Francia, que ha sido mi amparo y mi maestra, he adquirido la convicción de las justicias populares. Noble nací, pueblo soy, y ofrezco mi sangre para el exterminio de las tiranías, sean cuales fueren, y llámense como quieran llamarse.

VALERIO. Bien.

FABRIC. Así te queremos.

BONAIRE. ¡Eh!... Cuidadito... Hablen bajo... Ya no pueden tardar. (Se asoma al foro para vigilar).

BERENG. (Bajando la voz). ¡Ah! ¿No sabéis? En el palacio del Arzobispo vi al Marqués de Tremp, y cuando yo salía, encontré á Susana que entraba.

VALERIO. (A Bonaire). La sobrina del Regente. (Gozoso). ¿Pero ya está aquí?

BONAIRE. Hace dos días que llegó la baronesita de Celis.

BERENG. ¡Siniestro título, á fe mía! Pues al verme se sonrió, sin poder disimular su gozo...

VALERIO. Como que le caíste muy en gracia. Y á ti no te disgustó. ¡Oh! la verdad. Aparte la progenie, la niña es seductora.

FABRIC. Y muy linda.

VALERIO. Espero que aquí seguirás haciendo lo posible por ganarte su afecto... (Bereguer, que durante las últimas frases ha caído en profunda meditación, no contesta. Pausa). Bereguer, ¿en qué piensas?

FABRIC. Ese silencio, ¿qué significa?

BERENG. ¡Oh!... no sé... Es que temo...

VALERIO. ¡Temer tú!

FABRIC. ¡Temer un patriota que ha jurado exterminar la tiranía!

BERENG. Pues sí, compañeros míos, me impone temor...

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. Esa mujer, Susana. Y os agradecería mucho que la dejárais fuera de todas nuestras combinaciones.

VALERIO. Hijo mío, ¿qué dices?

FABRIC. ¡Estamos locos!

VALERIO. Pues si empezamos con sensibilidades, ya verás á dónde vamos á parar.

BERENG. (Con resolución después de vacilar). Bien. Pues lo que queráis. ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Muy sencillo. Continuar con sagaz donaire y perseverancia marrullera tu campaña galante.

BONAIRE. Apunten este dato. Quieren casarla con don Juan.

VALERIO. ¡Magnífico! Ya ves. Hijo, todo nos favorece. Dime, Bonaire, ¿es cierto que el titulado General tira bien las armas?

BONAIRE. ¡Vaya!... Aunque comparado contigo, figúrate. Todos los ratos libres los dedica á la esgrima. ®

FABRIC. ¡Oh, fortuna!

VALERIO. ¡Oh, Providencia!

BONAIRE. (Por Bereguer). ¿Y el señor, tira?

VALERIO. Es mi discípulo, y no te digo más. (A Bereguer con alegría). Chico, estamos en grande.

BONAIRE. (Alarmado). Oído... que vienen. Ya están aquí.

ESCENA IX

DICHOS y DON JUAN; después, SUSANA y DOÑA SATURNA

JUAN. Señores...

VALERIO. (Presentando á Berenguer). Nuestro compañero Luis Berenguer. (Berenguer hace reverencia).

JUAN. Ya me ha dicho mi tío que le vió á usted en el palacio del Arzobispo. La carta que ha presentado usted pondera su bizarría y su acendrado amor á la tradición.

BERENG. El secretario del señor vizconde de Chateaubriand, y el vizconde mismo, me honran con su indulgencia. (Entran Susana y doña Saturna).

SUSANA. (Aquí está. No me engañaba el corazón). (Saluda ceremoniosamente).

SATURNA. Bonaire. No olvide usted que nos ha prometido hoy otro pastel de su invención.

BONAIRE. Sí, señora. Corro á la cocina... Verán las señoras qué pastel les preparo... Cosa rica. (Vase por la derecha).

SATURNA. ¿Son estos los señores que han venido de Francia á ponerse á las órdenes de la Regencia?

VALERIO. (Con exquisita galantería). Y á los pies de las ilustres damas de la casa de Tresp, el más preciado adorno de la causa realista.

SATURNA. ¡Oh, qué fino y galán!

SUSANA. Se les invita á un baile modestito... un pasatiempo ideado por mí.

VALERIO. Si no estoy equivocado, tengo el honor inmenso de hablar con la nobilísima señora hermana del señor Marqués, celebrada por su conspicuo entendimiento...

SATURNA. ¡Oh! ¡Qué lisonjero!... En Francia habrá usted oído hablar de mí.

VALERIO. Y sé que envía usted diariamente á su amiga la duquesa de Montmorency una relación admirable de lo que ocurre en esta ciudad.

SATURNA. Es cierto, sí... (Embelesada con los elogios). Pronto se conoce al caballero de ley.

VALERIO. En mí no hay más mérito que la sinceridad, señora.

JUAN. (Que ha estado hablando con Berenguer). Querrán ustedes ser presentados al Marqués Regente.

VALERIO. No deseamos otra cosa.

JUAN. (Por Berenguer). Al señor ya le ha visto.

BERENG. Y con su permiso me retiraré. (Se va hacia el fondo recatándose y aguarda á que Susana se quede sola).

SATURNA. Pasen á ver á mi hermano. Ya entra en su despacho. (Mirando por la derecha). Ven tú, niña.

SUSANA. (Buscando un pretexto para quedarse, y mirando á Berenguer, á quien no ven los demás). Voy también... ¿Pero este Bonaire?... (Llamando). ¡Bonaire!... Tengo que decirle... (Va tras doña Saturna, que sale por la derecha oyendo las lisonjas de San Valerio, y cuando todos desaparecen, vuelve al centro de la escena. Berenguer avanza).

ESCENA X

SUSANA y BERENGUER

SUSANA. Un momento, un momento nada más. Usted desea hablarme.

BERENG. Y usted á mí.

SUSANA. Yo no. Lo que yo quiero es reñirle.

BERENG. Se lo conocí en la cara cuando la vi á usted en la puerta del palacio episcopal.

SUSANA. Le miré á usted furiosa.

BERENG. Terrible... Por eso me he quedado. Ríname usted.

SUSANA. Pues... (Recordando). Ya no me acuerdo... ¡Ah! sí... ya, ya.

BERENG. ¿Á ver?

SUSANA. Que salió usted escapado de Foix, como un criminal que teme que le descubran. Al despedirse de mí la última de aquellas dos tardes de paseo y merienda en el bosque, prometió usted visitar á mis primas, con quie-

nes yo vivía, y, efectivamente, si te he visto no me acuerdo.

BERENG. Hui de usted como se huye de un gran peligro.

SUSANA. ¿Peligro yo? Gracias.

BERENG. Su hermosura, su gracia, su ingenio, eran como la atracción de los abismos, cuyo fondo no se ve.

SUSANA. Sí, sí... Esa aria ya me la cantó usted en Foix. Pero yo no le hice maldito caso. Ya le dije que usted no había tenido aún la suerte... ó la desgracia de interesarme. Con todo su rendimiento, el galán no supo comunicar á la dama ni una chispa, ni una, de ese fuego que le devoraba.

BERENG. Es verdad, y sólo me quedaba el recurso de huir de usted. Pero yo, que siempre fui la contradicción viviente, al querer huir del abismo, he corrido tras él.

SUSANA. ¿Farsante! ¿Tengo yo cara de abismo?

BERENG. Sí... Y ojos de insondable profundidad... (Mirándola fijamente á los ojos), que atraen...

SUSANA. (Entre risueña y enojada). Para que se vea lo embustero que es usted... y con qué descaro ensarta las mentiras...

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Señor Berenguer; no hay tal abismo, ni tal atracción. ¡Si no ha venido usted á España por mí, sino por entrar al servicio de la Regencia como absolutista furibundo!

BERENG. Sí; pero...

SUSANA. Que está usted cogido... y ya no le valen sus enredos.... (Afectando desdén y haciendo que se va). Ea, hemos terminado.

BERENG. Todavía no.

SUSANA. Es verdad. Tenía usted que hablarme.

BERENG. Dos palabras.

SUSANA. Pues que sean muy breves.

BERENG. Tengo que suplicar á usted que interceda con el General para que me destine al puesto de mayor peligro; allí donde la muerte sea segura.

SUSANA. (Afligida). ¡Ay, Dios mío! ¿Quiere usted morir? No; eso no. (Corrigiéndose). Bueno; pues sí, señor Werther,

muérase usted todo lo que quiera. Ya comprendo que es por desesperación de amante no correspondido. Pues mire usted, eso me gusta mucho.

BERENG. ¿Le gusta?

SUSANA. Sí... que por mí se muera, ó quiera morirse alguien, ¡qué hermoso! Cuando yo era colegiala, soñaba que un galán muy bonito se dejaba matar por mí... Y moría, sí... quiero decir, no moría ni se mataba, porque en el momento preciso llegaba yo, y... Muy bien, señor Berenguer, aplaudo su desesperación...

BERENG. Pero Susana, si este anhelo de morir no es por usted, ni tiene nada que ver con el amor que me inspira.

SUSANA. (Desconcertada). ¡Que no es... que no es por mí! ¡Ay, qué chasco! ¿Por qué no lo dijo usted antes? ¿Y cometerá usted la grosería de querer morir por otra?

BERENG. Bien sabe usted que sí.

SUSANA. ¿Yo qué he de saber?

BERENG. Si se lo he dicho.

SUSANA. (Incomodada). A mí no me ha dicho usted nada. ¡Pero qué embustero!

BERENG. Haga usted memoria.

SUSANA. ¡Otra, otra!... (Herida su mente por súbito recuerdo). ¡Ah! Ya me acuerdo. Perdona usted. Hoy tengo la cabeza trastornada. Su teilio del vivir es por la soledad en que le ha dejado la muerte de su querida madre. Sí; me lo dijo usted, y yo debí recordarlo. Aquella santa señora, destituida de su posición, indigente, proserita, no tenía más consuelo de su infortunio que el amor de su hijo. Pues mire usted, Berenguer, yo, sin conocerla más que por lo que usted me ha contado, también la quiero.

BERENG. (Con emoción). ¡Oh, Susana!... En sus ojos conozco que es verdad lo que usted me dice.

SUSANA. Y cuando pienso que fué víctima inocente de estas terribles discordias... créame usted, por eso mismo la quiero más y venero su memoria.

BERENG. ¡Usted!



SUSANA. (Conmovida). Sí... Yo soy así. Me interesa profundamente la nobleza desgraciada, la virtud perseguida, y cuando siento sus ayes de dolor, aunque suelen lejos de mí, allá se me va toda el alma.

BERENG. (Con ardor). Susana, es usted un ángel, y yo debo amarla á usted aunque no quiera, aunque no deba amarla.

SUSANA. (Vivamente). ¿Cómo?

BERENG. Aunque usted no quiera.

SUSANA. Yo no se lo prohibo. (Recobrando su viveza y coquetería). Lo que haré será no corresponderle... No se puede, no señor... Pero, por Dios, no vaya usted á que le maten. Trate usted de consolarse, de llenar ese vacío...

BERENG. Sólo podrá llenarlo el sentimiento de reparación, Susana; el castigo de los que nos quitaron honra, vidas, hacienda...

SUSANA. Los constitucionales... (Berenguer calla mirando al suelo). Los fanáticos del año 14. ¿Son esos los verdugos de su familia? Conteste.

BERENG. (Decidiéndose á mentir). Sí. Mis enemigos son, y como al propio tiempo lo son de usted, seguro estoy de que la Baronesita de Celis simpatiza con mi venganza.

SUSANA. Pues no señor, ea... Usted no me conoce. La venganza, ese horrible sentimiento que es el soplo de Satanás en nuestros corazones, no cabe en mí. Dirá usted que soy tonta, que desentono aquí, en el seno de mi familia.

BERENG. Sí que desentona.

SUSANA. Advierta que me he criado en ambiente muy distinto del de este horno de rencores. Señor Berenguer, yo le incito á usted á perdonar á sus enemigos.

BERENG. No puedo borrar la historia de mi vida.

SUSANA. ¡Bah! ¡La historia!... ¡historias! Por más que ahora parezca usted tan aferrado á sus odios, acabará por complacerme.

BERENG. Imposible.

SUSANA. Porque yo, aunque usted lo niegue ó lo disimule, le subyugo, le domino...

BERENG. (Asustado). ¡A mí!... ¡Oh! No... Susana, usted no sabe quien soy.

SUSANA. Ya lo iremos sabiendo, señor Berenguer. Es usted rencoroso. He visto en usted al hombre de convicciones exaltadas, á la voluntad delirante y ciega que antepone los furros políticos á los sentimientos más hermosos del alma. Créalo usted: detesto el fanatismo.

BERENG. ¿También el de los suyos?

SUSANA. También... Que no nos oigan.

BERENG. (Me desconcierta, me vuelve loco).

SUSANA. Y como soy así, quiero, fijese usted, quiero que el sectario se humanice y arroje de su alma esas brasas del infierno, perdonando para olvidar y olvidando para perdonar.

BERENG. (Oprimiéndose la cabeza). ¡Oh, Dios! ¿Qué mujer es esta?

SUSANA. ¿Qué dice usted... qué piensa?

BERENG. Nada... locuras mías... que yo la quiero á usted, y no quiero, no debo... En fin, que lo hermoso es imposible... y lo absurdo... es muy bello... No sé... Estoy loco.

SUSANA. (Risueña). Pues yo le voy á curar de su demencia ahora mismo. Venga usted acá. (Le lleva al otro lado). Si usted se humaniza, dispuesta estoy á hacer concesiones. Se ha dicho ojo por ojo.

BERENG. Y diente por diente.

SUSANA. Pues yo digo: corazón por corazón, alma por alma.

BERENG. (Con énfasis). Susana, ¿usted me amará?

SUSANA. Podría ser.

BERENG. ¡Alma hermosa!... No, no... Susana, huya usted de mí.

SUSANA. ¿Qué dice? (Aparecen San Valerio y Fabricio en la puerta de la derecha y observan).

BERENG. No sé lo que digo. Usted me anonada, me desorienta; usted me vuelve el alma del revés...

SUSANA. ¿Y por eso me manda huir? Pues ahora no quiero yo, ea. Prohibo las escapatorias. Señor fanático, oiga usted mi mandato.

BERENG. ¿Qué? (San Valerio y Fabricio aparecen por la derecha y escuchan).

SUSANA. Acepto sus galantes obsequios, y que quiera que no, tiene usted que hacerme la corte.

BERENG. Silencio; nos oyen.

### ESCENA XI

DICHOS; SAN VALERIO y FABRICIO; DOÑA SATURNA, por la derecha.

SATURNA. Niña, no se encuentra ningún músico en el pueblo.

SUSANA. Mejor. No hay que apurarse, tía. Tendremos música.

SATURNA. ¿Cuál?

SUSANA. Tambores, tía, tambores. Mi primo pondrá á mi disposición todos los que hay en la plaza.

VALERIO. Eso es bailar militarmente.

SUSANA. Es que ahora todo debe tener aquí un carácter guerrero. He mandado á Magín que adorne con ramaje los cañones de la esplanada.

VALERIO. ¡Precioso! ¡La guerra disfrazada de paz!

SATURNA. No me gustan disfraces.

VALERIO. Ni á mí, señora.

SUSANA. Pues á mí sí. Todo es más bello cuando parece lo que no es.

BERENG. (¿Qué dice?)

SATURNA. ¡Qué niña esta!

SUSANA. ¿Vendrán al baile?

FABRIC. ¿Cómo no?

SUSANA. ¿Y el señor Berenguer?

BERENG. También. Y bailaré con usted, si me concede este honor.

SUSANA. Concedido. Vamos, tía. Inspeccionemos nuestro salón al aire libre.

SATURNA. Pero ¿quién es éste?

SUSANA. Un realista furioso que á mí me hace mucha gracia. Verá usted. (Sale con su tía ponderándole con ademanes muy vivos las rarezas de Berenguer).

### ESCENA XII

BERENGUER, meditabundo; SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. (Que ha observado con recelo á Berenguer y á Susana en la anterior escena). No olvides tu compromiso.

BERENG. Si os he vendido el alma... ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Te lo diremos á su tiempo. Por de pronto, perseverancia, astucia y mala sangre. La niña bonita, esa preciosa víbora del absolutismo, puede ser en nuestras manos un resorte... ¿sabes? Además, si consigues que te ame, no te conviertas en guardador de su honra. Guárdala como guardó su padre la de tu hermana.

BERENG. (Con súbito coraje, echándole mano al cuello). ¡Calla, ó te...!

VALERIO. Suelta... (Berenguer le suelta). Bien, bien. Me gusta\* ese coraje.

FABRIC. ¿Eres nuestro? ¿sí, ó no?

BERENG. Vuestro, ó del diablo, que es lo mismo.

VALERIO. Bien. ¿Sostienes lo que jurastes?

BERENG. Lo sostengo, como caballero que soy.

VALERIO. (Saca una medalla del pecho, pendiente de una cinta morada). Júralo aquí, sobre la insignia de los caballeros comuneros, el escudo de Padilla.

BERENG. (Tocando la medalla). Lo juro. Os pertenezco. Afiliado á vuestra facción, mandadme, y os obedeceré ciegamente.

VALERIO. ¿Juras no retroceder ante ninguna prueba, ante ningún sacrificio, por tremendo que sea?

BERENG. Lo juro.

VALERIO. (Guardando la medalla). Está bien... Ahora, calma, vigilancia... y mala intención. Seamos zorros antes de ser ligres. (Suenan dentro tambores con aire de minuetto).

FABRIC. El baile.

BERENG. (Recordando). ¡Ah!... Susana...

VALERIO. Sales á la esplanada, y bailas con ella.

BERENG. Voy... (Andando mecánicamente). No tengo voluntad.

ESCENA XIII

DICHOS; DON JUAN, por la derecha, y por el foro BONAIRE, con un manojo de llaves.

JUAN. (Sorprendido de verles). Creí que estaban ustedes en el baile.

VALERIO. Allá íbamos.

BONAIRE. Ya tienen los señores preparado su alojamiento.

JUAN. Querrán descansar.

VALERIO. Pero nuestro amigo Berenguer, carácter festivo y bullicioso, preferiré la diversión al descanso.

BERENG. Es que me permití invitar á la Baronesita de Celis, y ella se dignó aceptar. Pudiera creer que es descor-testía...

JUAN. (Mirándote fijamente, receloso). ¡Oh, no!... ¿Y si ocurriese el caso de que tuviera usted que prestar servicio militar inmediatamente?...

BERENG. Estamos á las órdenes de vucencia.

JUAN. (Buscando un pretexto para impedir que vayan al baile). ¿Son ustedes aficionados á la esgrima?

VALERIO. (Por Berenguer). Éste tira regular.

JUAN. ¡Oh, dicha! Es mi afición favorita, y me precio de no ser mal tirador. Ea, propongo un asalto. Mientras la gente frívola se solaza en el baile, entretengamos nosotros los ocios de este día feliz con un ejercicio varonil y guerrero.

BERENG. Como vucencia guste.

JUAN. (Cogiendo de una panoplia los floretes y caretas). Empecemos...

ESCENA XIV

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA, DOÑA SATURNA

y dos ó tres Oficiales, por el foro.

SUSANA. Pero ¿no vienen al baile? Señor Berenguer, estoy esperando...

BERENG. El General prefiere al baile la esgrima.

JUAN. Es mi pasión.

SATURNA. Yo quiero verlo... (Adelantan al proscenio, y Magín las pone sillas).

SUSANA. Yo también.

MONSA. Mi hijo es un tirador formidable.

SUSANA. Berenguer también.

SATURNA. ¿Tú qué sabes?

SUSANA. Me lo figuro. (Coge cada cual su florete y se colocan).

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con disimulo). Disimula tu destreza...

SUSANA. Que continúen bailando. Ya volveremos.

BONAIRE. (Gritando desde la puerta á los que están dentro). Que siga el baile. ¡Viva el Rey absoluto! (Contestan dentro al viva. Suenan tambores).

JUAN. (Esgrimiendo los floretes). En guardia.

FIN DEL ACTO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año: 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## ACTO SEGUNDO

---

Pasadizo cubierto entre la iglesia de San Juan y otro edificio antiguo destinado a cuartel y pabellones de oficialidad. Techo de bóveda, construcción de sólida arquitectura, con dos gruesos pilares románicos en la embocadura ó rompimiento. A la derecha, el pórtico de la iglesia, convertida en hospital. A la izquierda, una puerta pequeña que conduce a las viviendas de Berenguer, de San Valerio y Fabricio. En el pilar de la izquierda, un farol grande encendido.

Tras el rompimiento, una calle con paso practicable por uno y otro lado. Hacia la derecha, el palacio de la Regencia, del cual se ve un esquinazo. Es de noche.

Al alzarse el telón, óyense vivas a la Regencia y al Rey absoluto.

### ESCENA PRIMERA

DOÑA SATURNA y CASTELL, que salen de la iglesia por el foro; después, MAGIN, BONAIRE y FABRICIO; luego, SAN VALERIO

SATURNA. ¡Qué alboroto!

CASTELL. Entusiasmo, señora. Es la partida de Romagosa, que sale al campo.

SATURNA. ¡Dios mío! Ocho días de horrorosos combates. Y tantos heridos nos mandan acá, que ya no tenemos manos para socorrerlos, ni aun sitio donde colocarlos. (Magin, herido, entra por el foro, sostenido por Bonaire y Fabricio.)

CASTELL. Aquí nos traen otro.

SATURNA. Magín... ¡pobre Magín! (Acudiendo á él). ¿Es grave? (Magín no contesta. Bonaire indica con un gesto que es herida grave). Todo sea por Dios... Ponedle aquí, hasta ver dónde podemos colocarle. (Le sientan en el banco).

CASTELL. En San Roque está todo lleno.

BONAIRE. ¿No podríamos acomodarle aquí, en el hospital de oficiales?

CASTELL. Ya no hay camas.

SATURNA. (Colocando al herido). Magín, ánimo. Tus heridas no serán cosa mayor.

MAGÍN. (Forándose el cuerpo). No sé... Dios me favorezca. (Quejándose). ¡Ay, ay!

SATURNA. (Al Oficial). Vaya usted á San Roque á ver si han llevado más heridos. Ni allá ni aquí faltarán camas. Nosotras, las damas ilustres de la casa de Tremp, dormiremos en el suelo para que los defensores del Rey absoluto tengan lecho cómodo. Vaya, vaya usted.

CASTELL. Al momento. (Vase).

SATURNA. (A Fabricio). ¿Y el señor de San Valerio? (Señalando á la izquierda).

FABRIC. Creo que está durmiendo.

SATURNA. Si despertara le suplicaría que me acompañase á casa con un par de hombres.

VALERIO. (Apareciendo en la puerta de la izquierda). Aquí está San Valerio, siempre á las órdenes de la ilustre señora.

SATURNA. Dios se lo premiará. (Vuélvese hacia Magín para darle ánimos).

FABRIC. (A San Valerio, pasando ambos á la izquierda). Iré yo, si quieres.

VALERIO. No; yo. Me interesa mucho conocer las interioridades de aquella vivienda. Ocúpate en pagar á esos lo convenido y en prevenir á todos... Sigilo y prudencia... calma, vigilante, ¿sabes? (Cuchichean un momento).

SATURNA. (A Magín). Un poco de paciencia, Magín, y te instalaremos holgadamente.

VALERIO. Cuando usted guste. (Fabricio se va por la izquierda).

SATURNA. Mucho le agradezco esta nueva prueba de su delicadeza y atención.

VALERIO. Señora... Militar y caballero es lo mismo. (La conduce por el foro, haciendo extremos de cortesía).

## ESCENA II

### BONAIRE y MAGÍN

BONAIRE. Bien, bien, Magín. Estás herido, gravemente herido. Puede que te mueras; puede que te salves... Y qué, ¿vamos ganando?

MAGÍN. Sí. Pero el Rey, nuestro señor, acuérdate de lo que te digo... no recobrará su trono absoluto.

BONAIRE. ¿Por qué?

MAGÍN. Porque lo que ganamos por las armas, lo quita la traición. Amigo Bonaire, créelo como Dios es nuestro padre: hay traidores en la plaza.

BONAIRE. ¿Qué me cuentas? ¿Tú sospechas?...

MAGÍN. No sospecho; sé. Lo descubrimos anoche Mongat y yo.

BONAIRE. Mongat ha muerto.

MAGÍN. Y á mí me falta poco. Oye: á ti te lo cuento, á ti solo. (Con sigilo). El tal San Valerio y el tal Fabricio son perros liberales de la piel de Robespierre maldito.

BONAIRE. (Con aspavientos de asombro). ¡Jesús!

MAGÍN. ¿Quieres saber más? Los veintitantos hombres que entraron ayer, también vienen con las de Caín.

BONAIRE. ¡Por San Odón bendito!

MAGÍN. Nada, que tenemos á Judas en casa.

BONAIRE. (Tomándole el pulso). Amigo Magín, tú tienes fiebre, y te ha entrado el delirio.

MAGÍN. Ya me lo dirás cuando veas que se alzan con la plaza, pasando á cuchillo á toda la guarnición y personajes, desde los Regentes serenísimos al último furriel.

BONAIRE. ¡Abrete tierra y tráganos!

MAGÍN. Milagro fué el descubrirlo... Oye... Mongat y yo hicimos nuestro dormitorio en la ermita de San Odón. Allí nos metimos. Entraron Fabricio y el otro, y creyéndose solos, hablaron...

BONAIRE. Ya... Pues todo eso lo soñásteis el pobre Mongat y tú...

MAGIN. (Perplejo). ¿Lo soñáramos? ¿Crees tú que lo soñaríamos?

BONAIRE. Sin duda. Mongat no despertará más.

MAGIN. Y yo... ¿Estoy yo vivo, estoy despierto?

BONAIRE. Sí, sí, pero no estás en tus cabales, créeme a mí...

MAGIN. ¿Me habré yo muerto sin saberlo?

BONAIRE. Todavía, no. Pero para estar tranquilo debes imitarme; ser lo que yo soy...

MAGIN. Y tú, ¿qué eres?

BONAIRE. Filósofo.

MAGIN. ¿Pues no eres pastelero?

BONAIRE. Pero lo uno no quita lo otro. Puede haber en una pieza pasteles y filosofías. Dime tú, ¿para qué le sirve a uno la vida, esa gran bribona de la vida? Para sufrir, para rabiar, para que éste y el otro le mortifiquen a uno y le achicharren la sangre. (Magin cierra los ojos). Animo: voy a darte ahora un poquito de aguardiente. (Se lo sirve de una frasquera que lleva al cinto).

MAGIN. Esta filosofía sí que me gusta.

BONAIRE. (Destornillando la tapa que hace de vaso). ¡Verás qué rico!... Pues sí; convéncete de que el morirte uno es la única cosa buena que hay en la vida... ¿Qué tal te sientes ahora?

MAGIN. (Después de beber). Mejor. Parec que me vuelve la vida...

BONAIRE. ✱ ¡La vida! ¡Já, já!... Fíate de esa embustera sin vergüenza...

MAGIN. Digas tú lo que quieras, la muerte es muy fea...

BONAIRE. Todo es comparar, Magin. Yo te aseguré que el enemigo, disparándonos a quemarropa con cien fusiles, es más bonito que mi mujer.

MAGIN. ¡Hombre!

BONAIRE. Y que mi suegra es más horrorosa que una batería de cañones apuntando a nuestros pechos...

MAGIN. (Animándose). Pues mira... Ya soy otro... ✱

BONAIRE. No te fies.

MAGIN. ✱ Dame más, (Saboreando el aguardiente). ¡Qué rico! (Ento-

mandose y poniéndose derecho). Nada; que yo estoy bien, pero muy bien.

BONAIRE. Ponte en lo peor, te digo... y acertarás. (Bebe otro poco). Yo te pregunto: ¿qué saca uno de vivir?

MAGIN. Y de morirte, ¿qué sacas?

BONAIRE. Pues saco... ahí es nada... No ver más la jeta de aquellas harpias feroces, ni oír sus chillidos broncos, ni recibir sus manotazos, estrujones y mordiscos... Saco el finiquito de cuentas con mis acreedores; saco el librarme de tanto pillo, de tanto necio, de aquel que me injuria, de estotro que me engaña... ¡De buena gana, te lo juro, me pondría yo en tu lugar; digo, que quisiera estar en tu pellejo! ¡Qué gusto morirte! Y como es en defensa de los santos principios, se va uno derechito a la gloria, donde no ve más que caras de ángeles graciosos y de serafines guapísimos.

MAGIN. Pues yo quiero vivir... (Animándose más). ¡Por San Odón! Yo quiero ver caras de personas mortales, aunque sean caras de traidores, que es lo que más aborrezco.

BONAIRE. (Cerrando la frasquera). ✱ Y a propósito, eso que has descubierto, ¿es verdad, ó no es verdad? yo no lo sé.

MAGIN. ✱ Tan verdad como que estamos aquí.

BONAIRE. ¡Qué tonto! ¿Y tú puedes asegurar que estamos aquí?... Sé filósofo, Magin amigo, y no afirmes nada tocante a la parecencia ó desaparecencia de las cosas, y di como yo que no sabemos si estamos aquí, ó en el otro mundo... ó en aquél... ó en el propio Limbo celeste ó acuático.

MAGIN. (Tocándose). No sé... pero lo que es muerto, a fe de Magin, que no lo estoy. ✱

BONAIRE. Vivas ó mueras, yo voy a darte un buen consejo. (R)

MAGIN. A ver.

BONAIRE. De lo que oíste a San Valerio y a Fabricio no digas una palabra al General ni a nadie, porque te marearán a preguntas y no te dejarán descansar tranquilo... Como se te escape algo, en seguida empieza la indagatoria... y que declares y que jures... ¡Ay, pobre de ti entonces!

MAGIN. No; yo debo decir...

BONAIRE. Sigue mi consejo y no te metas en historias. Figúrate que ellos niegan, y no puedes probarlo... Pasarás por embustero calumniador... digo, ¿y si les da por vengarse de ti?

MAGIN. Voy creyendo que tienes razón.

BONAIRE. Ten por seguro que en esos dimes y diretes habrías de irritarte, encolerizarte... ¡Bonito negocio! Como que sin comerlo ni beberlo te morirías en pecado mortal.

MAGIN. Eso no, ¡voto va!

BONAIRE. Tú te callas, y muy agasajadito en tu cama de finas holandas, la cama de las señoras, perdonas á todo el mundo, y mientras llega el dulce trance, te cuidan las niñas bonitas del pueblo... y vengan calditos y vino blanco, y tal vez buenos tragos de aguardiente... Conque...

MAGIN. Y si me muero, ¿me callo también?

BONAIRE. ¡Hombre!

MAGIN. Quiero decirte...

BONAIRE. Comprendido. Después de muerto puedes hablar todo lo que quieras... Se lo cuentas á San Pedro y á...

MAGIN. Quiero decirte que en el caso de que me sienta moribundo... pues... si debo callar.

BONAIRE. Claro que sí... callar siempre, siempre...

### ESCENA III

DICHOS; DON JUAN, DOÑA MONSA, BONALD

y dos Ordenanzas, por la derecha.

MONSA. (Acudiendo á Magin). ¡Pobrecito Magin!... Ya puedes entrarle aquí. (Por la derecha).

JUAN. ¿Hay sitio?

BONALD. El que han dejado los dos que acaban de morir.

MONSA. Ven... vamos. (Ayudando á transportar á Magin). Para éste y otros de preferencia se traerán nuestras camas.

BONALD. (Que á ido hacia el fondo). Mi General, vienen más heridos...

JUAN. A San Roque.

BONALD. Mi General, no hay sitio.

JUAN. (A gritos, con humor endiabado). Pues pídaselo usted al demonio. (Vase Bonald por el foro. Don Juan se pasea por la escena muy agitado).

MAGIN. (Conducido al hospital en brazos de Ordenanzas). Bonaire amigo, no me abandones.

BONAIRE. Contigo voy. (Le llevan por la derecha, Bonaire cogiéndole la mano, doña Monsa le acompaña hasta la puerta, y vuelve luego hacia su hijo, mostrando inquietud).

### ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN, que, impaciente, tan pronto recorre la escena como se para ante la puerta de la izquierda y aplica el oído á ella.

MONSA. Pero qué, ¿te quedas aquí?

JUAN. (Muy displicente). Sí.

MONSA. ¿Buseas á alguien?

JUAN. Sí. (Párase ante la puerta, y la empuja á ver si está abierta).

MONSA. ¿Esperas que salga?

JUAN. Ó que entre... (Va hacia el fondo, mira y vuelve).

MONSA. Pero ¿no quedamos en que irías á despachar á casa? Te esperan los secretarios de Guerra y Hacienda.

JUAN. Sí... pero ya no voy.

MONSA. ¿Temes que Mina, con los refuerzos que ha recibido, ponga en un aprieto á la Regencia?

JUAN. Sí.

MONSA. (Remedándole). «Sí, no...» Lacónico estás. ¿Te inquieta el número exorbitante de heridos?

JUAN. No; los heridos ó se curan ó se mueren. Dios cuida de ellos.

MONSA. ¡Ay! Y de nosotros, ¿qué hará Dios?

JUAN. Lo que le dé la gana.

MONSA. ¡Vaya un humorcito!... (Deteniéndole y abrazándole). Ven acá... Háblame con franqueza. ¿Es que ya no tienes fe en la causa?

- JUAN. En la causa sí.
- MONSA. ¿Y en el valor, en la constancia de los leales?
- JUAN. De nada vale la lealtad cuando la corrompe la traición.
- MONSA. ¿Traición has dicho?... Hijo mío, ¿sospechas de alguno?
- JUAN. Sí.
- MONSA. ¿De quién?
- JUAN. (Energicamente, señalando al cuarto de Berenguer). De ese.
- MONSA. ¿Quién vive ahí?
- JUAN. Berenguer.
- MONSA. ¿Y sospechas también de San Valerio y de Fabricio?
- JUAN. No; son honrados. Por mis espías sé que vigilan a su compañero.
- MONSA. Pero ¿fundas tu sospecha en algo real?
- JUAN. En nada real la fundo... (Recordando). ¡Ah! Sí... En los asaltos con que solemos entretenernos oculta su destreza, y se reserva los hábiles golpes que, sin duda, sabe.
- MONSA. Eres un niño. En algo más te fundarás para acusarle.
- JUAN. (Con alarde de franqueza ruda). Pues bien; le acuso porque le detesto... Ya ves; te descubro mi alma toda entera.
- MONSA. Toda no... Descubre más... Le detestas porque estás celoso.
- JUAN. Sí, madre... ¡Celoso! Me declaro culpable de esa ridiculez.
- MONSA. Tus celos podrán ser infundados...
- JUAN. No lo son. (Furioso). Madre, no me contradiga usted, no defienda a quien me mata, a quien me crucifica.
- MONSA. ¡Dios mío, qué carácter!
- JUAN. Sí... Soy terrible... Así me hizo Dios; así me trajo usted al mundo.
- MONSA. Sosiégate... Reflexiona... Digas lo que quieras, yo dudo que Susana...
- JUAN. No dudes... Es mala, mala.
- MONSA. Pero ¿qué ha hecho, Dios mío?
- JUAN. Olvida su decoro y el de la familia.
- MONSA. Mira lo que dices. Quizás algún coquetismo inocente...
- JUAN. ¡Coquetismo inocente sus entrevistas secretas con Berenguer!

- MONSA. ¿Dónde?
- JUAN. Aquí... En la muralla... no sé. Sus visitas a los hospitales, tanto ir y venir so color de cuidar heridos, no son más que el disimulo de su liviandad.
- MONSA. ¡Ofuscación! Los celos te ciegan.
- JUAN. No me ciegan, me iluminan. Son como la fe.
- MONSA. ¡Oh, qué delirio!
- JUAN. ✱ A la luz de mis odios veo las honduras negras del alma de Berenguer. Ese hombre no es lo que parece. Es la serpiente criada en la podredumbre de las logias, y que, arrastrándose, viene hasta nosotros y nos acecha para matarnos, no con su fuerza, sino con su veneno.
- MONSA. Hijo del alma, me aterrás. ✱
- JUAN. (Con amargura rencorosa). Vivimos en pleno terror. España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furiosos. Luchamos ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aun para someterlo, sino para destruirlo. Por mi parte, exterminaré y arrasaré cuanto se me ponga por delante... No hay remedio; los desprecios de una mujer son nubes tempestuosas que en alguna parte y de algún modo han de causar estragos.
- MONSA. ✱ ¿Qué haría yo para librarte de esa horrible aprensión? (Con una idea feliz). Hijo mío, sea ó no culpable Berenguer, mándale hoy mismo a la facción del Trapense, que es la que opera más lejos.
- JUAN. ¡Y se iría riéndose de mí!... No, madre. Podría su doblez ser más perniciosa en otra parte. (Con saña). No; aquí vino con las artes de Judas, fingiéndose amigo para herirnos, para deshonorarnos... Pues aquí se queda, aquí.



ESCENA V

DICHOS; DOÑA SATURNA y BERENGUER, por el foro; al fin de la escena, CASTELL y BONALD

BERENG. (Viendo a doña Monsa al entrar). Aquí está, señora.

SATURNA. Gracias a Dios que te encuentro.

MONSA. Pero ¿qué es de ti?

SATURNA. Buscándote por todas partes. Gracias al señor de Berenguer, cuya finura y amabilidad merecen mi reconocimiento (Se hacen ambos una reverencia), he podido franquear ese laberinto de patios llenos de pertrechos, y tantos baltartes y galerías.

MONSA. Pero ¿no ibas con San Valerio?

SATURNA. Sí. Por cierto que rectifico la opinión que de la corteza de ese sujeto había formado.

JUAN. Pues ¿qué ha ocurrido?

SATURNA. Figúrense ustedes... Acompañome á casa, y al llegar allá, no hacía más que correr de sala en sala... Es inteligente, eso sí, en cuadros, tapices y bargueños. Pues señor, concluyo mi tarea; hago desarmar las camas; dispongo lo que ha de ser llevado á San Roque y aquí, y cuando quiero salir, busco á mi caballero *servente*, y no le encuentro por parte alguna.

MONSA. ¿Voló?

BERENG. Sin duda exigencias del servicio...

SATURNA. No hay servicio que deba anteponerse á las atenciones que merecen las damas... Y lo más extraño es que se quedó con mi ridículo.

JUAN. Ya parecerán el ridículo y el hombre.

SATURNA. Sí, sí; disculpáis la descortesía, la falta de buenas maneras, sin reparar que esa es la verdadera causa de que se entronicen las revoluciones. Ya no hay caballeros... Ved como sube y nos ahoga la desvergüenza popular.

JUAN. Sin duda.

SATURNA. Pero en fin, ya estoy aquí, gracias á la amabilidad de este señor, que se ha dignado acompañarme.

JUAN. (Displícete). ¿Y qué hacía en aquella parte de la ciudad el señor de Berenguer?

BERENG. Iba en busca de vucencia para permitirme hacerle una petición.

JUAN. ¡Qué casualidad! Yo vine aquí en busca de usted con deseos de hablarle.

BERENG. A las órdenes de vucencia.

SATURNA. (A doña Monsa). Tú dirás si vamos á San Roque.

MONSA. Iremos, sí.

SATURNA. He mandado á Susana que cuide con sus amigas de vigilar el servicio en el hospital de oficiales.

JUAN. (Vivamente). No hace falta.

MONSA. Vigilaremos nosotras. Y mi parecer es que prohibamos á la niña salir de casa. (Consulta con una mirada á don Juan, el cual lo aprueba. Oyese marcha fusilera con pífanos y tambores. Entran por el foro sucesivamente Castell y Bonald).

SATURNA. La Regencia sale del solemne rosario en Santa Marfa, y se dirige á su palacio...

CASTELL. Mi General, los señores Regentes desean que vucencia asista á la sesión... Asisten también todos los secretarios del despacho y el prior de Dominicos.

BONALD. Mi General...

JUAN. (Muy displícete). ¿Qué?... ¿qué más?

BONALD. En la Ciudadela esperan á vucencia las fuerzas que van á salir.

JUAN. (Colérico). Pero ¿tengo yo veinte cuerpos? Al castillo, á la Regencia, al hospital, ¡al demonio!

MONSA. (Procurando apaciguarle). ¡Hijo, por Dios!...

SATURNA. (A doña Monsa). Vámonos ya.

MONSA. Voy. (Aparte á don Juan, aludiendo á Berenguer, que permanece alejado del grupo principal). Haz lo que te dije... Aléjale... Tierra por medio.

JUAN. Ya, ya... ¡Tierra... se pondrá! (Don Juan hace á los Oficiales seña de que se retiren, y se van acompañando á las señoras).

ESCENA VI

DON JUAN y BERENGUER

- JUAN. ¿Tenía usted que hablar conmigo?
- BERENG. Sí, mi General.
- JUAN. Yo también con usted.
- BERENG. Pues hable primero vucencia.
- JUAN. No; primero usted.
- BERENG. La gerarquía exige...
- JUAN. Usted primero. Lo mando.
- BERENG. Obedezco. Pues quería suplicar á vucencia que me destine á las partidas que operan fuera de la plaza.
- JUAN. (Con ironía). Desea usted combatir.
- BERENG. Sí, mi General.
- JUAN. Comprendo y aplando su ardimiento. Pero militares de tanta valía, de lealtad tan probada, son más necesarios dentro que fuera de la plaza.
- BERENG. Estoy á sus órdenes.
- JUAN. Y ahora yo. Señor Berenguer, voy á dar á usted la mejor y más gallarda prueba de confianza. Usted arde en deseos de probar su destreza, su arrojo en defensa de los grandes principios.
- BERENG. Es verdad. Los grandes principios, la justicia sobre todos, me trajeron aquí.
- JUAN. Ese amor á la justicia invoque yo para asociarle á un trabajo menos brillante, pero más fecundo que las operaciones militares.
- BERENG. Vucencia dirá.
- JUAN. Sospecho, mejor dicho, sé que dentro de la plaza hay traidores. Pero no puedo señalarlos... no los conozco.
- BERENG. ¿Y qué?
- JUAN. Que yo encargo á usted la delicada misión de descubrirlos.
- BERENG. Mi General, estimando la confianza, debo decir á vucencia que no soy espía ni polizonte.

- JUAN. ¿Se ofende usted?... Espero que el señor Berenguer lo pensará mejor y comprenderá que cuantos defienden al Rey absoluto están obligados á servirle en aquello que se les encarga.
- BERENG. Yo...
- JUAN. (Sin dejarle continuar). Permítame usted. A media noche le espero en mi sala de armas con las noticias que haya podido adquirir, y que desde luego aseguro han de ser preciosas. En cuanto me las comuniqué, celebraremos el descubrimiento con un asalto.
- BERENG. Está bien.
- JUAN. A florete sin botones, ó á espada española, como usted quiera.
- BERENG. Lo que vucencia guste.
- JUAN. Sí; porque de otro modo, la esgrima es juego de chicos, impropio de usted y de mí. ¿No piensa usted lo mismo?
- BERENG. Exactamente.
- JUAN. Y no digo más.
- BERENG. Y es bastante.
- JUAN. Hasta la noche, señor de Berenguer.
- BERENG. Mi General, hasta la noche. (Vase por el foro).

ESCENA VII

BERENGUER y BONAIRE

- BERENG. (Con amargura y desaliento). ¡Ah, tirano rencoroso! Quieres someter mi vida y la tuya al juicio de Dios. No; juicio no. La vida me pesa como una maldición, y te la entrego. Quítamela, y te lo agradeceré.
- BONAIRE. (Por el foro derecha, muy asustado y descompuesto). ¡Al campo, al fuego! Quiero una bala, una santa bala que me quite esta vida indecente. (Se pasea muy agitado por la escena).
- BERENG. ¿Qué tienes, Bonaire?
- BONAIRE. ¿Qué he de tener?... nada, que me voy á la facción ahora mismo en busca de mi salud, que es la muerte.

BERENG. Lo mismo digo de mí. Pero yo no salgo. Aquí encontraré mi remedio. ¿Qué te pasa?

BONAIRE. ¿Que están ahí!

BERENG. ¿Quién?

BONAIRE. ¿Quién ha de ser sino las mismísimas potencias infernales? Mi mujer y mis cuatro suegras; digo, dos. ¡Ay! anoche tuve los primeros barruntos de que vendrían. Me dolián todos los huesos, graznaban las lechuzas, y en el cielo vi unas nubes muy feas en figura de dragones, dromedarios y salamandras. ¡Infeliz de mí! Han llegado hoy, y están en la casa del Marqués de Tremp. Mi mujer es prima de Blasa. Vienen á buscarme... (Llorando) y á pedir á la Regencia que me entreguen á ellas vivo ó muerto. No; vivo de ninguna manera. Les entregarán mi cadáver.

BERENG. Tu ves fantasmas, pobre Bonaire.

BONAIRE. ¡Ah! No son fantasmas, sino demonios reales y monstruos efectivos. Yo no los he visto; pero me lo ha dicho Blasa, que vino á traerme un recado para usted.

BERENG. ¿Qué?

BONAIRE. (Desmemoriado). ¿Qué?... Pues se me ha ido de la cabeza... ¿Qué era, Señor?... Vaya una tontería olvidármese... ¡Ah! Pues que esta noche vendrá doña Susanita...

BERENG. ¿Es de veras? (Disgustado).

BONAIRE. Sí. Le han mandado que no salga. Pero ella, como es así, se escapará luego con Blasa y vendrá al hospitalito, de donde se dejará caer aquí como al descuido... Conque ya lo sabe, para que la espere...

BERENG. Pues me harás el favor de ir en busca de Blasa y decirle...

BONAIRE. ¡Yo!

BERENG. Sí; que advierta á Susana que no venga. Sé que la vigila...

BONAIRE. ¡Yo... yo ir allá, yo!... Pero ¿está usted loco? Ni por todo el oro del mundo, ni por una corona imperial voy yo ahora á la casa de Tremp.

BERENG. ¡Qué tonto!...

BONAIRE. Pídame usted que me meta en una cueva de leones hambrientos; pero no me pida que vaya donde sé que están mis verdugos... No, no. Yo me voy al campo, á la facción. Señor Berenguer; vámonos juntos, puesto que ambos nos tenemos por desgraciados. Huyamos de este infierno, y busquemos ante el enemigo la gloria y la dicha del morir.

BERENG. Yo no puedo salir ahora.

BONAIRE. Pues sepa que usted y sus amigotes corren peligro... ¡Pero qué peligro, San Odón de mi alma! Un guerrillero que ya está gozando de Dios, y otro que está gravemente herido, pero que no quiere morir ni á tiros, saben... vamos, que oye-on hablar á San Valerio y á Fabricio... ¡Ay! Pongámonos en salvo, Berenguer amigo.

BERENG. No... yo no puedo. ✽ ¿Qué temes? Que alguien descubra y delate... Por mí nada me importa ya. La mentira en que vivo llena mi alma de una consternación indecible. Esta máscara infame me quema el rostro. Me la pusieron, me la puse, celebrando un pacto con el infierno, en momentos de obcecación... ¡Ay! hora tremenda, de angustia y pavor... mi madre moribunda, yo amenazado de nuevas persecuciones. Pero ya no más, ya no más. Mi conciencia estalla. No puedo mentir. Prefiero la muerte á la ignominia. Morir, sí, y quédense en manos de Dios todas las venganzas y todas las justicias. ✽

#### ESCENA VIII

BERENGUER, BONAIRE y SAN VALERIO

VALERIO. (Presuroso por el foro). ¿Estás aquí?... He visto todo el interior de la casa de Tremp, y traigo el plano aquí (En la mente), y en el ridículo de la señora diplomática (Mostrando el ridículo de doña Saturna) dos cartas preciosas...

BERENG. ¿Persistes en llevar adelante tu plan?

VALERIO. Si no nos matan de aquí á la madrugada, el sol de mañana no alumbrará la Regencia de Urgell. (Mirando al Palacio de la Regencia).

BERENG. ¿Has pensado en el riesgo inmenso?...

VALERIO. He pensado todo lo que puede pensar la audacia. Tu frialdad ve los peligros... Mi entusiasmo ardiente no quiere verlos.

BONAIRE. ¡Dios nos asista!

BERENG. Yo no temo por mí, sino por vosotros.

VALERIO. Yo por nadie temo. Todo está prevenido; imposible retroceder... Muerte y destrucción. Parezca el servilismo. El gran principio que defendemos todo lo santifica. (A Bonaire). Oye... ¿Sabes tú quién podría llevarme un aviso al Coronel Rotten?

BONAIRE. ¿El que manda las avanzadas de Mina?

VALERIO. Sí... y pronto, ahora mismo.

BONAIRE. Pues para esa comisión se necesita al hombre más bravo del mundo.

VALERIO. Tiene que franquear las líneas de la facción de Misas y Romagosa.

BONAIRE. Es preciso ser pájaro, lagarto y león, todo en una pieza. Y de esa casta de fenómenos no existe más que uno en la tierra.

VALERIO. Y eres tú.

BONAIRE. Que á estas cualidades añado la precisión absoluta de tener que salir de la Seo huyendo de las furias que me persiguen. Yo llevo el parte.

VALERIO. Bien: pruébame tu valor y tu sutileza.

### ESCENA IX

DICHOS; FABRICIO, por el foro, presuroso y con recelo de ser visto en la calle.

FABRIC. Aquí estoy.

VALERIO. Créel que no llegabas. (Aparte los dos á la izquierda).

FABRIC. Pues no sé... ¿Te parece que ha sido poca tarea? Con

tanto sigilo y tal exceso de precauciones, imposible andar muy deprisa.

VALERIO. Bueno, ¿qué hay?

FABRIC. Decisión, entusiasmo, coraje. Todo prevenido.

VALERIO. ¿No nos faltará alguno en el momento preciso?

FABRIC. Ninguno. Respondo con mi cabeza.

VALERIO. La ocasión que hemos escogido no puede ser más oportuna.

FABRIC. Esta noche no pasa de setenta hombres la guarnición de la plaza. Me lo ha dicho Berenguer.

VALERIO. ¿Sabes que de éste no me fio?

FABRIC. ¿Que no? (Durante este diálogo, Bonaire se ha acercado á Berenguer, y con vivos ademanes le quiere convencer de la necesidad de huir).

VALERIO. Berenguer.

BERENG. ¿Qué mandas?

VALERIO. Se aproxima el instante decisivo. La gloria y la muerte nos contemplan. A ti no pienso confiarte en esta locura... porque locura es de las que conducen á la perdición ó á la victoria... no te señalo, digo, ningún servicio de carácter militar...

BERENG. ¿Pues qué? ¿Qué tengo que hacer?

VALERIO. Ante todo, no habrás olvidado tu compromiso.

BERENG. No puedo olvidar que he venido aquí contratado de revolucionario y conspirador. He jurado fidelidad á vuestra bandera, cuyos lemas son la intriga tenebrosa y la guerra de exterminio.

VALERIO. Vamos al caso. Esta noche tienes entrevista con Susana

BERENG. No sé... No debe venir.

VALERIO. Pero viene. Yo lo sé.

BERENG. Bueno, ¿y qué?

VALERIO. Que en la entrevista que te haga la niña esta noche, has de conseguir de ella...

BERENG. ¿Qué, por Cristo?

VALERIO. Ya te lo dije esta mañana. Que nos traiga... la correspondencia del Rey con los Regentes... que está archivada en la casa de Tremp.

FABRICIO. Figúrate si es pieza de valor. Los poderes que ha dado Fernando á estos caballeros para constituirse... y que nosotros, si triunfamos, presentaremos á las Cortes en testimonio de...

BERENG. (Indignado). Yo no puedo pedir á Susana eso. Semejante infamia es impropia de ella y de mí.

FABRICIO. ¿Ves? No nos sirve...

VALERIO. No es infamia... es un servicio político. La santidad de la idea es el Jordán que todo lo limpia.

BERENG. Me he contratado de revolucionario, de guerrillero, de asesino, si queréis; pero no de ladrón de papeles.

FABRICIO. ¡Qué tontería!

VALERIO. (Colérico). Berenguer, mira lo que dices.

BERENG. Lo he mirado bien.

BONAIRE. (Que ha estado vigilando por el fondo). Ahí está la niña. Viene con Blasa. (Vuelve al foro).

VALERIO. ¡Si es un acto político como otro cualquiera!...

BERENG. No...

BONAIRE. Han entrado en el hospital para hacer que visitan á los heridos. No tardará la niña en aparecerse por ahí...

VALERIO. Vámonos...

BERENG. (Acercándose á la puerta derecha y tratando de ver el hospital). Quizás no pueda pasar aquí... No se atreverá.

VALERIO. Hay que vigilar á este hombre.

FABRICIO. Yo me encargo... Veré y oiré.

VALERIO. Yo vuelvo al instante. Voy á la muralla: Bonaire, ven.

BONAIRE. A tus órdenes, Gran Maestro. (Vanse San Valerio y Bonaire. Fabricio se va también; pero en distintos momentos de la escena que sigue se le ve aparecer tras el esquinazo de la izquierda, vigilando).

### ESCENA X

BERENGUER; luego, SUSANA

BERENG. ¿Vendrá? No sé si lo temo ó lo deseo... (Con desesperación). ¡Dios, Dios, cómo has hecho al hombre, cómo me has hecho á mí! No me conozco, no sé quién soy, pues amo

á esa mujer con el mismo corazón, con la misma alma con que aborrezco su nombre y su raza. ¡Ah!... aquí está.

SUSANA. (Aparece en la puerta y examina inquieta toda la escena antes de avanzar). Berenguer... (Imponiendo silencio). Pst... mucho cuidado esta noche...

BERENG. Cuidado, siempre.

SUSANA. Mi primo, el General Caraculambro, como tú dices, ha mandado vigilarme... ¿Nos verá alguien, Berenguer?

BERENG. No creo...

SUSANA. Y si nos ven y nos oyen...

BERENG. Pues nada.

SUSANA. Dirán: ¡cuánto se quieren esos!... Verás lo que he tramado para venir aquí. Mis tías están en San Roque. Su orden de no salir de casa se acata, pero no se cumple. Me echo á la calle pensando en que hace mucha falta mi presencia en los hospitales, y decido empezar mi visita por este. Ahí he dejado á Blasa de guardia, para que me avise en cuanto la cara de alguna de mis tías aparezca en el horizonte visible.

BERENG. ¡Ay, Susana! tus mentiras, como inventadas por el amor, son graciosas, inocentes, y no dejan rastro en nuestro espíritu. Otras hay que lo agobian con pesadumbre irresistible...

SUSANA. ¡Tétrico estás!... Berenguer, me causas miedo... Y no puedo menos de relacionar esas tristezas tuyas con algo que... ¿te lo digo?

BERENG. Dímelo.

SUSANA. Mira que es muy grave. Yo no lo he creído, no. No he hecho más que asustarme.

BERENG. Dílo pronto.

SUSANA. Pues sospechan que tú... Mi primo, ese loco sanguinario, es el que lo ha dicho al secretario de Hacienda... á mi tío y al Arzobispo.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Un embuste ridículo... Pues que tú... Sospechan que tú no eres lo que pareces, y que bajo el antifaz que te has

FABRICIO. Figúrate si es pieza de valor. Los poderes que ha dado Fernando á estos caballeros para constituirse... y que nosotros, si triunfamos, presentaremos á las Cortes en testimonio de...

BERENG. (Indignado). Yo no puedo pedir á Susana eso. Semejante infamia es impropia de ella y de mí.

FABRICIO. ¿Ves? No nos sirve...

VALERIO. No es infamia... es un servicio político. La santidad de la idea es el Jordán que todo lo limpia.

BERENG. Me he contratado de revolucionario, de guerrillero, de asesino, si queréis; pero no de ladrón de papeles.

FABRICIO. ¡Qué tontería!

VALERIO. (Colérico). Berenguer, mira lo que dices.

BERENG. Lo he mirado bien.

BONAIRE. (Que ha estado vigilando por el fondo). Ahí está la niña. Viene con Blasa. (Vuelve al foro).

VALERIO. ¡Si es un acto político como otro cualquiera!...

BERENG. No...

BONAIRE. Han entrado en el hospital para hacer que visitan á los heridos. No tardará la niña en aparecerse por ahí...

VALERIO. Vámonos...

BERENG. (Acercándose á la puerta derecha y tratando de ver el hospital). Quizás no pueda pasar aquí... No se atreverá.

VALERIO. Hay que vigilar á este hombre.

FABRICIO. Yo me encargo... Veré y oiré.

VALERIO. Yo vuelvo al instante. Voy á la muralla: Bonaire, ven.

BONAIRE. A tus órdenes, Gran Maestro. (Vanse San Valerio y Bonaire. Fabricio se va también; pero en distintos momentos de la escena que sigue se le ve aparecer tras el esquinazo de la izquierda, vigilando).

### ESCENA X

BERENGUER; luego, SUSANA

BERENG. ¿Vendrá? No sé si lo temo ó lo deseo... (Con desesperación). ¡Dios, Dios, cómo has hecho al hombre, cómo me has hecho á mí! No me conozco, no sé quién soy, pues amo

á esa mujer con el mismo corazón, con la misma alma con que aborrezco su nombre y su raza. ¡Ah!... aquí está.

SUSANA. (Aparece en la puerta y examina inquieta toda la escena antes de avanzar). Berenguer... (Imponiendo silencio). Pst... mucho cuidado esta noche...

BERENG. Cuidado, siempre.

SUSANA. Mi primo, el General Caraculambro, como tú dices, ha mandado vigilarme... ¿Nos verá alguien, Berenguer?

BERENG. No creo...

SUSANA. Y si nos ven y nos oyen...

BERENG. Pues nada.

SUSANA. Dirán: ¡cuánto se quieren esos!... Verás lo que he tramado para venir aquí. Mis tías están en San Roque. Su orden de no salir de casa se acata, pero no se cumple. Me echo á la calle pensando en que hace mucha falta mi presencia en los hospitales, y decido empezar mi visita por este. Ahí he dejado á Blasa de guardia, para que me avise en cuanto la cara de alguna de mis tías aparezca en el horizonte visible.

BERENG. ¡Ay, Susana! tus mentiras, como inventadas por el amor, son graciosas, inocentes, y no dejan rastro en nuestro espíritu. Otras hay que lo agobian con pesadumbre irresistible...

SUSANA. ¡Tétrico estás!... Berenguer, me causas miedo... Y no puedo menos de relacionar esas tristezas tuyas con algo que... ¿te lo digo?

BERENG. Dímelo.

SUSANA. Mira que es muy grave. Yo no lo he creído, no. No he hecho más que asustarme.

BERENG. Dílo pronto.

SUSANA. Pues sospechan que tú... Mi primo, ese loco sanguinario, es el que lo ha dicho al secretario de Hacienda... á mi tío y al Arzobispo.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Un embuste ridículo... Pues que tú... Sospechan que tú no eres lo que pareces, y que bajo el antifaz que te has

puesto para engañarnos, se esconde el patriota exaltado, el jacobino furibundo. ¡Dios mío, qué noche he pasado, atormentándome con la idea de que resultara verdad, y que te descubrieran, y á los cinco minutos te fusilaban sin compasión. No quiero decirte que me fusilaban también á mí.

BERENG. A ti, ¿por qué?

SUSANA. Porque sí... Abrazándome á ti en el momento de... las mismas balas nos atravesaban á los dos.

BERENG. ¡Corazón generoso y amante, no te merezco! Dime, Susana; respóndeme con plena conciencia: si lo que sospecha tu primo fuera verdad...

SUSANA. ¡Oh!... (Asustada). ¿Qué dices?

BERENG. No te asustes, y respóndeme. Si yo fuera tal como crees ó aparenta creer tu primo, ¿me querrias lo mismo?

SUSANA. (Vivamente). Pero como no es...

BERENG. Responde, te digo.

SUSANA. (Reflexionando). Pues... en ese caso... (Decidiéndose). Te he dado mi corazón, y no podría volver á tomarlo aunque quisiera. Si fueses traidor, yo sería traidora, y los dos correríamos la misma suerte.

BERENG. ¡Oh! ¡Bendita mujer, por más que busco y revuelvo en tu alma, no encuentro en ella ni un punto en que pueda fundarme para dejar de quererte!

SUSANA. (Confusa). ¿Qué quieres decir?

BERENG. Óyeme; (Con gran entereza). lo que sospecha ese hombre (Pausa; ambos se miran aterrados)... es verdad. (Susana se queda inmóvil y como petrificada. Retrocede mirando á Berenguer sin poder articular palabra). Sí... Este secreto no cabe en mí. Quiere salir. (Con horrible angustia). ¡Oh, Dios, cuánto padezco! El secreto y el amor se pelean dentro de mi alma, y destrozándose me destrozan, y mordiéndose me muerden á mí... (Airado contra sí mismo, se golpea).

SUSANA. (Trémula). ¡Ay de mí!

BERENG. ¿Tiemblas?

SUSANA. Me quiero. (Cae desfallecida en el banco y se cubre el rostro).

BERENG. Sí... Aparta de mí tus miradas, porque verías en mi rostro la infamia de olvidar á los míos por quererte. Desatada en mí la verdad, lo diré todo, aunque tu alma se desgarré en la desesperación como la mía. Víctima fui de la facción sañuda que representas tú y tu familia. He venido aquí con engaño para ser lo que fuisteis con los míos, falaz primero, después brutal, sanguinario; he venido á castigar la iniquidad con iniquidad, los crímenes con crímenes. Triste condición de la humanidad... ya ves... Que no siente verdaderamente la justicia sino por la venganza... (Con amargura). Y si la venganza no existiera, ¿qué poca, qué poca justicia habría en el mundo!

SUSANA. ¡Oh, qué horrible! Pero yo, Dios mío, ¿qué culpa tengo?

BERENG. (Acercándose á ella) Ninguna. La fatalidad ha inventado esta burla, este sarcasmo...

SUSANA. (Vivamente). ¿Qué?

BERENG. Que tú seas buena. Fatalidad, no. La Providencia ha querido que por tus ojos, más que por los míos, vea yo la infamia de mi falsedad al entrar aquí. El amor hace estos milagros. Pero no acaba, no, de cegar el abismo. Cuando más descuidados estemos, saltará una ocasión, un incidente, que haga revivir aquel pasado terrible, y nos espantaremos, tú de considerar quien soy, yo de considerar quien eres. (Muy inquieto). Susana, perdóname mi engaño. Somos incompatibles... Si odiosa es la venganza, ignominioso es que yo te quiera... Aléjate de mí... Muramos el uno para el otro... Tú puedes aún consolarte y ser feliz... Para mí no hay consuelo... ni más solución que la muerte... (R)

SUSANA. ✱ ¡Qué obecección! Y ese odio á mi padre y á mi familia, ¿no puede ser infundado? ¿Quién te dice que no hay en ello error, falsas historias?...

BERENG. No; no son falsas... son historias reales, vividas. Las han presenciado estos ojos, que ahora reproducen imágenes sangrientas, (Cerrando los ojos), horrores que veo cuando no quiero verlos... (Desechando una imagen). No

quiero, no... Yo he visto á mi padre caer, atravesado el pecho, en la masía de Clariá, á donde fué conmigo y tres servidores nuestros con objeto de rescatar á mi hermana, burlada y prisionera. ¡Qué infamias, qué horrores amparan con su sombra las banderas políticas!... Mataron á mi padre los sectarios de aquel que no nombro, no puedo nombrarlo, capitán de asesinos y ladrón de honras. Con dificultad logré defender mi vida, que habría entregado también á la infame turba si no la necesitara para ir en socorro de mi madre, á quien pude salvar, llevándola hasta la frontera... De mi hermana supimos que murió á los dos meses de vergüenza y terror...

SUSANA. ✱ (Llorando le interrumpe). No sigas, ten piedad de mí.

BERENG. Mi casa y mi familia se hundieron para siempre.

SUSANA. No es tu apellido Berenguer.

BERENG. Es mi nombre. Berenguer de Claramunt...

SUSANA. Y olvidas que tu santa madre murió perdonando á sus enemigos. Ejemplo sublime que no has sabido imitar.

BERENG. Quiero, sí... Pero no tengo esa virtud... (Transición del abatimiento á la ira). Susana, huye de mí, te digo. Tu corazón, hermoso y sano, podría encontrarse con las serpientes que salen del mío... ¿Para qué me has hecho evocar estos recuerdos lúgubres?... En mí renace el espíritu de facción, ese sentimiento irresistible que todo lo arrolla, que nada respeta...

SUSANA. Yo no tengo espíritu de facción. Y como libre de esa locura, no me voy, no te dejo, no puedo abandonarte. Tu vida está en gran peligro.

BERENG. Déjala. Mi vida no vale tu interés por salvarla.

SUSANA. Sí lo vale, sí. Tu vida me importa mucho. Ya ves, soy más generosa que tú, y borro el pasado, lo arrojé de mí y abomino de él.

BERENG. Susana, te admiro; pero no puedo imitarte. (Con terrible lucha). Soy hombre; el hombre es esclavo del pasado.

SUSANA. Pues yo, mujer, vivo en el presente, mirando impávida el porvenir. Quieraslo ó no, he de ser tu redentora.

BERENG. En mi vida, en mi destino, mando yo.

SUSANA. En todo eso mando yo, porque algo de eso es mío, ó debe serlo, y yo quiero, y Dios también quiere que lo sea.

BERENG. ¡Sublime criatura! ¡Cuánta grandeza en ti!... ¡Terrible sino el que de mí te separa!

SUSANA. (Con entusiasmo). Rompamos ese sino, hagámoslo trizas.

BERENG. Imposible. Es más fuerte que nosotros.

SUSANA. Pues yo te salvo, yo arreglaré que puedas salir de la plaza disfrazado antes de media noche.

BERENG. ¡Qué delirio! No puede ser. (Oyese la Ronda lejána; pifanos y tambores se acercan testamente).

SUSANA. ¡La Ronda!

BERENG. Se cierran las puertas de la plaza.

SUSANA. ¿Pasan por aquí?

BERENG. Sí. (Mirando por el foro). Viene también tu primo con toda la plana mayor. ¡Retírate, por Dios!

SUSANA. Aguarda.

BERENG. (Muy inquieto). No, no... El escándalo sería tu perdición.

SUSANA. La mía no... la tuya.

BERENG. (Empujándola). Pronto.

SUSANA. Entraré en el hospital hasta que pasen esos... Pero con una condición.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Júrame por la memoria de tu madre que me aguardarás aquí.

BERENG. Bien. Te lo juro... Ya vienen; ya están aquí... Pronto.

SUSANA. Que me esperes.

BERENG. Sí, sí...

SUSANA. (Con solemne acento). Dios me ilumina. (Con gran tenacidad y energía). Quieraslo ó no lo quieras, yo salvo tu vida... la compro, la gano, la robo, no sé... Porque es mía, tan mía como estos ojos con que te veo... y no me la dejo quitar, ¡no, no, no!... Contra cielo y tierra la defendiendo. (De una carrera entra en el hospital. Pasa la Ronda. San Valerio aparece por la calle, y escabulléndose entra en el cuarto de la derecha y se encierra, como esperando á que se despeje la escena).



ESCENA XI

BERENGUER y DON JUAN, que viene tras de la Ronda, seguido de varios militares. Berenguer avanza hacia la calle; encuéntrase frente al General, á quien saluda.

JUAN. (Deteniéndose al verle). ¡Ah!... Berenguer... ¿Ha empezado usted sus investigaciones?

BERENG. Sí, mi General... Pero hasta ahora no he podido descubrir más que uno.

JUAN. Quizás nos baste... Luego me dará usted cuenta.

BERENG. A media noche... (Continúa don Juan seguido de los militares por el foro de la derecha).

ESCENA XII

BERENGUER, SAN VALERIO y FABRICIO

BERENG. ¿Volverá hacia aquí? (Mirando al interior). Entra en el palacio de la Regencia... (Receloso, mirando al hospital). Aguardaré á Susana...

VALERIO. (Entreabre la puerta de su cuarto). Pasó la Ronda... Está solo... Espera á Susana.

FABRIC. (Avanza presuroso por el foro hacia Berenguer, á quien coge por un brazo). ¡Traidor!

BERENG. (Irritado). Suéltame.

VALERIO. (Avanzando hacia él. Cogiéndole por el otro brazo). ¿Y qué? ¿Te traerá esa niña loca los papeles de la Regencia, los poderes del Rey?

BERENG. (Secamente). No.

FABRIC. (Cogiéndole por el otro brazo). Si lo que ha hecho es denunciarse, desembuchando mil tonterías sentimentales.

VALERIO. ¿Qué has hecho?

BERENG. (Soltándose). Ceder al impulso de mi conciencia, que se

desbordaba. He revelado á Susana mi engaño. Nada he dicho del vuestro.

VALERIO. ¡Oh!... Pero el secreto y el peligro son solidarios... Infame, al denunciarte faltas á tu compromiso. (Le vuelve á coger del brazo).

FABRIC. ¡Miserable, así pagas nuestros beneficios!

VALERIO. Ante el cadáver todavía caliente de tu madre nos digiste: «Mi voluntad, mi vida os pertenecen.»

BERENG. Y por su santa memoria os digo ahora que no soy vuestro.

VALERIO. ¡Traidor!

BERENG. Dejadme, os digo, fieras, demonios ó lo que seáis... He revelado á Susana lo que me incumbía. Ni una palabra he dicho que os comprometa, ni la diré. Nadie sospecha de vosotros.

FABRIC. Es que tu conducta puede comprometernos...

VALERIO. Te creo capaz de delatarnos.

BERENG. Eso nunca. Moriría cien veces antes de decir una palabra en contra vuestra.

FABRIC. (Que ha mirado por la puerta del hospital). La niña vuelve...

BERENG. Dejadme solo...

VALERIO. Te acecharemos, y al menor indicio de traición... (Amenazante).

BERENG. Ya viene...

FABRIC. (Llevando á San Valerio detrás del esquinazo). Ocultémonos aquí.

ESCENA XIII

BERENGUER y SUSANA; SAN VALERIO y FABRICIO, ocultos.

BERENG. Vuelves al fin...

SUSANA. (Consternada). ¡Sí; vuelvo con el espantoso enigma descifrado!

BERENG. ¿Qué dices?

SUSANA. Ya sé la verdad. San Valerio y Fabricio son los traido-

res. Fingiéndose amigos entraron en la plaza para apoderarse de ella con un atrevido golpe de mano.

BERENG. ¿Quién te ha dicho eso?

SUSANA. Un pobre guerrillero moribundo... Esos locos sectarios han traído gente allegadiza, traidora como ellos, y derramando el oro, han corrompido á muchos de nuestros leales.

BERENG. (Vivamente, muy agitado). Eso no es verdad. El único traidor soy yo.

SUSANA. No te vale el acusarte. Eres inocente; pero aunque no lo fueras, yo haré que lo parezcas, y te salvaré.

BERENG. (Irritándose gradualmente). Te digo que no hay aquí más traición que la mía.

SUSANA. Los culpables son ellos, y ahora mismo los denunciare á la Regencia.

BERENG. (Cogiéndola violentamente por una mano). ¡Susana!

SUSANA. (Queriendo soltarse). Déjame.

BERENG. No harás esa denuncia, Susana.

SUSANA. ¿Por qué?

BERENG. Porque te lo prohíbo... No la harás.

SUSANA. Sí lo haré. Por ti nada temás. Respondo de facilitarte la fuga.

BERENG. No. Huyan si quieren San Valerio y Fabricio. Yo me quedo, y la responsabilidad de lo que ocurra después, caiga sobre mí. Yo pagaré por todos.

SUSANA. ¿Tú? Y me propones tal absurdo á mí, que te quiero, que... Berenguer. (Con vivo movimiento se suelta).

BERENG. No irás, te digo... (Con gran energía). No harás esa denuncia. Yo no quiero. (Intenta cogerla y ella se escapa, poniéndose á distancia). ¡Oh! Ven... aguarda... Susana. (Corre hacia ella y la coge ambos brazos).

SUSANA. Suéltame... lo haré... Sólo matándome podrás impedirlo.

BERENG. (Estrechándola fuertemente). Obedéceme... ¿No ves mi rabia?... ¿No temes que mi locura llegue al frenesí? (La oprime en un abrazo frenético).

SUSANA. Me ahogas...

BERENG. Sí... no te dejo, no... (Salen de su escondite San Valerio y Fabricio, y avanzan cautelosamente).

SUSANA. (Que les ve antes que Berenguer, y da un grito). Esos hombres...

VALERIO. (Aparte á Berenguer). Cumple tu deber si no quieres ser el más vil de los traidores.

FABRIC. (Idem). Mátala, ó estamos perdidos.

VALERIO. Que no salga viva de aquí.

BERENG. ¿Qué decís? (Suelta á Susana, pero queda junto á ella como protegiéndola).

FABRIC. (Sacando un puñal). Si no cumples tu deber como honrado patriota, esclavo de tu causa, lo cumpliré yo. (San Valerio hace ademán de sacar un arma).

BERENG. ¡Al diablo la causa! (San Valerio y Fabricio avanzan hacia Susana en actitud amenazadora). Atrás, fanáticos. Esta mujer es sagrada, y el que la ofenda sabrá quién es Berenguer de Claramunt. (San Valerio y Fabricio se sobrecogen ante la actitud resuelta de Berenguer). Perezca todo antes que ella. Vale más que todas las banderas, que todos los agravios y vindicaciones de este mundo y del otro... (Con fiereza). El que quiera ir al infierno, que se atreva á dar un paso. (Aparecen Oficiales y Soldados).

#### ESCENA XIV

DICHOS; DON JUAN, y su séquito; EL MARQUÉS DE TREMP, acompañado de otros personajes que permanecen en el foro.

JUAN. (Escandalizado). ¡Qué es esto! ¡Aquí Susana!...

MARQ. ¡Oh! ¡Qué ignominia!

VALERIO. (Sin saber qué decir). Ese infame...

JUAN. Berenguer, ¿eres traidor?

BERENG. (Con energía). Sí.

SUSANA. (Frenética). No, mil veces no.

BERENG. Lo soy.

SUSANA. ¡Mentira! (Señalando á San Valerio y Fabricio). Los traidores son aquellos... aquellos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1895 MONTERRER, MEXICO

**MARQ.** Prendedles á todos. (Los Soldados se acercan á los conjurados).

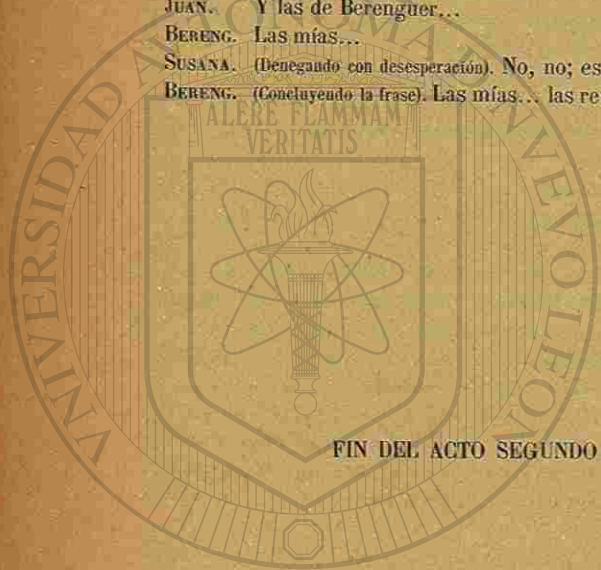
**SUSANA.** Yo os revelaré sus infamias.

**JUAN.** Y las de Berenguer...

**BERENG.** Las mías...

**SUSANA.** (Benegando con desesperación). No, no; es inocente.

**BERENG.** (Concluyendo la frase). Las mías... las revelaré yo.



FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

Sala en el cuartel de San Juan. Puertas laterales; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda comunica con la sala de armas. Al fondo puerta grande con verja, tras de la cual se ve otra estancia que comunica con la sala del Consejo. Bancos y tarimas. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

**BERENGUER**, sentado á la derecha en un banco, meditando; á la izquierda, en otro banco, **SAN VALERIO**; junto á él, **FABRICIO**, dormido; **BONAIRE**, sentado en el suelo junto á San Valerio; **BONALD**.

Guardia en la puerta.

**VALERIO.** (Impaciente y colérico, dándose un golpetazo en la rodilla). ¡Maldición de maldiciones!

**BONAIRE.** ¿Se impacienta el Gran Maestro?

**VALERIO.** Sí... y juro por las ternillas de Holofernes, que deseo llegar al fin, cualquiera que sea.

**BONAIRE.** Estamos locos. Y gracias que no os han metido en las mazmorras fétidas y oscuras. Están llenas de carne de cañón, los pobrecitos que formaban vuestro ejército revolucionario. A vosotros, los jefes, os han puesto en esta sala hasta que llegue la hora de comparecer

**MARQ.** Prendedles á todos. (Los Soldados se acercan á los conjurados).

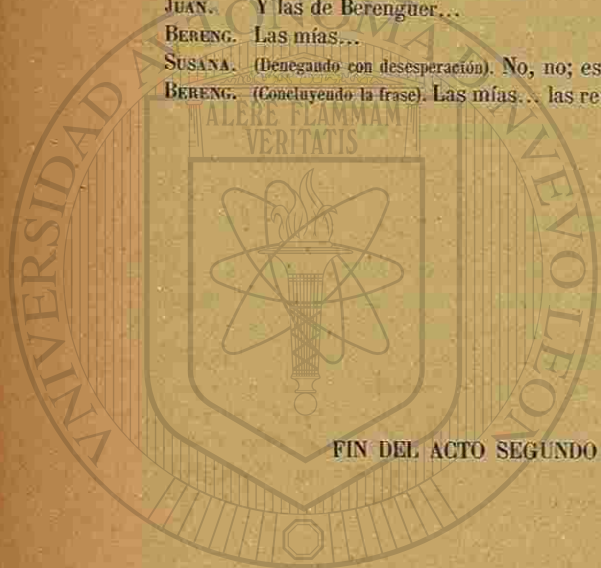
**SUSANA.** Yo os revelaré sus infamias.

**JUAN.** Y las de Berenguer...

**BERENG.** Las mías...

**SUSANA.** (Benegando con desesperación). No, no; es inocente.

**BERENG.** (Concluyendo la frase). Las mías... las revelaré yo.



FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

Sala en el cuartel de San Juan. Puertas laterales; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda comunica con la sala de armas. Al fondo puerta grande con verja, tras de la cual se ve otra estancia que comunica con la sala del Consejo. Bancos y tarimas. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

**BERENGUER**, sentado á la derecha en un banco, meditando; á la izquierda, en otro banco, **SAN VALERIO**; junto á él, **FABRICIO**, dormido; **BONAIRE**, sentado en el suelo junto á San Valerio; **BONALD**.

Guardia en la puerta.

**VALERIO.** (Impaciente y colérico, dándose un golpetazo en la rodilla). ¡Maldición de maldiciones!

**BONAIRE.** ¿Se impacienta el Gran Maestro?

**VALERIO.** Sí... y juro por las ternillas de Holofernes, que deseo llegar al fin, cualquiera que sea.

**BONAIRE.** Estamos locos. Y gracias que no os han metido en las mazmorras fétidas y oscuras. Están llenas de carne de cañón, los pobrecitos que formaban vuestro ejército revolucionario. A vosotros, los jefes, os han puesto en esta sala hasta que llegue la hora de comparecer

ante el Consejo de guerra, el cual dispondrá que seamos reducidos á polvo.

VALERIO. Pero tú, intrépido Coeles Horacio, estarás en tus glorias. Deseabas una bala, y vas á tener... ocho lo menos.

BONAIRE. Esto es una infamia... ¡Protesto! Yo no soy traidor... Soy filósofo... digo, pastelero.

VALERIO. ¡Ay! En estos lances, la pastelería, aun siendo filosófica, tiene sus quiebras.

BONAIRE. Figúrate que estaba yo tan tranquilo en Tresponte, después de entregar tu carta, cuando me traen el cuento de que los tres dragones infernales habían ido en mi seguimiento, y me buscaban de casa en casa por todo el pueblo. Saberlo y venirme para acá en la primera caballería que encontré, fué todo uno. Llego al amanecer, y ¡zás! me trincan... Todo porque uno de los andorranos dijo si yo era ó no era... En fin, San Odón bendito nos ampare...

VALERIO. Sí; fíate de San Odón. (Bajando la voz). Mejor invocaría yo á San Espoz y Mina.

BONAIRE. (Con mucha cautela). ¿Sabes, amigo Valeriano, que aquello anda mal?... digo, bien para nosotros. Misa no podrá resistir más tiempo, y si los liberales siguen avanzando, pronto les tendremos á dos leguas de aquí, y la serenísima Regencia tendrá que tomar con toda su serenidad el caminito de Francia.

VALERIO. (Imponiendo silencio por la proximidad de Bonald). Chítón.

BERENG. (Que poco antes ha empezado á hablar con Bonald, que se acerca á darle ánimos). Mi deseo es abreviar, llegar pronto al fin. Esta tristísima expectación me anonada.

BONALD. No basta la entereza, amigo mío, hay que tener calma.

BERENG. Pero ese maldito Consejo, ¿cuándo se reúne?

BONALD. Creo que á las diez. Pero antes les darán á ustedes algún alimento.

BERENG. Vale más que nos despachen pronto, y así se ahorran la comida.

BONALD. (Dirigiéndose al otro grupo). Pronto comerán todos.

FABRIC. (Despertándose). Santa palabra.

BONAIRE. Y nos cebarán, como si ya estuviéramos en capilla, dándonos buenas magras, pavos, y tocino del cielo.

VALERIO. Verás como no. Rancho de patíbulo nos darán estos bárbaros. (Alto, para que lo oiga Berenguer). Y si hay golosinas, serán para el señorito de la casa, para el angelical Berenguer.

BERENG. Cállate, infame. Respeta la común desgracia.

BONAIRE. Sí; no es ocasión de bromitas.

VALERIO. Y tú, ¿para qué echas roncas? ¡Ah! No siento la falta de libertad más que por no poder darte el castigo que mereces.

FABRIC. Por tu culpa estamos todos aquí.

BERENG. ¿Qué hablas ahí, menguado? Tu fanatismo no es menos odioso que el de nuestros verdugos. Yo fui tu discípulo ¡desdichado de mí!; pero el sentimiento de humanidad me libró de tu bárbaro dominio: ya estoy libre, y sabré morir con mi conciencia en paz.

VALERIO. ¡Hipócrita!

BONALD. (Que viene del fondo). La señora doña Saturna, que consagra su vida al socorro de los desgraciados, os trae víveres y desea entrar á veros.

VALERIO. ¡Qué honor tan grande!

## ESCENA II

DICHOS; DOÑA SATURNA, por la derecha, y BONALD

SATURNA. Es infame que por que sean criminales se les tenga tanto tiempo sin comer.

VALERIO. (Saludándola). Señora...

BONALD. Voy á disponer que se les sirva. (Vase el Oficial).

SATURNA. Señor de San Valerio, me trae un deber de humanidad, y además un asunto de interés propio...

VALERIO. La señora se compadece de este desgraciado.

SATURNA. ¡Oh, no puedo menos de suponer que en esto hay una

grave equivocación! Cuando usted se defiende ante el Consejo de las notas de traidor y falsario...

VALERIO. ¡Oh! Sin duda oirá usted buenas cosas, que podrá comunicar á Francia...

SATURNA. Pero ante todo, señor mío, no habrá usted olvidado que anoche le confíe mi ridículo, en el cual había varias cartas...

VALERIO. ¡Ah; sí, señora; mil perdones! Llamáronme repentinamente para un asunto del servicio... En mi alojamiento dejé el ridículo que pensaba devolver á usted. Las cartas aquí están. (Metiéndose la mano en el pecho, saca las cartas y se las muestra). Como son políticas, mi calidad de conspirador me autorizaba para leerlas. Tenía derecho á ello. El sagrado interés de la causa que defendiendo me eximía de todo escrúpulo de delicadeza.

SATURNA. ¿Y cómo sabía usted que eran políticas antes de leerlas?

VALERIO. Por el olor, señora. Los conspiradores tenemos un olfato finísimo para estas cosas... En una de ellas la duquesa de Montmorency dice á usted que Su Majestad Luis XVIII retirará su protección á la causa del Rey absoluto si continúan ustedes en su sistema de terror y de sangrientas represalias... Conque aplique usted el cuento.

SATURNA. Recomienda la política de clemencia, pero no la impunidad de esta clase de delitos.

VALERIO. ¡Ah, señora! en política no hay más delincuentes que los vencidos ó los que no saben vencer.

SATURNA. (Guardando sus cartas). Sea como quiera, si Dios dispone que usted no se salve, procure morir santamente.

VALERIO. Moriré maldiciendo el despotismo.

SATURNA. (Volviéndose). ¡Ah!... y el pobre Berenguer, ¿está muy abatido?

VALERIO. (Indicando locura). Está...

BERENG. No, señora; tranquilo estoy. Moriré creyendo que sólo Dios castiga, y que es locura combatir una tiranía con otra.

VALERIO. ¿Lo ve usted?

SATURNA. Vaya. Tomen algún alimento, que estarán desfallecidos.

VALERIO. Con su permiso. (Vase por el foro con Fabricio y Bonatre).

BERENG. Si el comer es un trámite, comamos y abreviemos. (Dirigese al fondo).

SOLEDADO. (Que está de guardia en la puerta de la derecha). El señor General.

SATURNA. Al fin puedo verle. Gracias á Dios.

### ESCENA III

DOÑA SATURNA, DON JUAN y CASTELL

JUAN. (Muy agitado). ¿Usted aquí?

SATURNA. Tus padres te buscaban por toda la ciudad. Parece que vienes huyendo de ellos.

JUAN. Sí; huyo de ellos, huyo de la piedad, y me escondo allí donde no pueda oír sus clamores. (Suenan tiros lejanos).

SATURNA. Pero en cambio, oirás el tiroteo de las tropas de Mina. Cerca están ya.

JUAN. No importa...

SATURNA. Importa, sí, reflexionar en los peligros de la grave situación que se prepara.

JUAN. (Sin hacerle caso, dirigiéndose á Castell). En cuanto coman, que se les conduzca á la sala del Consejo. (Vase Castell por el foro).

SATURNA. ¿Se reúne pronto?

JUAN. En seguida. Y luego serán conducidos al castillo, donde se cumplirá la sentencia... Tía, refresque usted.

SATURNA. No sin decirte que hoy sería gran torpeza extremar el rigor.

JUAN. (Impaciente y nervioso). Déjeme usted... Obedezco tan sólo á mi conciencia. Sólo escucho la voz de mi deber.

ESCENA IV

DICHOS; EL MARQUES DE TREMP y DOÑA MONSA, por la derecha. Después, CASTELL

- MARQ. (Desde la puerta). Calma, hijo, calma.
- MONSA. Al fin te encontramos.
- JUAN. (Atrado). La piedad me acosa.
- MONSA. Para impedir que te ciegue la ira...
- MARQ. Y á la piedad se une mi autoridad de padre y de Regente.
- SATURNA. ¿La negarás?
- JUAN. ¿Cómo he de negarla? (Resignándose). En suma, ¿qué manda usted?
- MARQ. Que se suspenda el Consejo de guerra.
- JUAN. Las dilaciones son la hipocresía de la debilidad.
- SATURNA. Y á veces la garantía del juicio sereno.
- MONSA. Oye las razones de tu padre en un asunto más que militar, político, de Estado.
- MARQ. Las circunstancias, hijo, se imponen. Nuestras relaciones con las potencias nos obligan á proceder con pulso en la aplicación de castigos.
- MONSA. Imposible dar muerte á tantos hombres.
- MARQ. Luis XVIII y su Gobierno paternal nos recomiendan gran parsimonia en el empleo de procedimientos de rigor.
- JUAN. Concluyamos: ¿qué pretende la piedad? ¿qué dispone la Regencia?
- MARQ. Que se imponga castigo; pero con moderación.
- JUAN. En política, como en guerra, la moderación es cobardía, y la cobardía es la muerte.
- MARQ. Seamos severos, sin dejar de ser humanos. Por tanto, será pasado por las armas el que resulte más criminal entre los conjurados.
- JUAN. ¡Uno solo!
- MARQ. El peor, la verdadera cabeza del complot.

- JUAN. Y el más perverso, ¿cuál es? Todos lo son en igual grado.
- MARQ. (Con misterio). Pero hay otro asunto, en el cual nosotros, la familia, debemos proceder con tiento antes de llevar á esos hombres ante el Consejo.
- MONSA. Susana...
- JUAN. Sí... Esto me vuelve loco.
- MARQ. No negarás que nuestra sobrina aparece en lamentable conexión con los delincentes. A unos acusó; defendiendo á otros... ¿Qué significa esto?... ¿Tendrá fundamento el rumor de que Susana...?
- JUAN. (Atrado). ¡Horrible, horrible!...
- MARQ. ¿Tú crees...?
- JUAN. Creo en su liviandad, como creo en el infierno.
- SATURNA. No; no está probado que nuestra sobrina ame á Berenguer.
- MONSA. Sí, sí... Ella lo declara.
- MARQ. ¡Lo declara!... ¡Oh, me temo que los criminales, en sus manifestaciones ante el Consejo, arrojen la ignominia sobre nuestro nombre!
- JUAN. ¡Nuestro nombre, nuestra honra, fuego de Dios, en lenguas de bandidos!... ¿Y ella?... ¡No; no hay término bastante duro para increparla!... Su nombre mismo me quema los labios.
- MONSA. ¡Infeliz mujer!
- MARQ. El caso es grave, gravísimo, de cualquier modo que lo miréis.
- JUAN. Ciertamente... Y respecto á los conjurados, usted piensa que...
- MARQ. Que debemos interrogarles privadamente, antes de enviarles al Consejo; y así, al paso que desciframos el misterio de las conexiones de Susana con esos hombres, sabremos cuál de ellos es el más criminal, el que debe perecer, indispensable tributo á la justicia.
- CASTELL. (Por el foro). Mi General...
- MARQ. Manda que los traigan aquí, y les interrogaremos á puerta cerrada y sin testigos. (Don Juan habla con Castell retirándose al foro).

- MARQ. (En el proscenio con las señoras). ¿Y Susana?
- SATURNA. ¿La interrogaréis también?
- MARQ. (Vacitando). No sé...
- JUAN. (Después de dar órdenes á Castell, volviendo al proscenio). De ningún modo.
- MARQ. ¿Y por qué no? Es muy sincera, y su testimonio puede darnos luz...
- MONSA. Mi opinión es que no venga.
- SATURNA. Opino lo contrario: que venga y que hable.
- MARQ. Sí, sí... Id á buscarla, traedla en seguida, y entre tanto nosotros aquí procuraremos sondear esas conciencias tenebrosas.
- MONSA. Vamos. (Vanse las señoras).

ESCENA V

EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, BERENGUER, SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE. Oficiales y Soldados que los custodian. Un Soldado coloca á la izquierda un sillón, donde se sienta el Marqués. A su lado don Juan, en pie.

- MARQ. Retírese la guardia. (Retiranse los Soldados, quedando uno en cada puerta de centinela).
- JUAN. ¿Interrogamos primero á Berenguer?
- MARQ. No... Antes á éste. (Por San Valerio). A ver... Valeriano de San Martí, no negará usted su verdadero nombre.
- VALERIO. No, señor; no lo niego.
- MARQ. Maestro de armas, célebre profesor de esgrima en Barcelona.
- VALERIO. En Barcelona, como en Madrid, la fama es conmigo más lisonjera de lo que merezco.
- MARQ. Y tú, Bonaire, ¿conocías á estos hombres antes de venir aquí?
- BONAIRE. ¿Yo? (Dudando). ¿Que si los conocía? Sí, señor, y no señor... Solían ir á mi tienda... A entrambos les ofendí por su destreza... digo... pues...

- JUAN. Siga usted. Este maneja con destreza la espada... esotro la pluma.
- BONAIRE. No sé... Lo que digo es que...
- MARQ. Basta... (A Fabricio). Obra de usted son los documentos y cartas que nos presentaron...
- FABRIC. No sé... no sé nada. Sirvo mi causa, defendiendo una idea. ¿Con qué armas, con qué medios? Todos son legítimos cuando conducen á un legítimo fin. No digo más.
- MARQ. Bien. (A San Valerio). ¿Y usted confiesa también su culpabilidad en esta indigna conjuración?
- VALERIO. (Con entereza). Sí, señor. Detesto el absolutismo. He consagrado mi vida á las ideas de libertad y emancipación del pueblo. Tal como son mis enemigos, fanáticos y crueles, así soy yo, por ley de guerra. Desconozco la piedad; vivo para exterminar á mis contrarios y limpiar la tierra de toda tiranía. El partido de Vuestra Alteza es el mal; yo, nosotros también. Contra el despotismo todo es lícito, crueldad, alevosía, engaño. Desprecio la vida. Si no puedo alcanzar la gloria, venga pronto el martirio.
- MARQ. ¿Y usted indujo á Berenguer á venir aquí, ó fué él quien á usted le indujo?
- VALERIO. El á mí.
- BERENG. (Con entereza fría). No es verdad.
- VALERIO. Pero no negará que tenía agravios particulares que vengar. Su padre...
- MARQ. Sí... ya sé... Diga usted, Berenguer. ¿Es cierto que un plan de venganza personal le movió á usted á venir aquí, disfrazando alevosamente las intenciones, la idea política y el nombre?
- BERENG. Sí, señor; no puedo negarlo.
- VALERIO. Señor, permítame Su Alteza que hable...
- MARQ. Hable usted.
- VALERIO. Juzgue Vuestra Alteza de la diferencia entre mis odios y los de Berenguer. Yo soy el enemigo político que trabajo por que mi causa destruya y aniquile la vuestra.



Combato con vosotros á sangre y fuego. Pero éste ha venido á satisfacer una venganza personal, y no pudiendo ó no sabiendo herir á esta ilustre familia cuerpo á cuerpo, ha querido herirla en lo que vale más que la vida, la honra.

**JUAN.** (Furioso). Calla... No nombréis la honra, ó á entrambos os mando cortar la lengua.

**BERENG.** Señor, ese hombre no dice la verdad.

**VALERIO.** La verdad digo.

**BERENG.** Compare Vuestra Alteza su ira con mi resignación, y comprenderá quién esconde la conciencia y quién la descubre.

**MARQ.** (A Berenguer). Para que sepamos si es ó no cierta la grave acusación de su cómplice, explíquenos usted los misterios que envuelven su conducta. ¿Por qué si vino usted á coadyuvar á un plan político se revolvió contra éstos y les amenazaba de muerte en el momento de ser sorprendidos?

**BERENG.** Porque Dios quiso que á poco de entrar aquí yo amase la verdad y abominase la ficción y el pacto infame que á ellos me ligaba. Nuestra amistad se convirtió en discordia, y la venganza dejó de ser la pasión dominante en mi espíritu...

**VALERIO.** (Vivamente). Permítame Su Alteza... Era que su natural hipócrita le inducía á hacerlos la guerra, no como nosotros, con la guerra, sino con las traidoras armas del amor, de un amor fingido, aleve...

**BERENG.** Voy á morir, y las injurias del que fué mi compañero no me harán perder la serenidad.

**MARQ.** (A Berenguer). ¿Niega usted que ha intentado herirnos en nuestra honra fingiéndose enamorado de una persona de nuestra familia?

**BERENG.** Lo niego; sí, señor; amé y amo á Susana con amor verdadero. Susana ha sido el ángel que despertó en mi alma los sentimientos humanitarios y de perdón. Le debo nueva vida, lo que no podéis quitarme, la grande, la eterna.

**MARQ.** Pero no se atreverá á decir que mi sobrina le ama.

**BERENG.** Me atrevo á decirlo.

**MARQ.** ¿Amar al enemigo de su familia, al que vino aquí con el propósito de exterminarnos!

**BERENG.** Sí, señor. Ante Dios y por Dios juro que la hija del Barón de Celis me ama.

**JUAN.** ¿Qué absurda farsa!

**BERENG.** Lo que llamamos absurdo suele ser la única razón de nuestra existencia.

**MARQ.** ¿Y daba usted al olvido las ofensas de antaño?

**BERENG.** No, señor; odio la tiranía, y á todos los que á nombre de una idea cometen crímenes.

**MARQ.** Entonces, desdichado, se aborrecerá usted á sí mismo y á sus compañeros.

**BERENG.** Les detesto también, porque son tan tiranos como los de vuestro bando. Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruinas.

**MARQ.** Ya... cree usted que nuestro bando realista es una fiera, y el bando contrario otra.

**BERENG.** Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron.

**MARQ.** (Burlándose). Será horrible.

**BERENG.** Es hermosa, arrogante, y sus rugidos enardecen á los hombres y les arrastran á un heroísmo brutal. En su piel están pintorreadas todas las ideas. Cada cual ve en ellas lo que le acomoda.

**MONSA.** Y morderá...

**BERENG.** Con una de sus feroces bocas muerden los que me escuchan; con la otra... muerdo yo.

**MARQ.** (A don Juan). ¿No te parece que este hombre está loco?

**JUAN.** O lo finge para eludir el castigo.

**BERENG.** Yo no rehuyo el castigo que me corresponde por la ley de esa terrible bestia de la discordia. La vida me abruma. Hay en ella un nudo que no puedo desatar. Forzoso es que lo corte. Quiero la muerte. Matadme.

La imagen de la única persona humana que me ha enseñado á perdonar me infunde valor y piedad. Perdono á todos, y les agradeceré que abrevien mi suplicio.

MARQ. No está en su juicio, no.

JUAN. (Rabioso). Yo aseguro que cuanto ha dicho este hombre es fingimiento; obra de un ingenio solapado; y el amor de Susana no es más que una grosera invención para conseguir la impunidad.

VALERIO. Yo también lo afirmo.

FABRICIO. Y yo.

MARQ. Silencio.

BERENG. (Con calma). Digan lo que quieran. Palabras y juicios humanos nada me importan ya.

MARQ. Vuestras discordias os delatan. Sois reos de traición infame.

JUAN. Conspiraban contra nosotros, de acuerdo con el enemigo. Ese tunante (Por Bonaire), llevaba los mensajes.

BONAIRE. Señores serenísimos, yo...

MARQ. Has abusado infamemente de nuestra confianza, y eres más criminal que ellos, por lo cual recaerá sobre ti el castigo que todos merecen.

BONAIRE. Bueno, señor... Está muy bien. (Esforzándose en aparecer sereno y jovial). ✱ Yo acepto el castigo... y muy contento... y muy agradecido... porque... ya lo saben... Deseo la muerte, y más ahora que he sabido una cosa atroz, monstruosa y que me pone los pelos de punta.

MARQ. ¿Qué?

BONAIRE. Que mi mujer y mis dos suegras quieren arrojarse á los pies de la Regencia... pidiéndoles mi vida... ¡No, no, y mil veces no! ¡Que me fusilen!... Yo pido á la serenísima Regencia que les dé mi cadáver.

MARQ. Se les dará. (Aparte á don Juan). Creo que fusilando á este pillete cumplimos.

BONAIRE. ✱ Ya me tengo por muerto, y con la poquita vida que me resta, pido á vuestras Altezas que perdonen á todos... menos á mí, se entiende. Si son traidores San Valerio y Fabricio, sean castigados con la vida... ¡tre-

mendo castigo! Y por la misma culpa de traición, condenen también á Berenguer y á doña Susanita... Sí, sí; condenados á vida, y para mayor escarmiento, condenados á matrimonio.

JUAN. ¡Calla, imbécil!

MARQ. Mi sobrina no es culpable.

BONAIRE. Ella lo dijo.

FABRIC. Y dijo la verdad.

JUAN. ¿Qué, qué es eso? (Aparece Susana en la puerta de la derecha, seguida de doña Monsa y doña Saturna).

FABRIC. (Señalándoles). La hermosa damisela, sobrina del señor Marqués, había concertado con Berenguer entregarle los papeles del Rey que están en el archivo de la Regencia.

MARQ. (Aterrado). ¿Será posible?

JUAN. ¡Qué infamia! (Avanza Susana y las dos señoras).

### ESCENA VI

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA

SUSANA. (Adelantándose). No creais esa fábula indigna. Mi delito, como el de Berenguer, es la piedad, el perdón de las ofensas, el sacrificio de todos los horrores del pasado á la verdad presente. Iguales en la culpa, igualadnos también en el castigo. Vengo á decirlo que si Berenguer muere, moriré con él.

JUAN. (Cogiéndola por un brazo y queriendo llevarse). Esto no puede ser... Ven.

MONSA. ¡Hija, por Dios!...

SUSANA. (Con gran firmeza). No; no me doblegaréis. Soy inflexible, soy indomable. Ante vosotros lo he dicho; ante Dios lo he jurado. Su suerte es la mía. Perdonadle, ó moriremos juntos.

SATURNA. El delito es grande.

SUSANA. Todos sois lo mismo, jueces y viclimas. En la conciencia de esos, como en la vuestra, existen las mis-

mas negruras; en la conducta las mismas atrocidades. Sois un solo monstruo, aunque parezcan muchos.

MARQ. Déjanos, y aquí decidiremos...

SUSANA. No; no me voy.

BERENG. Vida mía, obedece á tu familia, y deja que Dios decida de mi suerte.

MARQ. (Carinosamente). Niña querida, reconozco tu grandeza de alma. (Tomándola una mano, la lleva aparte). Ven, óyeme un momento. Confía en mí.

SUSANA. Prométame...

MARQ. Berenguer no morirá...

SUSANA. (Con alegre efusión). Tío del alma, júremelo usted.

MARQ. Basta que lo afirme. (Alto). Que se retiren los presos. Tenemos que deliberar. (Saleen los guardías, y á una señal de don Juan les conducen por el foro).

JUAN. (Dando prisa). Vamos...

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con rencor). Infame, te salva el amor, la estupidez sentimental.

BERENG. (A San Valerio). Rencoroso, ni ante la muerte perdonas.

VALERIO. ¡A tí, nunca! (Con saña). Morirás conmigo.

BERENG. Cúmplase el destino.

FABRICIO. (Aparte á Bonaire.) El tunante se salvará por el amor.

BONAIRE. (Aparte á Fabricio). Cállate... Nosotros también. (Se llevan los presos por el foro).

### ESCENA VII

SUSANA, EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; después, BONALD y CASTELL

SUSANA. No morirá.

MONSA. No, hija mía... Si le amas...

SATURNA. Imposible.

SUSANA. Pero no me basta la palabra de mi querido tío.

MARQ. ¿Cómo?

SUSANA. Quiero más garantías. (A don Juan). Necesito también la palabra del jefe militar de la plaza.

JUAN. Yo te la doy.

SUSANA. ¿De veras? Júramelo.

JUAN. Por la cruz de mi espada juro que Berenguer no irá Consejo de guerra.

MONSA. ¿Ves qué generoso y magnánimo?

JUAN. No dirán que no soy benigno.

MARQ. Pero alguno ha de sufrir el castigo...

SUSANA. Ninguno. Perdonadles á todos, para que os perdone Dios... (Suenan tiros lejanos). ¿Oís?

MARQ. ¿Qué es eso?

MONSA. ¡Santo Dios!

SUSANA. El enemigo está cerca. Vuestras represalias son tardías. Ni aun tendréis tiempo de ser inhumanos, ni de regatear la piedad, porque la necesitáis toda para vosotros mismos, para ponerlos en salvo, para huir...

JUAN. ¡Huir, nunca!

BONALD. (Presuroso y anhelante por el foro). Señor Regente, mi General...

TODOS. ¿Qué? (Oyense tiros lejanos).

BONALD. La gente de Misa no ha podido resistir al número, y los liberales están ya en la vega de Urgell y avanzan sobre la plaza.

MARQ. (Con resignación). ¡Dios lo quiere! (Las dos damas hacen aspavientos de terror).

JUAN. Mejor. ¡Húndase el mundo... perezca la causa... vivan los traidores!

MARQ. Vámonos. ¡La Regencia decidirá!...

BONALD. Señor, los otros dos Regentes se disponen á salir para Francia.

SATURNA. Nosotros también. (A Susana). Ven.

SUSANA. Yo no. (El Marqués de Tremp y doña Saturna tratan de llevarse á Susana, que se resiste á salir. Entra Castell por el foro).

JUAN. (Hablando aparte con Castell y Bonald). Ya sabéis...

CASTELL. ¿Les sollamos á todos?

JUAN. A todos. Y á San Valerio y á Berenguer les mandáis venir aquí. (Vase Bonald por el foro. Castell, después de recibir órdenes de don Juan, vase por la izquierda).

SUSANA. (Resistiéndose con tenacidad). Digo que no me voy.  
MARQ. Pues yo sí... No hay tiempo que perder.  
SATURNA. A casa... Salvaremos lo que se pueda, y partiremos inmediatamente. Vamos.  
JUAN. (A doña Monsa, que quiere llevarsele). Yo no; yo no me muevo de aquí.  
MONSA. Pues yo contigo.  
JUAN. Déjame ahora... Cuando todos huyan, aquí me encontrarás, en mi puesto.  
MARQ. (Cogiendo a su mujer de la mano). Ven... pronto. (Vanse el Marqués de Tremp, doña Saturna y doña Monsa).

### ESCENA VIII

DON JUAN, SUSANA y CASTELL

JUAN. ¿Y tú?  
SUSANA. Ya ves. Aquí me quedo, como tú, en mi puesto.  
JUAN. Todos huyen.  
SUSANA. Menos yo.  
JUAN. ¿Qué esperas?  
SUSANA. Espero una vida que has jurado entregarme, y que necesito recoger de tus manos.  
JUAN. Te juré que Berenguer no iría al Consejo de guerra.  
SUSANA. Pero eso no me basta. (Recelosa). Necesito esa vida, y me la vas a dar.  
JUAN. Sal pronto de aquí.  
SUSANA. No quiero... (Castell sale por la izquierda con dos espadas, que entrega a don Juan. Inmediatamente se retira). ¿Qué haces?... ¿Cuál es tu infernal idea?... ¡Oh, un duelo!... Asesinato más bien... Dame las espadas... (Suplicante). Primo mío, por Dios, por su santa madre, por la tuya, te ruego que...  
JUAN. (Imperioso). Vete.  
SUSANA. No... no harás lo que pretendes, infame. (Agarrándole las manos). Yo lo impediré.  
JUAN. ¿Cómo?

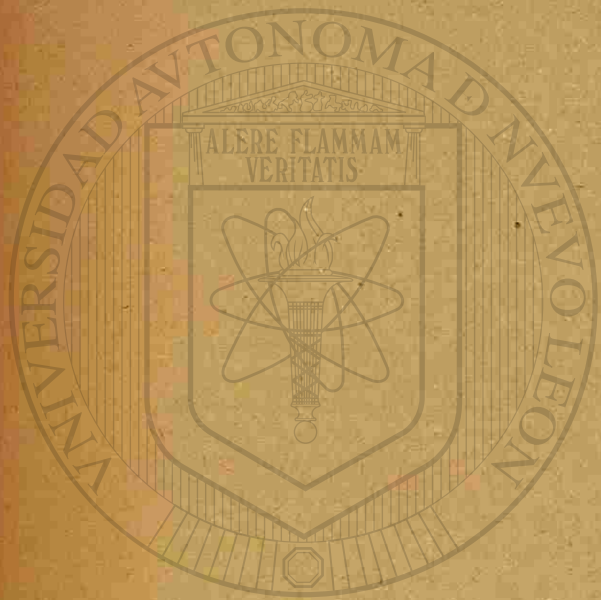
SUSANA. ¡Oh, infeliz de mí!... ¿No hay quien me socorra?... Gritaré... Llamaré a tu madre, que no consentirá tal iniquidad... ¡Favor, socorro! ¡Quiéren matarse!... (Sale presurosa por la derecha). ¡La guardia! ¡Favor! ¡Aquí!

### ESCENA ÚLTIMA

BERENGUER, DON JUAN y SAN VALERIO; después, SUSANA

BERENG. General, a sus órdenes. (En expectación).  
JUAN. (Dándole una espada). Toma.  
BERENG. Y ahora...  
VALERIO. (Presuroso por el foro). ¿Dónde estás, traidor infame?  
BERENG. Aquí.  
JUAN. (A Valerio, dándole la otra espada). Toma. Los traidores resuelvan por sí, en juicio de Dios, cuál debe morir.  
VALERIO. (A Berenguer con saña). ¡Ya no te escapas, miserable!  
BERENG. ¡Monstruo, no te temo!  
SUSANA. (Deatro). ¡Favor, socorro!  
JUAN. (Sintiendo ruido por el foro, les indica que entren en la habitación de la izquierda). ¡Aquí! ¡Batíos aquí! (Entran ellos; don Juan cierra, y permanece como guardando la puerta. Atiende al ruido del duelo. Pausa. Momento de ansiedad. Sale Berenguer blandiendo la espada). ¿Y San Valerio?  
BERENG. ¡Muerto!... ¡Ahora tú!  
JUAN. (Desvainando). ¡Entrégame tu vida, miserable!  
BERENG. La tuya quiero. (Se batien. Pausa).  
JUAN. (Herido). ¡Ah!... Perro jacobino. (Se desploma. Muere).  
SUSANA. (Despavorida, por la derecha). ¡Ah! ¡Vives! (Abraza a Berenguer).  
BERENG. (Delirante, mirando a uno y otro cadáver). Sí; he matado a la fiera. ¡Muertos los dos!  
SUSANA. Huyamos a regiones de paz.  
BERENG. (Con desvarío). Huyamos, sí; que éstos... éstos resucitan...

FIN DEL DRAMA



U A N L

LA DE SAN QUINTÍN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

### EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA: TOMOS EN 8.º A DOS PESETAS

TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEON EN CHAMARTIN.—ZÁRAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTIN EL EMPENCINADO.—LA BATALLA DE LOS ARAPILES.—EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CASACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIENTO MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FAGGOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

### GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra pagada en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y á plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno

### NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

DOÑA PERFECTA.—Tomo en 8.º 2 pesetas.  
GLORIA.—Dos tomos en 8.º 4 pesetas.  
MARIANELA.—Tomo en 8.º 2 pesetas.  
LA FAMILIA DE LEÓN ROCH.—Tres tomos en 8.º 6 ptas.  
EL AMIGO MANSO.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
LA DESHEREDADA.—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.  
EL DOCTOR CENTENO.—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.  
TORMENTO.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
LA DE BRINGAS.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
LO PROHIBIDO.—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.  
FORTUNATA Y JACINTA.—Cuatro tomos en 8.º 12 ptas.  
MIAU.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
LA INCOGNITA.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
REALIDAD.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
ANGEL GUERRA.—Tres tomos en 8.º 9 pesetas.  
TRISTANA.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
LA LOCA DE LA CASA.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
TORQUEMADA EN LA CRUZ.—Tomo en 8.º 3 pesetas.  
TORQUEMADA EN EL PURGATORIO.—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA FONTANA DE ORO (1820-1821)—Tomo en 8.º 2 pesetas.  
EL AUDAZ, *historia de un radical de antaño* (1804)—Tomo en 8.º 2 pesetas.

TORQUEMADA EN LA HOGUERA, *El artículo de fondo, La mula y el bucy, La pluma en el viento, La conjuración de las palabras, Un tribunal literario, La princesa y el granuja, Junio*—Tomo en 8.º 3 pesetas.

LA SOMBRA, *Cetin, Tropiquillos, Theros*—Tomo en 8.º de 300 páginas 2 pesetas.

REALIDAD.—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.

LA LOCA DE LA CASA.—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.

LA DE SAN QUINTIN.—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, Madrid.

## LA DE SAN QUINTÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 27 de Enero de 1894.

TERCERA EDICIÓN

MADRID

IMPRENTA «LA GUIRNALDA»,  
calle de las Pozas, núm. 12.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## PERSONAJES

ROSARIO DE TRASTAMARA, DU- QUESA DE SAN QUINTIN (27 años)	SRTA. GUERRERO
RUFINA (15 años.)	» RUIZ
LORENZA, ama de llaves de Buendía	» CANCIO
RAFAELA, criada de la Duquesa	» LÓPEZ
SEÑORA 1. <sup>a</sup>	» MOLINA
IDEM 2. <sup>a</sup>	» ARÉVALO
IDEM 3. <sup>a</sup>	» SEGOVIA
DON CÉSAR DE BUENDÍA (55 años) padre de Rufina	SR. CEPILLO
VICTOR (28 años)	» THUILLIER
DON JOSÉ MANUEL DE BUENDÍA (88 años), padre de D. César	» CIRERA
EL MARQUÉS DE FALFÁN DE LOS GODOS, (35 años)	» G. ORTEGA
CANSECO, notario, (50 años)	» BALAGUER
CABALLERO 1. <sup>o</sup>	» GUERRERO
IDEM 2. <sup>o</sup>	» SANTÉS

## ACTORES

## ACTO PRIMERO

Sala en casa de Buendía.—Al fondo, próxima al ángulo de la izquierda, una gran puerta, con forillo, por la cual entran todos los que vienen del exterior ó de la huerta, y un ventanal grande, al través de cuyas vidrieras se ven árboles.—Dos puertas á la derecha, y una grande á la izquierda, que es la del comedor.—Muebles de nogal, un bargeño, arcones, todo muy limpio.—Cuadros religiosos, y dos ó tres que representan barcos de vela y vapor: en la pared del fondo la fragata *Joven Rufina* en tamaño grande.—La decoración debe tener el carácter de una casa acomodada de pueblo, respirando bienestar, aseo, y costumbres sencillas.—Una mesa á la derecha; velador á la izquierda.—Es de día.—Por derecha é izquierda, entiéndase la del espectador.

## ESCENA PRIMERA

DON JOSÉ sentado, en el sillón próximo á la mesa. A su lado RUFINA. A la izquierda, junto al velador, D. CÉSAR y una SEÑORA. A la derecha, junto á la mesa, DOS SEÑORAS, sentadas, y DOS CABALLEROS, en pié. En el centro de la escena, CANSECO, en pié. LORENZA entra y sale sirviendo Jerez. En la mesa y velador, servicio de copas y botellas, y una bandeja de rosquillas. Al alzarse el telón, Canseco está en actitud de pronunciar un discurso; ha terminado una frase que provoca aplausos y bravos de todos los personajes que se hallan en escena. Copa en mano, impone silencio, y prosigue hablando.

CANSECO. Concluyo, señoras y caballeros, proponiéndooos beber á la salud de nuestro venerable patriarca, gloria y prez de esta honrada villa industrial y marítima, del exclarecido terrateniente, fabricante y naviero, D. José Manuel de Buendía, que hoy nos

La acción es contemporánea,  
y pasa en una villa marítima del Norte de España,  
designada con el nombre convencional de Ficóbriga. Es verano.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, cuya Administración servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

hace el honor de cumplir ochenta y ocho años... digo... que hoy cumple... y se digna invitarnos... en fin... (Embarullándose.)

TODOS Bien, bien... que siga...

CANSEC. Bebamos también á la salud de su noble hijo, el gallardo D. César de Buendía. (Risas.)

D. CES. (Mofándose.) ¡Gallardo!

CANSEC. Quiero decir, del nobilísimo D. César, heredero del cuantioso nombre y de los ilustres bienes raíces, y no raíces, del patriarca cuyo natalicio celebramos hoy. Y por último, brindo también por su nieto. (Rumores de extrañeza. Movimiento de sobresalto en D. José y D. César.) ¡Ay... se me escapó! (Tapándose la boca.)

SEN. 1.<sup>a</sup> (Que te resbalas, Canseco.)

D. CES. (¡Majadero como éste!)

CANSEC. (Disimulando con toses y gestos, y enmendando su inconveniencia.) De su... quiero decir, de su nieta, (encarándose con Rufina) de esta flor temprana, de este ángel, gala de la población...

RUFINA (Burlándose.) ¡Ay, Dios mío... de la población!

CANSEC. De la familia, de la... (Vacilando.) En fin, que viva mil años D. José, y otros mil y pico D. César y Rufinita, para mayor gloria de esta culta villa, célebre en el mundo por su industria minera y pesquera, y, entre paréntesis, por sus incomparables rosquillas; de esta villa, digo, en la cual tengo la honra de ser notario, y como tal, doy fe del entusiasmo público, y me permito notificárselo al señor de Buendía en la forma de un apretado abrazo. (Le abraza, Lorenza ofrece á los invitados rosquillas. Todos comen y beben. Risas y aplausos.)

D. JOSÉ Gracias, gracias, mi querido Canseco.

SEN. 3.<sup>a</sup> (La que está junto á D. César.) ¡Qué hermosura de vida!

SEN. 1.<sup>a</sup> ¡Qué bendición de Dios!

SEN. 2.<sup>a</sup> ¿Y siempre fuertecito, D. José?

D. JOSÉ Como un roble veterano. No hay viento que me tumbe, ni rayo que me parta. Pueden ustedes llevar la noticia á los envidiosos de mi longevidad. La vista clara, las piernas seguras todavía... el entendimiento como un sol. En fin, no hay más que dos casos en el mundo: yo y Gladstone.

CAB. 1.<sup>o</sup> ¡Prodigioso!

CANSEC. ¡Qué enseñanza, señores; qué ejemplo! A los ochenta y ocho años, administra por sí mismo su inmensa propiedad, y en todo pone un orden y un método admirables. ¡Qué jefe de familia, previsor cual ninguno, atento á todas las cosas, desde lo más grande á lo más pequeño!

D. JOSÉ (Con modestia.) ¡Oh, no tanto!

RUFINA Diga usted que sí. Lo mismo dirige mi abuelito un pleito muy gordo, de muchísimos pliegos... así, que dispone la ración que debemos dar á las gallinas.

CAB. 2.<sup>o</sup> Así, todo es prosperidad en esta casa.

D. JOSÉ Llámenlo orden, autoridad. Cuantos viven aquí bajo la férula de este viejo machacón, desde mi querido hijo hasta el último de mis criados, obedecen ciegamente el impulso de mi voluntad. Nadie sabe hacer ni pensar nada sin mí; yo pienso por todos.

CAB. 1.<sup>o</sup> ¿Qué tal?

CAB. 2.<sup>o</sup> ¡Esto es un hombre!

CANSEC. Nació de padres humildísimos... Entre paréntesis, ya sé que no se avergüenza... ®

D. JOSÉ Claro que no.

CANSEC. Y desde su más tierna edad ya mostraba disposiciones para el ahorro.

D. JOSÉ Cierto.



CANSEC. Y á poco de casarse empezó á ser una hormiga para su casa. (Risas.)

D. JOSÉ No reirse... la idea es exacta.

D. CES. Pero la forma es un poco...

CANSEC. Total, que en una larga vida de laboriosidad ha llegado á ser el primer capital de Ficóbriga. Hállase emparentado con ilustres familias de la nobleza de Castilla...

SEN. 1.<sup>a</sup> Sr. D. José, ¿es usted pariente de los duques de San Quintín?

D. JOSÉ Sí señora, por casamiento de mi hermana Demetria con un segundón pobre de la casa de Trastámara.

SEN. 2.<sup>a</sup> ¿Y la actual Duquesa Rosario?

D. JOSÉ Mi sobrina en grado lejano.

CANSEC. Usted lo tiene todo: nobleza por un costado, y por otro, mejor dicho, por los cuatro costados, riquezas mil. Suyas son las mejores fincas rústicas y urbanas del partido; tuyas las dos minas de hierro... dos minas, señores, y mejor será decir tres (á don José), porque la fábrica de escabeches y salazones, que usted posee á medias con Rosita la Pescadera, mina es, y de las más productivas.

D. JOSÉ Regular.

CAB. 1.<sup>o</sup> Suma y sigue: la fábrica de puntas de París...

CANSEC. Item: los dos vaporitos que llevan mineral á Bélgica. Aínda mais: los dos buques de vela...

RUFINA (Vivamente.) Tres.

CANSEC. Verdad. No contaba yo la fragata *Joven Rufina*, que no navega.

RUFINA Sí que navega. Barquito más valiente no lo hay en la mar.

CANSEC. Otra copita, la última, para celebrar este maravilloso triunfo del trabajo, (en tono oratorio) señores, de

la administración, del sacrosanto ahorro... ¡Oh gloriosa leyenda del siglo del hierro, del siglo del papel sellado, del siglo de la fe pública que á manera de... que á manera de los... (Embarullándose.)

CAB. 1.<sup>o</sup> Que se atasca... (Todos rien.)

CANSEC. Del siglo de oro de nuestra literatura, digo, de nuestra economía política, y de la luz hipotecaria... (Risas estrepitosas.) No... de la luz eléctrica, eso... y del humo, es decir, del vapor... de la locomotora... uf! He dicho. (Aplausos.)

D. CES. (Levantándose.) ¿Quién viene?

RUFINA (Mirando por las vidrieras del fondo.) Un caballo de lujo veo en el portalón de la huerta.

D. JOSÉ ¿Caballo dijiste? Tenemos en casa al Marqués de Falfán de los Godos.

RUFINA (Mirando por el fondo.) El mismo.

## ESCENA II

DICHOS; EL MARQUÉS DE FALFÁN DE LOS GODOS en traje de montar, elegante sin afectación, á la moda inglesa.

EL MAR. Felices...

D. JOSÉ Señor Marqués, ¡cuánto le agradezco!

D. CES. (Contrariado.) (¡A qué vendrá este farsante!)

EL MAR. Pues señor, me vengo *pian piano*, á caballo, desde las Caldas á Ficóbriga, y al pasar por la villa en dirección á la playa de baños, advierto como un jubileo de visitantes en la puerta de esta mansión feliz. Pregunto: dícnme que hoy es el cumpleaños del patriarca, y quiero unir mi felicitación á la de todo el pueblo.

D. JOSÉ (Estrechándole las manos.) Gracias.

- EL MAR. ¿Con que ochenta?  
D. JOSÉ Y ocho; no perdone el pico.  
EL MAR. No tendremos nosotros cuerda para tanto. (Á don César.) Sobre todo, usted.  
D. CES. Ni usted.  
EL MAR. Gozo de buena salud.  
D. CES. ¿Qué haría yo para poder decir lo mismo? ¿Montar á caballo?  
EL MAR. No: tener menos dinero... (en voz baja) y menos vicios.  
D. CES. (Aparte al Marqués.) (Graciosillo viene el prócer.)  
EL MAR. No es gracia. Es filosofía.  
CAB. 1.º Señor Marqués, ¿mucho animación en las Caldas?  
EL MAR. Tal cual.  
D. JOSÉ ¿Y no tomará usted baños de mar?  
EL MAR. ¡Oh, sí!... ¡Mi Océano de mi alma! Dentro de un par de semanas, me instalaré en el establecimiento.  
CAB. 2.º ¿Ha venido usted en *Ivanhoe*?  
EL MAR. No, señor, en *Desdémona*.  
SEN. 3.ª (Con extrañeza.) ¿Qué es eso?  
D. CES. Es una yegua.  
SEN. 3.ª Ya.  
D. JOSÉ (Con interés.) Dígame: ¿Salió usted de las Caldas á eso de las diez?  
EL MAR. Ya sé por qué me lo pregunta.  
D. JOSÉ ¿Llegó la Duquesa?  
EL MAR. ¿Rosario? Sí señor. Díjome que vendrá luego, en el mismo coche que la trajo de la estación.  
D. JOSÉ ¿Y está buena?  
EL MAR. Tan famosa y tan guapa. Parece que no pasan catástrofes por ella. Me encargó que le dijese á usted... Ya no me acuerdo.  
D. JOSÉ Ella me lo dirá... ¿No toma usted una copita?  
EL MAR. Sí señor, vaya. (Le sirve Rufina.)

- D. JOSÉ Y pruebe las rosquillas, que dan celebridad á nuestra humilde Ficóbriga.  
EL MAR. Son riquísimas. Me gustan extraordinariamente.  
RUFINA Hechas en casa.  
EL MAR. ¡Ah...!  
CANSEC. (Tomando otra rosquilla.) Y mucho más sabrosas que todo lo que se vende por ahí. (Las Señoras y Caballeros se despiden para marcharse. Rufina y D. César les atienden.)  
D. JOSÉ ¿Se van ya?  
SEN. 1.ª Mil felicidades otra vez.  
CAB. 1.º Repito...  
SEN. 2.ª Mi querido D. José... Marqués... (El Marqués les hace una gran reverencia.)  
D. JOSÉ Saldremos á despedirles. (Al Marqués.) Dispénsame...  
SEN. 3.ª No se moleste... (Salen todos, menos Canseco y el Marqués. Este come otra rosquilla.)

### ESCENA III

EL MARQUÉS, CANSECO

- EL MAR. Dispense usted, caballero. ¿Tengo el honor de hablar con el médico de la localidad?  
CANSEC. No, señor. Canseco, notario, para servir á usted.  
EL MAR. ¡Ah! sí... ya recuerdo: tuve el gusto de verle... (Queriendo recordar.)  
CANSEC. Sí, tres años há, cuando otorgamos aquella escritura de préstamo... del préstamo que hizo á usted D. César.  
EL MAR. Sí, sí. Usted ha de dispensarme si me permito hacerle una pregunta. ¿No le parecerá impertinente mi curiosidad?  
CANSEC. ¡Oh! no, señor Marqués...

EL MAR. ¿Usted conoce bien á esta familia?

CANSEC. Soy íntimo. La familia merece todo mi respeto.

EL MAR. Y el mío. Yo respeto mucho al patriarca... Pero á su hijo...

CANSEC. Pues D. César es...

EL MAR. Es... ¿qué?

CANSEC. Una bellissima persona.

EL MAR. El pillo más grande que Dios ha creado, ejemplar que sin duda echó al mundo para que admiráramos la infinita variedad de sus facultades creadoras; porque si no es así... Confiésemle usted, señor de Canseco, que nuestra limitada inteligencia no alcanza la razón de que existan ciertos seres molestos y dañinos.

CANSEC. Verbigracia, los mosquitos, las...

EL MAR. Por eso yo, cuando me levanto por las mañanas, ó por las tardes, en la corta oración que dirijo á la soberana voluntad que nos gobierna, siempre acabo diciendo: «Señor, sigo sin entender por qué existe D. César de Buendía.»

CANSEC. (Con malicia.) (Este le debe dinero.)

EL MAR. Y... dígame usted, si no le parezco importuno: ¿el inmenso caudal amasado por ambos Buendías... dejo á un lado el por qué y el cómo del tal amasajo... esta inmensa fortuna pasará íntegramente á la nieta, á esa Rufinita angelical...?

CANSEC. ¿Íntegramente?... No. La mitad, según creo...

EL MAR. (Comprendiendo.) ¡Ya!

CANSEC. Y entre paréntesis, señor Marqués, ¿no es un dolor que esa niña, en quien veo un partido excelente para cualquiera de mis hijos, haya dado en la manía de meterse monja?

EL MAR. Entre paréntesis, me parece un desatino... Ha dicho usted la mitad. Pues aquí encaja mi pregunta.

CANSEC. A ver...

EL MAR. ¿No será indiscreción?

CANSEC. Que no.

EL MAR. (Llena dos copas.) ¿Es cierto que...? (Da una copa á Canseco.) Otro paréntesis, amigo Canseco... ¿Es cierto que D. César tiene un hijo natural?

CANSEC. (Con la copa en la mano, lo mismo que el Marqués, sin beber.) Sí, señor.

EL MAR. ¿Es cierto que ese hijo natural, nacido de una italiana llamada Sarah, está aquí?

CANSEC. Desde hace cuatro meses.

EL MAR. ¿Le ha reconocido su padre?

CANSEC. Todavía no.

EL MAR. Luego, piensa reconocerle.

CANSEC. Sí señor, porque hoy mismo me ha dicho que prepare el acta de reconocimiento.

EL MAR. Bien, bien. (Beben ambos.)

CANSEC. Es guapo chico; pero de la piel del diablo. Criado en tierras de extrangis, su cabeza es un hervidero de ideas socialistas, disolventes y demoleadoras. Por dictamen del abuelo, le han sometido á un tratamiento correccional, á una disciplina de trabajos durísimos, sin tregua ni respiro.

EL MAR. ¿Aquí?

CANSEC. Vive en la fábrica de clavos, y allí trabaja de sol á sol, menos cuando le encargan alguna reparación aquí, ó en los barcos, ó en los almacenes... porque, entre paréntesis, es gran mecánico, sabe de todo. En fin, como talento y disposición, crea usted que Víctor no tiene pero.

EL MAR. (Calculando.) Su edad debe ser... veintiocho años.

CANSEC. Por ahí. Tiénenle en traje de obrero, hecho un esclavo; y en realidad, ideas tan revoltosas, temperamento tan inflamable, bien justifican lo duro del

régimen educativo, señor Marqués. Esperan domarle, y, entre paréntesis, yo creo que le domarán.

EL MAR. Bueno, bueno. Un millón de gracias, amigo mío, por haber satisfecho esta curiosidad... enteramente caprichosa, pues no tengo interés...

ESCENA IV

EL MARQUES, CANSECO, D. CESAR

D. CES. ¡Aquí todavía este tarambana!

EL MAR. ¡Ah! ¡D. César!... Pues no sólo por felicitar á mi Sr. D. José me he detenido aquí, sino por hablar con usted dos palabras.

D. CES. Ya, ya me figuro...

CANSEC. (Apártase á la derecha y llena otra copa.) (Este quiere otra prórroga... Y van seis.)

EL MAR. Sin duda, usted cree que vengo á solicitar otra prórroga...

D. CES. Naturalmente. Y lo peor del caso es que yo, sintiéndolo mucho, señor Marqués, no podré concedérsela. (Con afectación de sentimiento.)

EL MAR. No hay que afligirse. Vengo á participar al que ha sido mi pesadilla durante diez años que... (Echando mano al bolsillo.) Aquí tengo el telegrama de mi apoderado, que recibí anoche... Entérese. (Se lo muestra.) Ayer quedaron cancelados los dos pagarés.

D. CES. ¿El grande también? ¿El de las doscientas mil y pico...?

EL MAR. Ese y el otro, y el de más allá.

CANSEC. ¡Pagar este hombre! Celebremos el milagro con otra copa, precedida de su correspondiente rosquilla.) (Come y bebe.)

D. CES. ¡Qué milagro! ¿Le ha caído á usted la lotería?

EL MAR. Me ha caído una herencia. Usted es dichoso cobrando, y yo reviento de júbilo al verme libre de la ignominiosa servidumbre que impone una deuda inveterada, mayormente cuando el acreedor es de una compleción moral... intolerable.

D. CES. (Con falsa humildad.) No lo dirá usted por mí.

EL MAR. (Con malicia revestida de formas corteses.) ¡Oh, no...! Dios me libre de chillar ahora por el fabuloso incremento de los intereses, que en los cuatro años últimos han triplicado la suma que debí á su misericordia... Es la costumbre, ¿verdad?

D. CES. (Afectando franqueza.) Hijo, lo convenido.

EL MAR. Eso; lo convenido. Basta. Deferente con usted, y tan conocedor de los negocios como del resto de la vida humana, no incurriré en la vulgaridad de llamarle á usted usurero, judío, monstruo de egoísmo, como hacen otros... sin duda injustamente.

D. CES. (Quemado, pero disimulando su rencor con falsa cortesía.) Usan ese lenguaje los mismos que tienen la audacia de decir que es usted un perdido... ¡Infamia como esa!

EL MAR. (Dándole palmaditas.) Despreciamos la maledicencia, ¿verdad? ¡Ay, amigo D. César! ¡qué hermoso es pagar! (Suspirando fuerte.) Soy libre, libre. ¡Roto al fin el vergonzoso grillete! El pagador recobra los fueros de su personalidad, amigo mío... Los afanes, la sorda vergüenza, los mil artificios que trae la insolencia, transfiguran nuestro carácter. Un deudor es... otro hombre... no sé si me explico.

D. CES. Y usted, al cumplir sus compromisos, vuelve á ser...

EL MAR. Lo que debí ser siempre, lo que soy en realidad.

- D. CES. (Como queriendo concluir.) Lo celebro mucho. De modo que nada nos debemos el uno al otro.
- EL MAR. ¿Nada?
- D. CES. Que yo sepa.
- EL MAR. Piénselo bien. Puede que tengamos alguna olvidada cuentecilla que ajustar...
- D. CES. ¿Cuentas...? ¿mía... de usted...? No hay nada.
- EL MAR. No es de dinero.
- D. CES. ¿Pues de qué? ¡Ah! algún supuesto agravio...
- EL MAR. Justo.
- CANSEC. (Esto se pone feo.)
- D. CES. Pues si he agraviado á usted... de un modo inconsciente, sin duda, ¿por qué no me pidió usted explicaciones en tiempo oportuno?
- EL MAR. Porque el infeliz deudor quiere que se lo repita? carece de personalidad frente al árbitro de su vida y de sus actos todos. Se interpone la delicadeza, que es la segunda moral de las personas bien educadas, y ya tiene usted al hombre atado codo con codo, como los criminales. El dinero prestado hace un tremendo revoltijo en el orden lógico de los sentimientos humanos.
- CANSEC. (Vaya unas metafísicas que se trae este aristócrata!)
- D. CES. No entiendo una palabra, señor Marqués... ¡Ah! cuestión de mujeres quizás...
- EL MAR. Hablo con el hombre más mujeriego y más enamorado del mundo.
- D. CES. ¡Cosas que fueron!... ¡Bah! ¿Y al cabo de los años mil sale usted con esa tecla? (Riendo.) ¡Vaya unas antiguallas que desentierra el buen Marqués de Falfán...!
- EL MAR. Me gusta refrescar sentimientos pasados.
- D. CES. Á mí no. Soy muy positivo. Lo pasado, pasó. Y el

- presente, mi noble amigo, es harto triste para mí. (Sentándose triste y desfallecido.) Estoy muy enfermo.
- EL MAR. ¿De veras?
- D. CES. (Con abatimiento.) Gravemente enfermo, casi casi condenado á muerte.
- EL MAR. Sería muy sensible... (Poniéndole la mano en el hombro.) ¡Pobrecito! La codicia y la concupiscencia son polilla de las naturalezas más robustas.
- D. CES. Pero en fin. ¿Qué agravio es ese? Yo no recuerdo...
- EL MAR. No hay prisa. Cuando usted recobre su salud, pasaremos revista á diferentes períodos de nuestra vida, y en alguno de ellos hemos de encontrar ciertos actos que no tuvieron correctivo... debiendo tenerlo...
- D. CES. (Recordando y queriendo desvirtuar el hecho recordado.) ¡Ah!... ¿Tanta importancia da usted á bromas inocentes?
- EL MAR. (Con seriedad, reprimiendo su ira.) Bromas, ¿eh? Pues ahora que estoy libre, no extrañe usted que yo también... ¡Y las gasto pesadas!
- D. CES. O quizás se refiera usted á sucesos, ó accidentes, motivados por una equivocación lamentable, por un *quid proquo*...
- EL MAR. (Con intención.) También sé yo equivocarme lamentablemente cuando quiero dar un sofoco... Golpes á mansalva que he aprendido de usted...
- CANSEC. (Confuso.) (¿Pero qué significa esto...?)

## ESCENA V

- DICHOS; D. JOSÉ, RUFINA; después LORENZA
- D. JOSÉ (Entrando fatigado.) Ya se han ido. Gracias á Dios.
- EL MAR. Yo también me voy. (Estrechando las manos á D. José.) Mi querido patriarca...

D. JOSÉ Amigo mío... César, acompáñale. Si encuentra usted por el camino á Rosario, dígame que la espero impaciente. Adiós.

EL MAR. Bien. (Despidiéndose.) Señor Canseco...

RUFINA (Entrando presurosa.) Ahí está D. Buenaventura de Lantigua.

D. JOSÉ ¿Más visitas...? (Á D. César.) Recíbele tú. Dí que estoy rendido. Después te vienes aquí. Tengo que hablarte.

D. CES. (Con desabrimiento.) ¡Dichosas visitas! (Vanse por el fondo el Marqués y D. César. Entra Lorenza que, ayudada de Rufina, recoge el servicio del refresco.)

CANSEC. Yo también me despido... (Abraza á D. José.) Con que... No faltar á la reunión de mayores contribuyentes en el Ayuntamiento.

D. JOSÉ (Sentándose fatigado.) No faltaré... Adiós. (Vase Canseco.)

## ESCENA VI

DON JOSÉ, RUFINA, LORENZA

D. JOSÉ ¿Cuánto Jerez se han bebido?

LORENZ. Once botellas.

D. JOSÉ Con media docena habría bastado.

LORENZ. Pues de las siete libras de rosquillas, que hicimos para hoy, mire usted lo que dejan.

D. JOSÉ En estos días ya se sabe... (Recordando.) ¡Ah! antes que se me olvide... (Saca varias llaves y da una á Lorenza.) Sacas tres botellas de clarete para la comida de hoy.

LORENZ. Bien. ¿Y ponemos otro principio?

D. JOSÉ No.

LORENZ. Como me dijo que quizás tendría un convidado...

D. JOSÉ (Con extrañeza.) ¿Quién?

RUFINA Sí, abuelito; la Duquesa...

D. JOSÉ ¡Ah! sí... Pero ignoro si querrá comer con nosotros. Por si acaso, mata una gallina.

RUFINA ¿La moñuda?

D. JOSÉ No; reservar la moñuda, que es la mejor. Maten la pinta. Dí, tú: ¿Cuántos huevos pusieron ayer?

LORENZ. (Retrocediendo.) Nueve.

D. JOSÉ Poco es. Más vale el maíz que se comen.

LORENZ. ¡Pobrecillas! Si supieran de cuentas lo que usted, ya igualarían el provecho que dan con la pitanza que consumen. Pero Dios no ha querido que las aves sean tan... matemáticas... (Vase con la loza.)

D. JOSÉ En cambio, ha querido que tú seas respondona. (A Rufina.) La cuenta de hoy.

RUFINA (Sacando papel y lapiz.) Aquí está. Carne, siete y medio. Peseado, cinco... (Escribe.)

D. JOSÉ Apúntalo todo, y á la noche lo pasas al libro. Quiero que hasta la hora de mi muerte se lleve cuenta y razón del gasto de la casa. La regularidad es mi goce, y el orden mi segunda religión. ¡Benditos sean los números, que dan paz y alegría á una larga existencia!

RUFINA (Examinando sus papeles.) Hay que añadir alpiste para los canarios: seis. Y salvado para las gallinas. He traído ambas cosas por mayor para que salga más arreglado.

D. JOSÉ (Con entusiasmo.) ¡Eres un ángel... (La besa.) El ángel de la administración... No extraño que Dios te quiera para sí... ¿Vas ahora á la iglesia?

RUFINA (Guardando sus papeles.) Todavía no puedo. Ha de venir más gente.

D. JOSÉ Es verdad.

RUFINA El capitán y marineros de la *Joven Rufina*. ¿No

sabes? te traen una fragata de guirlache, con los palos de alfenique, y cargamento de tocino del cielo.

D. JOSÉ (Gozoso.) Já, já... ¡Qué bonitol... ¡Cuánto regalo hoy! (Regodeándose.) ¡Los capones del Alcalde, qué hermosos!

RUFINA ¿Pues y la lengua ahumada de D. Cosme?

D. JOSÉ ¿Y el jamón del cura?

LORENZ. (Presurosa por el fondo.) Señor, los del Resguardo traen una docena de cocos; y también está el Rentero de la Juncosa con muchas mantecas, morcillas y sin fin de golosinas.

RUFINA (Con alegría.) Voy á verlo.

D. JOSÉ Obséquiales con una copa. (Vanse Rufina y Lorenza. Entra D. César.)

### ESCENA VII

DON JOSÉ, D. CÉSAR

D. JOSÉ (Indicándole el asiento próximo.) Ya deseaba estar solo contigo.

D. CES. (Sentándose fatigado.) ¡Condenadas visitas!

D. JOSÉ Tenemos que hablar.

D. CES. Hablemos.

D. JOSÉ Has cumplido cincuenta y cinco años.

D. CES. (Suspirando.) Sí señor. ¿Y qué?

D. JOSÉ Que eres un muchacho.

D. CES. Comparado con usted... Pero si miramos á la salud, el muchacho es mi padre, y yo el octogenario. ¡Si viera usted qué mal me siento de algunos días acá! (Apoya los codos en las rodillas, y la frente en las manos.)

D. JOSÉ Ea, no marear con dolencias imaginarias. César,

no seas chiquillo. Si has de casarte no hay que perder el tiempo.

D. CES. (Sin alzar la cabeza.) ¿Acaso el casarse por segunda vez es ganarlo?

D. JOSÉ En este caso sí. Vuelvo á decirte que conviene á los intereses de la casa que sea tu mujer ese espejo de las viudas, *Rosita Moreno*, por mal nombre *La Pescadera*.

D. CES. (Alzando la cabeza.) Y usted se empeña en que me pesque á mí.

D. JOSÉ Exactamente. Y tengo poderosas razones para desear ese matrimonio. Es tu deber crear una familia, asegurar... como si dijéramos, nuestra dinastía.

D. CES. Tengo una hija.

D. JOSÉ (Vivamente.) Pero Rufinita quiere ser monja.

D. CES. Tengo un hijo.

D. JOSÉ Un hijo natural, no reconocido aún.

D. CES. Le reconoceré... Ya dije á Canseco...

D. JOSÉ Sí, pero... Por dictamen mío, el reconocimiento no se verificará hasta no asegurarnos de que Víctor merece pertenecer á nuestra familia. En vista de la mala fama que trajo del extranjero, donde se educó, y de Madrid, donde vivió los últimos meses, opiné, y tú lo aprobaste, que debíamos someterle á un sistema de observación correccional. Figúrate que resultara imposible...

D. CES. Víctor tiene talento.

D. JOSÉ Si como tiene talento tuviera juicio...

D. CES. Espero que el rigor con que le tratamos, le enderezará. Y ya ve usted que soy inexorable... No le dejo vivir.

D. JOSÉ Así, así. Pero ¡ay! tan arraigadas están en su mágn las ideas disolventes, que...

D. CES. Fruto de las malas compañías y de las lecturas

sabes? te traen una fragata de guirlache, con los palos de alfenique, y cargamento de tocino del cielo.

D. JOSÉ (Gozoso.) Já, já... ¡Qué bonitol... ¡Cuánto regalo hoy! (Regodeándose.) ¡Los capones del Alcalde, qué hermosos!

RUFINA ¿Pues y la lengua ahumada de D. Cosme?

D. JOSÉ ¿Y el jamón del cura?

LORENZ. (Presurosa por el fondo.) Señor, los del Resguardo traen una docena de cocos; y también está el Rentero de la Juncosa con muchas mantecas, morcillas y sin fin de golosinas.

RUFINA (Con alegría.) Voy á verlo.

D. JOSÉ Obséquiales con una copa. (Vanse Rufina y Lorenza. Entra D. César.)

### ESCENA VII

DON JOSÉ, D. CÉSAR

D. JOSÉ (Indicándole el asiento próximo.) Ya deseaba estar solo contigo.

D. CES. (Sentándose fatigado.) ¡Condenadas visitas!

D. JOSÉ Tenemos que hablar.

D. CES. Hablemos.

D. JOSÉ Has cumplido cincuenta y cinco años.

D. CES. (Suspirando.) Sí señor. ¿Y qué?

D. JOSÉ Que eres un muchacho.

D. CES. Comparado con usted... Pero si miramos á la salud, el muchacho es mi padre, y yo el octogenario. ¡Si viera usted qué mal me siento de algunos días acá! (Apoya los codos en las rodillas, y la frente en las manos.)

D. JOSÉ Ea, no marear con dolencias imaginarias. César,

no seas chiquillo. Si has de casarte no hay que perder el tiempo.

D. CES. (Sin alzar la cabeza.) ¿Acaso el casarse por segunda vez es ganarlo?

D. JOSÉ En este caso sí. Vuelvo á decirte que conviene á los intereses de la casa que sea tu mujer ese espejo de las viudas, *Rosita Moreno*, por mal nombre *La Pescadera*.

D. CES. (Alzando la cabeza.) Y usted se empeña en que me pesque á mí.

D. JOSÉ Exactamente. Y tengo poderosas razones para desear ese matrimonio. Es tu deber crear una familia, asegurar... como si dijéramos, nuestra dinastía.

D. CES. Tengo una hija.

D. JOSÉ (Vivamente.) Pero Rufinita quiere ser monja.

D. CES. Tengo un hijo.

D. JOSÉ Un hijo natural, no reconocido aún.

D. CES. Le reconoceré... Ya dije á Canseco...

D. JOSÉ Sí, pero... Por dictamen mío, el reconocimiento no se verificará hasta no asegurarnos de que Víctor merece pertenecer á nuestra familia. En vista de la mala fama que trajo del extranjero, donde se educó, y de Madrid, donde vivió los últimos meses, opiné, y tú lo aprobaste, que debíamos someterle á un sistema de observación correccional. Figúrate que resultara imposible...

D. CES. Víctor tiene talento.

D. JOSÉ Si como tiene talento tuviera juicio...

D. CES. Espero que el rigor con que le tratamos, le enderezará. Y ya ve usted que soy inexorable... No le dejo vivir.

D. JOSÉ Así, así. Pero ¡ay! tan arraigadas están en su mágn las ideas disolventes, que...

D. CES. Fruto de las malas compañías y de las lecturas



ponzoñosas. Créalo usted; los pícaros libros son la perdición de la humanidad.

D. JOSÉ No exageres... Hay libros buenos.

D. CES. Pero como para saber cuál es bueno y cuál no, hay que leerlos todos, y esto no es posible, lo mejor es proibir la lectura en absoluto... En fin, yo trato de formar á Víctor á nuestra imagen y semejanza, antes de admitirle legalmente en la familia... ¡Y cómo trabaja el pícaro! Todo es fácil para él ¡Qué inteligencia, qué prontitud, qué manos!

D. JOSÉ Pero esas cualidades poco significan solas. El obrero que á su habilidad no une el don del silencio, no sirve para nada.

D. CES. Por eso le tengo prohibido que dirija á los obreros más palabras que *buenos días*, y *si*, y *no*. Temo que arroje en los talleres alguna semilla de insubordinación. (D. José empieza á dar cabezadas de sueño.) Si he de decir verdad, á mí mismo, que soy tan árido de palabra y tan seco de trato, me cautiva si me desuñdo. Y aunque me parecen absurdas sus ideas sobre la propiedad, el trabajo, la política y la religión, de tal modo reviste sus disparates de una forma reluciente, que me seduce, me emboba... ¡Ah! pues si yo lograra, con este régimen de esclavitud en el trabajo, que aquel talento superior entrara por el camino derecho...! (Advirtiendo que don José se ha dormido, inclinando la cabeza sobre el pecho.) Pero padre... ¿se duerme usted?

D. JOSÉ (Despertando lentamente y creyendo que habla con otra persona.) Rosario de Trastamara, Duquesa de San Quintín... perdóname si te digo que... (Sacudiendo el sopor y viendo claro.) ¡Ah!... creí... De tal modo me embarga el ánimo la visita de esa mujer, que...

D. CES. ¿Pero es de veras?... ¿Tendremos aquí á Rosarito?

D. JOSÉ Ya oíste al Marqués de Falfán. No puede tardar. Su carta dice que viene á pedirme consejo.

D. CES. ¡Pedir consejo! Traduzca usted la frase al lenguaje corriente, y diga: pedir dinero.

D. JOSÉ ¿Pero tan pobre está?

D. CES. En la última miseria.

D. JOSÉ ¿Lo ha perdido todo?

D. CES. Todo. A poco de morir el botarate de su marido, la propiedad inmueble pasó á manos de tres ó cuatro acreedores. Rosario tuvo que vender los cuadros, armaduras y tapices, la plata labrada, las vajillas, y hasta las libreas de los lacayos.

D. JOSÉ ¡Qué demonches!

D. CES. En París, según oí, ha malbaratado sus joyas. Hoy no le queda más que el guardarropa, la colección de trapos elegantes, que no valen nada.

D. JOSÉ ¡Dios misericordioso, concluir de ese modo casa tan poderosa!... Y dime, ¿viste á Rosario en Madrid últimamente?

D. CES. No, señor. Desde las cuestiones agrias que tuve con su padre, la más orgullosa, la más atufada nulidad que he visto en mi vida, no me trato con ningún Trastamara, y el parentesco es letra muerta para ellos y para mí.

D. JOSÉ ¡Pobre Rosario! No puedo olvidar que la tuve sobre mis rodillas, que la he dado mil besos... Por cierto que si su pobreza es tal como dices, no habrá más remedio que facilitarle algunos recursos...

D. CES. (Levantándose.) Usted hará lo que quiera. Yo no le daría un cuarto. Ella no pedirá, no; pero llorará. Verá usted como llora: las lágrimas son en esa nobilísima raza la forma elegante del pordiose. (Se aleja.)

D. JOSÉ Pero aguarda... óyeme.

D. CES. Tengo que ir al Ayuntamiento.

ESCENA VIII

DICHOS; RUFINA, poco después VÍCTOR

RUFINA (Presurosa y alegre, por el comedor.) Abuelito, papá, el capitán, piloto y marineros de la *Joven Rufina*. Vengan, vengan á ver el barco de dulce.

D. JOSÉ Voy. Que pasen al comedor.

RUFINA ¿Les damos Jerez?

D. JOSÉ No; ron de Jamaica, del que levanta ampolla. Voy allá. ¿Vienes tú? (Vase con Rufina por el fondo.)

D. CES. Yo no. (Preocupado.) Esta aparición de la Duquesita me da mala espina. ¡A pedir consejo!... ¿Para qué?... ¿Querrá casarse? Infeliz mujer, ¡qué mal se avienen orgullo y pobreza! (Viendo aparecer á Víctor, que entra por la derecha, segundo término.) ¡Ah! Víctor... (Con severidad.) ¿Qué buscas aquí?

VÍCTOR (En traje de obrero, con blusa; trae varias herramientas.) Me dijo usted que viniera á las once para encargarme... no sé qué.

D. CES. ¡Ah! sí, ya no me acordaba... Ante todo, ¿reconociste la fragata?

VÍCTOR Sí señor: ayer.

D. CES. ¿Podrá hacer un viaje, uno solo?

VÍCTOR Difícilmente. La cuaderna mayor está quebrantada; casi todos los baos deben ponerse nuevos. El codaste y la roda no ofrecen seguridad, y el palo mayor está astillado por la fognadura.

D. CES. ¿De modo que será peligroso...? Pero un viaje, un solo viaje, en estos meses de bonanza, bien podrá.

VÍCTOR Si no vuelve antes del equinoccio de Octubre, podría quedarse en el camino.

D. CES. Pues nada, la mandaremos con mineral á Inglate-

rra. Retorno de carbón, y después, hacha en ella.

VÍCTOR Como usted quiera.

D. CES. ¿Está listo el laminador, que se descompuso la semana pasada?

VÍCTOR Listo, y marcha perfectamente.

D. CES. Bien. Ahora, trae el metro, el martillo, el cortafíos...

VÍCTOR (Mostrándolos.) Los traigo.

D. CES. (Llevándole hacia la puerta de la derecha.) Ya te dije que proyecto levantar un piso sobre estas habitaciones. Mide con toda exactitud las tres piezas, y házme el plano de ellas. Examina el grueso de las paredes, descubre las vigas de carga de los tabiques para reconocerlas... Y todo eso pronto, hoy mismo.

VÍCTOR Está bien. (Vase por la derecha, segundo término. Don José y Rufina, que vuelven del comedor, le ven salir.)

RUFINA Pero qué, papá, ¿en día como éste no hay descanso para el pobre Víctor?

D. JOSÉ Ya descansará, hija.

D. CES. Lo que hace hoy no es trabajo para él.

D. JOSÉ La ociosidad es su mayor enemigo.

RUFINA ¡Qué tiranía!... Todos contra él. (Con resolución.) Pues sepan que estoy aquí para defenderle.

D. CES. ¿Tú?... Me parece muy bien...

ESCENA IX

DICHOS; LORENZA, presurosa por el fondo.

LORENZ. Señor, ahí está.

D. CES. ¿La Duquesa?

LORENZ. El coche acaba de parar en el portón. Viene con ella una criada; detrás un carro cargado de baules.

D. CES. Yo me escabullo. Adiós. (Vase por el comedor.)

D. JOSÉ La recibiré aquí. (Vase Lorenza.) Por si come en casa, conviene que en la cocina se esmeren un poco. Manda por una lata de conservas... café superior, azúcar fino.

RUFINA Sí, sí.

D. JOSÉ Y cuida de poner un bonito ramo en la mesa.

RUFINA Descuida. ¿Me quedo?

D. JOSÉ No; Rosario querrá hablarme á solas. Después la verás. Vete á la iglesia.

RUFINA Voy, sí... (Vase por el comedor. Aparece Rosario por el foro.)

### ESCENA X

DON JOSÉ, ROSARIO, en traje de viaje, muy elegante.

ROSARIO Señor de Buendía...

D. JOSÉ (Abrazándola.) ¡Rosario, hija mía!

ROSARIO (Examinándole el rostro.) Viejecito, sí... pero muy bien conservado. ¡Qué hermosa ancianidad!

D. JOSÉ ¡Y qué hermosa juventud! (Se sientan.)

ROSARIO Parece que veo á mi abuelito... ¿Se acuerda usted?

D. JOSÉ (Con recordar penoso.) ¡Ah...!

ROSARIO Y á mi padre.

D. JOSÉ ¡Pobre Mariano! Si hubiera hecho caso de mí no te verías hoy en tan triste situación. Pero tanto á él como á tu mamá, las verdades de este viejo predicador, por una oreja les entraban y por otra les salían. Durante el tiempo que administré los cuantiosos bienes de la casa de San Quintín en esta provincia, luché como un león para poner orden en el presupuesto de la familia. ¡Ay! era como poner puertas al campo. Tuve que dejar la administración. Enfriáronse nuestras relaciones, y al fin

dejé de escribirle... no te acordarás... cuando salió á remate la Juncosa.

ROSARIO ¡Ay, qué tristeza al pasar hoy por la Juncosa! ¡Y pensar que aquellas hermosas arboledas fueron mías, y el monte, y las marismas!... Allí, en aquel caserón que parece un castillo feudal, con sus hiedras, su muro almenado, su soledad misteriosa y su romanticismo, pasé los mejores días de mi infancia. Y ahora, la Juncosa, y San Quintín, y el palacio de leyenda...

D. JOSÉ (Premioso.) Son míos... sí. Yo se los compré al rematante. Otras fincas valiosas de San Quintín han venido á mi poder por los medios más legítimos. La maledicencia, hija mía, que nada respeta, ha querido ofenderme, susurrando que hice préstamos usurarios á tu familia...

ROSARIO ¡Oh, no!... Si cité el caso de hallarse nuestra propiedad en manos de ustedes, no ha sido en son de censura, no... Señalo un caso, un fenómeno...

D. JOSÉ Fenómeno muy natural, y que está pasando todos los días. La riqueza, que viene á ser como la anguila, se desliza de las manos blandas, finas, afe-minadas del aristócrata, para ser cogida por las manos ásperas, callosas del trabajador. Admite esta lección, y apréndetela de memoria, Rosario de Trastamara, descendiente de príncipes y reyes, mi sobrina en segundo grado...

ROSARIO Y á mucha honra...

D. JOSÉ Y añadiré, para que la lección agarre más en tu mente, que mi padre fué un triste pastelero de esta villa... No creas que carecía de timbres nobiliarios... Dice la tradición que inventó... ¡que inventó! (con orgullo) las sabrosas rosquillas que dan fama á Fí-cóbriga.

ROSARIO ¡Oh!...

D. JOSÉ Sesenta años há, cuando tu abuelo, el Duque de San Quintín, escandalizaba este morigerado país con un lujo estrepitoso, José Manuel de Buendía se casaba con Teresita Corehuelo, hija de confiteros honradísimos. Pues bien, el día de mi boda no tenía yo valor de cuatro pesetas. Y me casé, y pusieron-me á llevar cuenta y razón de las rosquillas, que entonces empezaron á exportarse, y gané dinero y supe aumentarlo, y fuí un hombre, y aquí metienes.

ROSARIO ¡Soberano ejemplo!

D. JOSÉ ¡Ah, si yo te hubiera cogido por mi cuenta!... (Con ademán de pegarle.) En fin, dime lo que te pasa; cuéntame.

ROSARIO ¡Ah, Sr. D. José, mis desdichas son tantas que no sé por dónde empezar! Á poco de perder á mi esposo, que era, como usted sabe...

D. JOSÉ Una calamidad. ¡Dios le tenga en su santísima gloria! Adelante.

ROSARIO Me ví envuelta en pleitos y cuestiones muy desagradables con mis tías las de Gravelinas, con mi primo Pepe Trastamara. Esto y la ruina total de mi casa, hicieronme la vida imposible en Madrid. Refugiéme en París, y allí nuevos disgustos, humillaciones, conflictos diarios, una vida angustiosa.

D. JOSÉ Ya, ya entiendo... Y que no habrás sufrido poco, pobrecilla, dado tu carácter altanero...

ROSARIO ¿Altanero?

D. JOSÉ Lo dice la fama.

ROSARIO ¡Ay! las desdichas me han abatido el orgullo más de lo que usted cree... ¡Si viera usted...! Siento en mí una vaga tristeza, la pena de haber nacido en la más alta esfera social. Y al mismo tiempo, me cruzan por aquí (por la mente) no sé qué ideas, y

sorprendo en mí aptitudes de mujer práctica, encerradita en un modesto hogar...

D. JOSÉ Un poco tarde, un poco tarde ya.

ROSARIO Apetezco la soledad, la quietud, la sencillez, vivir con verdad, sintiendo y pensando por cuenta propia...

D. JOSÉ Vamos; quieres retirarte del mundo. ¿Acaso te llama la vida religiosa?

ROSARIO Será quizás mi única salvación. Sobre esto quiero consultar á usted.

D. JOSÉ Lo pensaremos, lo discutiremos; calma. Oyeme: has venido á pedirme consejo, y yo, sin negarte el consejo, te doy una cosa que vale más; te doy asilo en esta humilde morada.

ROSARIO (Con efusión.) ¡Oh, gracias, gracias!...

D. JOSÉ Mientras resuelves si entras ó no en un convento, y en cuál ha de ser, te estás aquí tan tranquila.

ROSARIO Molestaré quizás.

D. JOSÉ Nada. Te juro que no he de alterar mis costumbres sencillotas. Donde comen cuatro, comen cinco. El clásico puchero: sota, caballo y rey; ya sabes. La casa es grandísima. Buenas vistas; luz, aire, alegría por todas partes.

ROSARIO No me tiente usted, señor de Buendía... ¡Cuánta dicha, qué dulce reposo, qué encanto!... ¡Y cómo me gustan estas casas patriarcales, este lujo del aseo, este nogal bruñido por el tiempo, y el trapo de manos hacendosas! (Levántase y mira por la vidriera del fondo.) ¿Pues y esa huerta? La he visto al pasar. ¡Qué delicia de manzanos, con tanta fruta! ¿Y el gallinero? ¿Y esa terraza, donde veo que planchan, bajo el fresco emparrado?... Y allá un hornito... Y un palomar con tanto *ru ru*... Esto es un paraíso. (Vuelve al lado de D. José.)

D. JOSÉ Además del reposo que ofrezco á tu espíritu enfermo, esta vida será para tí un curso de filosofía del hogar doméstico. El ejemplo de mi nieta te enseñará muchas cosas que ignoras.

ROSARIO (Batiendo palmas.) Sí, sí... He oído contar maravillas de esa preciosa joven...

D. JOSÉ Es un ángel, un verdadero ángel administrativo, y una gobernadora de casa que podría poner cátedra.

ROSARIO ¿Dónde está? Ya desco conocerla.

D. JOSÉ Luégo la verás.

ROSARIO Y aquí no tiene usted más familia.

D. JOSÉ También tengo á mi hijo.

ROSARIO ¡D. César! (Con repentino sobresalto, levantándose.)

D. JOSÉ Sí. ¿Qué te pasa?

ROSARIO Creí que su hijo de usted continuaba en Madrid.

D. JOSÉ Llegó el mes pasado.

ROSARIO (Muy inquieta.) No, no... No acepto su hospitalidad. Ese hombre y yo no podemos estar bajo un mismo techo.

D. JOSÉ ¡Pero qué tontería! ¿Por qué temes á César?

ROSARIO No es temor, es más bien repugnancia.

D. JOSÉ ¡Ah!... ya entiendo... Los rozamientos con tu papá hace algunos años...

ROSARIO (Muy nerviosa.) ¿Rozamientos? Es algo más. He visto á mi padre, ya casi moribundo, derramar lágrimas de ira, por no hallarse con fuerzas, delante del mismo Dios sacramentado, para perdonar á don César.

D. JOSÉ Es que tu papá era la misma exageración... Hija de mi alma, olvida... y perdona... ¡Bah! Yo te aseguro que mi hijo no te molestará. Mira tú, en el fondo, César no es mala persona. Pero no me ciega el amor paternal, y reconozco en él un gravísimo defecto.

ROSARIO ¿Cuál?

D. JOSÉ Su desmedida afición al bello sexo. Ha sido en él una enfermedad, un ciego instinto... Mujer que veía, mujer que deseaba. De ese defecto provienen todos sus errores, y los graves disgustos que nos dió á su pobre mujer y á mí.

ROSARIO ¡Qué calamidad de hombre!

D. JOSÉ Con una buena cualidad, hay que ser justos, atenúa esa locura; y era... que nunca les daba dinero, ó muy poco.

ROSARIO Quería que le amasen de balde... Y á propósito... Mi primo Falfán me habló de... Parece que D. César tiene un hijo...

D. JOSÉ El cual nos ha traído un problema grave.

ROSARIO Dígame: ¿Ese joven no es hijo de una italiana llamada Sarah, que murió hace bastantes años?

D. JOSÉ Justo. ¡Vaya unos regalos que me hace mi hijo!

ROSARIO Y luégo pretende usted que yo sea benévola con D. César, cuando usted mismo...

D. JOSÉ Pero tus agravios son pura cavilación, y además cosa ya pasada. Me haces una ofensa renunciando por tan fútil motivo á la hospitalidad que te ofrezco.

ROSARIO Ofensa no.

D. JOSÉ (Estrechándole las manos.) ¿Te quedas?

ROSARIO Por usted, por su nieta.

D. JOSÉ Bien. Yo cuidaré de que la vida te sea grata dentro de la humildad de este pacífico reino mío.

ROSARIO (Conmovida.) ¡Gracias, gracias! Sospecho, mi querido anciano, que ha de gustarme tanto, tanto esta vida, que al fin... tendrán ustedes que echarme.

D. JOSÉ (Bromeando.) ¡Bueno!... te echaremos cuando nos estorbes...

### ESCENA XI

DICHOS; LORENZA, RAFAELA, y dos mozos que traen cuatro baules.

D. JOSÉ Dejarlo todo aquí. (A Rosario.) Saca la ropa modesta que has de usar en mi casa. Lo demás déjalo guardado.

ROSARIO Así lo haremos.

D. JOSÉ (Señalando por la derecha primer término.) Ocuparás estas tres habitaciones, que fueron las de mi esposa. De esas ventanas verás el mar, la playa de baños.

ROSARIO Veámoslo. (Sale seguida de D. José por la derecha.)

LORENZA. (Á Rafaela.) Dígame: ¿todo eso viene lleno de ropa?

RAF. Claro: todo el tren de verano, y algo de entretiem-  
po. Total: veintisiete trajes.

LORENZA. ¡Oh! ¡qué rica debe de ser esa señora!

ROSARIO (Volviendo á entrar con D. José.) Hermosísimo. Rafaela, abre ese mundo. Quiero mudarme en seguida. Saca el traje de percal con lunares.

D. JOSÉ Vaya; ahora te quedas solita. Yo estorbo. Tengo que ir un rato al Ayuntamiento. (Á Lorenza.) Tú, mi sombrero. (Lorenza le da el sombrero.) Procura estar lista, y vete acostumbrando á la puntualidad.

(Á Lorenza.) No olvides... ya sabes... (Habla rápidamente en voz baja con Lorenza.)

RAF. (Que ha abierto uno de los baules y saca de él algunas ropas, que pone sobre las sillas.) Ahora que recuerdo: aquí no está el vestido azul con lunares.

ROSARIO (Señalando otro baul.) Ahí, tonta.

D. JOSÉ Esta es tu casa. Lorenza y todos mis criados, á tu disposición. (Besa la mano á Rosario, y vase por el fondo con Lorenza.)

ROSARIO Bien... (Con gracejo.) Ya está usted aquí demás.  
(Se quita el sombrero y lo pone encima de la mesa.)

### ESCENA XII

ROSARIO, RAFAELA

ROSARIO Sácame también un par de blusas.

RAF. (Forcejeando con la cerradura sin poder abrirla.) Señori-  
ta, no puedo abrirlo.

ROSARIO Pues déjalo. Saca la ropa de éste (el que está abierto),  
y la vas poniendo en aquel armario de nogal.  
(Señalando al interior por la puerta de la derecha.)

RAF. (Impaciente.) ¡Maldita cerradura!

ROSARIO Alguien habrá por ahí que te ayude. (Oyense fuertes  
golpes en la pared, por la derecha.) ¿Qué es esto?

RAF. Parece que derriban la casa.

ROSARIO Vamos; date prisa. Mira, yo lo sacaré. Vete á  
traerme agua. (Revolviendo en una bandeja de ropas  
que Rafaela, al salir, dejó sobre la silla.) Aquí está el de  
cuadros. Este no me gusta. (Lo saca; y al volverse  
hacia la derecha para extenderlo sobre una silla, ve á Víc-  
tor, que entra por la puerta derecha, segundo término,  
trayendo martillo, cortafíos y el metro. Rosario se asus-  
ta, da un ligero grito. Quédase Víctor suspense, inmóvil,  
contemplándola.)

### ESCENA XIII

ROSARIO, VÍCTOR, RAFAELA, que entra y sale varias veces durante la escena.

ROSARIO ¡Ah...! Es un operario... Dispense usted; me asus-  
té. Si hiciera usted el favor de abrir ese baul...

VÍCTOR (¡Ella es... sí!) (Continúa contemplándola extático.)

ROSARIO ¿Pero no oye lo que le digo? ¿Es usted el que daba  
esos martillazos en mis habitaciones?

ESCENA XI

DICHOS; LORENZA, RAFAELA, y dos mozos que traen cuatro baules.

D. JOSÉ Dejarlo todo aquí. (A Rosario.) Saca la ropa modesta que has de usar en mi casa. Lo demás déjalo guardado.

ROSARIO Así lo haremos.

D. JOSÉ (Señalando por la derecha primer término.) Ocuparás estas tres habitaciones, que fueron las de mi esposa. De esas ventanas verás el mar, la playa de baños.

ROSARIO Veámoslo. (Sale seguida de D. José por la derecha.)

LORENZA. (Á Rafaela.) Dígame: ¿todo eso viene lleno de ropa?

RAF. Claro: todo el tren de verano, y algo de entretiempo. Total: veintisiete trajes.

LORENZA. ¡Oh! ¡qué rica debe de ser esa señora!

ROSARIO (Volviendo á entrar con D. José.) Hermosísimo. Rafaela, abre ese mundo. Quiero mudarme en seguida. Saca el traje de percal con lunares.

D. JOSÉ Vaya; ahora te quedas solita. Yo estorbo. Tengo que ir un rato al Ayuntamiento. (Á Lorenza.) Tú, mi sombrero. (Lorenza le da el sombrero.) Procura estar lista, y vete acostumbrando á la puntualidad.

(Á Lorenza.) No olvides... ya sabes... (Habla rápidamente en voz baja con Lorenza.)

RAF. (Que ha abierto uno de los baules y saca de él algunas ropas, que pone sobre las sillas.) Ahora que recuerdo: aquí no está el vestido azul con lunares.

ROSARIO (Señalando otro baul.) Ahí, tonta.

D. JOSÉ Esta es tu casa. Lorenza y todos mis criados, á tu disposición. (Besa la mano á Rosario, y vase por el fondo con Lorenza.)

ROSARIO Bien... (Con gracejo.) Ya está usted aquí demás. (Se quita el sombrero y lo pone encima de la mesa.)

ESCENA XII

ROSARIO, RAFAELA

ROSARIO Sácame también un par de blusas.

RAF. (Forcejeando con la cerradura sin poder abrirla.) Señorita, no puedo abrirlo.

ROSARIO Pues déjalo. Saca la ropa de éste (el que está abierto), y la vas poniendo en aquel armario de nogal. (Señalando al interior por la puerta de la derecha.)

RAF. (Impaciente.) ¡Maldita cerradura!

ROSARIO Alguien habrá por ahí que te ayude. (Oyense fuertes golpes en la pared, por la derecha.) ¿Qué es esto?

RAF. Parece que derriban la casa.

ROSARIO Vamos; date prisa. Mira, yo lo sacaré. Vete á traerme agua. (Revolviendo en una bandeja de ropas que Rafaela, al salir, dejó sobre la silla.) Aquí está el de cuadros. Este no me gusta. (Lo saca; y al volverse hacia la derecha para extenderlo sobre una silla, ve á Víctor, que entra por la puerta derecha, segundo término, trayendo martillo, cortafíos y el metro. Rosario se asusta, da un ligero grito. Quédase Víctor suspense, inmóvil, contemplándola.)

ESCENA XIII

ROSARIO, VÍCTOR, RAFAELA, que entra y sale varias veces durante la escena.

ROSARIO ¡Ah...! Es un operario... Dispense usted; me asusté. Si hiciera usted el favor de abrir ese baul...

VÍCTOR (¡Ella es... sí!) (Continúa contemplándola extático.)

ROSARIO ¿Pero no oye lo que le digo? ¿Es usted el que daba esos martillazos en mis habitaciones?

- VÍCTOR (Sin poder disimular su alegría) ¡Vive aquí!...
- ROSARIO (Observándole con expresión de duda y curiosidad.) Pero...
- VÍCTOR Perdóneme usted, señora Duquesa. ¿Qué mandaba?
- ROSARIO (Confusa.) ¡Cosa más rara! ¡Yo conozco á este hombre!
- VÍCTOR (Advirtiendo la atención con que le mira Rosario.) Difícilmente me reconocerá en este traje.
- ROSARIO ¡Reconocerle!... Pues qué... ¿Le he visto yo á usted alguna vez?
- VÍCTOR Sí señora. (Sorpresa y mayor confusión de Rosario. Pausa.) En fin, ¿qué mandaba? (Entra Rafaela con dos jarros de agua.)
- RAF. Este baul es el que hay que abrir. (Vase por la derecha. Víctor examina la cerradura. Rosario no deja de mirarle.)
- ROSARIO (O yo me he vuelto tonta, ó en efecto... conozco á este hombre... ¿Pero quién es? ¿Dónde le he visto? Ese traje...)
- VÍCTOR (Que, después de varias tentativas, ha abierto la cerradura.) Ya está.
- ROSARIO Ahora, puede usted retirarse.
- VÍCTOR (Después de una pausa, dudando si atreverse ó no.) ¿Sin satisfacer su curiosidad?... Porque la señora Duquesa, en este momento, se devana los sesos por recordar dónde y cuándo me ha visto.
- ROSARIO Es cierto. (Atrevidillo es el mozo.)
- VÍCTOR Si la señora me lo permite, refrescaré su memoria con cuatro palabras.
- ROSARIO ¿Es usted el hijo de D. César?
- VÍCTOR Sí señora.
- ROSARIO Ya... ¿Y qué tal? Condenadito á trabajos forzados por su mala cabeza.
- VÍCTOR Sí señora.

- ROSARIO Pues sí, no puedo refrenar mi curiosidad. Dígame cómo y cuándo...
- VÍCTOR Ante todo, si por mi osadía he merecido su enojo, le ruego me perdone...
- ROSARIO (Con altanería.) Está usted perdonado... Vamos á ver. Contésteme.
- VÍCTOR ¿Dónde y cuándo he tenido el honor de que usted me vea?
- ROSARIO Sí...
- VÍCTOR ¿Y el honor más grande de que usted me hable?
- ROSARIO (Vivamente.) ¿Hablarle? Eso no.
- VÍCTOR Eso sí... óigame un instante. No siempre he vestido de obrero. Mi padre, hombre inflexible, me ha impuesto este traje... como correctivo... Criéme en Francia...
- ROSARIO (Vivamente.) Y en Biarritz quizás... me vió usted.
- VÍCTOR No señora... hace cinco años me mandó mi padre á Lieja á aprender mecánica. Concluidos los estudios teóricos, pasé á Seraing, y trabajaba en la gran fábrica que llaman Cockerill. Los sábados nos reuníamos tres ó cuatro muchachos de distintas nacionalidades, y nos íbamos á pasar el domingo, de jarana, en Amberes, Malinas ó Brujas. Un día, se dirigió la cuadrilla á Ostende. Era la época de los baños de mar. Juntado el poco dinero que teníamos, dimos unos cuantos golpes en la ruleta de la Cursaal, y la loca suerte nos favoreció.
- ROSARIO (Riendo.) ¿Ganaron?
- VÍCTOR Lo bastante para creernos ricos por unas cuantas horas. Éramos tres: un alsaciano, un suizo, y este humilde criado de usted. Resueltos á dar un bromazo gordo, nos instalamos aparatosamente en el *Hotel del Circulo de Baños*, haciéndonos pasar por príncipes rusos.



ROSARIO ¡Ah, valientes pillos! Ya, ya recuerdo... una tarde de Agosto... Me acuerdo, sí, del principillo ruso.

VÍCTOR Era yo. Invité á usted á dar un paseo por los jardines en un entreacto del concierto. Fuimos á la vaquería, charlamos un rato, y por la noche, en el baile, me permití... tuve la increíble audacia de hacer á usted una declaración amorosa.

ROSARIO (Riendo.) Sí, sí... y que fué de lo más volcánico y relampagueante... Ya me acuerdo... Pero diga usted... Si me pareció que hablaba usted alemán con sus compañeros...

VÍCTOR Hablo el alemán como el español.

ROSARIO Conmigo hablaba usted francés... lo mismo que un parisién.

VÍCTOR Sí señora...

ROSARIO ¿Gran facilidad para lenguas?

VÍCTOR Hablo también el inglés. Tengo ese don, á falta de otros. Desgraciadamente, en aquella ocasión ninguno sabía una palabra de ruso, y por esto y porque se nos acabó repentinamente el miserable metal, tuvimos que dejar nuestro disfraz y salir escapados en el primer tren de la mañana del lunes.

ROSARIO Y ya no nos vimos más.

VÍCTOR ¡Oh, sí!

ROSARIO (Con gran curiosidad.) ¿Pero cuándo?

VÍCTOR Aún falta mucho que contar.

ROSARIO ¿De veras?

RAF. (Entra por la derecha; señala otro baul.) También éste... no sé qué tiene. (Á Víctor imperiosamente.) Oye, abre también éste. (¡Qué obrerito más guapo!) (Coge ropa para llevarla.) Ya podías ayudarme á traer las bandejas.

ROSARIO Anda tú y déjale. (Mientras Víctor abre el otro baul.) (Si esto parece novela... ¡Qué gracioso! El prín-

cipe ruso de Ostende, en Ficóbriga abriéndome los baules.) (Vuelve á salir Rafaela llevando ropa.)

VÍCTOR (Con una rodilla en tierra, abriendo la cerradura.) ¿Sigo contando?

ROSARIO Sí, sí... Me cautiva todo lo que sale de los caminos trillados y vulgares. Pero cuidadito, no me cuente usted nada que no sea verdad.

VÍCTOR Si usted me conociera, señora, sabría que adoro la verdad, y que á ella lo sacrificio todo. (Abre el baul.) Ya está.

ROSARIO Adora la verdad, y se fingió ruso, y príncipe.

VÍCTOR Una broma de estudiante. ¡Ah, qué día de Agosto! Entonces era usted recién casada, y hermosísima.

ROSARIO Va pasando el tiempo.

VÍCTOR Y ahora es usted mucho más hermosa.

ROSARIO (Paréceme que se propasa.) Basta ya. Algo tendrá usted que hacer en otra parte.

VÍCTOR (Desconsolado.) Me despide... sin oír lo que... ¿Cree usted que se degrada oyéndome?

ROSARIO ¡Oh, no!... Hable, diga lo que quiera... Vamos, ¡qué picardías habrá usted hecho para que le tengan así!

VÍCTOR Reconozco que mi padre está en lo justo. He sido malo, sí.

ROSARIO Rebelde al estudio quizás.

VÍCTOR Sí señora... Yo no estudiaba, digo, estudiar sí, y mucho; pero solo. Leía lo que me acomodaba, y aprendía lo más grato á mi mente. Repugné siempre la enseñanza en escuelas organizadas; me resistí á ganar grados y títulos. Lo que sé, lo sé sin diploma, y no poseo ninguna marca de la pedantería oficial. En Bélgica aprendí muchas cosas con más práctica que teoría. Soy algo ingeniero, algo arquitecto... sin título, eso sí. Pero sé hacer una

locomotora; y si me apuran hago una catedral, y si me pongo, fabrico agujas, vidrio, cerámica...

ROSARIO ¡Cuántas habilidades, y venir á parar á esa triste condición de obrero!...

VÍCTOR Verá usted... En Bélgica me sedujo la idea socialista. Cautivóme un alemán, hombre exaltado, que predicaba la transformación de la sociedad; y tomé parte en una huelga ruidosa, pronuncié discursos, agité las masas... ¡Terrible campaña, que terminó con mi prisión...!

ROSARIO Bien merecido.

VÍCTOR Seis meses me tuvieron en la cárcel de Amberes. Mi padre me escribió echándome los tiempos, y negándome todo auxilio.

ROSARIO Y con razón. ¡Vaya que defender esas barbaridades! Pero usted no creía eso; lo defendía por pasatiempo, por travesura.

VÍCTOR No señora; lo creía... y lo creo. Al salir de la prisión, me fui á Inglaterra. Mas no pude consagrarme al estudio de mis caras doctrinas, porque en Londres tropecé con un español que se empeñó en reconciliarme con mi padre... y lo consiguió. Fué mi padre en busca mía, y me trajo á España y me plantó en Madrid.

ROSARIO ¿Y allí era usted también obrero?

VÍCTOR No señora, era señorito. Mi padre tomó mil precauciones para apartarme de la propaganda socialista. Yo alternaba con multitud de jóvenes de la mejor sociedad, algunos muy ricos. Por las noches, me ponía mi fraquecito, y al amparo de la democracia mansa que allí reina, tenía acceso en todas partes.

ROSARIO Ya... (Comprendiendo.) Y alguna vez quizás me vió usted... Pues no recuerdo...

VÍCTOR Yo sí... Además, la veía á usted constantemente en teatros, paseos, en la iglesia...

ROSARIO ¡También frecuentaba las iglesias...?

VÍCTOR Como todos los sitios donde podía ver á una persona que me fascinaba, que me volvía loco, que...  
(Entra Rafaela.)

RAF. (Todavía el obrerito aquí. ¡Qué le estará contando á mi señora!)

ROSARIO ¿Y en Madrid también predicaba usted la destrucción de la sociedad, y todos esos desatinos?

VÍCTOR Hacía propaganda oral y teórica; pero sin resultado.

RAF. (Recogiendo más ropa.) ¡Vaya si es guapo el obrerito! A éste le pesco yo, como tres y dos cinco.)  
(Sale llevando ropa.)

ROSARIO Vamos, que no se atrevía usted.

VÍCTOR Diré á usted con toda verdad, y sin altanería, que yo me atrevo á todo. Nada existe en lo humano, nada, nada que ponga miedo en mi corazón.

ROSARIO (Con admiración.) ¿De veras?

VÍCTOR Y las dificultades, los peligros, aumentan mi valor.

ROSARIO Bravísimo. Por valiente le tienen en esta esclavitud. ¡Sabe Dios las atrocidades que habrá usted hecho en Madrid!

VÍCTOR No, mi vida en Madrid era de lo más inocente... No vivía más que para seguir á la mujer que era mi encanto y mi suplicio, pues me fascinaba sin mirarme.

ROSARIO Y no le miraba á usted. ¡Qué pícaro!

VÍCTOR Desconocía... y desconoce... mi loca pasión.

ROSARIO Amor solitario, delirio, embuste.

VÍCTOR (Con calor.) Pasión de una realidad indudable, pues en ella he vivido y viviré; pasión de acendrada pureza, pues nunca esperé ser correspondido, ni lo

espero ahora; pasión en la cual tanto me enloquece la ausencia como la presencia de la soberana hermosa que...

ROSARIO (Echándose á reír.) Basta, basta. ¡Qué chaparrón de poesía! Deje usted que me guarezca... (Apártase de él.) Francamente, no creo en esas pasiones, que hasta en los dramas y novelas resultan ya de un gusto dudoso. ¡Prendarse insípidamente de una mujer de alta clase; espíar su coche; dar caza á su sombra en la calle, flechándola con miradas no devueltas, en paseos y teatros; adorarla en puro éxtasis nebuloso y...! Eso se lo cuenta usted... á quien conozca el mundo menos que yo.

VÍCTOR Se lo cuento á usted, porque es verdad y porque ha deseado saberlo. Vivo de esa ilusión y con ella moriré. Es la savia de mi existencia. No comprendo la vida sin la continua presencia de mi ídolo aquí, (en la mente) y aquí la llevo, y aquí la adoro, criatura sin semejante, prodigio de la Naturaleza, trasunto de la divinidad...

ROSARIO Já, já já... Pero, hombre, dígame usted quién es esa diosa. Quiero saber quién es. ¿Acaso la conozco?

VÍCTOR Perdone usted mi atrevimiento, que viene á ser la compensación de mi insignificancia. Quien nada es, ni nada tiene, ni nunca será nada tal vez, bien puede permitirse el don de la sinceridad, de la claridad.

ROSARIO No, si la sinceridad me gusta muchísimo. Es el mayor de los goces para quien ha vivido tanto tiempo en un mundo de ficciones y mentiras.

VÍCTOR (Con entusiasmo.) Bendita sea la boca que tal dice.

ROSARIO (Impaciente.) El nombre, venga el nombre.

VÍCTOR ¿Para qué?

ROSARIO Pronto... ¿quién es?

VÍCTOR No, no.

ROSARIO Mire que si usted no lo dice, lo digo yo, y le pongo la cara colorada. La dama de quien usted ha hecho un ídolo en tonto... (pausa) soy yo.

VÍCTOR ¡Oh!

ROSARIO Lo adiviné al momento. ¿Cree usted que yo no he leído novelas?

VÍCTOR Señora, observe usted que nada pretendo, que no tengo esperanzas, ni las tendré nunca.

ROSARIO Naturalmente.

VÍCTOR Y si lo que sabe le parece monstruoso, aplásteme con su indiferencia.

ROSARIO (Siempre con gracejo.) Hombre, tanto como aplastarle... Nadie se ofende por ser ídolo... más ó menos falso.

VÍCTOR Y lo que he dicho no excluye el respeto más vivo. Yo le juro á usted que no hablaré más de...

ROSARIO Sí, estas cosas no deben repetirse. Tanta poesía empalaga. Porque usted se cree socialista, y no es más que poeta, un poeta que quiere demoler el mundo y ponerme á mí de pasmarote sobre las ruinas. ¡Qué gracioso!

VÍCTOR No se cuide usted de mí, no me mire siquiera...

ROSARIO ¡Pero, hombre, también prohibirme que le vea! Si delante se me pone... no voy á cerrar los ojos cuando usted pase...

VÍCTOR Pues si mi existencia significa algo para usted, hágame su esclavo.

ROSARIO Eso sí... Empecemos. (Entra Rafaela por la derecha.) Haga el favor de ayudar á mi criada... (Señalando las bandejas de ropa que están sobre las sillas.)

RAF. (Dándose las.) Toma. Es tarde... Ya están ahí los señores.

VÍCTOR Mi padre, el abuelo. (Sale por la derecha llevándose ropa.)

ROSARIO (Con admiración y acento de entusiasmo.) ¡Atrevido como él solo!) (Entran por el fondo D. José y Rufina. Tras él, algo cohibido, D. César.)

#### ESCENA XIV

DICHOS; D. JOSÉ, RUFINA, D. CESAR

D. JOSÉ (Presentando á Rufina.) Mi nieta,

ROSARIO ¡Qué linda! (Se besan cariñosamente.)

D. CES. (Quedándose en el fondo hacia la derecha, contempla á Rosario con arrobamiento. Avanza y hace una gran reverencia, á la cual contesta Rosario friamente.) ¡Qué hermosa! ¡Brava mujer! (Entran de nuevo por la derecha Rafaela y Víctor en busca de más ropa.) ¡Qué haces aquí? (Á Víctor con displicencia.) Á la fábrica pronto. Suspende el trabajo que te encargué... Y esta tarde puedes pasear. Pero lejos, lejos...

VÍCTOR (Retirándose por la puerta derecha, segundo término.) Bien, señor... Lejos iré, muy lejos...

D. JOSÉ (Á Rosario.) ¿Y qué... comemos? Es la hora.

ROSARIO (Con prisa.) Cinco minutos nada más. Salgo al instante. (Corre hacia su cuarto.)

D. JOSÉ Cinco minutos, niña. (Gritando hacia fuera.) ¡Lorenza, la sopa!

FIN DEL ACTO PRIMERO

#### ACTO SEGUNDO

Terraza en casa de Buendía.—Al fondo, una fila de manzanos y otros frutales, en *espalier*, con un hueco al centro, por donde entran los que vienen de la huerta.—En el forllo paisaje rústico.—Puertas laterales en primer término.—La de la izquierda, cubierta de enredaderas, da paso á las habitaciones de servicio, cocina y despensa, y junto á ella hay un hueco de emparrado, que conduce al sitio en que se supone que está el horno.—La de la derecha comunica con las habitaciones de los señores.—Á la izquierda, cerca del proscenio, una mesa grande que sirve para planchar y amasar.—Dos sillas y una banqueta de madera.

#### ESCENA PRIMERA

ROSARIO, RUFINA, LORENZA, las tres con mandil. La primera plancha una camisola. Lorenza la dirige y enseña. Rufina apila en una banqueta la ropa planchada ya.

LORENZ. Más fuerte, señora.

ROSARIO (Apretando.) ¿Más todavía?

LORENZ. No tanto... ¡Ah! las pecheras de hombre son el caballo de batalla.

ROSARIO ¡Qué torpe soy!

LORENZ. ¡Quiá! si va muy bien. Ya quisieran más de cuatro...

RUFINA No te canses. Lorenza concluirá.

ROSARIO (Fatigada, dejando la plancha.) Sí... No puedo más. Hoy, ya me he ganado el pan.

LORENZ. (Planchando con brío.) Concluyo en un periquete.

RUFINA Nosotras á guardar.

ROSARIO (Con admiración y acento de entusiasmo.) ¡Atrevido como él solo!) (Entran por el fondo D. José y Rufina. Tras él, algo cohibido, D. César.)

#### ESCENA XIV

DICHOS; D. JOSÉ, RUFINA, D. CESAR

D. JOSÉ (Presentando á Rufina.) Mi nieta,

ROSARIO ¡Qué linda! (Se besan cariñosamente.)

D. CES. (Quedándose en el fondo hacia la derecha, contempla á Rosario con arrobamiento. Avanza y hace una gran reverencia, á la cual contesta Rosario friamente.) ¡Qué hermosa! ¡Brava mujer! (Entran de nuevo por la derecha Rafaela y Víctor en busca de más ropa.) ¡Qué haces aquí? (Á Víctor con displicencia.) Á la fábrica pronto. Suspende el trabajo que te encargué... Y esta tarde puedes pasear. Pero lejos, lejos...

VÍCTOR (Retirándose por la puerta derecha, segundo término.) Bien, señor... Lejos iré, muy lejos...

D. JOSÉ (Á Rosario.) ¿Y qué... comemos? Es la hora.

ROSARIO (Con prisa.) Cinco minutos nada más. Salgo al instante. (Corre hacia su cuarto.)

D. JOSÉ Cinco minutos, niña. (Gritando hacia fuera.) ¡Lorenza, la sopa!

FIN DEL ACTO PRIMERO

#### ACTO SEGUNDO

Terraza en casa de Buendía.—Al fondo, una fila de manzanos y otros frutales, en *espalier*, con un hueco al centro, por donde entran los que vienen de la huerta.—En el forllo paisaje rústico.—Puertas laterales en primer término.—La de la izquierda, cubierta de enredaderas, da paso á las habitaciones de servicio, cocina y despensa, y junto á ella hay un hueco de emparrado, que conduce al sitio en que se supone que está el horno.—La de la derecha comunica con las habitaciones de los señores.—Á la izquierda, cerca del proscenio, una mesa grande que sirve para planchar y amasar.—Dos sillas y una banqueta de madera.

#### ESCENA PRIMERA

ROSARIO, RUFINA, LORENZA, las tres con mandil. La primera plancha una camisola. Lorenza la dirige y enseña. Rufina apila en una banqueta la ropa planchada ya.

LORENZ. Más fuerte, señora.

ROSARIO (Apretando.) ¿Más todavía?

LORENZ. No tanto... ¡Ah! las pecheras de hombre son el caballo de batalla.

ROSARIO ¡Qué torpe soy!

LORENZ. ¡Quiá! si va muy bien. Ya quisieran más de cuatro...

RUFINA No te canses. Lorenza concluirá.

ROSARIO (Fatigada, dejando la plancha.) Sí... No puedo más. Hoy, ya me he ganado el pan.

LORENZ. (Planchando con brío.) Concluyo en un periquete.

RUFINA Nosotras á guardar.

ROSARIO (Apilando en una bandeja de mimbres almohadas y sábanas.) Déjame á mí.

RUFINA No... yo... tú te cansas.

ROSARIO Que no me canso, ea. ¡Qué placer llenar los armarios de esta limpia, blanquísima y olorosa ropa casera!... y ponerlo todo muy ordenadito, por tamaños, por secciones, por clases... (Cogiendo la bandeja de ropa.) Venga. (Rufina le ayuda á cargársela á la cabeza.) ¡Hala!

RUFINA (Señalando por la derecha.) ¡Al armario grande de allá! (Sale Rosario por la derecha.)

LORENZ. Parece que no; pero tiene un puño... y un brío...

RUFINA ¡Ya, ya!

ROSARIO (Reapareciendo presurosa por la derecha.) Ahora, las sábanas.

RUFINA Ahora me toca á mí. (Cargando un montón de ropa. Vase por la derecha.)

ROSARIO ¿Y yo? Lorenza, dame la plancha otra vez. Me habéis acostumbrado á no estar mano sobre mano, y ya no hay para mí martirio como la ociosidad.

LORENZ. Si estoy acabando.

RUFINA (Por la derecha resueltamente.) Con que... señora duquesa de San Quintín, concluyó el planchado. ¿Qué hacemos hoy?

LORENZ. Manteca.

ROSARIO No; hoy toca rosquillas. D. José lo ha dicho.

RUFINA Y ya mandé á Víctor que encendiera el horno. (Lorenza recoge la última ropa, y la lleva adentro: después va retirando los utensilios de plancha.)

ROSARIO Hoy me pongo yo á la boca del horno, yo, yo misma... y ya verás... (Indica el movimiento de meter la pala en el horno.)

RUFINA No... tú no sabes; no tienes práctica y quemarás la tarea. Déjame á mí el horno.

ROSARIO Bueno, bueno. (Con inquietud infantil, haciendo movimiento de amasar sobre la mesa.)

LORENZ. ¿Amasan aquí?

ROSARIO Aquí, que está más fresco.

RUFINA Y Víctor se encargará de llevarme la masa.

ROSARIO ¿Pero le dejarán venir acá?

RUFINA Si está ahí. (Señalando á la huerta.) Papá le ha mandado arreglar la esparraguera, y replantar el frenal viejo.

ROSARIO ¿Qué? ¿también entiende de horticultura?

RUFINA De todo entiende ese pillo. (Va hacia el fondo, y llama, haciendo señas con la mano.) ¡Eh, Víctor!

ROSARIO ¡Eh, señor socialista, señor nivelador social, venga usted acá!

## ESCENA II

DICHAS; VÍCTOR por el fondo.

VÍCTOR ¿Qué mandan las lindas proletarias?

RUFINA Que te prepares. Necesitamos de tu co... operación revolucionaria y disolvente.

ROSARIO Somos las hordas populares... Pedimos pan y trabajo; y como no nos dan el pan, lo hacemos; pero no para que se lo coman los ricos.

VÍCTOR (Riendo.) ¿Van á hacer pan?

ROSARIO Rosquillas, hombre, para el pueblo soberano. (Señalándose á sí misma.)

RUFINA Y traerás aquí la tabla de amasar, las latas y todos los adminículos.

ROSARIO Y luego usted se dignará llevar la tarea á la boca del horno.

VÍCTOR Encendido está ya. Parece un corazón enamorado. Conviene esperar á que se temple.

- ROSARIO Con el frío de la sana razón.
- RUFINA Vuélvete á la huerta. No diga papá que te entretenemos.
- VÍCTOR (Contemplando extático á Rosario.) (¡Divina, sobrenatural mujer...! ¡Miserable de mí!) ¿Me llamarán luego? ¿Es de veras que me llamarán?
- ROSARIO Sí, hombre, sí.
- VÍCTOR Pues abur. (Vase por el fondo.)
- RUFINA ¡Qué guapo y qué simpático!
- ROSARIO Sí que lo es. Corazón grande, alma de niño.
- LORENZ. (Que ha entrado y salido repetidas veces en la escena, llevando los trastos de planchar.) Señoritas, no olvidarme las gallinas. Es hora de darles de comer.
- ROSARIO Sí, vamos. (Al ir hacia el fondo son detenidas por don José y el Marqués, que entran. Vase Lorenza por la izquierda.)

### ESCENA III

ROSARIO, RUFINA; D. JOSE, EL MARQUES

- D. JOSÉ Aquí la tiene usted.
- EL MAR. (Riendo de la facha de Rosario.) Já, já já... Rosarito, ¿eres tú? ¡Increible metamorfosis!
- ROSARIO (Por D. José.) Aquí tienes al autor del milagro.
- D. JOSÉ ¿Qué cree usted? Se levanta á las cinco de la mañana.
- EL MAR. Justamente á la hora á que se acostaba en Madrid.
- ROSARIO ¿Y tú qué tal?
- EL MAR. Ayer me instalé en los baños, y mi primera visita en la gran Ficóbriga es para la nieta de reyes, hoy aprendiz de planchadora.
- D. JOSÉ Se pasa el día de faena en faena, vida gozosa, entretenida y saludable.

- EL MAR. Sí que lo será. ¿Me admiten en la partida?
- RUFINA Mire usted que aquí se trabaja de veras.
- D. JOSÉ Diga usted que también se divierten, triscan y retozan.
- ROSARIO ¡Ay, ayer tarde, por el monte arriba, qué espectáculo, qué pureza de aires, qué aromas campesinos! Nunca he sentido tan grande amor á la Naturaleza y á la soledad.
- EL MAR. Pues en los baños me dijeron que una tarde, al subir al monte, por poco te matas.
- ROSARIO ¿Yo?
- RUFINA No fué nada.
- D. JOSÉ Una torpeza de Víctor. Ya le he reprendido. Empeñose en llevar el burro por un desfiladero...
- RUFINA No fué culpa de Víctor. ¡Vaya! ¡que todo lo malo lo ha de hacer el pobre Víctor!...
- ROSARIO Fué culpa mía. Yo, yo misma le mandé que me llevara por aquellos riscos. Por poco nos despeñamos, amazona, burro y borriquero... En fin, gracias al arrojito de ese valiente muchacho, no pasó nada.
- D. JOSÉ Ni volverá á ocurrir. Ya tendrá cuidado.
- ROSARIO Y finalmente, Currito Falfán, primo mío, vástago ilustre de la segunda rama de los Otumbas, ¿quieres ayudarnos á hacer rosquillas?
- EL MAR. (Riendo.) ¿De veras?... ¿Pero tú...?
- D. JOSÉ Amasa que es un primor.
- EL MAR. Ayudaré... á comerlas. Y acepto también la invitación de D. José, que sostiene que no hay sidra como la suya...
- D. JOSÉ (Ponderando.) Hecha en casa. ¡Verá usted qué sidra!
- ROSARIO Y ahora, al gallinero.
- EL MAR. Espérate, hija, tengo que hablarte. ¿Acaso valgo menos que las aves de corral?
- RUFINA Quédate. Yo iré. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

DICHOS menos RUFINA; D. CESAR, presuroso por el fondo. Después LORENZA, por la izquierda.

- D. CES. ¿No ha venido Canseco...? Hola, Marqués... (Receloso y displicente.) ¡Aquí otra vez este botarate!
- D. JOSÉ El notario no puede tardar.
- EL MAR. Dígame, D. César, ¿es cierto que compra usted los dos caballos de tiro, y la yegua del Marqués de Fonfría, que hoy salen á subasta?
- D. CES. (Con vanidad.) Sí señor... ¿Y qué?
- D. JOSÉ ¿Pero te has vuelto loco? ¡Caballos de lujo... tú!
- D. CES. Yo, yo... El señor Marqués, tan perito en asuntos caballares, me dará informes...
- EL MAR. Con muchísimo gusto.
- D. JOSÉ (Asustado.) ¿Pero te ha entrado el delirio de grandezas? César, vuelve en tí.
- EL MAR. Los dos de tiro, *Eclair* y *Nestor*, son de la yeguada de mi hermano, media sangre. La yegua *Sarah* fué mía. Procede de las cuadras del Duque de Northumberland... pura sangre, fina como el coral, y veloz como el viento. (Rosario limpia la mesa, y acaba de retirar algunos objetos que sobran.)
- D. CES. Me dará usted, si no le molesta, la filiación exacta de los tres animales...
- EL MAR. La tengo en mi libro, y los datos de alzada, edad... Compre usted sin miedo: es verdadera ganga.
- D. JOSÉ (Inquieto.) ¿Pero no es broma?... ¡Despilfarro mayor!
- ROSARIO (Acercándose al grupo.) D. César piensa poner coche á la *gran D'Aumont*, para que se pasee por Ficóbriga *Rosita la Pescadera*.
- D. CES. Se paseará... quien se pasee.

- EL MAR. ¿Pero se casa? ¡Oh, Providencia!
- D. JOSÉ (Malhumorado.) Como la elección no sea buena, vale más no pensar en ello.
- ROSARIO ¿Casarse?... Si dice que se va á morir pronto.
- EL MAR. Mejor para encontrar novia.
- D. CES. Todavía daré alguna guerra. (Á Rosario bruscamente en tono afectuoso.) Rosarito, no trabaje usted tanto, que se le estropearán las manos.
- ROSARIO ¿Y á usted qué le importa?
- D. CES. Me importa... puede importarme mucho. Y no debe andar usted tanto al sol si quiere conservar la finura de su cutis.
- D. JOSÉ Si así está más bonita.
- EL MAR. Más pastoril, más campestre.
- D. JOSÉ (Regañón.) A buenas horas te entra la manía de lo aristocrático.
- ROSARIO Cuando á mí me da por lo popular.
- D. CES. Rosarito de mi alma, no me lleve usted la contraria. Ya sabe que la quiero bien, que...
- D. JOSÉ (Incomodado.) Ea, basta de bromas.
- D. CES. Si no es broma. (Á Rosario.) ¿Ha tomado usted á broma lo que le he dicho?
- EL MAR. ¿Pero qué es ello? (Bromeando.) D. José, esto es muy grave.
- D. JOSÉ Insisto en que mi hijo no tiene la cabeza buena.
- D. CES. Y hay más...
- D. JOSÉ (Alejándose airado.) No quiero, no quiero saber más locuras. Tendría que tratarte como á un chiquillo. Marqués, ¿probamos ó no probamos esa sidra?
- EL MAR. Estoy á sus órdenes.
- D. JOSÉ Voy un instante á la bodega. Le espero á usted en el comedor. (En la puerta mirando á D. César.) ¡Calamidad de hijo! ¡Ah, veremos, veremos quién puede más!) (Vase por el fondo.)



LORENZ. (Por la derecha.) El señor de Canseco.

D. CES. Que pase á mi cuarto. (Á Rosario.) Tengo que ocuparme de cosas graves. Hablaremos luégo. (Al Marqués.) Dispéñeme. No se olvidará usted de mandarme...

EL MAR. ¿El registro de caballos?... Sí, sí. Descuíde.

D. CES. Hasta ahora. (Vase por la derecha.)

### ESCENA V

#### ROSARIO, EL MARQUÉS

ROSARIO (Viendo alejarse á D. César.) ¿Has visto qué cócora de hombre?

EL MAR. Juraría que se ha prendado de tí.

ROSARIO Tengo esa desdicha.

EL MAR. ¿Y se ha declarado?

ROSARIO Salimos á declaración por día, en diferentes formas. Ayer, en una carta larguísima, fastidiosa y con muy mala gramática, me hizo proposición de casamiento.

EL MAR. ¡Y tú...!

ROSARIO ¡Cállate, por Dios! Te juro que antes me casaría con un albañil, con un peón, con un presidiario que con ese hombre.

EL MAR. Bien dicho. Todo antes que esta dinastía de pasteleros enriquecidos. El que inventó las rosquillas debió de ser un excelente hombre. Pero la raza ha ido degenerando, y D. César es rematadamente protervo. Tú le odias; yo más.

ROSARIO No; yo más. Reclamo el privilegio. Las mordeduras de ese reptil han sido más venenosas para mi familia que para la tuya.

EL MAR. ¡Ah! tú no sabes... No quiero hablarte de la humi-

llación en que he vivido diez años, sufriendo sus perfidias, y sin poder defenderme. Luégo, el maldito, con refinada hipocresía, afectaba una adhesión servil á mi persona; y después de jugarme una mala pasada, se deshacía en cumplidos y protestas de amistad... ¡Y qué solapada astucia para fiscalizar mis actos, qué aptitudes de polizonte...! Nada, que no me dejaba vivir... Me seguía los pasos... Era mi sombra, mi pesadilla. ¿No te conté aquel caso?... ¡Ah! verás. Logró apoderarse de siete cartas mías, dirigidas á la Estéfani...

ROSARIO Y se las mandó á tu mujer. Lo supe, sí.

EL MAR. Tenía que enviar á Dolores una cantidad en billetes. Dentro del sobre puso las cartas.

ROSARIO ¡Infamia mayor! ¿Y no le mataste?

EL MAR. Me fuí á él como un tigre... Habías de verle y oírle, tembloroso, servil, queriendo encubrir la cobardía con la lisonja... Juróme que se había equivocado... que las cartas pensaba mandármelas á mí. En efecto, bajo otro sobre me mandaba una nota de réditos...

ROSARIO Debiste ahogarle.

EL MAR. Debí... sí... pero ¡ay! aquella noche necesitaba yo dos mil duros... Cuestión de honor... cuestión de pegarme un tiro si no los tenía.

ROSARIO Comprendo... ¡ah!

EL MAR. Y tuve que humillarme. Rosario de mi vida, nada envilece como cierta clase de deudas. No debas. Si para verte libre de tal suplicio, necesitas descender en la escala social, baja sin miedo, cástate con un guardia de consumos, ó con el sereno de tu barrio.

ROSARIO Tienes razón. He sido también esclava y mártir. Gracias á Dios, estoy libre... aunque pobre.

EL MAR. Y ahora, prima querida, resuelto á no morirme sin

dar á mi verdugo un bromazo como los que él me ha dado á mí, pongo en tu conocimiento que ya se la tengo armada.

ROSARIO ¿Un bromazo?...

EL MAR. Una equivocación de la escuela fina, del estilo de las suyas.

ROSARIO Cuéntame... ¿Qué es eso?

EL MAR. Una cosa tremenda...

ROSARIO (Con vivo interés.) Pues dímelo. ¿Es algún secreto?

EL MAR. Para tí no.

ROSARIO ¿Qué harás, pues?

EL MAR. (Temeroso de ser oído.) Destruir la ilusión de su vida. Ya sabes que anda por ahí un hijo...

ROSARIO Sí, le conozco; está aquí.

EL MAR. Por más señas, demagogo, sectario de la Commune, del ateísmo y del mismísimo infierno. Pues con todo, no será tan antipático como César.

ROSARIO En efecto, no es antipático. No parece hijo de tal padre.

EL MAR. ¡Toma! como que no lo es... como que no lo es... ¿Lo quieres más claro?

ROSARIO (Estupefacta.) ¡Qué me cuentas! (Pausa.)

EL MAR. Lo que oyes. Puedo probarlo. Es decir, lo que puede demostrarse es que la filiación del joven reformador de la sociedad, es un enigma, una equis...

ROSARIO (Con ardiente curiosidad.) Explicame eso... ¿Pero es de veras que...?

EL MAR. ¿Conociste á una tal Sarah Balbi?

ROSARIO ¿Italiana, institutriz en la casa de Gravelinas? A mamá oí hablar de esa mujer. Ya, ya voy comprendiendo. Y D. César la amó, y la creyó fiel...

EL MAR. Rarezas, anomalías de los caracteres humanos.

ROSARIO ¡Un hombre que tan bien conoce la moneda falsa, que entre mil centenes buenos encuentra el malo,

sólo con revolverlos sobre una tabla... no conocer á Sarah!

EL MAR. ¡Y tenerla por oro de ley!... Cegueras que impone el cielo como castigo.

ROSARIO ¿Pero tú, cómo sabes...?

EL MAR. Recordarás que hace pocos meses murió en casa el pobre Barinaga.

ROSARIO (Recordando.) Coronel de ejército, figura noble... barba blanca...

EL MAR. Por meterse en trapisondas políticas, acabó sus días en la miseria. Yo le recogí para que no fuera al hospital.

ROSARIO Ya, ya... Y ese infeliz tuvo amores con la italiana...

EL MAR. Sí.

ROSARIO Al mismo tiempo que D. César.

EL MAR. Dos días antes de morir, refirióme el pobre coronel su martirio. Porque verás. La amó locamente. Conservaba siete cartas de ella... ¡siete! fijate en el número, siete cartas, que me entregó.

ROSARIO ¿Y las tienes?

EL MAR. Como que ellas serán el cartucho de dinamita que pienso poner en las manos del caballero de las equivocaciones... ¡Ah! me faltaba decirte que Barinaga padeció el suplicio de los celos...

ROSARIO De modo que la tal Sarah le engañaba también...

EL MAR. El lo creía, ó lo temía... Era un misterio esa mujer... Misterio lleno de seducciones; me consta... Corramos un velo...

ROSARIO Sí, corrámoslo.

EL MAR. En las siete cartas, que yo llamo *las siete partidas*, se ve bien claro que explotaba la ceguera de D. César...

ROSARIO Con el argumento de su maternidad.

EL MAR. Que era en ella como una palanqueta para forzar aquella arca tan difícil de abrir.

ROSARIO ¡Horrible historia! ¡Y ese infeliz joven...! ¿Pero qué culpa tiene él? ¡Arrancarle su nombre, privarle de su fortuna!... No, no, primo, no hagas eso... déjale que...

EL MAR. La cosa es grave. No creas... Yo también dudo á veces...

ROSARIO (Cambiando súbitamente de idea.) ¡Oh, qué ideas me asaltan! Pues sí, debes...

EL MAR. ¿Opinas que...?

ROSARIO (Rectificándose con espanto de sí misma.) No, no...

EL MAR. Entonces, ¿te parece que...?

ROSARIO (Después de vacilar, afirma de nuevo.) Sí, sí... Siento en mí impulsos rencorosos, vengativos. Merece el tal D. César un golpe duro, muy duro, y no seré yo quien le compadezca... Esta aversión la heredé de mi padre...

EL MAR. Ya sé...

ROSARIO La heredé también de mi madre. Ese hombre se permitió hacerle proposiciones amorosas, y colérico y venenoso, al verse rechazado con horror, la calumnió infamemente...

EL MAR. ¡A quién se lo cuentas...! Dijo de ella...

ROSARIO (Indignada, tapándole la boca.) Cállate.

EL MAR. ¿Con que decididamente... *me equivoco?*

ROSARIO (Con firmeza.) Sí, sí.

EL MAR. El me ha pedido la filiación de la yegua... que también se llama Sarah... ¡Bromas del Altísimo, Rosario!... Pues este cura... *se equivoca*, y en vez de meter en el sobre...

ROSARIO Comprendido... (Turbada y confusa.) ¡Ay, no sé qué pensar... ni lo que siento sé! ¡Si supieras, primo, por qué camino tortuoso ha venido á te-

ner este asunto para mí un interés inmenso!

EL MAR. Sí, sí. Yo creo que en conciencia debemos...

ROSARIO (Con resolución.) ¿Harás lo que te mande?

EL MAR. ¿Qué es?

ROSARIO Dame las *siete partidas*.

EL MAR. ¿Y tú...?

ROSARIO Déjame á mí.

EL MAR. Te enviaré el paquetito con persona de confianza.

ROSARIO Tomo sobre mi conciencia el cuidado y la responsabilidad de la *equivocación*. (Sintiendo voces por la derecha.) Chist... Creo que el patriarca te llama.

EL MAR. (Presuroso.) ¡Ah! sí, la sidra... Quedamos en que te mando eso.

ROSARIO Sí, sí.

## ESCENA VI

DICHOS; D. JOSÉ por el foro; tras él LORENZA

D. JOSÉ Pero, Marqués, le estoy esperando...

EL MAR. Allá iba...

D. JOSÉ (Registrando con la mirada toda la terraza.) ¿No ha vuelto ese loco? (Á Lorenza.) ¿Y César?

LORENZ. En su cuarto. El señor de Canseco ha salido; dijo que volverá.

D. JOSÉ Ya... (Reconocimiento tenemos.)

EL MAR. ¿Pero no sabe usted lo mejor?

ROSARIO Que soy causa de su delirio, Sr. D. José de mi alma.

D. JOSÉ ¿Crees que no lo había comprendido? Hace días que me dió en la nariz el tufo del volcán.

ROSARIO Yo, triste de mí, no le he dado el menor motivo.

D. JOSÉ Ya me lo figuro... Hija mía, yo te suplico que hagas lo posible y lo imposible por quitarle de la ca-

beza esa idea caprichosa. Ni á él le conviene, ni...

ROSARIO Claro, ni á mí.

D. JOSÉ Yo deseo casarle con una mujer sencillota, sin pretensiones...

ROSARIO Alianza muy natural. Y así aseguramos el negocio del pescado.

D. JOSÉ No lo digas en broma. (Receloso.) ¡Si alentaré ésta su locura! Estaremos en guardia.)

### ESCENA VII

DICHOS; RUFINA por el fondo con una cesta de huevos.

RUFINA Hoy van ocho.

D. JOSÉ (Examinando embelesado los huevos, y mostrándolos al Marqués.) ¡Vea usted qué hermosura!

EL MAR. ¡Oh, sí!

D. JOSÉ Y puede usted asegurar que no hay en el mundo gallinas tan ponedoras como las mías.

EL MAR. Así lo proclamaré *urbi et orbe*, y ¡guay de quien lo ponga en duda!

LORENZ. (A Rufina.) Señorita, la llave para sacar el azúcar.

D. JOSÉ (Asombrado.) ¡Azúcar!

ROSARIO Claro... para las rosquillas.

D. JOSÉ ¡Ah! ya.

RUFINA Tarea de cinco libras, abuelito.

D. JOSÉ Pues una libra de azúcar. Saca el azúcar y la canela (Tentándose los bolsillos.) ¿Tienes tú las llaves? (Rufina da las llaves á Lorenza.) Libra y media de manteca, ¿sabes?... Primero separas las claras; bates bien las yemas con el azúcar, y cuando esté bien espeso, lo...

LORENZ. (Interrumpiéndole.) Si ya sé, señor...

D. JOSÉ Digo que haces tú la primera pasta, para facilitar-

les el trabajo... Anda. (Vase Lorenza.) Con que... señor Marqués, ¿vamos á probar la sidra?

EL MAR. *Andiamo...* y después me bajo al establecimiento. Con que abur. (A Rosario.) A trabajar se ha dicho. (Con intención.) Afinar bien la masa...

D. JOSÉ En marcha. (El Marqués le da el brazo. Vanse por el fondo.)

### ESCENA VIII

ROSARIO, RUFINA, VÍCTOR; después LORENZA

VÍCTOR (Que sale por la izquierda con una tabla de amasar, un rodillo y varias latas.) ¿Dónde pongo esto?

ROSARIO Aquí. ¿Y Lorenza, ha batido las yemas?

VÍCTOR En eso está. Las yemas y el azúcar: alegoría de la aristocracia de sangre unida con la del dinero.

ROSARIO (Con gracejo.) Cállese usted, populacho envidioso.

VÍCTOR ¿Está mal el símil?

ROSARIO No está mal. Luégo cojo yo las aristocracias, y... (con movimiento de amasar) las mezclo, las amalgameo con el pueblo, vulgo harina, que es la gran liga... ¿Qué tal? y hago una pasta... (Expresando cosa muy rica.)

RUFINA Pero ese pueblo, alias harina, ¿dónde está?

ROSARIO ¿Y la manteca, clase media, como quien dice?

VÍCTOR Voy por la masa.

ROSARIO Pero no nos traiga acá la masa obrera.

RUFINA Ni nos prediques la revolución social.

ROSARIO (Empujándole.) Vivo, vivo.

VÍCTOR A escape. (Vase por la izquierda.)

RUFINA (Arreglando la tabla de amasar y pasándole un trapo.) ¡Qué bueno es Víctor!

ROSARIO ¿Le quieres mucho?

RUFINA Sí que le quiero. ¡Qué hermoso es tener un hermano! ¿Verdad...?

ROSARIO (La mira fijamente. Suspira con tristeza. Pausa.) Sí. (Entra Lorenza con una jofaina y toalla, que pone al extremo de la mesa; detrás Víctor con la masa, que forma un bloque sobre una tabla.)

LORENZ. Ya está todo mezclado.

ROSARIO ¿Y bien cargadito de manteca?

LORENZ. Sí señora. (Pone la masa sobre la tabla y le da golpes con el puño.)

ROSARIO (Impaciente.) Yo, yo. (Apartando a Lorenza, golpea la masa.)

LORENZ. Antes de trabajar con el rodillo... así, así... (Indica el movimiento de ligar con los dedos.)

RUFINA Y le das muchas vueltas, y aprietas de firme para que ligue bien.

ROSARIO (Hundiendo las manos en la masa.) Si sé, tonta. Vete tú al horno. ¿Está bien caldeado?

LORENZ. Hay que verlo.

RUFINA Vamos.

ROSARIO En seguidita te mando masa. (Vánse Rufina y Lorenza por la izquierda, segundo término.)

### ESCENA IX

ROSARIO, VÍCTOR

ROSARIO (Suspendiendo el trabajo.) Gracias á Dios que estamos solos.

VÍCTOR Cortos instantes de felicidad para mí, robados á la soledad y á la tristeza de este presidio.

ROSARIO (Trabajando de nuevo.) Tengo que reírle á usted, caballero. Anoche, al volver de paseo por la playa con Rufinita y las sobrinas del cura, cuando se

hizo usted el encontradizo, me dijo usted cosas muy malas. He soñado con hordas populares desbordadas, con la guillotina y el saqueo...

VÍCTOR Eso no va con usted.

ROSARIO Porque soy pobre y nada tengo que saquear.

VÍCTOR No es por eso.

ROSARIO Vamos; que usted, cuando toquen á derribar ídolos, hará una excepción en favor mío. Porque este señor socialista escarnece sus ideas enamorándose locamente de una aristócrata.

VÍCTOR Locamente, sí.

ROSARIO ¡Traidor, desertor, apóstata! Eso es burlarse de los principios!...

VÍCTOR Pues me burlo...

ROSARIO Abandona un imposible por aspirar á otro.

VÍCTOR (Vivamente.) No, si yo no aspiro á nada. Sé que usted no puede amarme.

ROSARIO Pues si no puedo amarle, domínese; coja usted su corazón, y haga con él (apretando la masa) lo que hago yo ahora con esta masa insensible.

VÍCTOR Y después al horno de la imaginación...

ROSARIO (Vivamente.) Eso es lo que le pierde á usted.

VÍCTOR Al contrario, me salva. ¡Bendita imaginación! Mi único consuelo es cabalgar en ella y lanzarme por el espacio infinito, hacia la región de lo ideal, del pensar libre y sin ninguna traba. Delirando á mi antojo, construyo mi vida conforme á mis deseos; no soy lo que quieren los demás, si no lo que yo quiero ser. No me importan las leyes, porque allí las hago todas á mi gusto. Me instalo en el planeta más hermoso. Soy rey, semidiós, dios entero, amo y soy amado.

ROSARIO Basta. Eso me recuerda mi niñez, cuando, con mis amiguitas, jugaba yo á los disparates.

VÍCTOR ¿Qué es eso?

ROSARIO ¿Pero usted, de muchacho, no ha jugado á los desatinos? Es cosa muy divertida. Yo deliraba por ese juego. Vea usted; mis amigas y yo nos desafiábamos á cuál inventaba un disparate mayor; y la que sacaba de su cabeza un absurdo tal que no pudiera ser superado, esa ganaba. (La actriz determinará, conforme á la intención de cada frase, cuándo debe interrumpir y cuándo reanudar el trabajo.)

VÍCTOR ¡Qué bonito!

ROSARIO Jugüemos á los desatinos. A ver cuál de los dos inventa una cosa más disparatada.

VÍCTOR Más imposible.

ROSARIO Justo; la otra noche pensaba yo que era una hormiga, y que daba vueltas alrededor del mundo, siempre por un mismo círculo, hasta que al fin, con el roce de mis patitas, partía el globo terráqueo en dos... Imagínese usted el número de siglos que necesitaría para...

VÍCTOR (Riendo.) Sí... ¡Qué gracioso! Pues yo he pensado un desatino mayor. Que usted y yo vivíamos en un planeta donde los vegetales hablaban.

ROSARIO Y los animalitos echaban hojas.

VÍCTOR En que nosotros éramos como arbustos que caminaban, y nuestros ojos flores que reían, y nuestras bocas flores que besaban... En aquel extraño mundo, usted no era aristócrata.

ROSARIO Como que probablemente sería una calabaza, quizás una apreciable ortiga... Bah, sus disparates no valen nada, amigo Víctor. Se puede inventar un despropósito incomparablemente mayor.

VÍCTOR ¿A ver?

ROSARIO Un absurdo... vamos, que apenas se concibe. (Pausa. Se miran un momento.) Que yo, no en ese planeta

donde hablan las hierbas, sino aquí, en éste, pudiera llegar á quererle á usted, á simpatizar con sus ideas primero, con la persona después...

VÍCTOR Señora duquesa, ¿quiere usted que yo me vuelva loco?

ROSARIO ¿A que no inventa usted una barbaridad como esa?

VÍCTOR ¡Quererme usted... y...! Duquesa...

ROSARIO Ea, ya me empalaga usted con tanto *Duquesa, Duquesa...* Si sigue usted tan fino, las rosquillas van á salirme muy cargadas de dulce. Llámeme usted Rosario.

VÍCTOR ¿Así, con toda esa llaneza?

ROSARIO ¿Pero usted no sabe que la de San Quintín es también revolucionaria y disolvente? Sí señor, creo que todo anda muy mal en este planeta; que con tantas leyes y ficciones nos hemos hecho un lío, y ya nadie se entiende; y habrá que hacer un revoltijo como éste (amasando con brío), mezclar, confundir, baquetear encima, revolver bien (haciendo con las manos lo que expresan estos verbos) para sacar luego nuevas formas...

VÍCTOR ¡Admirable idea...! Yo voy más allá.

ROSARIO (Vivamente.) A donde va usted ahora, pero volando, es á ver si el horno está á punto.

VÍCTOR Sí que estará.

ROSARIO Vaya usted, le digo.

VÍCTOR (Sonriendo.) ¡Despótica! (Alejándose.)

ROSARIO No soy yo la despótica, sino la masa, la soberana masa. (Vase Víctor por la izquierda, segundo término.)

### ESCENA X

ROSARIO, después RAFAELA

ROSARIO (Dejando de amasar, coge el rodillo para extender la masa.)  
¡Ay Dios mío! (Suspirando fuerte.) ¡Si apenas me atrevo á decírmelo á mí misma! Pero es un hecho, y me lo digo, me lo confieso, me lo arrojo á mi propia cara... Las ideas de este hombre me seducen, me enamoran... No, no son las ideas, es la persona, es él... (Ha extendido la masa formando una placa sobre el tablero. Con el cuchillo saca una tira de masa. Suspende el trabajo, cogiendo entre los dedos un pedacito de masa, y trabajando maquinalmente, pensando en otra cosa.)  
¿Pero qué? Rosario, ¿no te avergüenzas de tu debilidad? ¡Enamorada de un pobre bastardo!... de un... ¡Ah! si yo pudiera hacer un mundo nuevo, sociedad nueva, personas nuevas, como hago con esta pasta las figuritas que se me antojan! (Examinando una figurita que ha moldeado rápidamente.) No, no; hay que aceptar el muñeco humano, como él es, como lo hicieron los pasteleros de antes... (Desahaciendo la figurita y estrujando la masa.) Aún no está bien ligada. (Arrolla la placa y pasa el rodillo de nuevo.) ¡Pobre Víctor!... ¡Qué destino el suyo! (Quédase meditando, las manos en el rodillo.)

RAF. (Por el foro con un paquetito.) De parte del señor Marqués. Encargóme que lo entregara en propia mano.

ROSARIO ¡Ah! las cartas... Sarah... (Sin poder cogerlo.) Pónmelo en el bolsillo del delantal.

RAF. (Poniendo el paquetito en el bolsillo.) ¿Quiere la señora que le ayude?

ROSARIO (Volviendo á formar la placa.) No, déjame sola. (Vase)

Rafaela.) Pues señor... causa espanto mirar el abismo que se abre entre Víctor y D. César. (Coge el cuchillo y hace tiras de masa. Quédase meditando, y suspende el trabajo.) ¿Me atreveré yo...? No... imposible...

### ESCENA XI

ROSARIO, VÍCTOR por la izquierda, segundo término.

VÍCTOR Dentro de dos minutos á punto estará.

ROSARIO (Distraída.) ¿Quién?

VÍCTOR El horno.

ROSARIO (Pónese á labrar las rosquillas, enroscando tiritas de masa.)  
Rosario, date prisa.

VÍCTOR Parecióme, al entrar, que hablaba usted sola.

ROSARIO Sí; y decía que es gran simpleza sacrificarlo todo á la verdad, y que el supremo arte de la vida consiste en amoldarnos ciegamente á este cúmulo de ficciones que nos rodea.

VÍCTOR No pienso lo mismo, y á toda mentira, cualquiera que sea su valor, le declaro guerra á muerte.

ROSARIO ¿Ama usted la verdad?

VÍCTOR Sobre todas las cosas.

ROSARIO ¿Y sostiene que la verdad debe imperar siempre?

VÍCTOR Siempre.

ROSARIO ¿Aunque ocasione grandes males?

VÍCTOR La verdad no puede ocasionar males.

ROSARIO Muy pronto lo ha dicho. Está usted muy puritano.

VÍCTOR Y usted muy preguntona.

ROSARIO Otra preguntita. Quiero enterarme de todos sus gustos y aficiones: ¿Ama usted el dinero, las riquezas?

VÍCTOR (Desconcertado.) Esa pregunta... hecha así... Pues según y conforme...

ROSARIO Usted es enemigo del capital... De modo que le será muy desagradable ver al pícaro capital entrándosele por las puertas. Cogerá usted un palo, y...

VÍCTOR Tanto como eso...

ROSARIO Vamos, que eso del odio al capital es música, sobre todo cuando el capital es propio... (VÍCTOR quiere hablar. Le impone silencio.) Aguarde y déjeme concretar la cuestión. Usted tiene una riqueza en perspectiva, una posición, un nombre... Si perdiera todo eso, ¿lo sentiría?

VÍCTOR Riqueza y pobreza serán igualmente buenas para mí si usted me quiere.

ROSARIO ¿Quererle yo! ¿Volvemos al disparate imposible?

VÍCTOR Volvamos á él, y dígame usted que es un imposible... posible.

ROSARIO (Mirándole fijamente.) ¡Ah! Víctor... Entre usted y yo se alza un fantasma odioso.

VÍCTOR (Asombrado.) ¡Un fantasma!...

ROSARIO Sí, y para destruirlo, fijese usted bien en lo que le digo, tendría yo que cometer un crimen.

VÍCTOR (Estupefacto.) ¡Un crimen!

ROSARIO Sí señor, un crimencito... el crimen de Ficóbriga. (Riendo.) ¡Qué cara ponel

VÍCTOR De veras no entiendo.

ROSARIO ¿Pero usted no sabe una cosa? Que yo soy muy mala; pero muy mala.

VÍCTOR Eso no. Es usted un ángel.

ROSARIO Un ángel capaz de matar; el ángel del asesinato, como llamaron á Carlota Corday.

VÍCTOR (Con creciente asombro.) ¿Usted... usted capaz de matar?

ROSARIO Sí.

VÍCTOR ¿A quién?

ROSARIO A usted.

VÍCTOR (Tomándolo á broma.) ¿A mí? Pues bien, de esa mano acepto yo la muerte, siempre que me traiga también el amor.

ROSARIO ¿Y no se enojará conmigo... si le mato?

VÍCTOR Nunca... Si lo duda, póngame usted á prueba... ¿Qué tengo que hacer yo?

ROSARIO (Presentándole una lata con rosquillas.) Por de pronto, llevarme la primera hornadita... (Alarmada al ver venir á D. César por la derecha.) ¡Ah! D. César... Di simulo.

## ESCENA XII

ROSARIO, VÍCTOR, D. CÉSAR

D. CES. (Con sequedad, sorprendido de ver á Víctor.) ¿Qué tienes tú que hacer aquí?

ROSARIO No le riña usted. Yo le mandé venir.

D. CES. Ocupación es esta, señora mía, más propia de chiquillos y mujeres... Su criada de usted...

ROSARIO La tengo ocupada en otras cosas.

D. CES. Pues venga la Pepita. Y tú... lleva eso, y después... ya sabes; esta misma tarde quiero tener el proyecto de drenaje de la huerta de abajo.

VÍCTOR Bien... (Retirándose.) (¡Insoportable tiranía!) (Vase por el fondo.)

## ESCENA XIII

ROSARIO, D. CÉSAR

D. CES. Entre usted y Rufina me tienen revuelta la casa con sus trabajitos de juguete, y sus...



ROSARIO A D. José no le parece mal lo que hacemos. Pero si á usted le disgusta...

D. CES. No, no. Usted manda aquí... Permítame que me siente. No puedo con mi alma. (Acerca una silla y se sienta junto á la mesa.)

ROSARIO Como me reprendía...

D. CES. ¡Reprender! no... Siga, siga usted, ya que tiene el mal gusto de rebajarse á menesteres tan impropios de su clase.

ROSARIO (Labrando las rosquillas con presteza.) Já, já... ¿Ahora sale usted con esa antigualla de las clases? Fíjese en que soy pobre, D. César... (suspirando) y hay que ir aprendiendo á ganarse la vida.

D. CES. Y siguen las bromitas. Señora Duquesa de San Quintín, usted hará sus cuentas...

ROSARIO Nunca he servido para la contabilidad.

D. CES. Quiero decir, reflexionará... Porque usted ha de casarse.

ROSARIO O no.

D. CES. Si busca su segundo esposo en la aristocracia, es fácil que vuelva á caer en manos de un desdichado como Gustavito. Yo soy hombre poco simpático, así, á las primeras de cambio, según dicen; pero después... ¡Oh, Rosarito! Yo la querré á usted con alma y vida; le daré una gran posición.

ROSARIO ¿Sabe usted que he tomado asco á las grandes posiciones?

D. CES. Fraseología.

ROSARIO Digo lo que siento. ¡Vaya con D. César! Al cabo de una vida consagrada á la usura, se le ha metido en la cabeza ser duque... Vamos, que si mi padre levantara la cabeza, y viera que usted me pide por esposa...

D. CES. Pues se alegraría.

ROSARIO Y si mi pobre madre resucitara...

D. CES. También se pondría muy contenta. Ea, Rosarito de mi alma, olvidemos antiguas discordias... que nunca tuvieron fundamento. Dígame, por Dios, qué debo hacer para disipar esa aversión...

ROSARIO Pues volver á nacer.

D. CES. Seré su esclavo, y me amoldaré á sus gustos y caprichos. Seré como esa masa blanda que usted coge entre sus deditos de rosa para hacer de ella lo que quiere.

ROSARIO Sería usted muy duro de amasar.

D. CES. Es que llevaría conmigo mucha azúcar.

ROSARIO Azúcar... dinero... ¡Ay, D. César, para endulzarle á usted no bastaría todo un Océano de miel de caña!

D. CES. Añadiríamos manteca superior, sentimiento, cariño, paz conyugal.

ROSARIO No, no; siempre resultaría un bollo muy amargo.

D. CES. (Levantándose y dando un golpe en el suelo con la silla.) ¡Diabólica pastelera, usted me vuelve loco! Juega conmigo como un gatito con un ovillo de algodón, y me enreda y me desenreda el alma, y me hace todo una maraña, un lío... y no sé lo que pienso, ni lo que siento... (Con entereza.) Ea, concluyamos.

ROSARIO Eso quiero yo, concluir.

D. CES. ¿Usted leyó mi carta?

ROSARIO Ya lo creo.

D. CES. ¿Y por qué no me contesta?

ROSARIO Tenga calma.

D. CES. ¿Más todavía? Me gustan las situaciones despejadas. Sí, ó no... Lo contrario de usted que, como aristócrata de lo fino, se pirra por lucir el ingenio flexible, y marea, sí, marea...

ROSARIO Gracias.

D. CES. No... si tengo de usted mejor idea de la que debiera tener... Creo firmemente que usted me contestará, que quizás ha escrito ya la contestación...

ROSARIO Puede ser...

D. CES. (Coquetea furiosamente, afectando despreciar lo que anhela... Si entiendo yo á estas mujeres...)

ROSARIO ¿Qué dice?

D. CES. (Alardeando de sincero.) Que usted juega conmigo... y con todo ese trasteo, me prepara una grata sorpresa. (Acércase á la mesa, y apoyando las manos en ella, contempla á Rosario de cerca, endulzando la voz.)

ROSARIO ¿Grata sorpresa?... ¿Está seguro de ello?

D. CES. Sí... Y usted me contestará con un sí muy redondo y muy bonito que me hará feliz... (Reparando en el paquetito que Rosario tiene en el bolsillo del delantal.) ¡Ah!... ¿Qué tiene usted ahí...? ¿una carta?...

ROSARIO Puede ser.

D. CES. (Apartándose de la mesa.) Ya, ya... Esa es la contestación que deseo. Si soy adivino, Rosario... Soy, por desgracia, perro viejo en achaque de diplomacia femenina.

ROSARIO Se conoce, sí.

D. CES. Les calo la intención, les cojo al vuelo los pensamientos...

ROSARIO ¡Qué pillín!... Pues adivíneme la respuesta que tengo aquí...

D. CES. Pues... apostaríá que accede... pero con mil circunloquios elegantes, y muchos tiquis miquis... El eterno procedimiento femenil. Mujer al fin... digo, dama.

ROSARIO Lo mismo da.

D. CES. (Mostrando gran impaciencia.) ¿Me permite usted que me acerque? (Sin aguardar el permiso, acércase á Rosario y mira el paquetito, del cual asoma la mitad.) Mucho

abulta... Veo mi nombre... Letra del Marqués de Falfán.

ROSARIO Si es un pliego que mi primo mandó para usted.

D. CES. (Descorazonado.) ¿Lo de los caballitos?... ¿Por qué no me lo entrega?

ROSARIO No puedo usar las manos.

D. CES. Pues permítame cogerlo. (Movimiento para coger el paquete. Rosario, con súbito sobresalto, lo impide, poniendo la mano sobre el bolsillo.)

ROSARIO No. (Pausa. Asombro de D. César.)

D. CES. Pero...

ROSARIO (No me atrevo, no... Cúmplase el destino, y triunfe la mentira.)

D. CES. (Muy serio.) Si ese paquete no es más que lo que creo, ¿por qué no me lo entrega usted?

ROSARIO (Sin saber qué decir.) Es que... (Con una idea feliz.) Acertó usted, D. César. Aquí tengo mi contestación. La junté con los papeles que me dió el Marqués, y lo até todo con esta cinta encarnada.

D. CES. (Impaciente y nervioso.) ¡Pues démela, por Cristo!

ROSARIO No, no.

D. CES. (Con acritud desdeñosa.) ¿Tan atroz es lo que usted me dice?

ROSARIO Naturalmente. Concreto mis agravios, como usted me pedía en su carta...

D. CES. (Mostrándose descarado y grosero.) Y saca usted á colación el caso de su papá... Si su papá de usted, el noble duque de San Quintín, tenía mucho que agradecerme á mí, sí señora. Le libré de ir á la cárcel... Y no soy yo de los que dicen ¡cuidado! que lo merecía... no soy yo, no...

ROSARIO (Nerviosa, balbuciente de ira.) ¿Y por qué dicen que es usted tan rastrero como venenoso?

D. CES. Y también me hablará usted de su madre...

- ROSARIO No la nombre usted. Sus labios manchan...  
D. CES. ¿Que manchan...? ¡Vamos, inocente!... ¿Usted qué sabe?  
ROSARIO (Furiosa.) Se atreve á repetir... ¡Oh, que no pueda una débil mujer ahogar al indigno...! (Detiénese, sofocando la ira. Le mira con desprecio.) D. César... no hablemos más. No merece usted consideración... ni lástima siquiera. (Dándole el paquete.) Tome usted eso.  
D. CES. Venga. (Lo toma.)  
ROSARIO Suplico á usted que me deje.  
D. CES. Bueno... Me retiraré... (Dirigese á la puerta de la derecha y se detiene vacilante, como descontento de sí mismo.) ¡Demonio! Estuve muy torpe... Me cogió la ira. (Queriendo reanudar la conversación.) Rosario...  
ROSARIO Basta.  
D. CES. (Humillándose.) Pero usted... ¿ha tomado en serio lo que dije? (Con hipocresía.) Sin pensarlo, una palabra tras otra, me voy corriendo, desvarío, llego á la broma impertinente. (Rosario se aparta, volviéndole la espalda.) ¿Pero qué... no quiere oirme? (Da algunos pasos hacia ella.) Es que... mi cabeza está muy débil... del no dormir, del no comer. Confundo los recuerdos... Cualquiera se equivoca... y más un pobre enfermo...  
ROSARIO (La bajeza de sus disculpas ofende más que sus ultrajes...)  
D. CES. ¿De veras no quiere que le explique...?  
ROSARIO (Con sequedad.) No.  
D. CES. ¿Me guarda rencor...?  
ROSARIO (Con desdén que tiene algo de compasión.) Ya... no.  
D. CES. (Alejándose hacia la puerta.) Leeré su respuesta, y hablaremos luego. Usted ha de hacerme justicia.  
ROSARIO ¡Justicia!... De eso se trata.

- D. CES. (Desde la puerta, mirándola con pasión.) (Fierecilla indómita, yo te cogeré... aunque sea con trampa. (Vase.)

#### ESCENA XIV

- ROSARIO, VÍCTOR, que aparece por la izquierda, segundo término, momentos antes de salir D. César, y se detiene acechando su salida.  
VÍCTOR Se fué... Paréceme que hablaban ustedes con cierta agitación. ¿Qué ocurre?  
ROSARIO (Turbada y confusa.) Nada, no...  
VÍCTOR (Cogiendo las latas.) ¿Llevo esto?  
ROSARIO (Se las quita.) No, ahora no. ¡Dios mío, lo que he hecho! (Lávase precipitadamente las manos en la jofaina.) Víctor, perdóname. No, no me perdonarás... Imposible.  
VÍCTOR (Alarmado.) ¿Pero qué...? ¿Qué hace usted?...  
ROSARIO Ya ves: lavarme las manos, como Pilatos... digo, no; soy culpable... las tengo ensangrentadas.  
VÍCTOR (Sin comprender.) ¡Rosario!  
ROSARIO ¡Ay, Víctor de mi alma! La verdad sobre todo... ¿No piensas eso tú?  
VÍCTOR Sí.  
ROSARIO ¿Siempre, y en todo caso?  
VÍCTOR Siempre, siempre.  
ROSARIO (Dejando la toalla, corre hacia Víctor y le pone ambas manos en el pecho, interrogándole con mirar cariñoso.) ¡Víctor!  
VÍCTOR ¿Qué?  
ROSARIO ¿Me querrás siempre, siempre?  
VÍCTOR (Fascinado y sin saber qué responder.) ¡Rosario!  
ROSARIO ¡Pero qué loca estoy, Dios mío! Le tuteo á usted... ¡Qué inconveniencia!

VÍCTOR Es la verdad que hierve y sale...

ROSARIO Sí, sí... Y ahora, vuelvo á repetir: ¿me querrá usted siempre, siempre, á pesar de...?

VÍCTOR (Vivamente.) ¿A pesar de qué?...

ROSARIO De... de esto. Porque el cariño de usted es lo que más estimo en este mundo; y estoy condenada, sí (Con vivísima emoción), á que usted me aborrezca.

VÍCTOR ¿Yo...? ¡Qué desvarío! ¡Pero qué...! ¿Llora usted?

ROSARIO (Secando sus lágrimas.) No, no.

VÍCTOR (Con pasión.) Impóngame usted los mayores sacrificios, la esclavitud más dura; sométame á pruebas dolorosas. Este amor no me parecerá bastante puro y grande si no padezco por él agonías de muerte.

ROSARIO (Con profunda tristeza.) No pida usted pruebas. Ya vendrán.

VÍCTOR Pero explíqueme usted...

ROSARIO No puedo decir nada. Me voy...

VÍCTOR (Queriendo detenerla.) No...

ROSARIO ¡Oh, déjeme usted...! Ahora voy... al horno. (Con risa forzada.) Ya ve usted, tengo que llevar... (Señalando las dos latas de masa), y quiero ver cómo ha salido mi hornada... Adiós... adiós. (Se aleja rápidamente por la izquierda, segundo término.)

ESCENA XV

VÍCTOR, agitadísimo.

Amor, sí, amor... Lo declara el centelleo de sus ojos, la vibración de su acento... ¿Me equivocaré? (Confuso.) No sé... (Meditando.) ¿Qué misterio es este que revolotea invisible en torno de mí?... Rosario... esta casa... mi familia...

ESCENA XVI

VÍCTOR, D. JOSÉ

D. JOSÉ (Por el foro.) Me huele á tostado... Esas locas han dejado pasar la tarea. ¡Ah, Víctor!

VÍCTOR (Con vehemencia.) Abuelo venerable, padre de mi padre, yo quiero ser otro; ya lo soy. Me declaro corregido, transformado...

D. JOSÉ Bien; pero hay que probarlo.

VÍCTOR ¿Lo duda? Disponga usted de mis actos, y también de mis pensamientos. Abjuro de todas las ideas que á usted le repugnaban; me someto, me identifico con la familia que ha de recibirme en su seno...

D. JOSÉ Cabalmente, hoy pensaba tu padre... Ya está ahí Canseco con el acta...

ESCENA XVII

DICHOS; CANSECO, por el foro; luego D. CÉSAR

CANSEC. Mi señor patriarca... Sr. D. Víctor...

D. JOSÉ (Reparando en el documento que Canseco saca del bolsillo.) ¿Es el acta?

CANSEC. Sí señor. (Se la entrega.)

D. JOSÉ (Llamando por la derecha.) César... hijo mío.

D. CES. (Que sale por la derecha, expresando en su rostro confusión y cólera, que difícilmente puede contener. Víctor y Canseco le contemplan aterrados.) ¿Qué quiere usted, padre?

D. JOSÉ (A D. César, dándole el documento.) Entérate. (D. César le echa la zarpa y lo arruga convulsivamente.) ¿Qué haces?

- D. CES. Lo que debo. (Rompe el papel y arroja los pedazos.)
- D. JOSÉ (Atónito.) ¿Pero hijo, qué es eso?
- D. CES. ¡Destruir, aniquilar...! ¡Oh, no, necio de mí! Fácilmente rasgo este papel... pero aquel oprobio, aquel engaño en que viví, ¿cómo romperlos y reducirlos á la nada? ¿Quién destruye el tiempo, quién los hechos alevés, la superchería infame, mi obcecación estúpida? (Aterrado mirando á Víctor que continúa á la izquierda del proscenio en expectación dolorosa y muda, y sin entender lo que ocurre.) ¡Ah... ahí está... ese fraude vivo, mi error de tantos años... Su persona, que hasta hace poco me era grata, ahora me abochorna, me aterral
- VÍCTOR (¡Dios! ¿Qué dice?)
- D. JOSÉ Hijo mío, tú deliras.
- D. CES. (Con desvarío, los ojos espantados.) Eso quisiera... delirar... soñar. Pero no, no. Ni aun me queda el consuelo de dudar.
- D. JOSÉ ¿Qué?
- D. CES. (Aparte á D. José en voz baja y lúgubre.) Es la propia evidencia, padre, la verdad viva. Es su letra, su fina escritura, bonita y pérfida; es ella misma, que sale del sepulcro, para revelarme su infame impos-tura.
- VÍCTOR (Comprendiendo por la actitud de D. César que pasa algo muy grave; pero sin entender lo que es.) ¿Qué misterio es éste? (Á Canseco que se aproxima.) ¿Le habrán dicho algo de mí? Calumnia tal vez...
- CANSEC. (Confuso.) No sé...
- VÍCTOR (Dando dos ó tres pasos hacia D. César.) Señor...
- D. CES. (Con terror.) No te acerques á mí.
- D. JOSÉ Víctor, ¿has dado algún disgusto á tu padre?

### ESCENA XVIII

DICHOS; RUFINA, ROSARIO por la izquierda, segundo término, Rosario permanece junto al emparrado, y no avanza hasta que Víctor queda solo.

- RUFINA (Corriendo hacia Víctor.) Chiquillo, ¿qué haces? Nosotras aguardándote allá.
- D. CES. Hija mía, apártate de ese hombre.
- RUFINA (Asustada.) ¿Por qué, papá...?
- CANSEC. D. César no quiere que nadie se le aproxime.
- RUFINA (Á su padre.) Papá, ¿qué ha hecho Víctor?
- D. CES. (Aparte á Rufina y á D. José.) Nada... Es inocente...
- RUFINA No entiendo.
- D. JOSÉ Yo sí... pero explícanos...
- D. CES. (Con gran desaliento.) No puedo... la verdad me quemaba los labios... Imposible que yo declare mi afrenta. (Cae desvanecido en un sillón.) Me siento muy mal... yo me muero. (Rodéanle todos menos Víctor.) Me falta valor para esta crisis de honra, de conciencia. No sé más que padecer, y maldecir mi destino, y culpar al cielo y á la tierra. (Con inquietud nerviosa se incorpora en el sillón, sostenido por D. José y Rufina.) ¡Oh, siento que por mis venas corre fuego, hiel, vergüenza!...
- VÍCTOR (Anonadado.) ¡Pavoroso enigma!... ¿Pero de qué me acusan, vive Dios? (Con rabia, cerrando los puños.) ¿De qué debo acusarme?
- D. CES. ¡Acusarte!... de nada, de nada... No, no digo nada, no puedo... Siento una cobardía que me abrumba... No puedo, no puedo...
- VÍCTOR ¡Dios mío!
- RUFINA (Abrazando á su padre.) ¿Estás enfermo?

D. JOSÉ Llévemosle adentro.

CANSEC. Y avisar al médico.

D. JOSÉ Sí, sí.

D. CÉSAR. (Conducido por D. José, Rufina y Canseco.) Hija mía...  
mi única verdad. (La besa, llevándola abraza.)

D. JOSÉ Vamos, ven. (Vánse por la derecha.)

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

### ESCENA XIX

VÍCTOR, ROSARIO

VÍCTOR (Airado, corriendo hacia la derecha.) No, no; yo quiero saber...

ROSARIO (Que avanza y le detiene.) Aguarda. Lo sabrás por mí.

VÍCTOR ¿Usted, Rosario, usted posee la clave de este horrible misterio?

ROSARIO Sí.

VÍCTOR ¿Y usted sabe...? ¡Oh, por lo que usted más quiera en el mundo, explíqueme...! Mi padre...

ROSARIO No le des tal nombre.

VÍCTOR ¿Por qué?

ROSARIO Porque no lo es.

VÍCTOR (Con espanto.) ¡Que no lo es!... ¡Que no soy...!

ROSARIO (Rápidamente.) No me pidas más explicaciones... No eres culpable. (Gravemente.) Los culpables no existen... Dios les habrá tomado cuenta.

VÍCTOR (Cubriéndose el rostro.) ¡Oh!... (Déjase caer en una silla.)

ROSARIO La vida humana es caprichosa, y nos sorprende con bruscas revoluciones y mudanzas. ¿No caen los poderosos, los magnates y hasta los reyes? Pues si los grandes caen, ¿por qué no han de caer también los pequeños hasta hundirse y desaparecer en la nada?

VÍCTOR (Sin oír lo que dice.) Las pruebas, las pruebas de eso... no sé lo que es.

ROSARIO Son irrecusables.

VÍCTOR (Agitadísimo.) ¿Quién ha manifestado á mi padre?... ¿á D. César?... quién... usted? ¿Con qué objeto, con qué fin?

ROSARIO Con el de la verdad. Creí que no me acusaría por esto quien ama la verdad sobre todas las cosas.

VÍCTOR (Confuso.) Sí; pero...

ROSARIO ¡La verdad, siempre la verdad! ¿Cabe en tu condición moral usurpar un nombre y una posición que no te pertenecen?

VÍCTOR ¡Oh, eso nunca!

ROSARIO ¿Y te causa pena la pérdida de esos bienes que creías poseer?

VÍCTOR Oh, sería un hipócrita si dijera que este golpe no me hiere en lo más vivo. Ahora, precisamente ahora, anhelaba yo nombre y fortuna para poder aspirar...

ROSARIO ¿Á qué?

VÍCTOR (Con grande abatimiento y amargura.) ¡Y me lo pregunta! ¡Con qué crueldad pone ante mis ojos, prolongada ya hasta lo infinito, la distancia que nos separa!

ROSARIO (Carinosamente.) Víctor, resignate... ¡Cuántas veces, charlando conmigo, protestabas de las jerarquías sociales, maldecías la propiedad, y hasta los nombres, ¡los nombres! vanos ídolos según tú, ante los cuales se inmolaban á veces los sentimientos más puros del alma! Pues bien, ya se ha realizado tu ideal, ya no tienes propiedad, ya no tienes nombre; ya no eres nadie.

VÍCTOR (Rehaciéndose.) ¿Nadie?... Oh, no tanto, no tan bajo. (Levántase bruscamente.) Fuera flaquezas impropias

de mí. Pasó, pasó la tremenda conmoción de la caída. Aún vivo: soy quien soy. (Con gran entereza.) Acepto con ánimo tranquilo las situaciones más difíciles y abrumadoras. No temo nada. El abismo en que caigo no me impone pavor, ni sus soledades tenebrosas me hacen pestañear... Creí poseer los bienes de la tierra, todos, todos, los que dan paz y recreo á la vida, los que estimulan la inteligencia, los que halagan ¡ay! el corazón. ¡Sueño, mentira! Mi destino lo quiere así... ¡Destino cruel, durísimo! (Con bravura.) Pues con todas sus durezas y crueldades, yo lo acepto, lo afronto, me abrazo á él para seguir viviendo... Adelante pues... ¿Qué soy... nadie? Bien... soy un hombre, y me basta.

ROSARIO Un hombre, sí, de inteligencia poderosa, de firme voluntad.

VÍCTOR ¡Mi voluntad! Ahí tiene usted el único bien que me queda.

ROSARIO (Con intención.) ¡Y algo más!

VÍCTOR Me queda un triste amor sin esperanza, ahora con menos esperanza que nunca... (Con gran vehemencia y profunda curiosidad.) Pero, dígame usted, Rosario de mi vida, por amor de Dios, ¿qué interés tenía usted en revelar á mi padre, á D. César, eso... eso...? no sé lo que es.

ROSARIO ¡Un interés grande, inmenso!

VÍCTOR ¿Cuál?

ROSARIO (Cohibida.) Que yo quería decirte...

VÍCTOR (Con ansiedad.) ¿Qué?

ROSARIO Una cosa que no podría decirte siendo hijo de ese hombre, que aborrezco. Entre el padre apócrifo y el hijo postizo, he abierto un abismo infranqueable. (Transición de ternura.) Y ahora que estás solito en el mundo, ahora que no tienes sobre tí la sombra

execrable de D. César de Buendía, puedo decirte que...

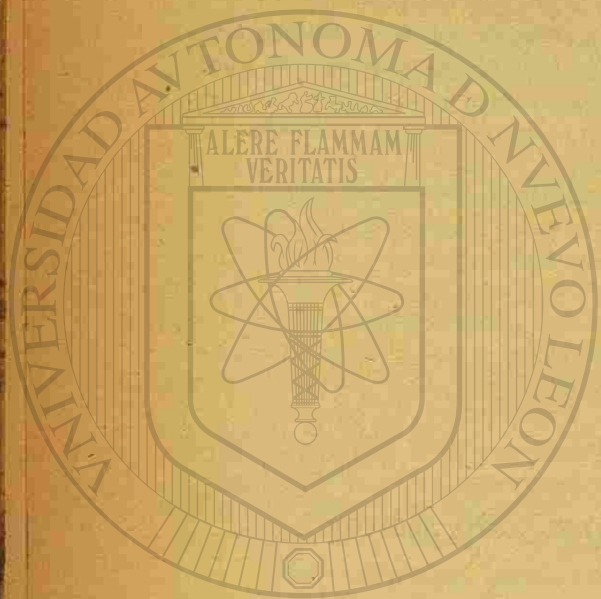
VÍCTOR ¿Qué?

ROSARIO (Con arranque de amor y entusiasmo.) Nieto de Adán, desheredado de la fortuna, huérfano... del mundo entero, pobrecito mío... (Pausa: clava los ojos en Víctor. Este abriendo los brazos va hacia ella.) te quiero...

VÍCTOR ¡Alma mía!

ROSARIO ¡Amor de mi vida! (Se abrazan. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

### ESCENA PRIMERA

**LORENZA**, arreglando la habitación; **RUFINA**, que entra por el fondo, con sombrero y traje de calle.

**RUFINA** ¡Qué animación, qué alegría!... ¡Cómo está de gente esa plaza, y todo el prado de San Roque, y la calzada de Lantigua hasta el santuario.

**LORENZ.** Sí, sí; pocos años se ha visto tan concurrido como éste la romería de Nuestra Señora del Mar. ¡Ay, mi 15 de Agosto, fiesta grande de Ficóbriga, quién te conoció en aquellos tiempos!... Hoy, todo se vuelve bullangas, borracheras, comilonas, mucha gente de tierra adentro y de mar afuera... pero devoción... lo que se llama devoción... eso que no lo busquen, porque no lo hay... Y qué... ¿llegaron las señoritas hasta la ermita?

**RUFINA** Trabajo nos costó romper por entre la muchedumbre... ¡Qué oleaje, qué remolinos!... Pero al fin llegamos, y ofrecimos a la Santísima Virgen los tres ramos de flores, los dos nuestros, y el tuyo. (Inquieta, mirando a la derecha.) Pero esta Rosario...

**LORENZ.** ¿No entró contigo?

**RUFINA** No; yo creí que había llegado antes.

**LORENZ.** No la he visto entrar.

**RUFINA** En el prado de San Roque me entretuvieron, charla que charla, las niñas de Lantigua. ¡Ay, qué picoterías! Cuando de ellas pude zafarme, Rosario no



estaba al lado mío... La busqué por los puestos y barracas de la feria, y nada. La señora Duquesa de San Quintín, sin parecer por parte alguna... Creí que se habría adelantado y que la encontraría aquí.

LORENZ. (Alarmada.) ¿Se habrá perdido entre el barullo de gente, y no sabrá volver á casa?

RUFINA. ¡Qué!... ¿Esa? Sabe llegar á donde quiere. No se pierde, no.

LORENZ. ¿Pero qué mala hierba ha pisado mi señora la Duquesa?... Ya no madruga, ya no trabaja; se pasa las mañanas cogiendo florecillas silvestres, y las noches haciéndole cucamonas á la luna, y contando las estrellas por ver si alguna se ha perdido.

RUFINA. Rarezas de su carácter.

LORENZ. Rareza es, y de las gordas, poner esa cara de entierro, teniendo motivo para estar más contenta que unas pascuas.

RUFINA. ¡Bah!... ¿Ya empiezas?

LORENZ. Sí... Que estamos acá poco enterados... Si en el pueblo no se habla de otra cosa.

RUFINA. ¿Qué... qué dicen?

LORENZ. Que pronto serás hijastra de una excelentísima señora

RUFINA. Quita, quita. No digas desatinos. ¿Tú qué sabes...?

LORENZ. Más que tú.

RUFINA. Lo ocurrido en casa, tú no lo entiendes, ni puedes entenderlo.

LORENZ. (Por sí misma.) A fe que es tonta la niña. (Con misterio.) Desde el día de la revolución de casa...

RUFINA. Cállate: no me lo recuerdes...

LORENZ. Desde el día en que repudiaron al señorito Víctor, dejándomele en la clase de pueblo soberano, ¡ay! en la casa de Buendía están pasando cosas muy raras. ¡Pobre joven! Cuando ya le íbamos tomando cariño, resultó que...

RUFINA. (Melancólica.) Que no es mi hermano. Para mí lo será siempre. Como á hermano le miré desde que vino á casa, y por tal le tendré mientras viva. Cuando sea monjita, y cada día me atrae más la vida religiosa, ... rezaré por él mañana y tarde, pidiendo al Señor que le conceda alguna felicidad... de la poquita que anda por esos mundos.

LORENZ. Bien se lo merece, ¡ángel de Dios! Nunca me olvidaré de aquella tarde en que le ví salir de casa para no volver más... Y no creas que iba caidito y con los humos aplacados... Lo que dije: para pueblo, paréceme demasiado altanero.

RUFINA. (Con interés.) ¿No has vuelto á verle?

LORENZ. No.

RUFINA. Díme la verdad.

LORENZ. Te juro que no.

RUFINA. ¿Y no has sabido nada de él?

LORENZ. Ni esto. Yo pregunto á cuantos obreros conozco, y ninguno me da razón.

RUFINA. ¡Cosa más rara!

LORENZ. Se habrá ido por esos mundos...

RUFINA. No, no. Está aquí. Canseco debe saber dónde, porque el abuelito y papá le han dado el encargo... esto me consta: lo he oído yo... han dado á ese señor notario, tan diligente como oficioso, el encargo de proponerle...

LORENZ. ¿Cómo?... ¿qué?

RUFINA. Verás. Yo le pedí por Dios al abuelo que no abandonara al pobre Víctor, y él... ¿á que no me aciertas lo que ha discurrido nuestro adorado patriarca? Pues... regalarle la *Joven Rufina*, que ya está lista para darse á la vela, bien cargadita de mineral, y con víveres para dos meses. Anoche le dijo al capitán que abriera registro para Boston ó Filadelfia,

con cargamento á la orden. Le dan el barco á Víctor, con escritura en regla, á condición de partir inmediatamente. La nave y cuanto contiene es suyo, y al llegar á los Estados Unidos puede venderlo, y comprar terrenos en el Oeste, y hacer unas fincas muy grandes, muy grandes...

LORENZ. ¡Ay, qué señor! ¡Qué manera de estar en todo, y darle á cada uno su por qué! Es la mismísima Providencia. Y el otro, ¿acepta?

RUFINA Pronto hemos de saberlo, porque el capitán de la fragata quiere salir en la pleamar de mañana.

LORENZ. (Apuntando una idea.) ¡Ay! ¿Estará D. Víctor á bordo?

RUFINA (Vivamente.) ¡Oh!... pues no se me había ocurrido... Hay que averiguarlo pronto, pronto.

LORENZ. Sí; por mi sobrino Juan, el contra maestre. (Va hacia el foro.)

RUFINA Oye. ¿Sabes que me inquieta la tardanza de Rosario?

LORENZ. Mandaré á Rafaela en su busca. (Mirando por el fondo.)

¡Ah! si ya está aquí. (Entra Rosario por el foro. Lorenza se detiene al verla, como queriendo entablar conversación.) ¿Buen paseito, señora Duquesa...?

RUFINA Anda, anda á lo que te encargué, y déjanos.

## ESCENA II

ROSARIO, RUFINA

RUFINA ¡Gracias á Dios! ¿Pero dónde te metiste?

ROSARIO (Desasosegada.) No me perdí, no... Es que... (Con gran viveza.) Dime, ¿sabes algo?

RUFINA Nada, hija.

ROSARIO Y esa Lorenza, que todo lo sabe, y en todo se mete, ¿no ha podido averiguar...?

RUFINA Todavía no.

ROSARIO (Inquietísima.) ¡Qué ansiedad! Desde aquel día... que no olvidaré nunca, no hemos vuelto á verle ni á sa-

ber de él. ¿Por qué se esconde? ¿Es que huye de mí?

RUFINA ¡Oh, no!

ROSARIO Sería mudanza inexplicable. Sus últimas palabras, al despedirse de mí y de esta casa, fueron de apasionada ternura, de cristiana entereza. No sé qué me llegó más al alma, si el cariño que me mostraba, ó la fiera arrogancia con que afrontar quería la adversidad... Pero después... ahora... esta desaparición... esta fuga, si en efecto ha partido... No sé qué pensar... ¡Si vieras qué cosas se me ocurren!...

RUFINA ¿Qué?

ROSARIO Que al encontrarse solo, su espíritu ha caído en el marasmo, en esa pereza que ahoga los sentimientos nobles, dejando crecer la desconfianza, la malicia, el rencor.

RUFINA ¡Oh, no creas eso!

ROSARIO Bien pudiera ser que el amor que le inspiré haya sido ahogado por el sentimiento del mal que le hice.

RUFINA Quitá, quitá: eso no puede ser. Más bien me inclino á creer que hayan torcido su voluntad las voces absurdas que corren por el pueblo.

ROSARIO Que yo me caso con tu papá... ¡Ridícula invención!

RUFINA De ello me hablaron esta tarde mis amiguitas, y cuantas personas encontré al volver á casa. Claro; si Víctor da en creer también...

ROSARIO No puede, no debe creerlo... ¡Qué afán, Dios mío!... ¡Si al menos tuviera la seguridad de que llegó á sus manos la carta que ayer le escribí!

RUFINA Se la di al carretero de la fábrica, que defijo revuelve toda la villa y sus alrededores por encontrarle.

ROSARIO ¡Quiéralo Dios!... Esta tarde, ¿por qué crees que me separé de tí en San Roque, cuando charlabas con tus amigas? Fué que me pareció ver entre el gentío de la feria...

RUFINA ¿A Víctor?

ROSARIO Habría jurado que era él. Corrí tras aquel rostro que se me apareció un instante en las oscilaciones de la multitud... No era, no. Movida de un impulso irresistible, me lancé á recorrer toda la feria, con la idea, con el presentimiento de que había de encontrarle. Entre el bullicio loco, en medio de aquel tumulto mareante, yo me deslizaba ligerísima, entra por aquí, sale por allá... Aquí bailaban, allá comían. Todos, viejos y niños, hombres y mujeres, respiraban el contento del vivir, esa alegría franca que no conocemos los que hemos nacido y vivido en un mundo artificioso, todo sequedad y formas afectadas... que se sostienen con alambres... Yo no hacía más que mirar, mirar, mirar, toda el alma en los ojos, revolviendo con ellos el sin fin de caras de aquella muchedumbre hirviente de vida, humanidad fresca, con sangre, con músculos, con alma... Ví rostros atezados de marineros, con todo el ceño de la mar en sus ojos, caras de obreros, marcadas con el sello del carbón... ví aldeanos, trajinantes, diversa gente... pero ¡ay! entre tantas caras no ví la que buscaba. ¡Y yo confiada ciegamente en que la Virgen me concedería lo que le pedí... ya ves... le pedí bien poca cosa... He sido muy desgraciada... he vivido en la aridez de la vida elegante... Le pedía que me concediera volver á ver al único hombre que ha sabido entrar en mi corazón... y quedarse dentro.

RUFINA ¡Oh, bien puede concedértelo! Es que te equivocaste de ruta. En vez de ir al prado, debiste bajar hacia el puerto.

ROSARIO Si fuí, tonta. Bajéme á la ría, y la recorrí desde la machina del mineral hasta la rampa de los pes-

cadores... Ví tres, cuatro, muchas lanchas que llegaban de la otra orilla, los palos engalanados con banderas, follaje y enormes matas de arbustos preciosísimos; venían llenas de peregrinos, todos con ramas de laurel y guirnaldas de flores para ofrecerlas á la Virgen... ¡Tampoco, tampoco allí... Y aquella gente que desembarcaba gozosa, como si al poner el pié en tierra creyera descubrir un mundo, pasaba junto á mi pena inmensa sin advertirla. ¡Oh, mi pena, qué pequeña, qué diminuta, qué invisible para los demás, para el mundo entero... para mí qué grandel...

RUFINA Tranquilízate. De hoy no pasa que sepamos.. Por Dios, ten paciencia.

ROSARIO Eso es lo que no puedo tener. Recomiéndame todas las virtudes; pero la paciencia no.

RUFINA Cuidado... Papá y el abuelito.

### ESCENA III

DICHAS; D. CÉSAR, dando el brazo á D. JOSE

D. JOSÉ ¡Ah, picaronas! ¿habéis estado en la feria?

ROSARIO Sí, señor; y hemos llevado flores á la Virgen.

RUFINA Y le hemos pedido que os dé á los dos muchísima salud.

D. CES. ¿A mí también? ¿Han rezado por mí?

ROSARIO Sí señor... también por usted.

D. CES. Gracias. Pero hasta ahora, la Virgen no le ha hecho usted maldito caso, porque hoy no me siento mejor que ayer.

ROSARIO Es que Nuestra Señora del Mar, este año, no está muy benigna que digamos... No concede nada de lo que se le pide.

D. JOSÉ ¿Van esta noche al baile del Casino?

ROSARIO Yo no.

RUFINA Y si quisiéramos ir, ¿nos dejarías, abuelito?

D. JOSÉ ¡Ah, hijas mías, ya no soy el que manda aquí!  
¿Sabéis la resolución que he tomado?

RUFINA Y ROSARIO ¿Qué?

D. JOSÉ Pues... considerando que mi querido hijo tiene en poco la autoridad que ejerzo en esta casa desde hace más de medio siglo, considerando que se empeña en ir por caminos que no son de mi gusto, Nos... abdicamos. (Se sienta.)

ROSARIO ¿Es de veras?

D. JOSÉ (Con seriedad.) Sí. Y algo muy importante que yo debía decirte hoy, él te lo dirá. Allá os entendáis vosotros. (D. César habla aparte con Rosario; D. José con Rufina.) El quiere perderse, y se perderá.

ROSARIO Pero D. César, ¿todavía insiste usted?

D. CES. ¿Cómo no? La constancia es mi único mérito. Insisto, sí.

ROSARIO ¿A pesar de la reyerta desagradable del otro día?

D. CES. A pesar de todas las reyertas pasadas, presentes y futuras.

ROSARIO Creí que me guardaría usted rencor.

D. CES. ¿Por qué? ¡Ah! por haberme revelado... Al contrario... si debo agradecerlo... Con intención ó fines que no comprendo bien, usted me libró de un error afrentoso... Al herirme, me hirió con la verdad; y la verdad, dígame lo que se quiera, siempre se agradece... Ya ve usted que soy claro. Imítame en la claridad, y dígame...

ROSARIO (Disgustada.) Si le parece, dejemos para otra ocasión ese asunto. Tengo que escribir á mi familia... Estoy muy holgazana.

D. CES. ¡Ingratuela! Siempre huyendo de mí.

ROSARIO Hasta luego. (Á Rufina.) ¿Vienes? (Vanse por la dra.)

## ESCENA IV

DON JOSÉ, D. CÉSAR

D. JOSÉ Por lo que veo, sus desdenes no te curan de tu loca inclinación.

D. CES. Usted lo ha dicho: inclinación ciega, locura... No puedo remediarlo. Es mi temperamento, es mi carácter que se embravece con los obstáculos, mayormente cuando conoce que son más artificiosos que sinceros. Rabiando, rabiando está ella por amasar su nobleza sin jugo con la vulgaridad substancial de la casa de Buendía. Sólo que con habilidad suma regatea su consentimiento para obtener las mayores ventajas.

D. JOSÉ (Levantándose airado.) Repito que...

D. CES. (Flemático.) Pero, padre, abdica usted, ¿sí ó no?

D. JOSÉ (Sentándose.) ¡Ah, ya no me acordaba!... Haz lo que quieras... No digo nada. Me he metido en Yuste, y desde mi humilde monasterio, asistiendo á mis propios funerales, veo cómo te las gobiernas solo.

D. CES. Me las gobernaré como pueda...

D. JOSÉ Ya no intervengo más que para hacer cumplir una de las últimas disposiciones de mi reinado. Dí: ¿vendrá pronto el amigo Canseco?

D. CES. Le espero de un momento á otro.

D. JOSÉ Y nos dirá si ese pobre joven acepta ó no...

D. CES. ¿Pero usted lo duda?... ¿Qué más puede desear?... Pues no sé... Le damos, por su linda cara, un barco magnífico...

D. JOSÉ Sí, con todas las maderas podridas... Está como nosotros. En fin, sepamos si ese diligente notario...

D. CES. (Que se acerca al foro como para dar órdenes.) En nombrando al ruín de Roma... Aquí está ya.

ESCENA V

DICHOS; CANSECO

- D. CES. ¿Qué hay?
- CANSEC. (Enfáticamente.) Grande, estupenda novedad.
- D. CES. A ver...
- CANSEC. Entre paréntesis... (Estrechando con efusión la mano de D. César.) Sea mil y mil veces enhorabuena, mi queridísimo D. César.
- D. CES. ¿Por qué?
- CANSEC. Si en el pueblo no se habla de otra cosa... ¡Y cuán dichoso será para todos los habitantes de Ficóbriga el día en que vengamos á felicitar al excelentísimo señor Duque de San Quintín!...
- D. CES. ¡Oh... no hay nada todavial... Podría ser... pero... En fin, amigo mío, ¿qué hay de...?
- D. JOSÉ ¿Le ha visto?
- CANSEC. Sí señor.
- D. CES. ¿Dónde vive?
- CANSEC. Pásmense ustedes. (Expectación.) ¿Se han pasmado ya?
- D. CES. Sí; pero sepamos...
- D. JOSÉ ¿Dónde está?
- CANSEC. En la Virgen del Mar.
- D. JOSÉ ¿En el santuario?
- CANSEC. En la rectoral, en la casa del cura.
- D. CES. ¿Don Florencio?
- CANSEC. Sí; ahora resulta que son muy amigos.
- RUFINA (Asomada á la puerta de la derecha, oye las últimas frases.) ¡Ah!... (Vuelve á entrar en la habitación de Rosario.)
- D. JOSÉ ¿Habló usted con él?
- CANSEC. Sí señor. Más de media hora.

- D. CES. Por de contado, admite el socorro, y se embarcará inmediatamente.
- CANSEC. Pues no me ha declarado de un modo explícito su conformidad.
- D. CES. ¿Que no?
- D. JOSÉ Pues...
- CANSEC. Vamos por partes. Me contó que, al día siguiente de su salida de esta casa, fué á Socartes, llamado por un ingeniero belga, amigo suyo, y camarada de la escuela de Lieja.
- D. CES. ¡Ah, sí... Trainard, que es aquí cónsul de Bélgica!
- CANSEC. Acompañado de su amigo y de la señora de su amigo, regresó aquí esta mañana.
- D. CES. ¿Y qué más?
- CANSEC. Pues nada... Pretende que ustedes le concedan una audiencia, y en su nombre vengo á solicitarla.
- D. JOSÉ ¡Audiencia, aquí!
- D. CES. No, no: aquí no tiene que poner los pies. No falta más... Dígale usted que no, que no.
- CANSEC. Según me indicó el interfecto, tiene que manifestar á ustedes cosas de la mayor importancia...
- D. CES. ¡Bah, bah!... Que nos deje en paz.
- CANSEC. Presumo... no es que yo sepa... presumo que será algo referente á la triste revelación hecha por la señora Duquesa... Y, entre paréntesis, ya que hablo de la ilustre dama...
- D. CES. ¿Qué?
- CANSEC. (Con misterio.) Pues... cuando en el curso de nuestra conversación, salió á relucir el nombre de la señora Duquesa, noté en el rostro del Víctor una turbación, un sobresalto... vamos... al momento comprendí... ¿Para qué quiero yo esta perspicacia que me ha dado Dios?... Claro, como la nobilísima pariente de los señores de Buendía fué quien re-

ficó aquel gravísimo error de familia, es perfectamente lógico que el interfecto, víctima inocente de la manifestación de la declarante, haya cobrado á ésta un odio mortal... Conviene que estén ustedes prevenidos.

D. CES. Pero qué... ¿se atrevería...?

D. JOSÉ No creo...

CANSEC. A Segura llevan preso. Adelantémonos con sabia previsión á cualquier trama diabólica que pudiera imaginar el deseo de venganza.

D. CES. ¡Oh! es imposible...

CANSEC. Yo no afirmo... sospecho... Pesimismo de curial que ha visto muchas picardías... Y, entre paréntesis, ¿qué contesto á la petición?

D. JOSÉ Eso tú.

D. CES. Ya he dicho que no; resueltamente que no.

### ESCENA VI

DICHOS; ROSARIO, RUFINA por la derecha.

ROSARIO (Desde la puerta.) ¿Es secreto lo que se habla?

D. CES. No... pasen.

CANSEC. (Adelantándose á saludarla.) Excelentísima señora...  
(Con misterio y oficiosamente.) No tenga usted miedo.

ROSARIO ¡Miedo!

CANSEC. Está usted segura... No hay cuidado. Aquí estamos todos para velar por su preciosa existencia... La única precaución que puede usted tomar es no salir de casa hasta que...

D. CES. Pero si de una manera ó de otra, el interfecto, como usted dice, ha de salir pronto de Ficóbriga...  
¡Pues no faltaba más!...

ROSARIO ¡Ah!... ya sé de quién hablan.

D. CES. Y ahora sale con la ridícula pretensión de que le concedamos una entrevista.

CANSEC. Una audiencia... aquí.

D. JOSÉ Pretenderá un auxilio más positivo.

RUFINA Concédesele, abuelito.

D. JOSÉ Yo no mando... Ese dispondrá...

D. CES. ¡Recibirle aquí! ¡En mi casa!

RUFINA Papá... recíbele... ¿Qué te importa?... (Á Canseco.)  
¿Dónde está?

CANSEC. Bien cerca de aquí. Vino conmigo hasta la puerta, y en los pórticos de la plaza está aguardando la resolución de los señores.

ROSARIO (Aparte á Rufina.) (Corre, llámale.) (Vase Rufina por el fondo.) Por deber de conciencia, Sr. D. César, y recordando la parte principal que tuve en un suceso... lamentable, estoy obligada á interceder por el desgraciado interfecto... Los señores de Buendía, tan hidalgos y generosos, deben... por lo menos oírle y enterarse de lo que pretende

D. CES. (Excusándose.) Rosario, yo siento mucho...

RUFINA (Presurosa por el fondo.) Ya está aquí.

ROSARIO Que pase...

D. CES. ¿Usted lo manda?

ROSARIO Y usted lo aprueba.

D. CES. Sea.

### ESCENA VII

DON JOSÉ, D. CESAR, ROSARIO, RUFINA, CANSEC, VICTOR. Siéntanse todos. D. José á la derecha, teniendo á su derecha á Rufina, á su izquierda á Rosario; enfrente D. César, y Canseco á su lado. Queda despejado el centro de la escena. Aparece Víctor en la puerta del foro, vestido de caballero, decentemente sin afectación de elegancia. Permanece un instante en la puerta, esperando que le manden pasar.

D. JOSÉ Pasa. (Víctor no se mueve.)

ficó aquel gravísimo error de familia, es perfectamente lógico que el interfecto, víctima inocente de la manifestación de la declarante, haya cobrado á ésta un odio mortal... Conviene que estén ustedes prevenidos.

D. CES. Pero qué... ¿se atrevería...?

D. JOSÉ No creo...

CANSEC. A Segura llevan preso. Adelantémonos con sabia previsión á cualquier trama diabólica que pudiera imaginar el deseo de venganza.

D. CES. ¡Oh! es imposible...

CANSEC. Yo no afirmo... sospecho... Pesimismo de curial que ha visto muchas picardías... Y, entre paréntesis, ¿qué contesto á la petición?

D. JOSÉ Eso tú.

D. CES. Ya he dicho que no; resueltamente que no.

### ESCENA VI

DICHOS; ROSARIO, RUFINA por la derecha.

ROSARIO (Desde la puerta.) ¿Es secreto lo que se habla?

D. CES. No... pasen.

CANSEC. (Adelantándose á saludarla.) Excelentísima señora...  
(Con misterio y oficiosamente.) No tenga usted miedo.

ROSARIO ¡Miedo!

CANSEC. Está usted segura... No hay cuidado. Aquí estamos todos para velar por su preciosa existencia... La única precaución que puede usted tomar es no salir de casa hasta que...

D. CES. Pero si de una manera ó de otra, el interfecto, como usted dice, ha de salir pronto de Ficóbriga...  
¡Pues no faltaba más!...

ROSARIO ¡Ah!... ya sé de quién hablan.

D. CES. Y ahora sale con la ridícula pretensión de que le concedamos una entrevista.

CANSEC. Una audiencia... aquí.

D. JOSÉ Pretenderá un auxilio más positivo.

RUFINA Concédesele, abuelito.

D. JOSÉ Yo no mando... Ese dispondrá...

D. CES. ¡Recibirle aquí! ¡En mi casa!

RUFINA Papá... recíbele... ¿Qué te importa?... (Á Canseco.)  
¿Dónde está?

CANSEC. Bien cerca de aquí. Vino conmigo hasta la puerta, y en los pórticos de la plaza está aguardando la resolución de los señores.

ROSARIO (Aparte á Rufina.) (Corre, llámale.) (Vase Rufina por el fondo.) Por deber de conciencia, Sr. D. César, y recordando la parte principal que tuve en un suceso... lamentable, estoy obligada á interceder por el desgraciado interfecto... Los señores de Buendía, tan hidalgos y generosos, deben... por lo menos oírle y enterarse de lo que pretende

D. CES. (Excusándose.) Rosario, yo siento mucho...

RUFINA (Presurosa por el fondo.) Ya está aquí.

ROSARIO Que pase...

D. CES. ¿Usted lo manda?

ROSARIO Y usted lo aprueba.

D. CES. Sea.

### ESCENA VII

DON JOSÉ, D. CESAR, ROSARIO, RUFINA, CANSEC, VICTOR. Siéntanse todos. D. José á la derecha, teniendo á su derecha á Rufina, á su izquierda á Rosario; enfrente D. César, y Canseco á su lado. Queda despejado el centro de la escena. Aparece Víctor en la puerta del foro, vestido de caballero, decentemente sin afectación de elegancia. Permanece un instante en la puerta, esperando que le manden pasar.

D. JOSÉ Pasa. (Víctor no se mueve.)

- RUFINA Dice el abuelito que pases. (Adelántase Víctor, y saluda á los dos grupos con grave reverencia.)
- ROSARIO ¡Dios mío, qué emoción! No sé cómo componer mi rostro.)
- CANSEC. Ya ve usted. Los señores de Buendía, accediendo á mis instancias, han tenido la bondad de recibir á usted en esta casa.
- VÍCTOR Bondad que agradezco infinito. Corresponderé á ella abreviando esta visita todo lo posible, porque mi presencia, lo reconozco, no puede ser agradable á todos los individuos de esta digna familia.
- RUFINA (Á Víctor en voz baja.) Siéntate...
- VÍCTOR No... gracias.
- D. CES. (Alarmado.) ¿Qué ha dicho?
- VÍCTOR Su hija de usted me invitaba á sentarme, y he respondido que no me canso de estar en pié.
- D. CES. Bien. Pues si tú deseas la brevedad, más la deseo yo. Me adelanto á tus manifestaciones diciéndote que si el socorro que pretendes, además del barco, es razonable...
- VÍCTOR ¡Oh! no pretendo socorro, no. Ni lo necesito. Solo en el mundo, pobre, sin nombre, sabré encontrar un manantial de vida en medio del páramo que me rodea. Señores de Buendía, ni ustedes pueden darme auxilio, ni yo puedo aceptarlo. Un error nos unió. La verdad, ó una apariencia de verdad, nos ha separado para siempre. D. César, corto con usted toda clase de relaciones, dejando sólo la gratitud, pues á usted debo mi educación, lo poco que sé, lo poco que valgo.
- D. JOSÉ (Á Rosario.) No está mal.
- ROSARIO Ya lo creo.
- D. CES. Entonces...

- CANSEC. (Aparte á D. César.) (No quiere auxilio. ¿Le digo que se siente?)
- D. CES. (No...) ¿Pues qué quieres? No entiendo. Acaba, que tu presencia es tormento indecible para mí. Tienes el triste privilegio de sumergir mi alma en un estupor insano. Eres inocente del mal que me has hecho, y no puedo amarte; eres mi desilusión, y no puedo aborrecerte. Para curarme de este malestar horrible, es preciso que huyas de mí... (levántase), pero lejos, lejos, al último confín del mundo.
- CANSEC. (Obligándole á sentarse.) (Calma, amigo mío... No excitarse sin motivo... Yo seguiré por usted.) (Á Víctor.) Lo que importa, caballerito, es que usted se ausente de Ficóbriga, y de España... y de Europa. Para eso, los generosos señores en cuyo nombre hablo, le regalan á usted un barco magnífico.
- D. JOSÉ Eh... ahora entro yo. Eso es de mi reinado. Víctor, dí pronto si estás dispuesto á embarcarte para los Estados Unidos en la nave que te doy.
- CANSEC. Eso.
- VÍCTOR Agradezco con toda el alma la donación del venerable patriarca, y el interés que se toma por mí. Pero no acepto, no puedo aceptar. (Estupor en todo.)
- ROSARIO (Aparte, con entusiasmo.) (¡Oh, qué noble orgullo! Así te quiero.)
- D. JOSÉ ¿Pero de veras...? ¿Qué razones...?
- RUFINA (Mejor. Que se quede.)
- ROSARIO Es natural. Víctor no quiere privar al comercio de una embarcación tan hermosa, tan gallarda y tan segura.
- VÍCTOR La principal razón es que antes moriré que recibir de esta familia, que respeto, ni el valor de un alfiler.



CANSEC. Hola, hola...

D. CES. (¿Qué es esto?)

D. JOSÉ. Entonces... ¿qué quieres de nosotros? ¿Á qué has venido?

VÍCTOR. A dirigir una pregunta á D. César.

D. CES. ¡A mí!

ROSARIO. (¡Ahora es ella!)

VÍCTOR. Deseo que el Sr. D. César desmienta ó confirme... lo que me ha dicho el señor notario aquí presente... noticia, además, que corre de boca en boca por todo el pueblo.

CANSEC. (Ya sé...)

D. CES. ¿Qué?

D. JOSÉ. ¿Qué?

VÍCTOR. (A D. César.) Deseo saber si es cierto que usted ha hecho proposiciones de casamiento á la señora Duquesa de San Quintín.

D. CES. (Receloso y colérico.) ¡Tú... tú! ¿Y qué te importa?

D. JOSÉ. ¡Atrevimiento igual!

D. CES. ¡Pero tú...!

VÍCTOR. Yo, yo. Pregunto á usted si son ciertas sus pretensiones, por que, sépanlo todos, ¡me opongo á ellas!

D. CES. Y D. JOSÉ. ¡Tú!

VÍCTOR. Yo, con toda la energía de mi voluntad, tan soberana como otra cualquiera, me opongo. La razón es bien clara. Amo á Rosario. (Estupor y sobresalto.

D. José y D. César se levantan bruscamente.)

D. JOSÉ. ¡Jesús!

RUFINA. (¡Ay, Dios mío!)

D. CES. ¡Oh, qué ignominia! Calla, miserable. (Mirando á Rosario y á Víctor con desvarío.) ¡Rosario, Víctor!... ¡Horrible, horrible! ¡Y usted calla, usted no protesta...!

D. JOSÉ. (A Rosario, volviendo á sentarse.) Pero tú...

D. CES. Fuera de aquí. Rosario, confúndale usted con su desprecio.

D. JOSÉ. Pero habla, hija.

RUFINA. (Pasando al lado de Rosario.) Contesta, mujer. (Rosario continúa sentada, inmóvil y silenciosa.)

D. CES. Pero usted... al menos... ¿no se indigna de que ese desdichado...? (Asaltado de una horrible sospecha.) ¡Acaso...! ¡Dios, lo que pienso! (Aterrado de su idea.) Díganos usted que esta idea que ha fulminado aquí (en la mente) es absurda... díganoslo pronto, pronto.

RUFINA. Habla.

VÍCTOR. (Suplicante.) Hable usted, por Cristo...

D. JOSÉ. A ver... di...

ROSARIO. (Se levanta. Expectación en todos. Pausa. Con solemne acento pronuncia las palabras que siguen.) Soy noble, naí en la más alta esfera social. De niña, enseñáronme á pronunciar nombres de magnates, de príncipes, de reyes, que ilustraron con virtudes heroicas la historia de mi raza... Pues bien, mi nobleza, la nobleza heredada, ese lazo espiritual que une mi humildad presente con las grandezas de mis antepasados, me obliga á proceder en todas las ocasiones de la vida conforme á la ley eterna del honor, de la justicia, de la conciencia. Yo privé á este hombre de todos los bienes de la tierra. Él cree que mi mano es la única compensación de su infortunio, y yo se la doy, y con ella el alma y la vida. (Pasa al lado de Víctor.)

D. CES. (Trastornado.) ¡A él! ¡Amarle á él...! ¡Mentira!

VÍCTOR. (Con entusiasmo.) A mí, á mí solo.

D. JOSÉ. (Rezando.) En el nombre del Padre...

D. CES. (Abrumado, cae en el sillón.) Yo estoy loco. El mundo se desquicia, el universo se rompe en pedazos mil...

¡Oh, oh! ¡La descendiente de reyes... el hijo anónimo de Sarah!... ¡Inaudita fusión, amasijo repugnante en que veo la mane de Lucifer!... ¡Oh, no...! ¡Díganme que es sueño, mentira...!

CANSEC. Calma, serenidad, mi querido D. César.

VÍCTOR. Perdóneme usted... No es culpa mía...

D. CES. Déjame. Has invadido mi casa, has entrado á saquearme, á llevarte mi dicha, mi esperanza. ¡Qué bien ha hecho Dios en demostrarme que no eres mi hijo! (Canseco trata de calmar á D. César.)

D. JOSÉ (Severamente, cogiendo á Rosario por una mano.) Perturbadora de mi casa, si la demencia de mi hijo merece este desengaño, la tuya merece un manicomio.

ROSARIO. Sí; mi señor patriarca. Víctor y yo somos dos locos que nos lanzamos á la increíble aventura de buscar la vida y la felicidad en nosotros mismos.

D. CES. (A Canseco con ansiedad.) (¿Qué dicen, qué hablan?)

CANSEC. (Ella misma reconoce que está loca perdida.)

D. CES. (Aho.) ¡Y arroja al lodo su ducal corona!

ROSARIO. ¡Mi ducal corona! El oro de que estaba forjada se me convirtió en harina sutil, casi impalpable. La amasé con el jugo de la verdad, y de aquella masa delicada y sabrosa he hecho el pan de mi vida.

D. JOSÉ. Y ahora, Víctor... puesto que no vas á América...

VÍCTOR. Sí que voy.

D. JOSÉ Y RUFINA. ¿Y tú?

ROSARIO. Yo también. Para completar su existencia, le falta una familia, un hogar ordenado y tranquilo, el cariño y la compañía de una mujer... y esa mujer seré yo, aquí, ó en el último rincón del mundo.

VÍCTOR. (Abrazándola.) Que será un Cielo para mí.

D. JOSÉ. ¡Alabada sea la infinita Misericordia...!

VÍCTOR. Sí; pida usted el favor del Cielo para estos pobres emigrantes.

D. CES. (A Canseco.) ¿Qué dicen?... ¿De qué tratan?

CANSEC. Nada... que, según parece, se van juntos al otro mundo. (D. César presta atención á lo que sigue.)

VÍCTOR. Por mediación de un ingeniero belga, amigo mío, voy á una comarca industrial del estado de Pensilvania, en calidad de emigrante. Exígenme que lleve una familia, y ya la tengo. Nos embarcamos en el vapor de la *Mala Real*, que hace escala en este puerto.

RUFINA. Llega esta noche.

VÍCTOR. Y parte mañana.

D. CES. (Con desvarío.) ¡Huye con él... le amal... el Infierno arriba, en el zenit; el Cielo abajo, en los profundos abismos.

D. JOSÉ. No podéis partir así.

RUFINA. No tenéis tiempo de casaros.

D. JOSÉ. Espérate, y...

ROSARIO. Después de lo ocurrido, no puedo permanecer aquí ni un momento.

RUFINA. ¿Y á dónde vas?

VÍCTOR. El cónsul de Bélgica y su digna esposa nos albergan, y apadrinarán nuestra boda.

ROSARIO. ¡Oh, sí!

VÍCTOR. (Con entusiasmo, llevándose á Rosario.) Ven, mi vida, mi ilusión, mi idea.

CANSEC. (Pasando al grupo del centro.) Urge que se retiren...

ROSARIO. (Despidiéndose de D. José.) Adiós.

D. JOSÉ. (Abatido.) Adiós, hija mía. (Rosario y Rufina, en el centro de la escena, se besan cariñosamente, permaneciendo un rato abrazadas. Después Rufina se despide de Víctor, el cual la abraza. En el transcurso de esta escena muda, don José, tomando la mano á Canseco, le dice): ¡Ay, qué desolación en mi familia! Mi hijo medio loco; mi nieta será monja cuando yo falte... Así concluye esta poderosa casa.

CANSEC. De poco le ha valido á usted tanta administración.

D. JOSÉ (A Rufina, que, después de la despedida, vuelve á su lado llorando.) ¿Lloras?

RUFINA Sí... les quiero á los dos.

D. JOSÉ ¡Mi hijo... César...!

D. CES. (Levántase airado.) Acábase esta pesadilla horrible... (A Rosario y Víctor.) Marchaos de aquí... (Como buscando consuelo al lado de su padre.) Padre, soy hombre concluído, sin ninguna ilusión, sin más esperanza que la muerte.

D. JOSÉ Ven acá. (Reha un brazo á Rufina y otro á D. César, formando estrecho grupo.) Agrupémonos, para que nuestra soledad sea menos triste.

RUFINA ¡Se van para siempre!

VÍCTOR ¡A la mar, á un mundo nuevo!

ROSARIO Volvamos la espalda á las ruinas de éste. (Dirigense á la puerta del foro; se vuelven, abrazados, hacia la escena, y extendiendo el brazo que les queda libre saludan con entusiasmo y alegría.)

ROSARIO Y VÍCTOR (Al unísono, con voz clara y vigorosa.)  
¡¡Adiós!!

D. CES. Se van... Es un mundo que muere.

D. JOSÉ No, hijos míos; es un mundo que nace. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

